

Crónicas de

BELGARATH

LA CIUDAD DE LAS TINIEBLAS



DAVID EDDINGS

Lectulandia

Belgarath, Seda y Garion se dirigen hacia Mallorean, región donde se halla la Ciudad de las Tinieblas, así llamada porque el perverso dios Torak la destruyó y la cubrió con una perpetua nube negra. Entre las ruinas desmoronadas, sólo queda en pie la base de una torre de hierro, la cripta donde Zedar vela el sueño de Torak.

Durante el viaje, los compañeros han superado un sinfín de dificultades, pero la más grave es su encuentro con los morinds, un pueblo de clanes nómadas que suelen matar a los extraños que atraviesan sus tierras. Belgarath sostiene un duelo mágico contra un morind. En el combate, ambos crean "apariciones" de demonios, monstruos con tres o cuatro ojos, siete manos, cientos de dientes, cuerpos cubiertos de escamas... Si alguno de los dos contrincantes titubea durante la lucha, el demonio o monstruo se libera y destruye al hombre que lo creó. Así sucede con el rival de Belgarath que muere a manos de la "aparición" a la que dio vida.

Cuando por fin llegan a Cthol Mishrak, la Ciudad de las Tinieblas, se produce el catastrófico enfrentamiento entre Garion y Torak para que una vez más se cumpla la profecía.

Lectulandia

David Eddings

La ciudad de las tinieblas

Crónicas de Belgarath - Volumen 5

ePUB v1.1

morifinwe 28.09.11

más libros en lectulandia.com

Título de la edición original: Enchanters' End Game
Traducción del inglés: M^o Eugenia Ciocchini
Diseño: Báhrle/Mutter
Ilustración: Xavier Martínez
Foto de solapa: Richard Heinzen
© 1984 by David Eddings
© Editorial Timun Mas, S.A., 1991
Depósito legal: B. 31348-1996
ISBN 84-226-5923-9 (Tomo V)
ISBN 84-226-5924-7 (Obra completa)
Edición digital de Bizien. Corrección de Dhimag. 2003.
Adaptación a ePub por morifinwe.
Portada del ePub por LaNane.

Y, por fin,
para Leigh, mi amada esposa,
porque su mano y su mente han recorrido
cada una de estas páginas,
y ha colaborado en este libro,
como en todo lo que hago.

Prólogo

*Sobre el comienzo... y el final.
Extractos de El Libro de Torak*

Escuchadme todos, oh angaraks, porque yo soy Torak, Rey de Reyes y Señor de los Señores. Venerad mi nombre y honradme con plegarias y sacrificios, porque yo soy vuestro dios, yo domino todos los reinos de los angaraks. Grande será mi ira si no me complacéis.

Yo existía antes de la creación del mundo y existiré después de que las montañas se desmoronen como arena, los ríos se conviertan en aguas estancadas y el mundo se marchite y desaparezca. Yo vivía antes del tiempo y viviré después.

Desde los eternos confines del infinito, contemplé el futuro y vi que había dos destinos que corrían el uno hacia el otro por los ilimitados pasillos de la Eternidad. Cada destino era absoluto y en el último encuentro todo lo que estuviera dividido volvería a formar una unidad. En ese instante, todo lo que fue, todo lo que es y todo lo que será convergerá en un solo propósito.

Gracias a aquella visión guíé a mis seis hermanos a unir sus manos y crear cuanto existe, de acuerdo con las necesidades de los dos destinos. Así fue como colocamos a la Luna y al Sol en sus órbitas y fraguamos el mundo. Cubrimos el orbe con bosques y plantas, creamos los cuadrúpedos, las aves y los peces para llenar la tierra, los cielos y las aguas que habíamos creado.

Pero nuestro padre no recibió con agrado la creación impulsada por mí y volvió la espalda a nuestra tarea, y se dedicó a completar el absoluto. Yo partí solo a las montañas de Korim —que ya no existen—, le exigí que aceptara mi obra, pero él la despreció desentendiéndose por completo. Mi corazón entonces se volvió insensible para con él y me marché de aquel lugar lo más lejos que pude.

Volví a reunir a mis hermanos, nos cogimos de las manos y engendramos al hombre para convertirlo en el instrumento de nuestra voluntad. Creamos muchos pueblos, y a cada pueblo le dimos la posibilidad de elegir a uno de nosotros como dios. Los pueblos nos escogieron a todos menos a Aldur, que se ofendió mucho con nosotros porque no le concedíamos poder. Aldur se separó entonces de nosotros e intentó llevarse a nuestros vasallos con sus encantamientos; muy pocos, sin embargo, aceptaron seguirlo.

Mis pueblos se bautizaron a sí mismos con el nombre de Angarak. Yo estaba contento con ellos y los conduje a las montañas de Korim —que ya no existen— para revelarles la razón por la cual había inducido a mis hermanos a crear el mundo.

Ellos me honraban con plegarias y me hacían ofrendas; yo los bendije y ellos crecieron y se multiplicaron. En señal de gratitud, me levantaron un altar y me

entregaron en sacrificio a sus doncellas más hermosas y a sus jóvenes más valientes. Satisfecho quedé y continué bendiciéndolos. Ellos prosperaron mucho y se multiplicaron en gran número.

Envidioso el corazón de Aldur por la adoración que me profesaban, comenzó a odiarme. Conspiró contra mí en secreto, dando con su aliento vida a una piedra para hacer fracasar mis propósitos, y con ella intentó ganar poder sobre mí. Así fue creada Cthrag Yaska, mi eterna y mortal enemiga. Aldur reunió a los que él llamaba discípulos para planear la forma de obtener poder a través de la piedra.

Cuando vi que la maldita piedra alejaba a Aldur de mí y de los demás hermanos, fui a verlo y a suplicarle que anulara aquel perverso hechizo y le quitara la vida que le había dado con su aliento. Lloré y me humillé ante él para que volviera a unirse a sus hermanos.

Pero la piedra maligna se había apoderado ya de su alma y el corazón de Aldur se había vuelto insensible hacia mí. Entonces advertí que la piedra que había creado lo mantendría esclavizado para siempre, pues me hablaba con desprecio e intentó echarme fuera de su presencia.

Llevado por el amor que le profesaba y por salvarlo de la horrible maldición que me había revelado mi visión, derribé a mi hermano y le quité la piedra maligna. Me llevé de allí a Cthrag Yaska para conseguir, mediante mi poder, suprimir la maldad que había en ella y anular la perversión para la cual había sido creada. Por eso acepté llevar sobre mis hombros la carga que Aldur había creado.

Aldur se enfureció conmigo y me calumnió ante nuestros hermanos, que vinieron a verme y me hablaron con desprecio, ordenándome que le devolviera a Aldur lo que le había corrompido el alma y que yo me había llevado para liberarlo del hechizo; pero yo me resistí.

Se aprestaron para la guerra. El cielo se oscurecía con el humo de sus fraguas mientras sus pueblos fabricaban armas de hierro para bañar la tierra con la sangre de mis hijos angaraks. A primeros de año sus huestes avanzaban sobre territorio angarak, con mis hermanos al frente.

Yo odiaba tener que levantarme contra ellos; pero no podía permitir que saquearan la tierra de mi pueblo ni que derramaran sangre de los que me honraban. Yo sabía que la guerra entre hermanos sólo podía resultar pernicioso; en la lucha, los destinos que yo había visto podrían enfrentarse antes de tiempo y destruir el universo.

Opté entonces por lo que temía, por lo que parecía menos perjudicial; alcé la piedra maldita, Cthrag Yaska, contra la tierra misma. En mí yacía el propósito de un destino, mientras el otro dependía de la piedra creada por Aldur. La carga de todo lo que era o iba a ser reposaba sobre nosotros y la tierra no pudo soportarlo; su manto se abrió ante mí y el mar inundó la tierra firme. Así fue como los pueblos quedaron separados unos de otros, para que no pudieran enfrentarse entre sí ni hubiera más

derramamientos de sangre.

Pero era tal la maldad que Aldur había insuflado a la piedra, que cuando la alcé para dividir el mundo y evitar la guerra, se volvió contra mí; cuando yo le daba órdenes, ella ardió en llamas horribles y me quemó. La mano con la que la sostenía se consumió y el ojo con el que la miraba ennegreció. La mitad de mi cara quedó desfigurada por las quemaduras, y yo, que era el más hermoso de los hermanos, me volví repulsivo a los ojos de todo el mundo, y tuve que cubrir mi rostro con una máscara de acero para no asustar a la gente.

Me vi obligado a padecer un dolor insufrible y constante, imposible de mitigar, hasta que la perversa piedra fuera liberada de sus poderes diabólicos y se arrepintiera de la maldad causada por él.

El oscuro mar se alzó entre mi pueblo y los que se levantarían contra mí; mis enemigos huyeron aterrorizados por lo que había hecho; hasta mis hermanos escaparon del mundo que habían creado por no enfrentarse conmigo. Siguieron conspirando contra mí, pero presentándose ante sus seguidores en forma de espíritus.

Yo llevé a mi pueblo a los páramos de Malloreia y les hice construir una poderosa ciudad, en un lugar seguro, a la que llamaron Chtol Mishrak, en recuerdo del dolor que yo había sufrido por ellos, y escondí la ciudad tras una nube perpetua.

Más tarde mandé forjar un cofre de hierro para guardar a Cthrag Yaska, con el fin de que la pérfida piedra no volviera a usar su poder destructivo contra nadie. Dos mil años trabajé para liberar a la piedra del maléfico poder que Aldur le había otorgado. Infinitos fueron los conjuros y sortilegios que usé con ella, pero su fuego seguía quemando a quien se acercaba: yo mismo podía sentir que el peso de su maldición pendía sobre el mundo.

Entonces, Belar, mi hermano menor, el más temerario de todos, comenzó a conspirar junto a Aldur, cuya alma seguía ardiendo en odio y envidia contra mí. El espíritu de Belar se presentó ante su pueblo inculto, los alorn, y los dispuso en mi contra, mientras el de Aldur ordenaba a Belgarath, el discípulo en quien más odio había sembrado contra mí, que se uniera a ellos. Los pérfidos consejos de Belgarath convencieron a Cherek, jefe de los alorn, y a sus tres hijos.

Mediante perversos actos de hechicería lograron cruzar la barrera del mar que yo había creado y, de noche, llegaron como ladrones a la ciudad de Chtol Mishrak. Con sus sucias artimañas entraron furtivamente en mi torre de hierro y encontraron el cofre que guardaba la maligna piedra.

El hijo menor de Cherek, a quien los hombres llamaban Riva Puño de Hierro, había sido sometido a tantos hechizos y encantamientos que podía tocar la piedra sin que ésta le hiciera daño; de modo que pudieron huir con ella hacia el Oeste.

Yo los perseguí con los guerreros de mi pueblo para que la maldición de Cthrag Yaska no volviera a caer sobre la tierra, pero Riva alzó la piedra contra mi pueblo y

desató su maligno poder sobre él. Así lograron los ladrones escapar y llevarse la maldad de la piedra a sus tierras del Oeste.

Yo destruí entonces la poderosa ciudad de Cthol Mishrak, mi pueblo huyó de sus ruinas y dividí a los angaraks en tribus. Situé a los nadraks en el norte, vigilando el lugar por donde entraron los ladrones; a los thulls, de fuertes espaldas capaces de cargar grandes pesos, les adjudiqué las tierras intermedias; y a los murgos, el pueblo más feroz de entre los míos, los envié al sur. El grupo más numeroso permaneció conmigo en Mallorea; ellos me servirían y se multiplicarían para cuando yo necesitara un ejército con el que enfrentarme al Oeste.

Entre toda esta gente elegí a los grolims, los instruí en el arte de los encantamientos y la magia, y se convirtieron en mis sacerdotes para controlar el fervor de los demás. Luego les ordené que mantuvieran siempre encendidos los altares y que no cesaran de ofrecerme sacrificios.

Belgarath, en su infinita maldad, envió a Riva con la piedra maldita a gobernar la isla de los Vientos, donde Belar hizo que dos estrellas cayeran del cielo. Con ellas Riva forjó una espada y engastó a Cthrag Yaska en su empuñadura.

Cuando Riva empuñó esa espada, el universo tembló a mis pies, yo di un grito cuando mi visión se amplió revelándome mucho de lo que antes permanecía oculto. Descubrí que la hija de Belgarath, hechicera ella, sería mi esposa y me alegré; vi también que el Niño de la Luz descendería de las colinas de Riva y se convertiría en instrumento de un destino opuesto al que me había encomendado un propósito. Más adelante llegaría el día en que despertaría de un largo sueño para enfrentarme a la espada del Niño de la Luz, entonces los dos destinos chocarían hasta que sólo uno de nosotros siguiera vivo y triunfara un único destino. Pero mi visión no reveló cuál de los dos tendría tal fortuna.

Mucho tiempo medité sobre aquella visión, pero no logré descubrir nada más.

Pasaron mil años, o aun más, y mandé llamar a Zedar, un hombre justo y sabio, apartado de las malignas enseñanzas de Aldur, que me había ofrecido sus servicios. Lo envié a la corte de los hombres serpiente, que vivían en los pantanos del Oeste. Su patrono era Issa, el perezoso que siempre dormía hasta el punto de dejar el gobierno del pueblo —cuyos miembros se llamaban a sí mismos nyissanos— en manos de su reina. Zedar se presentó ante ella: llevaba varias propuestas que la complacieron y la reina envió a sus asesinos como emisarios a la corte de Riva, que mataron a todos los miembros de su linaje, salvo a un niño que prefirió arrojar al mar.

La visión se había equivocado, ¿cómo podía nacer el Niño de la Luz sin nadie que lo engendrara?

De este modo me aseguré de que mi propósito se cumpliera y de que la maldad de Aldur y sus hermanos no destruyera el mundo que yo mandé crear.

Los reinos del Oeste, que escucharon los consejos y los engaños de dioses

malvados y pérfidos hechiceros, serán convertidos en polvo. Yo atormentaré a aquellos que me han rechazado y maldecido y multiplicaré sus males hasta humillarlos y postrarlos a mis pies, y se ofrecerán a sí mismos para ser sacrificados en mis altares.

Llegará el día en que tendré control y dominio sobre toda la tierra y todos los pueblos serán míos.

Escuchadme y temedme, ciudadanos. Inclinaos ante mí y honradme; yo soy Torak, eterno Rey de Reyes, Señor de los Señores y único dios de este mundo que yo mismo ordené crear.

Primera parte
— Gar og Nadrak —

Capítulo 1

Para Garion, los cencerros de las mulas tenían un son francamente lúgubre. En primer lugar, porque la mula no es un animal demasiado agraciado, y, además, su característico andar da una nota tétrica al esquilón que pende de su cuello. Las mulas pertenecían a un mercader drasniano llamado Mulger, un individuo larguirucho y de mirada torva, vestido con una casaca verde. Tras acordar un precio, permitió que Garion, Seda y Belgarath lo acompañaran en su caravana hacia Gar og Nadrak. Las mulas de Mulger llevaban mercancías y el propio Mulger parecía cargar sobre sus espaldas un peso de prejuicios e ideas preconcebidas tan importante como el de los animales. Seda y el honorable mercader se profesaban una mutua antipatía desde el momento en que se vieron por primera vez, y mientras avanzaban por los movedizos páramos rumbo a los picos montañosos que marcan el límite entre Drasnia y el país de los nadraks, Seda se entretuvo en provocar a su compatriota. Sus discusiones rayaban en verdaderas disputas, y ponían a Garion casi tan nervioso como el monótono tintineo de los cencerros de las mulas de Mulger.

La causa del malhumor de Garion era muy simple: estaba asustado y no tenía sentido intentar negárselo a sí mismo. Le habían explicado al detalle las misteriosas palabras del Códice Mrin y era consciente de que se dirigía a un encuentro decidido al comienzo de los tiempos e imposible de evitar. Aquel encuentro sería el resultado de una, qué digo una, de dos profecías distintas; incluso si intentaba convencerse de que había habido un error en una de ellas, la otra lo conduciría al mismo enfrentamiento sin la menor consideración por sus sentimientos personales.

—Creo que te estás yendo por las ramas, Ámbar —le decía Mulger a Seda, con esa fría precisión con que algunos hombres se dirigen a los que desprecian—. Mi patriotismo o mi falta de patriotismo no tienen nada que ver con este asunto. El bienestar de Drasnia depende del comercio y si tipos como tú que se dedican a los servicios secretos en el extranjero usan el comercio como tapadera para sus actividades, llegará el momento en que ni los comerciantes honestos serán bien recibidos en parte alguna. Mulger, con la intuición propia de todos los drasnianos, había advertido al instante que Seda no era quien decía ser.

—Oh, vamos, Mulger —respondió Seda con aire condescendiente—, no seas tan ingenuo. Todos los reinos del mundo sin excepción ocultan sus actividades secretas del mismo modo. Lo hacen los tolnedranos, los murgos e incluso los thulls. ¿Qué pretendes que haga? ¿Que vaya por ahí con un cartel de «espía» en el pecho?

—Francamente, Ámbar, no me importa lo que hagas —replicó Mulger, y endureció el gesto de su cara delgada—, todo lo que digo es que me estoy cansando de que me vigilen adonde quiera que vaya, sólo porque la gente no confía en vosotros.

—Así es el mundo, Mulger —replicó Seda sonriendo y encogiéndose de hombros—. Será mejor que te acostumbres, porque no va a cambiar.

Mulger dirigió una fulminante mirada de impotencia al hombrecillo con cara de rata, luego se volvió bruscamente y se fue hacia donde estaban sus mulas.

—¿No crees que te estás pasando un poco? —sugirió Belgarath mientras salía del aparente sopor en que solía cabalgar—. Si lo haces enfadar te denunciará a los guardas de la frontera y nunca conseguiremos entrar en Gar og Nadrak.

—Mulger no dirá una sola palabra, viejo amigo —le aseguró Seda—. Si lo hace, lo detendrán a él también para investigarlo, y no hay un solo mercader en el mundo que no oculte entre sus mercancías algo que no debiera estar allí.

—¿Por qué no lo dejas en paz? —le replicó Belgarath. —Me sirve de entretenimiento —respondió Seda, y se encogió de hombros—. De lo contrario, tendría que mirar el paisaje oriental de Drasnia, que es muy aburrido.

Belgarath gruñó, se cubrió la cabeza con la capucha gris de la capa y siguió dormitando.

Garion, mientras tanto, volvió a sumirse en sus melancólicos pensamientos. Los tojos que cubrían los páramos sinuosos tenían un deprimente color verde grisáceo, y la Ruta de las caravanas del Norte se extendía, serpenteante, sobre ellos como una polvorienta cicatriz blanca. El cielo había estado encapotado durante las últimas dos semanas, aunque las nubes no anunciaban agua. Avanzaban lenta y pesadamente por un mundo triste y sin sombra, hacia las desoladas montañas que se divisaban en el horizonte.

Lo que más molestaba a Garion era la injusticia de aquella situación. Él no lo merecía: no quería ser hechicero, no quería ser rey de Riva, ni siquiera estaba seguro de querer casarse con la princesa Ce'Nedra, aunque respecto a este último punto sus sentimientos eran contradictorios. La imperial princesita podía ser adorable, muy adorable, sobre todo cuando se le antojaba algo. Sin embargo, casi nunca le apetecía nada y entonces se descubría su verdadero temperamento. Si él hubiera buscado aquella situación conscientemente, aceptaría su deber con resignación; pero no le dejaban otra opción y ahora se encontraba interrogando al indiferente cielo: «¿Por qué yo?».

Cabalgaba junto a su adormilado abuelo con la sola compañía de la canción del Orbe de Aldur, pero incluso aquella música le disgustaba. El Orbe engarzado en la empuñadura de la espada que llevaba sujeta a la espalda cantaba sin cesar con una especie de estúpido entusiasmo. El encuentro inminente con Torak llenaba de emoción al Orbe, pero sería Garion quien se enfrentaría al dios dragón de Angarak y quien derramaría su sangre. Pensó que la monótona melodía del Orbe podía clasificarse, como mínimo, de muy mal gusto.

En la frontera entre Drasnia y Gar og Nadrak, la Ruta de las caravanas del Norte

se convertía en un pasaje estrecho y rocoso donde una guarnición drasniana y otra nadrak se enfrentaban separadas por un simple portalón formado por un único poste horizontal. El poste en sí era una barrera inútil; pero desde el punto de vista simbólico, su presencia imponía más que las puertas de Vo Mimbres o de Tol Honeth. A un lado de la barrera estaba el Oeste y al otro, el Este. Un solo paso permitía a uno ir de un mundo a otro completamente diferente y Garion hubiera deseado con toda su alma no tener que dar ese paso.

Tal como Seda había previsto, Mulger no comentó sus sospechas con los piqueros drasnianos ni con los soldados nadraks de la frontera, de modo que llegaron a las montañas de Gar og Nadrak sin ningún incidente. Al otro lado de la frontera, la Ruta de las Caravanas discurría por un abrupto y estrecho desfiladero, a la vera de un turbulento río de montaña. Las paredes rocosas del desfiladero eran escarpadas y negras y su ascenso era angustioso. El cielo sobre sus cabezas se estrechaba hasta convertirse en una sucia banda gris y el tañido de las esquilas de las mulas chocaba contra las piedras, que devolvían el eco, al ritmo rápido y machacón de las aguas del río.

Belgarath despertó y miró a su alrededor con expresión atenta. Echó un vistazo rápido y disimulado a Seda, como para advertirle al hombrecillo que mantuviera la boca cerrada, y se aclaró la garganta.

—Honorable Mulger —dijo—, queremos darte las gracias y desearte aquí buena suerte en tus negocios. —Mulger alzó la vista y miró al anciano—. Te dejaremos al final del desfiladero —continuó Belgarath amablemente—. Nosotros tenemos que ir allí —agregó con cierta vaguedad.

—No quiero saber nada al respecto —gruñó Mulger.

—Será mejor así —le aseguró Belgarath—. Por favor, no te tomes muy en serio los comentarios de Ámbar. Tiene un peculiar sentido del humor y a veces dice cosas sin pensar, sólo porque le gusta hacer enfadar a la gente. Cuando lo conoces, descubres que no tiene maldad.

Mulger dedicó una mirada larga y dura a Seda, pero no hizo ningún comentario.

—Buena suerte en lo que hagáis —dijo de mala gana, más cortés que sincero—. Tú y tu joven amigo fuisteis buenos compañeros de viaje.

—Estamos en deuda contigo, honorable Mulger —agregó Seda con fingida solemnidad—. Tu hospitalidad ha sido exquisita.

—No me gustas, Ámbar —replicó Mulger con brusquedad, y se volvió a mirarlo—. ¿Por qué no dejamos las cosas como están?

—Me abrumas —sonrió Seda.

—Ya está bien —gruñó Belgarath.

—He intentado complacerle por todos los medios a mi alcance —protestó Seda. Belgarath le volvió la espalda—. De verdad —le dijo a Garion, con una mirada de

falsa sinceridad.

—Nadie me entiende —se quejó Seda suspirando; luego dejó escapar una carcajada y se dispuso a cabalgar por el desfiladero, silbando casi entre dientes.

Al final del desfiladero dejaron a Mulger y giraron a la izquierda de la Ruta de las Caravanas, entre una maraña de rocas y árboles raquíticos. Luego se detuvieron en una loma rocosa para contemplar la lenta marcha de las mulas hasta que éstas se perdieron de vista.

—¿Adónde vamos? —preguntó Seda, y escudriñaba las nubes que el viento arremolinaba sobre sus cabezas—. Pensé que nos dirigíamos a Yar Gurak.

—Así es —respondió Belgarath, rascándose la barba—, pero daremos la vuelta a la ciudad y entraremos por la otra puma. Con las ideas que tiene Mulger, viajar con él era un poco arriesgado. Podría habersele escapado algo en el lugar menos adecuado. Además, Garion y yo tenemos que ocuparnos de un asunto antes de llegar. —El anciano echó un vistazo a su alrededor—. Ese lugar servirá —dijo, y señaló un valle verde poco profundo, oculto tras la loma.

Los condujo hacia el fondo del valle y desmontó.

Seda llevó el único caballo de carga junto a una pequeña charca de agua de manantial y ató los caballos a un tronco de la orilla.

—¿Qué tenemos que hacer, abuelo? —preguntó Garion mientras descabalgaba.

—Tu espada llama mucho la atención —dijo el anciano—. Y si no queremos pasarnos el resto del viaje respondiendo preguntas, tendremos que hacer algo al respecto.

—¿Vas a hacerla invisible? —preguntó Seda esperanzado. —En cierto modo —respondió Belgarath—. Abre tu mente al Orbe, Garion, y deja que te hable.

—No te entiendo —dijo Garion con expresión ceñuda.

—Tú límitate a relajarte, el Orbe hará el resto. Está muy entusiasmado contigo, así que si empieza a hacer sugerencias, no le hagas demasiado caso. Su comprensión del mundo real es bastante limitada. Tú relájate y deja tu mente en blanco. Tengo que hablar con él y sólo puedo hacerlo a través de ti, pues no escucharía a nadie más.

Garion apoyó la espalda contra un árbol y al momento su mente se llenó de imágenes extrañas. El mundo que percibía en esas imágenes estaba teñido de una bruma azulada y las cosas parecían angulosas, como si estuvieran formadas de superficies planas con los lados cortantes como el cristal. Tuvo una clara visión de sí mismo: cabalgaba a toda velocidad con la rutilante espada en la mano, mientras grandes hordas de hombres sin rostro huían a su paso. De repente la voz de Belgarath resonó con fuerza en su mente: «¡Basta ya!». Garion se dio cuenta de que las palabras no iban dirigidas a él, sino al propio Orbe. Luego la voz del anciano se convirtió en un murmullo que daba instrucciones y explicaba algo. Las respuestas de esa otra conciencia cristalina parecían un poco presuntuosas; pero, por fin, llegaron a algún

tipo de acuerdo y la mente de Garion se aclaró.

Belgarath meneaba la cabeza con cierta tristeza.

—A veces es como hablar con un niño —dijo—. Ni tiene idea de números ni alcanza a comprender el significado de la palabra peligro.

—Aún está allí —señaló Seda un poco decepcionado—. Todavía puedo ver la espada.

—Porque tú sabes que está ahí —respondió Belgarath—, pero, en cambio, la gente no se fijará en ella.

—¿Cómo no van a fijarse en algo tan grande? —protestó Seda.

—Es muy complicado —explicó Belgarath—. El Orbe se encargará de que la gente no le vea a él ni a la espada. Si mira con atención, notará que Garion lleva algo a la espalda, pero no sentirá la suficiente curiosidad como para averiguar qué es. En realidad, la gente apenas si reparará en Garion.

—¿Intentas hacerme creer que Garion es invisible?

—No. Por el momento, no; sólo es intrascendente. Ahora sigamos adelante; en estas montañas anochece muy temprano.

Yar Gurak era la ciudad más fea que Garion podía recordar. Construida a ambos lados de un riachuelo ruidoso y sucio, sus calles sin pavimentar, llenas de lodo, discurrían a lo largo de las empinadas cuestas del cauce abierto por el arroyo en las colinas. A ambos lados del cauce, en las colinas, más allá de la ciudad, no había ni rastro de vegetación, sólo había pozos y enormes y profundas torrenteras. De los hoyos brotaban fuentes de agua cenagosa que caía por las laderas y ensuciaba el arroyo. La ciudad tenía un aire de desidia y sus edificios parecían hechos provisionalmente. La mayoría de las construcciones eran de troncos y piedras sin pulir y muchas de las casas eran de lona, como tiendas de campaña.

Las calles estaban atestadas de delgados nadraks de rostros morenos, muchos claramente borrachos. Al entrar en la ciudad, oyeron un desagradable bullicio tras la puerta de la taberna y se vieron obligados a detenerse mientras unas dos docenas de nadraks rodaban por el barro e intentaban, con bastante éxito, inmovilizarse e incluso mutilarse mutuamente.

El sol se ponía en el horizonte cuando encontraron una posada al fondo de una calle totalmente embarrada. Era un edificio grande y cuadrangular, con la planta principal de piedra, un primer piso construido con troncos y los establos en la parte trasera. Guardaron los caballos, alquilaron una habitación para pasar la noche y entraron en una sala común, parecida a un granero, en busca de algo para cenar. Los bancos de la sala no eran muy firmes y las mesas estaban sucias de grasa, y llenas de migas y restos de comida. Humeantes lámparas de aceite colgaban de cadenas y se dejaba sentir un penetrante olor a repollo. Varios mercaderes de distintas partes del mundo se disponían a cenar, sentados en pequeños grupos, mirándose con expresión

recelosa, y separados entre sí por muros de desconfianza.

Belgarath, Garion y Seda se sentaron a una mesa vacía y comieron el guiso que una torpe criada con el delantal manchado de grasa les trajo en pequeños cuencos de madera. Al terminar, Seda echó un vistazo a la puerta de la taberna e interrogó a Belgarath con la mirada.

—Será mejor que no —dijo el anciano negando al mismo tiempo con la cabeza—. Los nadraks son muy temperamentales y en este momento las relaciones con el Oeste son tensas. No nos conviene buscarnos problemas.

Seda asintió con un gesto melancólico y los guió a la habitación de la planta superior alquilada para pasar la noche. Garion alzó la vela mortecina y observó con desconfianza los camastros de troncos arrimados a la pared. Los somieres eran de sogas y los colchones, simples jergones de paja, sucios y mal mullidos. Desde la taberna llegaban estridentes ruidos.

—No creo que podamos dormir mucho —observó.

—Los pueblos mineros no son como las aldeas de campesinos —señaló Seda—. Los granjeros siempre tienen buenos modales, incluso cuando se emborrachan. Los mineros suelen ser más brutos.

—Dentro de un buen rato se callarán —dijo Belgarath y se encogió de hombros—. Muchos estarán inconscientes antes de medianoche. —Se volvió hacia Seda—. En cuanto abran las tiendas por la mañana, quiero que compres ropa; si es posible, usada. Si logramos parecer buscadores de oro, nadie nos prestará atención. Compra un pico y un par de martillos para rocas. Los ataremos entre los bultos de nuestra bestia de carga, de manera que queden a la vista.

—Tengo la sensación de que ya has hecho esto antes.

—Lo hago de vez en cuando, es un disfraz muy útil. Para empezar, los buscadores de oro suelen estar locos, así que la gente no se sorprende si los encuentra en lugares extraños. —El anciano dejó escapar una risita—. En una ocasión hasta encontré oro... una veta tan gruesa como tu brazo.

—¿Dónde? —preguntó Seda, y su cara reflejó un repentino interés.

—En un lugar de por ahí —respondió Belgarath con un gesto vago, y se encogió de hombros—. No recuerdo el sitio exacto.

—¡Belgarath! —protestó Seda con voz angustiada. —Ahora no intentes cambiar de planes —dijo Belgarath—.

Durmamos un poco; quiero que mañana salgamos de aquí lo antes posible.

Las nubes que habían cubierto el cielo durante las últimas semanas se despejaron durante la noche. Garion se despertó cuando los rayos dorados del sol naciente se filtraban por la sucia ventana. Belgarath, sentado a una mesa en el otro extremo de la habitación, estudiaba un mapa dibujado en un pergamino. Seda ya se había ido.

—Por un momento pensé que ibas a dormir hasta el mediodía —dijo el anciano

mientras Garion se desperezaba sentado en la cama.

—Anoche no me podía dormir —respondió Garion—. Abajo hacían mucho ruido.
—Los nadraks son así.

—¿Qué crees que estará haciendo tía Pol? —preguntó Garion cambiando de conversación.

—Tal vez durmiendo.

—No tan tarde.

—Donde ella está es mucho más temprano.

—No te entiendo.

—Riva está a más de dos mil kilómetros al oeste —explicó Belgarath—. El sol no saldrá allí hasta dentro de unas horas.

Garion parpadeó.

—Nunca había pensado en eso —admitió.

—Lo suponía.

La puerta se abrió y entró Seda con varios paquetes y una expresión de rabia reflejada en el rostro. Arrojó los bultos al suelo y se acercó a la ventana a grandes zancadas, maldiciendo entre dientes.

—¿Por qué estás tan enfadado? —le preguntó Belgarath.

—¿Quieres mirar esto? —preguntó, y agitó un trozo de pergamino.

—¿Qué ocurre? —dijo Belgarath, y cogió el pergamino para leerlo.

—Hace años que este asunto quedó arreglado —declaró Seda, furioso—. ¿Cómo es posible que estas cosas sigan circulando?

—No hay duda de que la descripción es pintoresca —observó Belgarath.

—¿Has visto eso? —Seda, mortalmente ofendido, se volvió hacia Garion—. ¿Crees que parezco una comadreja?

—«... Un hombre poco favorecido, con cara de comadreja —leyó Belgarath—, de mirada furtiva y nariz larga y puntiaguda. Un notable tramposo en el juego de dados.»

—¿No crees que ya está bien?

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Garion.

—Hace unos años tuve un pequeño malentendido con las autoridades —explicó Seda un tanto desdeñoso—. En realidad no fue nada serio, pero todavía siguen haciendo circular eso. —Señaló con un gesto el pergamino que Belgarath leía con expresión divertida—. Incluso han llegado a ofrecer una recompensa. —Reflexionó un instante sobre ello—. Sin embargo, debo admitir que la cantidad es halagadora —agregó.

—¿Trajiste las cosas que te pedí?

—Por supuesto.

—Entonces, cambiémonos de ropa y larguémonos de aquí antes de que tu

inesperada fama atraiga a la multitud.

Casi todas las desgastadas ropas nadraks estaban confeccionadas en piel: pantalones negros ajustados, chalecos ceñidos y túnicas de manga corta de lino.

—Pero no he traído botas —dijo Seda—, porque las que hacen los nadraks son muy incómodas. Creo que aún no se han dado cuenta de que hay un pie izquierdo y otro derecho. —Se colocó una gorra puntiaguda de fieltro inclinada sobre la cabeza—. ¿Qué os parece? —preguntó haciendo un gesto teatral.

—No se parece en nada a una comadreja, ¿verdad? —le preguntó Belgarath a Garion.

Seda le dirigió una mirada de disgusto, pero no añadió más.

Bajaron a la planta inferior, sacaron sus caballos de los establos de la posada y montaron. La expresión sombría de Seda permaneció hasta que salieron fuera de Yar Gurak. Cuando llegaron a la cima de una colina al norte de la ciudad, el hombrecillo desmontó, cogió una piedra y la arrojó con furia hacia los edificios apiñados abajo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Belgarath con curiosidad.

Seda volvió a montar con un resoplido desdeñoso y comenzó a bajar hacia el otro lado de la colina.

Capítulo 2

Los dos días siguientes cabalgaron por un desierto rocoso con árboles enanos. A medida que se aproximaban a las montañas de cumbres nevadas, el sol se veía cada vez más cálido y el cielo cobraba un color azul más intenso. Iban por caminos serpenteantes, especie de senderos imprecisos que se perdían entre los deslumbrantes picos blancos y los altos prados de color verde pálido donde las flores silvestres se mecían con la brisa de la montaña. El aire tenía la fragancia de las plantas siempre verdes, y de vez en cuando se encontraban con ciervos que pastaban o se detenían a mirarlos con sus ojos grandes y asustadizos.

Belgarath, siempre alerta y con expresión atenta, los guiaba sin vacilaciones hacia el este. En cierto modo parecía más joven en lo alto de las montañas y no había caído en el sopor en que solía cuando cabalgaba por una ruta más accesible.

Se cruzaron con otros viajeros, nadraks vestidos de cuero, y una cuadrilla de obreros drasnianos que trabajaban en lo abrupto de una cuesta; en cierta ocasión, mucho más lejos, vieron a un individuo que parecía tolnedrano. Sus contactos con esta gente eran breves y recelosos. En las montañas de Gar og Nadrak había muy poca vigilancia y cada cual debía velar por su propia seguridad.

La única excepción a tanta desconfianza y reserva fue un viejo y locuaz buscador de oro que apareció de repente bajo un árbol, montado en un burro entre las sombras azuladas de la mañana. Tenía el cabello blanco y enmarañado y vestía ropas harapientas, sin duda encontradas en cualquier sitio. Su cara bronceada y arrugada estaba curtida como piel vieja de animal, pero sus ojos azules brillaban con alegría. Se unió a ellos sin saludar ni demostrar la menor duda en que sería bien recibido, e inmediatamente comenzó a hablar, como si volviera a tomar la conversación que acababa de interrumpir.

Su voz y sus modales tenían una gracia que Garion enseguida encontró fascinante.

—Debe de hacer más de diez años que no vengo por este camino —comenzó mientras arreaba el burro para ponerse a la par de Garion—. Ya no vengo mucho por esta parte de las montañas. Los lechos de estos ríos han sido registrados al menos cien veces. ¿Hacia dónde vas?

—No lo sé —respondió Garion con cautela—. Es la primera vez que vengo por aquí, así que me limito a seguir el camino que me indican.

—Encontraréis mejores arenas en el norte —le aconsejó el hombre del burro—, cerca de Morindland. Por supuesto, allí arriba hay que tener mucho cuidado, pero, como dicen, el que algo quiere, algo le cuesta. —Observó a Garion con atención—. Tú no eres nadrak, ¿verdad?

—Sendario —se limitó a responder Garion.

—Nunca he estado en Sendaria —murmuró el buscador de oro—. En realidad nunca he estado en ningún sitio, sólo aquí. —Miró los picos coronados de nieve y los verdes bosques de su alrededor con profunda veneración—. Jamás se me ocurrió ir a ningún otro lugar. He picado estas montañas de un extremo a otro durante setenta años, y nunca saqué gran cosa, excepto el placer de estar aquí. Una vez encontré un lingote en el río; tenía tanto oro rojo que parecía que sangraba. El invierno me pilló allí y casi me congelé cuando intenté salir.

—¿Volviste a la primavera siguiente? —Garion no pudo evitar la pregunta.

—Pensaba hacerlo; pero aquel invierno bebí mucho porque tenía el suficiente oro para permitírmelo y el alcohol me reblandeció los sesos. Cuando salí al año siguiente, me llevé conmigo algunos barriles para que me hicieran compañía. Eso siempre es un error; la bebida se sube más a la cabeza allí, en lo alto de la montaña, y uno no siempre presta a las cosas la atención debida. —Se echó hacia atrás en la albarda del burro y se rascó la barriga con aire pensativo—. Salí a los prados al norte de las montañas, en Morindland. Pensé que iba a ser más fácil avanzar en terreno llano. En resumen, que me encontré con una banda de morinds y me hicieron prisionero. Me había pasado el día entero bebiendo cerveza, así que no me di cuenta de lo que me pasaba, y ahora supongo que fue una suerte. Probablemente eso me salvó la vida. Me tuvieron prisionero cinco o seis años, intentando encontrar un significado a mis delirios. Cuando recuperé la lucidez y me percaté de lo que ocurría, me encargué de seguir fingiendo que deliraba. Al final se cansaron y dejaron de vigilarme, así que me escapé; pero para entonces ya había olvidado dónde estaba el río.

De vez en cuando, si estoy por esa zona, echo un vistazo para encontrarlo. —Sus palabras parecían divagaciones, pero sus viejos ojos azules eran muy perspicaces—. Esa espada que llevas es muy grande, chico. ¿A quién piensas matar con ella? —La pregunta fue tan súbita que Garion no tuvo tiempo ni de asombrarse—. Es curioso —añadió el viejo harapiento con expresión astuta—, esa espada parece que quiere pasar inadvertida. —Luego se volvió hacia Belgarath que lo miraba de igual a igual—. No has cambiado mucho —observó.

—Y tú aún hablas demasiado —respondió Belgarath.

—Cada pocos años me dan ganas de hablar —admitió el viejo del burro—. ¿Tu hija sigue bien? —Belgarath asintió con un gesto—. Era una mujer atractiva —continuó —, aunque tenía muy mal genio.

—En eso no ha cambiado mucho.

—Lo imaginaba —rió el viejo buscador de oro y luego vaciló un instante—. Acepta mi consejo y ten cuidado si vas hacia el sur —dijo muy serio—. Por lo visto, allí abajo las cosas andan muy mal. Está atestado de extranjeros con capas rojas y sale humo de altares que no se habían usado durante años. Los grolims están de caza otra vez y tienen los cuchillos recién afilados. Los nadraks que vienen aquí arriba no

dejan de vigilar a sus espaldas. —Hizo una pausa y miró a Belgarath a los ojos—. También ha habido otras señales —añadió—. Los animales están inquietos como antes de una gran tormenta, y, a veces, por las noches, si escuchas atentamente, se oyen ruidos semejantes a truenos lejanos, tal vez desde Mallorea. El mundo entero parece intranquilo y tengo el presentimiento de que va a suceder algo grave, quizá de ese tipo de cosas en las que participaría un hombre como tú. Lo cierto es que ellos saben que estás aquí, no creo que puedas pasar inadvertido. —De repente se encogió de hombros, como si se lavara las manos en aquel asunto—. Pensé que te gustaría saberlo.

—Gracias —respondió Belgarath.

—No me costaba nada decírtelo —respondió el viejo encogiéndose otra vez de hombros—. Creo que iré hacia allá. —Señaló al norte—. En estos últimos meses han venido muchos extraños y empieza a haber demasiada gente por aquí. Ya he hablado más de la cuenta, creo que será mejor que busque un poco de soledad. —Arreó a su burro y comenzó a alejarse—. ¡Buena suerte! —dijo a modo de despedida, y luego desapareció entre las sombras azules de los árboles.

—Por lo visto, lo conocías —le dijo Seda a Belgarath.

—Lo conocí hace unos treinta años —asintió Belgarath, y meneó la cabeza—. Polgara había venido a averiguar unas cosas a Gar og Nadrak. Reunida la información que buscaba, me envió un mensaje. Yo vine, se la compré a su dueño y partimos hacia casa, pero una temprana tormenta de nieve nos pilló todavía en las montañas. El viejo nos encontró y nos llevó a la cueva donde solía esconderse cuando nevaba tanto. Era una cueva muy cómoda, pero él insistía en guardar al burro dentro. Si no recuerdo mal, Pol y él se pasaron todo el invierno discutiendo sobre el caso.

—¿Cómo se llama? —preguntó Seda con curiosidad. —Nunca lo dijo, y no es correcto preguntar —respondió Belgarath, y se encogió de hombros.

Garion, sin embargo, se había quedado estupefacto con las primeras palabras de su abuelo.

—¿Tía Pol tenía un dueño? —preguntó, incrédulo.

—Es una costumbre nadrak —explicó Seda—. En su sociedad, las mujeres son consideradas como una propiedad. No está bien visto que una mujer vaya por ahí sin dueño.

—¿Era una esclava? —preguntó Garion, y apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Por supuesto que no —respondió Belgarath—. ¿Puedes imaginarte a tu tía en esa situación?

—Pero dijiste...

—Dije que se la había comprado al hombre que era su dueño. Su relación era una mera formalidad, nada más. Necesitaba un dueño para poder vivir aquí, y se hizo

famoso por ser el propietario de una mujer tan hermosa. —Belgarath hizo una mueca de amargura—. Me costó una fortuna recuperarla, a veces me pregunto si valió la pena.

—¡Abuelo!

—Estoy seguro de que Polgara encontrará fascinante ese comentario, viejo amigo —dijo Seda con sarcasmo.

—No creo que sea necesario que lo repitas delante de ella, Seda.

—Nunca se sabe —rió Seda—. Es probable que algún día necesite algo de ti.

—Eres odioso.

—Lo sé. —Seda sonrió y miró a su alrededor—. Tu amigo se molestó mucho en encontrarte —sugirió—. ¿Por qué?

—Quería hacerme una advertencia.

—¿Sobre la tensión que hay en Gar og Nadrak? Eso ya lo sabíamos.

—Su advertencia fue mucho más imperiosa. —No lo parecía. —Porque no lo conoces.

—Abuelo —dijo Garion de repente—, ¿cómo hizo para ver mi espada? Creí que te habías ocupado de eso.

—El lo ve todo, Garion. Es capaz de ver un árbol una sola vez y diez años después decirte cuántas hojas tenía.

—¿Es un hechicero?

—No lo creo. Es sólo un viejo extraño que ama las montañas. No sabe lo que ocurre porque no quiere saberlo. Si le interesara, podría enterarse de todo lo que sucede en el mundo.

—Entonces podría hacer una fortuna como espía —musitó Seda.

—Él no quiere una fortuna. ¿No lo comprendes? Cuando necesita dinero, vuelve al río donde está esa veta que mencionó.

—Pero dijo que había olvidado dónde estaba —protestó Garion.

—Él no olvida nunca nada en su vida —gruñó Belgarath, y sus ojos se perdieron en la lejanía—. Hay muy poca gente como él en el mundo, gente que no se preocupa por lo que hacen los demás. Tal vez no sea mala idea; si pudiera volver a vivir, no me importaría hacerlo de ese modo. —Miró a su alrededor con los ojos muy atentos—. Vayamos por ese camino —sugirió, y señaló un sendero apenas visible que cruzaba en diagonal un prado salpicado de pequeños troncos blanqueados por el sol y las inclemencias del tiempo—. Si lo que él dice es cierto, nos conviene evitar los lugares concurridos. Ese camino lleva al norte, donde no hay tanta gente.

Poco después, el terreno comenzó a descender y los tres cabalgaron al galope, de espaldas a las montañas, hacia el gran bosque de Nadrak. Los altos picos se convirtieron en pequeñas colinas boscosas, y cuando llegaron a la cima de una de ellas, pudieron contemplar el mar de árboles que se extendía a sus pies. El bosque se

perdía más allá del horizonte con un intenso color verde bajo el cielo azul. Soplaban una brisa suave, y el murmullo que producía al pasar a través de kilómetros y kilómetros de árboles daba una sensación de infinita tristeza, como una melancólica evocación de veranos pasados y primaveras que no volverían nunca más.

A cierta distancia del bosque, en la ladera, había una aldehuela tosca y fea, agazapada al lado de una sima, abierta en la tierra roja de la colina.

—Un pueblo minero —observó Belgarath—. Bajemos a husmear un poco y veamos qué ocurre.

Descendieron la colina con precaución. A medida que se acercaban, Garion notó que la aldea tenía el mismo aspecto que Yar Gurak. Las casas estaban construidas de igual modo —truncos con corteza y piedras bastas—y los tejados bajos y puntiagudos estaban sostenidos con piedras para que los tablones no se volaran con las ventiscas invernales. Los nadraks no parecían preocuparse por la apariencia de sus viviendas, y una vez levantados los muros y los tejados, las dejaban y dedicaban su atención a otros menesteres, sin preocuparse de esos retoques finales que dan a una casa el aspecto de permanencia que un sendario o un tolnedrano consideraban absolutamente necesarios. El pueblo entero parecía reflejar una actitud de desidia que por alguna razón disgustaba a Garion.

Algunos de los mineros del pueblo salieron a las calles de tierra batida para ver entrar a aquellos forasteros. Sus ropas de cuero estaban manchadas con la tierra roja del lugar y sus miradas eran frías y desconfiadas. En aquel lugar se respiraba una atmósfera de temeroso recelo, con un toque de desafiante agresividad.

Seda hizo un gesto con la cabeza en dirección a un edificio grande y bajo, sobre cuya puerta el viento sacudía un cartel con un torpe dibujo de un racimo de uvas. Una galería cubierta rodeaba el edificio y varios nadraks vestidos de piel estaban sentados en bancos a su alrededor, mientras contemplaban una pelea de perros que tenía lugar en medio de la calle.

Belgarath asintió con un gesto.

—Pero vayamos por un lado —sugirió—, por si tenemos que salir huyendo.

Desmontaron junto a la galería lateral, amarraron los caballos a una baranda y entraron.

El interior de la taberna era sombrío, lleno de humo, las ventanas no eran frecuentes en la arquitectura nadrak. Las mesas y los bancos eran muy rústicos y la única iluminación procedía de humeantes lámparas de aceite colgadas con cadenas de las vigas. El suelo estaba manchado de barro y por todas partes había restos de comida. Los perros merodeaban libremente debajo de las mesas y de las sillas. El aire estaba impregnado de olor a cerveza rancia y a cuerpos sucios, y a pesar de que aún era temprano, el lugar estaba atestado de gente. Muchos de aquellos hombres ya estaban tan borrachos que habían perdido la conciencia, pero se hacía mucho ruido,

pues los nadraks que se sentaban a las mesas o daban tumbos por la sala parecían habituados a hablar a voz en grito.

Belgarath se abrió paso hasta la mesa de un rincón, donde un hombre solitario contemplaba su jarra de cerveza con los ojos nublados y la boca entreabierta.

—¿Te importa que compartamos la mesa? —preguntó el anciano, y se sentó sin esperar respuesta.

—¿Habría alguna diferencia si me importara? —preguntó el hombre de la jarra. Estaba sin afeitar y sus ojos hinchados parecían inyectados en sangre.

—No mucha —respondió Belgarath con brusquedad.

—Sois nuevos por aquí, ¿verdad? —preguntó el nadrak, y los miró casi con curiosidad mientras hacía un esfuerzo por enfocar la vista.

—No creo que sea asunto tuyo —respondió Belgarath en un tono grosero.

—Eres demasiado bocazas para la edad que tienes —sugirió el nadrak, mientras gesticulaba con los dedos en un gesto amenazador.

—He venido aquí a beber, no a pelear —declaró Seda con brusquedad—. Es probable que más tarde cambie de idea, pero ahora tengo sed. —Cogió el brazo de un camarero que pasaba—. Cerveza —le ordenó—, y no tardes todo el día.

—No me toques —respondió el camarero—. ¿Estáis con él? —y señaló al nadrak junto al cual se habían sentado.

—Estamos sentados con él, ¿verdad?

—¿Queréis tres o cuatro jarras?

—Yo quiero una... por ahora. A los demás, tráeles lo que quieran, yo pagaré la primera ronda.

El camarero gruñó y se abrió paso entre los presentes, tras una breve pausa para dar un puntapié a un perro que se le cruzó en el camino.

La oferta de Seda pareció calmar la agresividad de su compañero de mesa.

—Habéis elegido un mal momento para venir al pueblo —les dijo—. Esta zona está atestada de reclutadores mallorcanos.

—Hemos estado en las montañas —dijo Belgarath—y volveremos dentro de un día o dos. Lo que ocurra aquí abajo no nos interesa mucho.

—Será mejor que os intereséis mientras estéis aquí abajo... a no ser que queráis probar la vida del ejército.

—¿Hay guerra en algún lugar? —preguntó Seda.

—Por lo visto la habrá, al menos eso dicen. En algún sitio cerca de Mishrak ac Thull.

—Nunca he conocido un thull con quien valiera la pena luchar —gruñó Seda.

—No son los thulls, sino los alorn. Con su reina, si es posible imaginar algo así, avanzan para invadir a los thulls.

—¿Una reina? —se burló Seda—. Si es así no puede ser un gran ejército.

Dejemos que los thulls se defiendan solos.

—Eso díselo a los reclutadores mallorcanos —sugirió el nadrak.

—¿Qué?, ¿estabas fabricando la cerveza? —preguntó Seda al camarero que regresaba con cuatro grandes jarras.

—Hay otras tabernas, amigo —respondió el camarero—. Si ésta no te gusta, vete a buscar otra. Son doce peniques.

—¿Cómo, tres peniques por jarra? —exclamó Seda.

—Corren tiempos difíciles. Seda pagó de mala gana.

—Gracias —dijo el nadrak mientras cogía una de las jarras.

—No hay de qué —respondió Seda con amargura.

—¿Qué hacen aquí los mallorcanos? —preguntó Belgarath.

—Cogen a todo el que pueda tenerse en pie, ver rayos y oír truenos. Hacen el reclutamiento con barras de hierro, así que es difícil negarse. Los acompañan grolims y éstos llevan cuchillos carniceros bien visibles, como una advertencia sobre lo que podría ocurrir a cualquiera que haga demasiadas objeciones.

—Tal vez tengas razón al decir que elegimos un mal momento para bajar de las montañas —dijo Seda.

El nadrak asintió con la cabeza.

—Los grolims dicen que Torak se está despertando.

—Esa no es una buena noticia —respondió Seda.

—Brindemos por eso —dijo el nadrak, y levantó su jarra de cerveza—. ¿Habéis encontrado algo que valiera la pena en las montañas?

—Apenas unas pepitas —respondió Seda, y meneó la cabeza—. Hemos estado trabajando en los lechos de los ríos por si encontrábamos oro en la arena, pues no tenemos el equipo necesario para excavar en la roca.

—Nunca os haréis ricos sentados junto a un arroyo, lavando las arenas.

—Vamos tirando —dijo Seda, encogiéndose de hombros—. Algún día puede que tengamos suerte y encontremos suficiente oro como para equiparnos debidamente.

—Y tal vez algún día llueva cerveza, mira ése —Seda soltó una carcajada—. ¿Nunca has pensado en buscar otro socio?

—¿Has estado allí arriba alguna vez? —le preguntó Seda al nadrak, y escudriñaba su cara sin afeitarse.

—Lo suficiente como para saber que no me gusta —asintió el nadrak—, pero creo que un puesto en el ejército me gustaría aún menos.

—Tomemos una copa mientras lo discutimos —sugirió Seda.

Garion se echó hacia atrás y apoyó los hombros sobre la rústica pared de troncos. Los nadraks no parecían tan desagradables una vez que te acostumbrabas a la brusquedad de sus modales. Eran gente de lenguaje rudo y expresiones toscas, pero no tan agresivos con los extranjeros como los murgos.

Garion dejó vagar su mente y recordó las palabras del nadrak sobre una reina. Desechó la idea de que cualquiera de las reinas que estaban en Riva pudiera haber asumido, fuera cual fuese la circunstancia, una autoridad semejante. Sólo quedaba tía Pol. La información del nadrak debía de haber llegado un poco confusa; en ausencia de Belgarath, tía Pol era la única que podía ponerse al frente de todo, aunque no fuera propio de ella. ¿Qué podría haberla inducido a tomar una decisión tan drástica?

Cuanto más caía la tarde, más eran los hombres que se emborrachaban en la taberna, más las pequeñas peleas que se organizaban, riñas consistentes en meros empujones, pues muy pocos en la sala estaban lo suficientemente sobrios como para asestar un buen golpe. El nadrak sentado junto a ellos bebía sin cesar, hasta que apoyó la cabeza sobre los brazos y comenzó a roncar.

—Creo que ya no tenemos nada que hacer aquí —sugirió Belgarath en voz baja—. Marchémonos; por lo que dice nuestro amigo, no nos conviene dormir en el pueblo.

Seda hizo un gesto de asentimiento. Luego los tres se pusieron de pie, y se abrieron paso entre la multitud en dirección a la puerta lateral.

—¿Quieres que cojamos algunas provisiones? —preguntó el hombrecillo.

—Tengo la impresión de que debemos salir de aquí lo antes posible —respondió Belgarath y meneó la cabeza.

Seda le echó una fugaz ojeada. Los tres desataron sus caballos, montaron y regresaron al camino de tierra roja. Cabalgaban al paso, para no despertar sospechas, pero Garion podía percibir un ambiente apremiante y tenso, que los inducía a dejar atrás aquel pueblo rústico y lleno de barro. El aire presagiaba algo amenazador y el sol dorado del atardecer parecía oscurecido por una nube invisible. Cuando pasaban junto a la última casa destartada de aquel lado de la colina, oyeron un grito de alarma procedente del centro del pueblo. Garion se volvió y vio un grupo de unos veinte hombres a caballo, vestidos con capas rojas, que se acercaban a todo galope a la taberna que acababan de dejar. Con la destreza de verdaderos expertos, los extraños vestidos de escarlata saltaron de sus caballos y se apresuraron a cubrir todas las salidas para evitar la huida de los que estaban en el interior.

—¡Malloreanos! —exclamó Belgarath—. ¡A los árboles!

Clavó los talones en los flancos de su caballo y los tres salieron a galope tendido por el claro de hierbas y troncos que rodeaba el pueblo, para ocultarse en el bosque; pero no hubo más gritos ni intentos de persecución. Por lo visto, en la taberna había suficiente pescado como para llenar las redes de los malloreanos. Desde un lugar seguro, ocultos tras las ramas de un árbol, Seda y Belgarath contemplaron una fila de desconsolados nadraks encadenados unos a otros por los tobillos. Salían a la calle de tierra roja bajo la atenta mirada de los reclutadores malloreanos.

—Parece que, después de todo, nuestro amigo acabará uniéndose al ejército —

observó Seda.

—Mejor él que nosotros —respondió Belgarath—. Creo que habríamos estado fuera de lugar en medio de una horda de angaraks. —Escudriñó el disco rosado del sol que se ponía—. Vámonos de aquí. Aún quedan unas horas para que anochezca. Parece que en esta zona el servicio militar es como una epidemia y no quisiera contagiarme.

Capítulo 3

El bosque de Nadrak no se parecía al de Arendia, mucho más al sur. Las diferencias eran muy sutiles y Garion necesitó varios días para establecerlas con claridad. Por una parte, los senderos por los que transitaban parecían ocasionales y estaban tan poco hollados que apenas eran una señal sobre el suelo arcilloso. En el bosque arendiano la presencia del hombre era constante por todas partes; aquí, en cambio, el hombre era un intruso, un simple transeúnte. Además, el bosque de Arendia tenía límites concretos, pero este mar de árboles se extendía hasta el último confín del continente y así había sido desde el comienzo de los tiempos.

El bosque entero estaba lleno de vida. Ciervos de color cobrizo correteaban entre los árboles y enormes y peludos bisontes, con cuernos negros y retorcidos, brillantes como el ónix, pastaban en los claros. Hasta un oso se cruzó en su camino gruñendo y rezongando. Los conejos se perdían entre la vegetación y las perdices alzaban el vuelo con un aleteo rápido y sonoro. En las charcas y en los arroyuelos abundaban los peces, las ratas almizcleras, las nutrias y los castores. Pronto descubrieron que también había otras formas de vida. Los mosquitos eran apenas un poco más pequeños que los gorriones, junto a una horrible mosca marrón que picaba a cualquier ser que se moviera.

El sol salía temprano y se ponía tarde, salpicando el suelo oscuro del bosque con su luz dorada. A pesar de que estaban en pleno verano, no hacía demasiado calor, y el aire tenía la fragancia de la vegetación típica de las tierras del norte, donde el verano era corto y el invierno muy largo.

Desde que entraron en el bosque, a Belgarath pareció que se le fuera el sueño. Cada noche, cuando Seda y Garion se envolvían, fatigados, en sus mantas, el viejo hechicero se perdía entre los árboles y desaparecía. Una noche estrellada, horas después de anochecer, Garion se despertó sobresaltado y oyó unas suaves pisadas sobre la alfombra de hojas en el claro del bosque; estaba aún medio dormido, pero comprendió lo que sucedía. Su abuelo, convertido en gran lobo plateado, salía de noche cerrada, a explorar el bosque por si encontraba algún indicio de persecución o de peligro.

Los paseos nocturnos del anciano eran tan silenciosos como el humo, pero no pasaron inadvertidos. Una mañana temprano, antes del alba, con los árboles aún brumosos, semiocultos por un manto de niebla, aparecieron varias siluetas entre los troncos oscuros y se detuvieron cerca. Garion, que acababa de despertarse y se inclinaba para avivar el fuego, se quedó inmóvil. A medida que se incorporaba, podía sentir unos ojos clavados en él y la piel le escocía de una forma extraña. A unos tres metros de distancia se encontraba un lobo grande de color gris oscuro. El animal tenía una expresión tranquila y sus ojos eran tan brillantes como la luz del sol. En aquellos

ojos dorados había una pregunta muda y Garion advirtió que podía comprenderla.

—Uno se pregunta por qué haces eso.

—¿Por qué hago qué? —preguntó Garion amablemente, hablando en el lenguaje de los lobos.

—Moverte de esa forma tan extraña. —Es necesario que lo haga.

—¡Ah! —muy educado, el lobo no intentó ahondar más en la cuestión—. Uno tiene curiosidad por saber si no lo encuentras un tanto limitado —agregó.

—Una vez que te acostumbras, no es tan malo como parece.

El lobo, que no parecía convencido, se sentó sobre sus patas traseras.

—Uno ha visto al otro varias veces en las últimas oscuridades —dijo con el peculiar estilo de los lobos—y uno siente curiosidad por saber por qué tú y él habéis venido a nuestro territorio.

Garion supo por instinto que la respuesta a esa pregunta era de vital importancia.

—Vamos de un sitio a otro —respondió cautelosamente—. No es nuestra intención buscar madrigueras ni pareja en vuestro territorio, ni cazar criaturas que os pertenezcan.

Garion no se explicaba cómo se le había ocurrido aquella respuesta, pero el lobo pareció quedar satisfecho con ella.

—A uno le complacería que presentaras nuestros saludos a aquel con la piel como la escarcha —dijo solemnemente—. Uno ha notado que merece gran respeto.

—Uno estará encantado de transmitirle tu mensaje —respondió Garion, un poco sorprendido de la facilidad con que había logrado aprender aquella complicada sintaxis.

—Es hora de cazar —dijo el lobo mientras alzaba la cabeza y olfateaba el aire—. Que encontréis lo que buscáis.

—Y que tengáis buena caza —respondió Garion.

El lobo se volvió y regresó a la niebla, seguido por su manada.

—En líneas generales, lo hiciste bastante bien —dijo Belgarath desde las profundas sombras de la espesura.

Garion, sobresaltado, dio un respingo. —No sabía que estabas ahí —dijo.

—Pues deberías haberlo sabido —replicó el anciano mientras emergía de las sombras.

—¿Cómo supo que a veces soy un lobo? —preguntó Garion.

—Se nota. Un lobo está muy atento a ese tipo de cosas.

Seda salió de debajo del árbol donde había dormido. El hombrecillo caminaba con cautela, pero al mismo tiempo arrugaba la nariz, lleno de curiosidad.

—¿Qué era todo eso? —preguntó.

—Los lobos querían saber qué hacemos en su territorio —respondió Belgarath—. Querían saber si tendrían que pelear con nosotros.

—¿Pelear? —preguntó Garion, estupefacto.

—Es lo que suele pasar cuando un lobo extraño invade el territorio de otra manada. A los lobos no les gusta luchar entre ellos porque es una pérdida de energía, pero si la situación lo requiere lo hacen.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Seda—. ¿Por qué se fueron sin más?

—Garion los convenció de que sólo estábamos de paso. —Fue muy listo.

—¿Por qué no avivas el fuego, Garion? —sugirió Belgarath—. Será mejor que desayunemos algo y partamos cuanto antes. Falta mucho para llegar a Mallorca y tenemos que aprovechar el buen tiempo.

Ese mismo día se encontraron en un valle donde había casas de troncos y tiendas de campaña junto a un arroyo que bordeaba un extenso prado.

—Comerciantes de pieles —le explicó Seda a Garion, y señaló el rústico poblado—. Hay sitios como éste en todos los grandes arroyos de la región. —La nariz puntiaguda del hombrecillo comenzó a crisparse y sus ojos cobraron un nuevo brillo—. En estos pueblecillos se compran y se venden muchas cosas.

—Olvídalo —le dijo Belgarath con tono significativo—e intenta controlar tus instintos depredadores.

—No pensaba hacer nada —protestó Seda.

—¿De veras? ¿Estás enfermo?

Seda ignoró aquel comentario adoptando una actitud digna.

—¿No sería más seguro rodear el pueblo? —preguntó Garion, mientras cabalgaban por el prado.

Belgarath negó con la cabeza.

—Quiero saber lo que sucede más adelante, y la mejor forma de averiguarlo es hablando con la gente que ha estado allí. Entramos, paseamos una hora y luego nos marchamos. Estad atentos a lo que digan. Si alguien pregunta algo, decidle que vamos al norte en busca de oro.

Había diferencias entre los cazadores y tramperos que vagaban por las calles de este poblado y los mineros que encontraron en la última aldea. Para empezar, eran más abiertos, menos hoscos, menos agresivos. Garion supuso que la forzada soledad de sus ocupaciones les hacía apreciar la compañía de otras personas en sus breves visitas a los centros de comercio de pieles. Aunque bebían tanto como los mineros, sus borracheras solían acabarse en risas y cantos y no en peleas.

En el centro del pueblo había una gran taberna, hacia donde ellos se dirigieron muy despacio.

—Por la puerta lateral —insinuó Belgarath mientras desmontaban frente a la taberna.

Condujeron sus caballos al otro lado del edificio y los amarraron a la baranda de la galería.

La estancia estaba más limpia, menos concurrida y mejor iluminada que la taberna de los mineros; olía a madera y aire fresco, no a cerveza rancia y tierra húmeda. Los tres amigos se sentaron a una mesa cerca de la puerta y pidieron cerveza a un amable camarero. La cerveza tenía un magnífico color marrón oscuro, estaba muy fría y era sorprendentemente barata.

—Los compradores de pieles son los dueños de la taberna —explicó Seda mientras se limpiaba la espuma del labio superior—. Descubrieron que es más fácil regatear con los cazadores cuando están un poco borrachos, de modo que ofrecen grandes cantidades de cerveza a bajo precio.

—Supongo que tiene lógica —admitió Garion —, pero ¿acaso los cazadores no lo saben?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué beben antes de hacer tratos?

—Les gusta beber —respondió Seda, y se encogió de hombros.

Los dos cazadores sentados a la mesa contigua estaban reiniciando una amistad que por lo visto no se remontaba a más de doce años atrás. Sus barbas tenían hebras de plata, pero hablaban con despreocupación como si fueran mucho más jóvenes.

—¿Tuviste algún problema con los morinds allí arriba? —le preguntaba uno al otro.

El segundo cazador negó con la cabeza.

—Puse señales pestilentes a ambos lados del valle donde coloqué las trampas —respondió—. Un morind es capaz de desviarse una barbaridad de kilómetros de su camino con tal de evitar un lugar pestilente.

—Ese suele ser el mejor sistema —asintió el otro—. Gerder solía decir que las señales de hechizos funcionan mejor, pero estaba equivocado.

—No lo he visto en las últimas temporadas de caza.

—Me sorprendería que lo vieras. Los morinds lo cogieron hace tres años. Yo mismo lo enterré..., bueno, lo que quedaba de él.

—No lo sabía. Pasé un invierno con él en el nacimiento del Cordu. Era un hombre hosco, pero me sorprende que los morinds se atrevieran a cruzar sus señales de hechizos.

—Por lo que sé, llevaron a un mago para que anulara su poder. Encontré una pata de comadreja seca colgada con tres hierbas atadas en cada dedo.

—Ese es un hechizo muy potente. Deben de haber estado muy interesados en él para que un mago se tomara semejante molestia.

—Ya sabes cómo era. Con sólo pasar por un lugar, lograba poner nerviosa a la gente en muchos kilómetros a la redonda.

—Es cierto.

—Pero ya no podrá volver a hacerlo. Su cráneo estará adornando la varita mágica

de un mago morind.

—¿A qué se refieren cuando hablan de señales? —le preguntó Garion a su abuelo en un murmullo mientras se inclinaba hacia él.

—Son avisos —respondió Belgarath—. Casi siempre consisten en palos clavados en tierra decorados con huesos o plumas. Los morinds no saben leer, así que sería inútil ponerles un cartel.

Un viejo y ya encorvado cazador, con sus ropas de piel remendadas y brillantes por el uso, se dirigió al centro de la taberna arrastrando los pies. Su cara arrugada y barbuda tenía una ligera expresión de disculpa. Tras él venía una joven nadrak con un vestido de felpa rojo ceñido a la cintura con una brillante cadena. La mujer iba atada al cuello con una correa, cuyo extremo el viejo cazador de pieles sostenía con firmeza en el puño. A pesar de la correa, la mujer tenía una expresión digna y desafiante y miraba a los hombres de la taberna con mal disimulado desprecio. Cuando el viejo cazador de pieles llegó al centro de la estancia, carraspeó para atraer la atención de la gente.

—Vendo a esta mujer —anunció a voz en grito. La mujer le escupió a la cara sin cambiar de expresión—. Todo lo que vas a conseguir será rebajar tu precio, Vella —dijo el anciano con tono conciliador.

—Eres un idiota, Tashor —replicó ella—. Sabes que aquí no hay nadie que pueda permitirse el lujo de comprarme. ¿Por qué no hiciste lo que te dije y me ofreciste a los compradores de pieles?

—Porque ellos no están interesados en mujeres, Vella —respondió Tashor con la misma serenidad—. Aquí conseguiremos un precio mejor, créeme.

—No te creería aunque dijeras que el sol va a salir mañana, viejo estúpido.

—Como podéis ver, esta mujer es bastante fogosa —anunció Tashor sin demasiado entusiasmo.

—¿Intenta vender a su esposa? —preguntó Garion, a punto de ahogarse con la cerveza.

—No es su esposa —respondió Seda—. Es su propietario, eso es todo.

Garion apretó los puños e hizo ademán de levantarse, con la cara desfigurada por la furia, pero Belgarath lo cogió fuertemente de la muñeca.

—Siéntate —ordenó el anciano.

—Pero...

—Digo que te sientes, Garion. Esto no es asunto tuyo.

—A no ser que quieras comprar a la mujer, por supuesto —sugirió Seda con tono jocoso.

—¿Está sana? —preguntó a Tashor un cazador de pieles con la cara chupada y cruzada por una cicatriz.

—Sí —respondió Tashor—, y tiene todos los dientes. Enséñale los dientes, Vella.

—No miran mis dientes, idiota —dijo ella y dirigió una mirada hosca y desafiante al cazador de la cicatriz.

—Es una excelente cocinera —continuó Tashor a toda prisa—y sabe curar el reumatismo y las fiebres intermitentes. Sabe curtir y teñir pieles. No come mucho. Si no se le da cebolla, su aliento no huele demasiado mal. Sólo ronca cuando se emborracha.

—¿Si es tan maravillosa por qué quieres venderla? —quiso saber el cazador de la cara chupada.

—Me estoy haciendo viejo —respondió Tashor —, y quisiera un poco de paz y quietud. Es emocionante tener a alguien como Vella cerca, pero yo ya he tenido toda la emoción que necesitaba. Quisiera establecerme en algún lugar tranquilo y criar cabras o gallinas —agregó con voz compungida.

—¡Oh, eres insufrible! —estalló Vella—. ¿Tengo que hacerlo todo yo? Sal de en medio, Tashor. —Empujó al viejo cazador con brusquedad y contempló a la gente con sus brillantes ojos negros—. Muy bien —dijo con firmeza—, vamos al grano, Tashor quiere venderme. Soy fuerte y sana, sé cocinar, curtir pieles y pellejos, atender las enfermedades corrientes, regatear al comprar las provisiones y fabricar buena cerveza. —Entornó los ojos con expresión sombría—. No me he acostado con ningún hombre y tengo las dagas bien afiladas para persuadir a los extraños que intenten forzarme a hacerlo. Sé tocar la flauta dulce y conozco muchas leyendas antiguas. Sé hacer señales de hechizos, de pestilencia y de sueños para mantener alejados a los morinds y una vez maté a un oso con mi arco a treinta pasos.

—A veinte pasos —corrigió Tashor con suavidad.

—Casi treinta —insistió.

—¿Puedo verte bailar? —preguntó el cazador de la cicatriz. —Sólo si tienes verdadero interés en comprarme —respondió ella, y lo miró directamente a los ojos.

—Lo discutiremos después de que te vea bailar.

—¿Sabes marcar el ritmo? —preguntó Vella.

—Sí.

—Muy bien.

Se llevó las manos a la cadena que ceñía su cintura y la desabrochó con un ruido tintineante. Luego abrió el grueso vestido de felpa, se lo quitó y se lo entregó a Tashor. Después se quitó con cuidado la correa del cuello y recogió su lustrosa cabellera de color negro azulado con un lazo de seda roja. Debajo del vestido rojo llevaba una túnica rosada de seda malloreana que se ceñía a su cuerpo con cada movimiento y producía un suave rumor. La bata le llegaba a la mitad de la pantorrilla, casi a la altura de sus finas botas de piel. Por la parte superior de las botas asomaban las empuñaduras adornadas con piedras preciosas de dos dagas, y tras el cinturón de piel ceñido a su cintura, otra tercera daga. La túnica se cerraba en un estrecho cuello

alrededor de la garganta, pero le dejaba los brazos descubiertos hasta el hombro. La mujer llevaba media docena de finas pulseras de oro en cada muñeca y, con gracia estudiada, se inclinó a atar una ajorca de pequeños cascabeles alrededor de los tobillos. Alzó luego los brazos lisos y bien torneados hasta que las manos quedaron a la altura de su rostro.

—Éste es el ritmo, cara marcada. Intenta mantenerlo.

Comenzó a batir palmas. El ritmo consistía en tres palmadas largas y cuatro cortitas. Vella comenzó a bailar despacio con una especie de insolente pavoneo. El borde de la túnica rozaba contra sus sensuales pantorrillas produciendo un murmullo acariciador.

El delgado cazador de pieles reprodujo el ritmo con sus manos callosas, dando fuertes palmadas en medio del súbito silencio que se hizo mientras Vella bailaba.

Garion comenzó a ruborizarse. Los movimientos de Vella eran suaves y armoniosos. Los cascabeles de sus tobillos y las pulseras de sus brazos ofrecían un tintineante contrapunto a las palmadas del cazador. Sus pies apenas rozaban el suelo con los complicados pasos de la danza y sus brazos dibujaban figuras en el aire. Pero debajo del finísimo tejido de la túnica sucedían otras cosas aún más interesantes. Garion tragó saliva y descubrió que casi había dejado de respirar.

Vella comenzó a girar y su cabello largo y oscuro se agitó, siguiendo las ondulaciones de su túnica. Luego sus movimientos se hicieron más lentos y volvió a aquel digno y sensual pavoneo con que parecía desafiar a todos los hombres de la sala.

Cuando se detuvo sonó una gran ovación y ella esbozó una sonrisa lenta y enigmática.

—Bailas muy bien —observó el cazador de pieles de la cicatriz.

—Por supuesto —respondió ella—. Yo todo lo hago bien.

—¿Estás enamorada de alguien? —preguntó sin rodeos.

—Ningún hombre ha sabido ganarse mi corazón —respondió Vella con firmeza—. Todavía no he conocido a nadie que sea digno de mí.

—Eso podría cambiar —sugirió el cazador—. Una moneda de oro —fue su oferta.

—Bromeas —gruñó ella—. Cinco monedas.

—Una y media —ofreció él.

—Esto es humillante. —Vella levantó los dos brazos y su rostro cobró una expresión trágica—. Ni un céntimo menos de cuatro.

—Dos monedas de oro —ofreció de nuevo el cazador.

—¡Increíble! —exclamó con los brazos abiertos y levantados—. ¿Por qué no te limitas a arrancarme el corazón y acabas de una vez? No podría ni siquiera tomar en consideración una cantidad inferior a las tres monedas y media.

—Para ahorrar tiempo, ¿por qué no lo dejamos en tres? —dijo él con firmeza—, pero con intención de que el trato sea indefinido —agregó como si acabara de ocurrírsele.

—¿Indefinido? —preguntó Vella con los ojos muy abiertos.

—Me gustas —respondió él—. Y bien, ¿qué contestas?

—Ponte de pie y deja que te mire.

Él se incorporó despacio de la silla donde estaba sentado. Era alto, y aunque su cuerpo era tan delgado como su cara, parecía fuerte y musculoso. Vella lo miró de arriba abajo con los labios fruncidos.

—No está tan mal, ¿verdad? —le dijo a Tashor en un murmullo.

—Podría haber sido peor, Vella —respondió su amo como para darle ánimos.

—Consideraré tu oferta de tres monedas, y tus intenciones —declaró Vella—. ¿Cómo te llamas?

—Tekk —se presentó el alto cazador con una pequeña reverencia.

—Muy bien, Tekk —replicó Vella—, no te vayas. Tashor y yo tenemos que discutir tu oferta. —Lo miró con una expresión algo tímida—. Creo que tú también me gustas —añadió en un tono mucho menos desafiante.

Luego cogió la correa que seguía atada a la muñeca de Tashor y tiró de ella, para sacar al anciano de la taberna. Mientras se alejaba, giró la cabeza un par de veces para mirar al delgado Tekk.

—Esa sí que es una mujer —murmuró Seda en un tono de profundo respeto.

Garion notó que volvía a respirar mejor, aunque sus orejas todavía seguían muy calientes.

—¿A qué se referían al hablar de intenciones? —le preguntó a Seda en voz baja.

—Tekk ofreció un arreglo que suele acabar en matrimonio —respondió Seda.

—No entiendo nada —confesó Garion, perplejo.

—El que un hombre sea su propietario no significa que tenga derechos sobre su persona —le explicó Seda—y esas dagas que lleva lo confirman. Nadie hace proposiciones a una mujer nadrak si no es que está cansado de vivir. Es ella quien toma esa decisión. De acuerdo con la tradición, la boda tiene lugar después del nacimiento del primer hijo.

—¿Y por qué estaba tan interesada en el precio?

—Porque le corresponde la mitad —dijo Seda, y se encogió de hombros.

—¿Se queda con la mitad del dinero cada vez que la venden? —preguntó Garion con incredulidad.

—Por supuesto. De lo contrario no sería justo, ¿no crees? —El camarero que les traía otras tres jarras de cerveza se detuvo y miró a Seda descaradamente—. ¿Te ocurre algo, amigo? —preguntó Seda con suavidad.

—Perdón —titubeó el camarero y desvió los ojos—, pensé que... me recordabas a

alguien, eso es todo. Ahora que te veo mejor me doy cuenta de que era un error.

Se apresuró a dejar las jarras de cerveza y se marchó sin recoger las monedas que Seda le había puesto sobre la mesa.

—Creo que será mejor que nos vayamos —murmuró Seda.

—¿Qué pasa? —preguntó Garion.

—Me ha reconocido por el cartel en que ofrecen una recompensa por mi cabeza.

—Tal vez tengas razón —sentenció Belgarath mientras se ponía de pie.

—Está hablando con unos hombres —dijo Garion con la vista fija en el camarero que estaba enfrascado en una animada conversación con varios cazadores en el otro extremo de la sala y echaba frecuentes miradas de soslayo hacia donde estaban ellos.

—Tenemos medio minuto para salir —dijo Seda con energía—. ¡Vamos!

Los tres se dirigieron de prisa a la puerta.

—¡Eh, vosotros! —exclamó alguien tras ellos—. ¡Esperad un momento!

—¡Corred! —gritó Belgarath.

Los tres echaron a correr y de un salto se subieron a los caballos en el mismo momento en que media docena de hombres salían por la puerta de la taberna.

Cabalgando a todo galope, calle abajo, oyeron gritos de «¡Detenedlos!», ignorados por la gente del lugar. A los tramperos y cazadores en general no les gusta mezclarse en los asuntos ajenos, y Garion, Seda y Belgarath lograron cruzar la ciudad y vadear el río antes de que los hombres alcanzaran a organizar una cuadrilla para perseguirlos.

Al llegar al bosque, al otro lado del río, Seda comenzó a maldecir, echando sapos y culebras como si fueran pepitas de melón. Su vocabulario, abundante y pintoresco, no se limitaba sólo al nacimiento, ascendencia y sucios hábitos de los hombres que los perseguían, sino que se extendía también a los de aquellos que habían hecho circular el anuncio de su recompensa.

Belgarath detuvo su caballo súbitamente al mismo tiempo que alzaba la mano y Seda y Garion lo imitaron. Seda continuó maldiciendo.

—¿Podrías dejar de hacer gala de tu elocuencia durante un rato? —le preguntó Belgarath—. Creo oír algo.

Seda murmuró unas pocas maldiciones más y luego cerró la boca. A lo lejos, por detrás de ellos, se oyeron gritos confusos y chapoteos lejanos.

—Están cruzando el río —observó Belgarath—. Parece que piensan tomarse las cosas en serio. Al menos con la seriedad necesaria para atraparnos.

—¿No se rendirán cuando llegue la noche? —preguntó Garion.

—Son cazadores nadraks —dijo Seda y en el tono se le notaba su profundo disgusto—. Nos seguirán durante días sólo por el placer de cazar.

—Ya no podemos hacer gran cosa por detenerlos —gruñó Belgarath—. Veamos si al menos conseguimos dejarlos atrás —agregó, y clavó los talones en los flancos de

su caballo.

Era media tarde cuando galopaban por el bosque iluminado por el sol. La vegetación era escasa y los troncos altos y rectos de los pinos y de los abetos se alzaban como altísimas columnas en dirección al cielo azul. Era un buen día para cabalgar, pero no muy bueno para ser perseguidos. Aunque, para eso, ningún día era bueno.

Llegaron a lo alto de una colina y se detuvieron a escuchar.

—Parece que se han quedado atrás —dijo Garion, esperanzado.

—Sólo los borrachos —discrepó Seda con amargura—. Los que se han tomado esto en serio deben de estar muy cerca. La gente no grita mientras caza. ¿Lo ves? Mira allí —dijo y señaló hacia abajo.

Garion notó un pálido reflejo entre los árboles. Un hombre montado en un caballo blanco se aproximaba a ellos, inclinado sobre su silla para observar el suelo con atención.

—Si es un buen rastreador, nos llevará una semana sacárnoslo de encima —dijo Seda, disgustado.

A lo lejos y a su derecha, desde algún lugar entre los árboles, aulló un lobo.

—Sigamos adelante —dijo Belgarath.

Continuaron galopando colina abajo en dirección a los árboles. El sonar de los cascos de sus caballos era como un repiqueteo amortiguado por la gruesa capa de barro del suelo del bosque y a su paso levantaban restos de vegetación semipodridos.

—Estamos dejando huellas tan grandes como casas —le gritó Seda a Belgarath.

—Por ahora no podemos evitarlo —respondió el anciano—. Necesitamos alejarnos más antes de ponernos a borrar las huellas.

Otro aullido atravesó el bosque, esta vez desde la izquierda. Parecía más cercano que el primero. Siguieron cabalgando durante otro cuarto de hora hasta que de repente oyeron balbuceos confusos a sus espaldas. Los hombres que los perseguían gritaban alarmados y los caballos relinchaban de miedo. Garion también creyó oír unos gruñidos. Los agudos relinchos de pánico de los caballos retumbaban entre los árboles, acentuados por los alaridos y las maldiciones de sus jinetes. Un coro de gruñidos se alzó desde todas las direcciones y de repente el bosque pareció llenarse de lobos. Los caballos de los cazadores de recompensas nadraks huyeron con relinchos de terror hasta que la cuadrilla que los perseguía se desintegró.

Belgarath escuchaba los ruidos cada vez más débiles de sus perseguidores con melancólica satisfacción. Entonces, un lobo enorme de piel oscura, con la lengua fuera de la boca, surgió del bosque a unos treinta metros de ellos. El animal se detuvo y se sentó sobre las patas traseras, con sus ojos amarillos fijos en los tres hombres.

—Coged las riendas con fuerza —ordenó Belgarath en voz baja mientras acariciaba el lomo de su estupefacto caballo.

El lobo no dijo nada, sólo se quedó allí sentado, mirándolos.

Belgarath le devolvió la mirada con firmeza y por fin hizo un gesto de reconocimiento. El lobo se levantó, dio media vuelta y se internó de nuevo en el bosque. Sólo se detuvo una vez, giró la cabeza hacia ellos, y alzó el hocico para emitir el profundo y estridente aullido que indicaba a los demás miembros de la manada que podían volver a su interrumpida cacería. Luego, desapareció en un instante y sólo quedó el eco de su llamada.

Capítulo 4

Durante varios días siguieron su camino hacia el este. Descendieron poco a poco a un valle extenso y pantanoso, de tupida vegetación y aire mucho más húmedo. Una tarde se desató una breve tormenta de verano, acompañada de gran aparato eléctrico; cayó un verdadero diluvio y fuertes vientos silbaban entre los árboles, los doblaban y sacudían, arrancando las hojas y las ramas de las malezas y haciéndolas volar entre los oscuros troncos. Sin embargo, la tormenta duró poco tiempo y pronto volvió a lucir el sol. Menos aquel día, el tiempo fue bueno y pudieron avanzar con rapidez.

Cabalgando, cabalgando, Garion tuvo la extraña sensación de que le faltaba algo y a menudo se sorprendió mirando a su alrededor en busca de sus amigos. En la larga travesía en busca del Orbe había adquirido cierta concepción de las cosas, una idea de lo que estaba bien y de lo que estaba mal, y por algún motivo este viaje le parecía una equivocación. Para empezar, Barak no estaba con ellos. La ausencia del cherek de barba roja hacía que Garion se sintiera inseguro. También echaba de menos al silencioso Hettar, con su cara de halcón, y a Mandorallen enfundado en su armadura, siempre al frente, con el estandarte plateado y azul ondeando en el extremo de la lanza. Sentía muchísimo no poder estar con Durnik, el herrero, y hasta echaba en falta los comentarios insidiosos de Ce'Nedra. Lo ocurrido en Riva le parecía cada vez menos real y la complicada ceremonia de su compromiso con la terrible princesita comenzaba a desvanecerse en su memoria, como un sueño borroso.

Pero una noche, después de cenar y atar los caballos, mientras se envolvían en las mantas para echarse a dormir, Garion contempló las brasas mortecinas del fuego y por fin descubrió cuál era la ausencia que más lamentaba en su nueva vida: tía Pol no estaba con ellos y la echaba muchísimo de menos. Desde su infancia, siempre había sentido que cuando tía Pol estaba cerca, no le sucedía nada malo que ella no fuera capaz de solucionar. Siempre se había aferrado a su presencia serena y autoritaria a la vez. Garion podía ver su cara, sus magníficos ojos y el mechón blanco de su frente como si estuviera delante de él. Esa súbita nostalgia por ella era tan cortante como el filo de un cuchillo.

En cambio, si ella no estaba, parecía que todo saliera mal. Belgarath se encontraba allí, por supuesto, y Garion estaba seguro de que su abuelo se enfrentaría a cualquier peligro material, pero había otro tipo de peligros que el anciano no tomaba en consideración o prefería ignorar. ¿Con quién hablaría Garion cuando tuviera miedo, por ejemplo? El miedo no es algo que ponga la vida o la salud en peligro, pero es una especie de herida, en ocasiones más grave y profunda que las reales. Tía Pol siempre se las ingeniaba para hacer desaparecer sus temores, pero ahora no estaba con él, y Garion tenía miedo y ni siquiera se atrevía a admitirlo. El joven suspiró, se arrojó bien con las mantas y cayó en un sueño intranquilo.

Días más tarde, a eso del mediodía, llegaron al ramal este del río Cordu, una ancha y turbia corriente marrón que atravesaba un valle lleno de arbustos en dirección sur, rumbo a Yar Nadrak, la capital del país. A ambos lados del río, a lo largo de varios cientos de metros, se extendían campos de matorrales de color verde claro, altos hasta la cintura, salpicados de barro por las crecidas del afluente. Encima de los matorrales, el aire sofocante estaba lleno de nubes, de cínifes y mosquitos.

Un hombre de aspecto tristón los condujo en su barcaza al pueblo situado en la otra orilla.

—Creo que aquí cambiaremos de táctica —dijo Belgarath al desembarcar los caballos—. Dividámonos. Yo iré a buscar provisiones, mientras vosotros vais a la taberna del pueblo. Tratad de conseguir información sobre algún camino que conduzca a las tierras morinds a través de la cordillera del norte. Cuanto antes lleguemos allí, mejor. Aquí, parece que quienes mandan son los malloranos y creo que pueden aparecer en cualquier momento. No tengo intenciones de explicar todos mis movimientos a los grolims malloranos, eso sin mencionar el interés que ahora mismo sienten hacia Seda.

Seda hizo un triste gesto de asentimiento.

—Me gustaría aclarar ese asunto de una vez, pero supongo que no tenemos tiempo, ¿verdad?

—En realidad, no. El verano es muy corto en el norte y el camino a Mallorea es agotador aun disfrutando del mejor de los climas. Cuando lleguéis a la taberna, decidle a todo el mundo que queremos probar suerte en los yacimientos de oro de la cordillera del norte. Siempre habrá alguien que quiera demostrar su conocimiento de los senderos y parajes, sobre todo si lo invitáis a unas copas.

—Dijiste que conocías el camino —protestó Seda. —Conozco un camino, pero está a cien kilómetros de aquí.

Vamos a ver si podemos encontrar uno más cerca. Os veré en la taberna después de comprar las provisiones —dijo el anciano; luego montó y se alejó por la calle de tierra seguido por la bestia de carga.

Seda y Garion no tuvieron dificultad para encontrar a alguien con ganas de hablar sobre parajes y senderos en la apestosa taberna. Por el contrario, su primera pregunta produjo una especie de debate general.

—Ése es el camino más largo, Beshher —dijo un buscador de oro ya borracho interrumpiendo la detallada descripción que otro hacía de un camino de montaña—. Tenéis que ir por la izquierda de las cataratas. De ese modo ahorraréis tres días de viaje.

—Estoy hablando yo, Varn —respondió Beshher con firmeza, y golpeó la mesa, llena de arañosos, con el puño—. Cuando yo haya acabado, les explicas cómo vas tú.

—Tardarás todo el día, como con ese camino que te gusta tanto. Ellos quieren

buscar oro y no contemplar el paisaje —dijo Varn con su larga y prominente barbilla erguida en un gesto desafiante.

—¿Hacia dónde debemos ir una vez lleguemos al prado de arriba? —se apresuró a preguntar Seda, con intención de evitar disputas.

—A la derecha —declaró Beshher, y dirigió una mirada fulminante a Varn.

Varn se quedó pensativo, como si buscara un motivo de discrepancia, pero por fin asintió.

—Por supuesto, es la única dirección en que se puede ir, pero una vez que salgáis del bosquecillo de enebros, tenéis que girar a la izquierda —dijo como esperando que lo contradijeran.

—¿A la izquierda? —objetó Beshher en alta voz—. Eres un zoquete, Varn. Tenéis que ir a la derecha.

—¡Mira bien a quién llamas zoquete, imbécil!

Sin mediar palabra, Beshher le dio un golpe a Varn en la boca y los dos se enredaron en una pelea a puñetazos, tambaleándose y tirando las mesas y sillas por el suelo.

—Los dos están equivocados, por descontado —dijo otro minero sentado a una mesa cercana mientras contemplaba la pelea con frialdad e indiferencia—. Al salir del bosquecillo de enebros, hay que seguir todo recto.

Durante el altercado entraron varios hombres con amplias capas rojas sobre sus lustrosas cotas de malla, sin que nadie reparara en ellos. Los hombres se acercaron sonrientes a separar a Varn y a Beshher que luchaban sobre el suelo sucio. Garion notó enseguida la tensión de Seda.

—¡Malloreanos! —dijo el hombrecillo en voz baja.

—¿Qué hacemos? —murmuró Garion.

Pero antes de que Seda tuviera tiempo de responder, un grolim vestido de negro apareció en el umbral de la puerta.

—Me complace ver que haya hombres ansiosos de luchar —dijo el grolim con su peculiar pronunciación—. El ejército necesita hombres así.

—¡Reclutadores! —exclamó Varn, e intentó soltarse de los malloreanos vestidos de rojo.

El minero corrió hacia una puerta lateral; por un instante pareció que iba a lograr escapar, pero alguien que aguardaba fuera lo golpeó en la frente con un garrote. Se tambaleó, se le aflojaron las piernas y los ojos se le pusieron en blanco. El malloreano que lo golpeó entró en la taberna, le miró con una expresión crítica y curiosa y decidió que debía darle otro golpe, pero esta vez en la cabeza.

—Y bien —preguntó el grolim mientras miraba a su alrededor con expresión divertida—, ¿qué hacemos? ¿Alguien más quiere escapar o preferís venir con nosotros voluntariamente?

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó Beshar al tiempo que intentaba liberar el brazo que le había cogido uno de los sonrientes reclutadores.

—Primero a Yar Nadrak —respondió el grolim —, luego al sur, a las llanuras de Mishrak ac Thull, al campamento de Su Majestad Imperial Zakath, emperador de Malloreana. Acabáis de ingresar en el ejército, amigos míos. Todo Angarak se enorgullece de vuestro coraje y patriotismo y el propio Torak está muy contento con vosotros —agregó, y se llevó la mano al cuchillo de los sacrificios, como para dar mayor énfasis a sus palabras.

La cadena tintineaba con un son lúgubre; Carien, con los grilletos en los tobillos, caminaba torpemente en la larga fila de los desolados conscriptos que se dirigían al sur entre matorrales, a la vera del río. Los reclutadores los habían registrado a todos para quitarles las armas, pero por alguna razón habían ignorado a Garion que se resentía de la espada que llevaba a la espalda. Como solía suceder últimamente, nadie le había prestado la más mínima atención.

Antes de salir del pueblo, mientras los registraban, Garion y Seda habían tenido una breve y apremiante discusión haciéndose señales con los dedos, un lenguaje secreto drasniano.

—Puedo abrir este candado con la uña —afirmaba Seda con sus gestos—. Esta noche, en cuanto oscurezca, me soltaré y escapamos. No creo que la vida militar me guste mucho; teniendo en cuenta las circunstancias, no sería nada apropiado que tú te unieras al ejército angarak precisamente ahora.

—¿Dónde está el abuelo? —preguntó Garion.

—Oh, supongo que cerca.

Pero Garion estaba preocupado. La mente se le llenaba de interrogantes sin respuesta. Para no pensar en ellos, se dedicó a estudiar con disimulo a los malloreanos que los vigilaban. Después de registrarlos, el grolim se había ido con el grueso de su destacamento a otras ciudades en busca de más reclutas, dejando sólo cinco hombres para custodiar al grupo que se dirigía al sur. Los malloreanos eran distintos a los otros angaraks. Sus ojos eran achinados, típicos de la raza, pero sus cuerpos no parecían preparados para un único propósito como solía suceder con las tribus del oeste; eran corpulentos, pero carecían de los hombros anchos y del aspecto atlético de los murgos; eran altos, pero no tenían aquella delgadez, ni aquel porte de perros lebreles de los nadraks; sin duda eran fuertes, pero no tenían la cintura gruesa ni la fuerza bruta de los thulls. Además, miraban a los angaraks del oeste con aire desdeñoso, como de superioridad. Se dirigían a sus prisioneros con órdenes breves y bruscas, y hablaban entre sí en un dialecto que sonaba tan rudo que era casi ininteligible. Llevaban cotas de malla cubiertas por capas rojas de tela gruesa. Garion notó que no eran muy buenos jinetes y que las espadas curvas y los grandes y redondos escudos entorpecían sus intentos por controlar las riendas.

Garion mantenía la cabeza gacha para ocultar sus rasgos, distintos a los de los angaraks, aun más que los de Seda. Sin embargo, los guardias no prestaban atención a la cuerda de presos, y parecían más preocupados por la cantidad que por la calidad. Iban y venían de un extremo a otro de la sudorosa columna, contando a los reclutas, mirando un papel con expresión de inquietud, e incluso de preocupación. Garion dedujo que si llegaban a Yar Nadrak sin un número determinado de reclutas, tendrían todo tipo de problemas.

De repente, el joven notó un ligero movimiento en lo alto de la colina, entre los matorrales, no muy lejos del camino, giró la cabeza en aquella dirección y vio el pálido reflejo de un gran zorro plateado que caminaba como un espectro al borde del bosque, al mismo paso que ellos. Garion bajó la cabeza con rapidez, fingió tropezar y cayó con todo su peso sobre Seda.

—Mi abuelo está aquí —susurró.

—¿Ahora te das cuenta? —preguntó Seda, sorprendido—. Yo lo descubrí hace más de una hora.

El camino comenzó a alejarse del río y a internarse en el bosque; Garion percibió una creciente tensión en su interior. No sabía bien qué pretendía hacer Belgarath, pero estaba seguro de que su abuelo estaba esperando la oportunidad que le ofrecía el amparo del bosque. Caminaba junto a Seda intentando disimular su nerviosismo, pero cualquier ruido del bosque por pequeño que fuera le sobresaltaba sin poder controlarse.

El sendero descendió hacia un extenso claro del bosque, rodeado de grandes helechos, y los malloreanos hicieron un alto para que los prisioneros pudieran descansar. Garion, agradecido, se sentó sobre la tierra blanda junto a Seda. Caminar con grilletes en las piernas, encadenado a la larga columna de reclutas, suponía un esfuerzo considerable y descubrió que estaba sudando abundantemente.

—¿Qué espera? —le preguntó a Seda en un murmullo. —Todavía faltan unas horas para el anochecer —respondió Seda en voz baja, y se encogió de hombros—. Tal vez prefiera esperar a que oscurezca.

De pronto, oyeron a alguien cantar en el camino, un poco más arriba. Era una canción procaz y desafinada, aunque parecía evidente que el cantante se divertía y, mientras se acercaba, por su forma de farfullar las palabras advirtieron que estaba bastante borracho.

Los malloreanos intercambiaron unas sonrisas.

—Tal vez sea otro patriota que viene a alistarse —bromeó uno de ellos—. Dispersaos y lo cogemos en cuanto aparezca por el claro.

No acababan de hablar cuando el nadrak que cantaba apareció ante sus ojos montado en un caballo ruano. Llevaba el típico atuendo de cuero oscuro y sucio, una gorra de piel que le cubría apenas un lado de la cabeza, la barba rala y negra, sostenía

una bota de vino en una mano y parecía estar a punto de caerse de la silla. Con todo, había algo en su mirada que indicaba que no estaba tan borracho como parecía. Al aparecer en el claro con una recua de mulas tras él, Garion lo miró fijamente. Era Yarblek, el mercader nadrak que habían encontrado en Cthol Murgos, en la Ruta de las caravanas del Sur.

—¡Eh, hola! —saludó Yarblek a los malloreanos en voz alta—. Veo que habéis tenido buena caza. Esos reclutas que lleváis tienen aspecto de estar sanos.

—La caza acaba de volverse aún más fácil —dijo uno de los malloreanos con una sonrisa, y se cruzó, con el caballo, delante de él, para bloquearle el camino.

—¿Te refieres a mí? —preguntó Yarblek, y soltó una sonora carcajada—. ¡No seas tonto! Estoy demasiado ocupado para jugar a la guerra.

—¡Qué pena! —replicó el malloreano.

—Soy Yarblek, mercader de Yar Turak, amigo del mismísimo rey Drosta, cumplo una misión que me ha encomendado él en persona. Si os atrevéis a interferiros en esto, Drosta os despellejará y os asará vivos en cuanto lleguéis a Yar Nadrak.

El malloreano pareció perder parte de su seguridad.

—Nosotros respondemos sólo ante Zakath —afirmó a la defensiva—. El rey Drosta no tiene autoridad sobre nosotros.

—Estáis en Gar og Nadrak, amigo —le recordó Yarblek—, aquí Drosta hace lo que quiere. Es probable que cuando todo termine tenga que disculparse con Zakath, pero para entonces vosotros cinco ya estaréis despellejados y asados.

—Supongo que podrás probar que estás en misión oficial —dijo el guardia malloreano.

—Claro que sí —respondió Yarblek mientras se rascaba la cabeza con una expresión de estúpida perplejidad—. ¿Dónde puse aquel pergamino? —murmuró para sí. Luego chasqueó los dedos—. ¡Ah, sí!, en la última mula. Toma, bebe un trago mientras voy a buscarlo —dijo, y le ofreció la bota al malloreano, tiró de la rienda de su caballo y se dirigió al final de la hilera de mulas. Allí desmontó y comenzó a rebuscar en un bolso de lona.

—Será mejor que echemos un vistazo a esos documentos antes de tomar una decisión —aconsejaba uno de los malloreanos—. No conviene hacer enfadar al rey Drosta.

—Mientras esperamos, bebamos un trago —sugirió un tercero con la vista fija en la bota de vino.

—Estoy de acuerdo —respondió el primer malloreano mientras sacaba el tapón de la bota de cuero. Luego la levantó con las dos manos y echó la cabeza hacia atrás para beber.

De repente se oyó el silbido fuerte y sordo de una flecha y apareció en la garganta del malloreano, en la parte superior de su capa roja, derramándose el vino de la bota

sobre su cara estupefacta. Sus compañeros lo miraron boquiabiertos e intentaron coger las armas dando gritos de alarma, pero era ya demasiado tarde. Casi todos caían de sus sillas bajo una súbita lluvia de flechas disparadas desde el amparo de los helechos. Uno de ellos, sin embargo, volvió grupas e intentó huir aferrando una flecha profundamente hundida en su costado. El caballo no alcanzó a dar más de dos pasos antes de que otra flecha se clavara en la espalda del malloreano. Éste se puso rígido y cayó, pero al hacerlo se enganchó un pie en el estribo, el caballo se desbocó y huyó a todo galope arrastrando con él al jinete, saltando y sacudiéndose de un extremo al otro del camino.

—Parece que no puedo encontrar el documento —dijo Yarblek mientras regresaba con una sonrisa maligna en los labios. De un puntapié hizo girar al malloreano con que había estado hablando—. Aunque en realidad no querías verlo, ¿verdad? —le preguntó al hombre muerto. El malloreano con la flecha atravesada en la garganta tenía la vista fija en el cielo, la boca abierta y un hilo de sangre en la nariz—. Eso creía —añadió Yarblek con una risa grosera. Luego le volvió la boca abajo de un puntapié y dirigió una sonrisa a Seda mientras sus arqueros salían de entre los helechos—. Estás en todas partes, Seda —dijo—. Creí que Taur Urgas había acabado contigo en la apetosa Cthol Murgos.

—Fue un error de cálculo —respondió Seda, despreocupado.

—¿Cómo te las ingeniaste para que te reclutaran en el ejército malloreano? —preguntó Yarblek con curiosidad, ya sin el menor indicio de estar borracho.

—Fue un descuido —respondió Seda encogiéndose de hombros.

—Hace tres días que os sigo.

—Tu preocupación me conmueve. —Seda alzó su tobillo e hizo tintinear la cadena—. ¿Te molestaría quitarme esto?

—No irás a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Busca la llave —le dijo Yarblek a uno de sus arqueros.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó Beshher, nervioso, mirando a los guardas muertos con aprensión.

Yarblek rió.

—Lo que hagáis una vez que os hayamos quitado las cadenas es asunto vuestro —dijo con indiferencia—; aunque yo os recomendaría que no os quedarais cerca de tantos malloreanos muertos, podría venir alguien y haceros preguntas.

—¿Vais a dejarnos marchar? —preguntó Beshher, incrédulo.

—La verdad es que no pienso alimentaros —respondió Yarblek. Los arqueros abrieron los grilletes de todos los reclutados, de principio a fin de la columna, y los nadraks se internaban en el bosque a medida que eran liberados—. Bueno —continuó Yarblek mientras se frotaba las palmas de las manos —, ahora que ya hemos acabado,

¿por qué no bebemos un trago?

—El guarda derramó todo el vino al caer del caballo —señaló Seda.

—Ése no era mi vino, muchacho —gruñó Yarblek—, ése lo robé esta mañana. Sabes muy bien que nunca ofrecería mi bebida a quien planeo matar.

—Ya me parecía a mí extraño —dijo Seda con una sonrisa—, pero pensé que tal vez empezabas a perder tus modales. —La ruda cara de Yarblek reflejó un ligero sentimiento de agravio—. Lo siento —se apresuró a disculparse Seda—. Te interpreté mal.

—No te preocupes —dijo Yarblek—, a mucha gente le pasa igual. —Suspiró—. Es un peso que tengo que sobrellevar. —Abrió el morral de la primera mula y sacó un pequeño barril de cerveza, lo colocó en el suelo y lo abrió con la destreza de un experto, golpeando la parte superior con el puño—. Emborrachémonos —sugirió.

—Nos encantaría —dijo Seda, muy cortés—, pero tenemos que ocuparnos de un asunto urgente.

—No sabes cuánto lo siento —respondió Yarblek mientras sacaba varias jarras del morral.

—Sabía que lo entenderías.

—¡Oh!, claro que lo entiendo, Seda. —Yarblek se inclinó y sumergió dos jarras en el barril de cerveza—, y siento muchísimo que vuestro asunto tenga que esperar. Aquí tenéis —dijo mientras entregaba una jarra a Seda y otra a Garion. Luego se volvió para llenar una para él. Seda lo miró con una ceja levantada. Yarblek se sentó en el suelo, junto al barril, con los pies apoyados sobre uno de los malloreanos muertos—. Ya ves, Seda, lo cierto es que Drosta está muy interesado en ti y ofrece una recompensa demasiado interesante como para dejarla escapar. La amistad es una cosa, pero los negocios son los negocios. Ahora, ¿por qué tú y tu joven amigo no os ponéis cómodos? Éste es un sitio agradable, con buena sombra y hierba suave donde echarse. Nos emborracharemos y mientras tanto me explicas cómo lograste escapar de Taur Urgas. Luego, qué ocurrió con aquella atractiva mujer de Cthol Murgos; quizá con esto gane el dinero suficiente para comprarla. No estoy hecho para el matrimonio, pero ¡por los dientes de Torak, ésa sí que era una mujer hermosa! Creo que estaría dispuesto a renunciar a mi libertad por ella.

—Estoy seguro de que ella se sentiría halagada —respondió Seda—. ¿Y luego qué?

—¿Luego?

—¿Qué haremos después de la borrachera?

—Es probable que vomitemos, es lo que suele suceder, y una vez recuperados, nos vamos a Yar Nadrak. Allí recogeré mi recompensa y tú podrás averiguar por qué el rey Drosta lek Thun tiene tanto interés por ti. —Miró a Seda con una expresión divertida—. Será mejor que te sientes y bebas algo, amigo. Por ahora no irás a ningún

sito.

Capítulo 5

Yar Nadrak era una ciudad amurallada, construida en la confluencia de dos corrientes fluviales, el este y la oeste del río Cordu. En unos cinco kilómetros a la redonda, el bosque había sido despejado mediante el expeditivo método de incendiarlo. Para llegar a la ciudad había que atravesar un desierto de troncos calcinados y tupidas zarzas. Las puertas de la ciudad eran gruesas y estaban cubiertas de alquitrán. Sobre ellas, había una réplica en piedra de la máscara de Torak. Aquella cara hermosa, de inhumana crueldad, parecía contemplar a todos los que pasaban por debajo; Gañón sintió un escalofrío al entrar con su caballo en la ciudad.

Las casas de la capital nadrak eran altas y sus tejados estaban contruidos con una pronunciada pendiente; todas las ventanas de las segundas plantas tenían persianas pero la mayoría estaban cerradas. Las superficies exteriores de madera tenían una capa de alquitrán para preservarlas de la intemperie, y las manchas de esa sustancia negra, daban un aspecto de decadencia a todos los edificios.

En las estrechas y tortuosas calles de Yar Nadrak se respiraba un aire de terror, los habitantes de la ciudad atendían a sus quehaceres con prisas y con la cabeza gacha. Entre la gente de la capital no se usaba tanto la ropa de cuero; pero, de todos modos, la mayoría de las prendas eran negras con algún raro toque de color azul o amarillo. La única excepción a esta regla eran las capas rojas de los soldados malloranos que parecían estar en todas partes. Vagaban por las calles adoquinadas, abordando a los ciudadanos con rudeza o gritando más que hablando, entre ellos, con su marcado acento.

Sin embargo, mientras la mayoría de los soldados se comportaban como simples penderos, jóvenes que escondían el nerviosismo que les producía estar en un país extraño con bravatas y fanfarronadas, los grolims malloranos eran otra cosa. A diferencia de los grolims occidentales que Garion había visto en Cthol Murgos, rara vez usaban las brillantes máscaras de acero, pero asumían una expresión dura y siniestra, con los labios apretados y el entrecejo fruncido. Recorrían las calles con sus túnicas negras con capucha, y tanto los malloranos como los nadraks se hacían a un lado para dejarles paso.

Garion y Seda, montados sobre un par de mulas y estrechamente vigilados, siguieron al esbelto Yablek al interior de la ciudad. Seda y Yablek habían venido discutiendo todo el camino río abajo, intercambiando insultos y recuerdos de pasadas indiscreciones. Aunque su actitud era bastante amistosa, Yablek permanecía alerta y sus hombres vigilaban cada paso que daban Garion y Seda. Los tres últimos días, Garion espiaba el bosque con disimulo, pero no vio ninguna señal de Belgarath, de modo que entró en la ciudad muy preocupado e inquieto. Seda, por el contrario, parecía tan tranquilo y confiado como siempre y por alguna razón su actitud ponía

nervioso a Garion. Después de avanzar un rato por una callejuela tortuosa, Yarblek viró por un estrecho y sucio pasaje hacia el río.

—Pensé que el palacio estaba en esta otra dirección —y Seda señaló el centro de la ciudad.

—Así es —respondió Yarblek—, pero no vamos al palacio. Drosta tiene visitas allí y prefiere arreglar este asunto en privado.

El pasaje pronto se convirtió en una calle de aspecto miserable, de edificios altos y estrechos medio destartalados. Dos grolims mallorcanos giraron por una esquina, un poco más adelante, y se dirigieron hacia ellos. El delgado nadrak apretó los dientes y los miró con una expresión abiertamente hostil.

Uno de ellos se detuvo y le devolvió la mirada.

—Parece que tienes problemas, amigo —sugirió el grolim.

—Eso es asunto mío, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió el grolim con frialdad—, pero no dejes que los problemas te superen. Las faltas de respeto hacia los sacerdotes pueden tener graves consecuencias —agregó con actitud amenazadora.

Garion tuvo un súbito impulso y se concentró en la mente del grolim, con un suave tanteo, pero los pensamientos que encontró no demostraban ningún poder fuera de lo normal. Era evidente que no poseían esa aura especial propia de un hechicero.

«No hagas eso —advirtió la voz de su mente—. Es como hacer sonar una campana o llevar un cartel al cuello.»

Garion se apresuró a separar sus pensamientos de la mente del grolim.

«Yo creía que todos los grolims eran hechiceros —se respondió para sí—. Pero estos dos son hombres corrientes.»

Sin embargo, aquel otro espíritu había desaparecido.

Después de que los dos grolims se alejaran, Yarblek escupió con desprecio en el suelo.

—Cerdos —murmuró—. Empiezo a odiar a los mallorcanos tanto como a los murgos.

—Pues por lo visto están ocupando tu país, Yarblek —observó Seda.

—Dejas entrar a un mallorcano, y antes de que te des cuenta, crecen hasta debajo de las piedras.

—En primer lugar, ¿por qué los dejasteis entrar? —preguntó Seda.

—Seda —respondió Yarblek un poco brusco—, sé muy bien que eres un espía y no pienso hablar de política contigo, así que no intentes sonsacarme.

—Sólo pretendía distraerme un rato —respondió Seda inocentemente.

—¿Por qué no te ocupas de tus asuntos?

—Es que esto es asunto mío, viejo amigo. —Yarblek lo miró fijamente y soltó una carcajada—. ¿Adónde vamos? —le preguntó Seda mientras miraba la miserable

callejuela—. Si no recuerdo mal, ésta no es la mejor zona de la ciudad.

—Ya te enterarás —le contestó Yarblek.

Siguieron cabalgando en dirección al río, donde el olor de las cloacas y de la basura que flotaba sobre las aguas resultaba casi insoportable. Garion vio varias ratas en las alcantarillas. Los hombres que pasaban por la calle vestían harapos y tenían la actitud recelosa de la gente que se esconde de la policía.

Yarblek volvió su caballo bruscamente y los guió hacia otro pasadizo estrecho e inmundo.

—A partir de aquí iremos a pie —dijo mientras desmontaba—. Quiero entrar por la puerta trasera.

Dejaron los caballos con uno de sus hombres y avanzaron por el pasadizo, caminando con cuidado sobre verdaderas montañas de basura.

—Allí abajo —les dijo Yarblek, y señaló un corto tramo de desvencijados peldaños de madera que conducían a un estrecho portal—. Cuando entremos, mantened la cabeza baja. Será mejor que la gente no se dé cuenta de que no sois nadraks.

Bajaron por los gastados escalones y atravesaron el estrecho portal. Era una taberna oscura y llena de humo que apestaba a sudor, cerveza y vómito. El hogar que había en el centro de la habitación estaba cubierto de cenizas y ardían varios leños, produciendo mucho humo y poca luz. Las dos ventanas, estrechas y sucias, que había al frente de la estancia parecían apenas un poco más claras que las oscuras paredes que las rodeaban, y una sola lámpara colgaba de una cadena sujeta a una viga.

—Sentaos aquí —dijo Yarblek, y señaló con un gesto un banco apoyado contra la pared del fondo—. Volveré enseguida —agregó, y se dirigió a la parte delantera de la taberna.

Garion miró a su alrededor y enseguida descubrió que Yarblek había dejado a dos de sus hombres apostados a ambos lados de la puerta.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó a Seda en un murmullo. —No tenemos más remedio que esperar a ver qué ocurre —respondió Seda.

—Pero estamos arrestados, ¿verdad?

—Cuando arrestas a alguien le pones grilletes —replicó Seda, y sacudió la cabeza—. El rey Drosta quiere hablar conmigo, eso es todo.

—Pero el papel de la recompensa decía que...

—No deberías preocuparte demasiado por eso, Garion. El papel de la recompensa era para los malloranos. Sea lo que sea lo que esté tramando Drosta no quiere que ellos se enteren.

Yarblek regresó, abriéndose paso entre la gente de la taberna, y se dejó caer sobre el sucio banco, junto a ellos.

—Drosta ya debería estar aquí —dijo—. ¿Queréis beber algo mientras

esperamos?

—Será mejor que no —respondió Seda mientras echaba un vistazo a su alrededor—. En sitios como éste, los barriles de cerveza suelen tener ratas flotando, eso por no hablar de las moscas y cucarachas muertas.

—Como prefieras —dijo Yarblek.

—¿No es un lugar muy extraño para encontrarse con un rey? —preguntó Garion al tiempo que paseaba la mirada por la taberna.

—Cuando conozcas al rey Drosta lo comprenderás —dijo Seda—. Tiene apetitos bastante peculiares y estos antros frente al río sirven a sus propósitos.

—Nuestro monarca es un tipo lujurioso —asintió Yarblek con una carcajada—, pero nunca cometes el error de pensar que es estúpido. Será, incluso, un poco bruto, pero no tiene un pelo de tonto. Puede venir a un sitio como éste sin que ningún mallorcano se moleste en seguirlo. Ha descubierto que es la mejor manera de tratar los asuntos que no quiere discutir con Zakath. Se oyó un alboroto cerca de la puerta de la taberna y dos corpulentos nadraks, vestidos con túnicas de piel negra y cascos puntiagudos, entraron a empujones.

—¡Abrid paso! —gritó uno de ellos—. ¡Poneos todos en pie! —Aquellos que aún puedan ponerse de pie —añadió el otro con sequedad.

Un hombre delgado con una casaca de seda amarilla y una capa de terciopelo verde con ribetes de piel atravesó la puerta de la taberna y fue recibido con una ovación de burlas y silbidos. Tenía los ojos saltones y la cara picada de viruelas. Sus movimientos eran rápidos, nerviosos, y su expresión reflejaba una curiosa mezcla de irónica alegría y una desesperada hambre insatisfecha.

—¡Salud a Su Majestad, Drosta lek Thun, rey de Nadrak! —proclamó un borracho a voz en grito.

Todos los demás rieron mientras se mofaban, silbaban y golpeaban los pies contra el suelo.

—Mis leales vasallos —respondió el hombre de la cara picada de viruelas, con una gran sonrisa presuntuosa y una expresión de desprecio que parecía dirigida tanto a sí mismo como a los hombres harapientos y sucios.

Todos silbaron al unísono y zapatearon con gestos burlones.

—¿Cuántos serán esta noche, Drosta? —gritó alguien.

—Tantos como pueda —respondió el rey con una mirada socarrona—. Tengo la obligación de dispensar bendiciones reales por donde voy.

—¿Así es como lo llamas? —preguntó otro hombre con voz ronca.

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro —respondió el rey, y se encogió de hombros.

—El lecho real espera —anunció el tabernero con una reverencia burlona.

—Junto con las chinches, sin duda —añadió Drosta—. Cerveza para todo el que

no esté lo suficientemente borracho como para vomitarla. Que mis leales vasallos brinden por mi potencia.

Hubo otra ovación y el rey comenzó a subir las escaleras que conducían a la planta superior del edificio.

—El deber me llama —proclamó y señaló hacia arriba con un gesto solemne—. Mirad todos con cuanta ansiedad me dirijo a cumplir con mi dura responsabilidad —añadió, y subió la escalera ante los aplausos burlones del populacho allí reunido.

—Esperaremos un poco —respondió Yarblek—. Si subimos enseguida, resultará demasiado evidente.

Garion se movió incómodo en el banco. Había comenzado a sentir un cosquilleo muy leve pero inquietante detrás de las orejas, como si algo caminara por su piel. Consideró la desagradable posibilidad de que las moscas o las pulgas hubieran decidido emigrar de la basura de la taberna en busca de carne fresca, pero desechó aquella idea, pues el cosquilleo no parecía externo.

En una mesa cercana, un viejo harapiento, con aspecto de estar completamente borracho, roncaba con la cara oculta entre los brazos. De repente, en medio de un ronquido, alzó la cabeza e hizo un guiño. Era Belgarath. Garion experimentó una profunda sensación de alivio y el anciano dejó caer la cabeza otra vez entre los brazos.

—Vamos —dijo Yarblek mientras se ponía de pie. Luego se abrió paso a empujones entre la multitud y comenzó a subir las escaleras.

—Mi abuelo está aquí —murmuró Garion a Seda mientras seguían a Yarblek.

—Ya lo vi —se limitó a responder Seda.

Las escaleras conducían a un pasillo oscuro cubierto con una alfombra sucia y deshilachada. Al final del pasillo los dos aburridos guardaespaldas del rey aguardaban apoyados a ambos lados de una pesada puerta.

—Me llamo Yarblek —dijo el amigo de Seda al llegar junto a la puerta—. Drosta me espera.

Los guardias se miraron entre sí y uno de ellos llamó a la puerta.

—El hombre que queríais ver está aquí, Majestad.

—Hazlo pasar —dijo Drosta con voz apagada.

—No está solo —avisó el guardia.

—Da igual.

—Adelante —le dijo el guardia a Yarblek mientras quitaba el cerrojo y empujaba la puerta.

El rey de los nadraks estaba despatarrado sobre una desordenada cama, con los brazos apoyados sobre los hombros de dos jóvenes sucias y semidesnudas. Las mujeres tenían el pelo enmarañado y una expresión de desesperanza en los ojos.

—Yarblek —dijo el depravado monarca a modo de saludo—, ¿por qué tardaste

tanto?

—No quería llamar la atención siguiéndote inmediatamente, Drosta.

—Casi me distraigo —dijo Drosta con una mirada de soslayo a las dos jóvenes—. ¿No te parecen sensuales?

—Si te gustan... —dijo Yarblek, y se encogió de hombros—. Yo las prefiero un poco más maduras.

—Ésas también me gustan —admitió Drosta—, pero las amo a todas. Yo me enamoro veinte veces al día. Ahora marchaos, bonitas —les dijo a las chicas—, tengo que atender unos asuntos. Ya os mandaré llamar más tarde.

Las dos jóvenes se fueron y cerraron la puerta con suavidad. Drosta se incorporó en la cama mientras se rascaba la axila con aire indiferente. Su sucia y arrugada casaca amarilla estaba desabrochada y dejaba al descubierto un pecho huesudo y cubierto de un vello oscuro y largo. Era muy delgado, casi esquelético, y sus finísimos brazos parecían palillos. Tenía el cabello lacio y graso y una barba muy rala, apenas unos pocos pelos desparramados por su barbilla. Los hoyos de las viruelas de su cara eran profundos y rojos y tenía una erupción escamosa y poco saludable en el cuello y en las manos. Su cuerpo despedía un olor desagradable.

—¿Estás seguro de que éste es el hombre que busco? —le preguntó a Yarblek.

Garion alzó la cabeza bruscamente y contempló al rey nadrak. La ronquera había desaparecido de su voz y su tono era directo e incisivo, el tono de un hombre pragmático. Garion meditó un momento y llegó a la conclusión de que Drosta lek Thun no era lo que parecía.

—Lo conozco desde hace años, Drosta —respondió Yarblek—. Éste es el príncipe Kheldar de Drasnia. También se hace llamar Seda, Ámbar de Kotu o Radek de Boktor. Es un ladrón, un estafador y un espía. Aparte de eso, no es mal tipo.

—Es un placer conocer a un hombre tan famoso —dijo el rey Drosta—. Bienvenido, príncipe Kheldar.

—Majestad —respondió Seda con una reverencia.

—Te habría invitado a palacio —continuó Drosta —, pero algunos de mis invitados tienen la desagradable costumbre de meter las narices en mis asuntos —añadió con una risa burlona—. Por suerte me di cuenta enseguida de que los malloreanos son una raza de pedantes. Nunca me seguirían a un lugar así, de modo que podemos hablar con libertad. —Echó un vistazo a la chillona decoración barata y a las cortinas rojas con complacida tolerancia—. Además, me gusta este lugar. —Garion estaba apoyado contra la pared, cerca de la puerta, e intentaba pasar lo más inadvertido posible, pero los ojos inquietos de Drosta lo descubrieron—. ¿Podemos confiar en él? —le preguntó el rey a Seda.

—Por completo —le aseguró éste—. Es mi aprendiz. Le estoy enseñando la profesión.

—¿Qué profesión? ¿La de ladrón o la de espía?

—Todo se reduce a lo mismo. —Seda se encogió de hombros—. Yarblek me ha dicho que querías verme. Supongo que será por algún asunto actual y no por desavenencias pasadas.

—Eres listo, Kheldar —dijo Drosta con tono de aprobación—. Necesito tu ayuda y estoy dispuesto a pagar por ella.

—Me encanta la palabra «pagar» —afirmó Seda con una gran sonrisa.

—Eso he oído. ¿Estás al tanto de lo que ocurre aquí, en Gar og Nadrak? —preguntó Drosta. Sus ojos se clavaban como flechas y su actitud de autocomplacencia desapareció por completo.

—Aún formo parte del servicio de inteligencia, Majestad —señaló Seda.

Drosta gruñó, se puso de pie y se dirigió a una mesa donde había una botella de vino y varios vasos.

—¿Un trago? —preguntó.

—¿Por qué no?

Drosta llenó cuatro vasos, cogió uno para sí y comenzó a pasearse con nerviosismo por la habitación.

—No tengo por qué tolerar esto —exclamó con expresión de disgusto—. Mi familia necesitó generaciones, siglos enteros, para liberar a Gar og Nadrak del dominio de los grolims. Ahora pretenden arrastrarnos otra vez a un tremendo barbarismo y no me queda más remedio que aceptarlos. Un cuarto de millón de malloreanos se mueven con entera libertad dentro de mi territorio y un ejército cuyo número no puedo calcular acampa en la frontera sur. Si digo una sola palabra de protesta, Zakath podría destruir mi reino con un simple gesto de la mano.

—¿Sería capaz de hacer algo así? —preguntó Seda mientras acercaba una silla a la mesa.

—Lo haría con la misma pena que tú sentirías al matar una mosca —respondió Drosta—. ¿Lo conoces? —Seda negó con la cabeza—. Pues tienes suerte —dijo Drosta con un estremecimiento—. Taur Urgas está loco, pero por mucho que lo odie, reconozco que es humano. Zakath está hecho de hielo. Necesito ponerme en contacto con Rhodar.

—¡Ah! —exclamó Seda—. Conque de eso se trata.

—Eres un tipo simpático, Kheldar —dijo Drosta con frialdad—, pero no me tomaría todas estas molestias sólo para disfrutar de tu compañía. Tienes que transmitirle mi mensaje a Rhodar. Intenté hacérselo llegar, pero nunca está en un mismo sitio el tiempo suficiente para encontrarlo y no lo consigo. ¿Cómo diablos hace un hombre tan gordo para moverse tanto?

—Se las ingenia para despistar —respondió Seda—. ¿En qué habías pensado exactamente?

—En una alianza —respondió Drosta sin rodeos—. Estoy entre la espada y la pared; o me alío con Rhodar, o me devoran.

—Es una sugerencia muy seria, Majestad —dijo Seda mientras apoyaba, con cuidado, su vaso sobre la mesa—. En las actuales circunstancias, se necesita hablar mucho y deprisa para llegar a un acuerdo.

—Por eso te mandé llamar, príncipe Kheldar. El fin del mundo está delante de nuestras narices. Tienes que convencer a Rhodar de que retire su ejército de la frontera thull. Haz que detenga esta locura antes de que las cosas lleguen demasiado lejos.

—Conseguir que mi tío haga lo que quiero va más allá de mis posibilidades, rey Drosta —respondió Seda con cautela—. Me halaga que creas que tengo tanta influencia sobre él, pero las cosas siempre han sido al revés entre nosotros.

—¿Te das cuenta de lo que sucede, Kheldar? —dijo el rey con voz angustiada, y gesticuló de una forma casi feroz—. Nuestra única esperanza de sobrevivir es evitar que los murgos y los malloreatos encuentren una razón para unirse. Deberíamos crear problemas entre ellos en lugar de proporcionarles un enemigo común. Taur Urgas y Zakath se odian a muerte el uno al otro, lo cual es una bendición. Hay más murgos que granos de arena en el mar y más malloreatos que estrellas en el cielo. Los grolims podrán seguir sermoneando sobre el despertar de Torak hasta que les caiga la lengua, pero la única razón por la cual Taur Urgas y Zakath han tomado las armas es porque ambos quieren destruir al otro y convertirse en rey supremo de Angarak. Se preparan para una guerra de exterminio mutuo y podríamos librarnos de ambos sin necesidad de interferirnos entre ellos.

—Ya entiendo lo que quieres decir —asintió Seda.

—Zakath envía a sus malloreatos al otro lado del mar del Este, a su zona de estacionamiento cerca de Thull Zelik y Taur Urgas reúne a los murgos del sur cerca de Rak Goska, por lo tanto es inevitable que se enfrenten unos a otros. Es imprescindible que nos mantengamos al margen y los dejemos pelear. Haz retroceder a Rhodar antes de que lo estropee todo.

—¿Has hablado de esto con los thulls? —preguntó Seda.

—¿Para qué? —replicó Drosta con un gruñido de desprecio—. He intentado explicarle todo esto al rey Gethell, pero hablar con él es igual que hacerlo con una pared. Los thulls tienen tanto miedo a los murgos que se vienen abajo en cuanto oyen mencionar el nombre de Torak, y, en cuanto a Gethell, es un thull de los pies a la cabeza. De oreja a oreja sólo hay arena.

—Pero hay un problema, Drosta —le dijo Seda al nervioso monarca—, yo no puedo llevar tu mensaje al rey Rhodar.

—¿Que no puedes? —estalló Drosta—. ¿Qué quieres decir con que no puedes?

—Las relaciones entre mi tío y yo no están en su mejor momento —mintió Seda

—. Hace unos meses tuvimos un pequeño malentendido. Estoy seguro de que en cuanto me viera llegar, me metería en prisión, con lo que las cosas irían aún peor.

—Entonces estamos perdidos —gimió Drosta, y pareció hundirse en un mar de desconsuelos—. Tú eras mi última esperanza.

—Déjame pensar un momento —dijo Seda—. Tal vez todavía podamos hacer algo. —Miró fijamente al suelo y se mordisqueaba una uña con aire ausente, simulando que daba vueltas al problema en su cabeza—. Que yo no puedo ir —decidió por fin—, es evidente; pero eso no significa que no pueda ir otra persona.

—¿En qué otra persona confiaría Rhodar? —preguntó Drosta. Seda se volvió hacia Yarblek, que escuchaba la conversación con interés y expresión ceñuda.

—¿Tienes algún problema en Drasnia en estos momentos? —le preguntó.

—Que yo sepa, no.

—Muy bien —continuó Seda—. Hay un vendedor de pieles en Boktor. Su nombre es Geldahar.

—¿Aquel gordo y algo bizco? —preguntó Yarblek.

—El mismo. Carga tú un barco de pieles y ve a Boktor. Intenta venderle las pieles y dile que este año la temporada de pesca del salmón se atrasará.

—Estoy seguro de que se quedará fascinado.

—Es un mensaje en clave —explicó Seda con exagerada prosopopeya—. En cuanto te oiga eso, conseguiré que te reciban en el palacio de la reina Porenn.

—He oído que es una mujer hermosa —dijo Yarblek—, pero no haré un viaje tan largo sólo para ver a una chica bonita, cuando aquí puedo encontrar una a la vuelta de la esquina.

—No lo entiendes, Yarblek —dijo Seda—. Porenn es la reina de Rhodar y él confía más en ella de lo que solía confiar en mí. En cuanto sepa que te envío yo, transmitirá mi mensaje a Rhodar y éste lo recibirá tres días después de que entres en Boktor. Te lo garantizo.

—¿Le vas a pasar esta información a una mujer? —objetó Drosta con brusquedad—. Estás loco, Kheldar. Las únicas mujeres capaces de guardar un secreto son las que no tienen lengua.

Seda meneó la cabeza con un gesto de firmeza.

—Porenn está a cargo del servicio de inteligencia de Drasnia, Drosta, y conoce casi todos los secretos del mundo. Nunca conseguirás que un mensajero burle al ejército alorn para llegar a Rhodar, así que olvídale. El rey estará rodeado de chereks y éstos matarán al primer angarak que vean. Si quieres comunicarte con Rhodar, tendrás que hacerlo por mediación del servicio de inteligencia drasniano, o sea, a través de Porenn.

Drosta no parecía muy convencido.

—Tal vez —dijo por fin, tras meditar en ello un momento—, a estas alturas soy

capaz de intentar cualquier cosa. Pero ¿por qué mezclar a Yarblek en todo esto? ¿Por qué no vas tú a ver a la reina Porenn?

—Me temo que no sería una buena idea —respondió Seda con tristeza—. Porenn tuvo bastante que ver en aquel malentendido que tuve con mi tío y por ahora no seré bien recibido en palacio.

—Conque era eso —rió el rey, mientras alzaba una de sus desgreñadas cejas—. Ya veo que haces honor a tu reputación. —Se volvió hacia Yarblek—. Todo depende de ti, pues. Haz los arreglos necesarios para el viaje a Boktor.

—Ya me debes dinero, Drosta —respondió Yarblek con brusquedad—; la recompensa por traer a Kheldar, ¿recuerdas?

—Apúntalo en algún sitio —sugirió Drosta, y se encogió de hombros.

—De ningún modo. —Yarblek meneó la cabeza con terquedad y dijo —: Saldemos las deudas ahora mismo. Todo el mundo sabe que una vez que obtienes lo que quieres, tardas demasiado en pagar.

—Yarblek —dijo Drosta con firmeza—, soy tu rey.

—Os honro y respeto, Majestad —declaró Yarblek con una burlona inclinación de cabeza—, pero los negocios son los negocios.

72

—No llevo tanto dinero encima —protestó Drosta.

—No hay problema, Drosta, puedo esperar. —Yarblek se sentó en un sillón y se cruzó de brazos, como si pensara quedarse mucho tiempo allí.

El rey de los nadraks lo miró con expresión de impotencia.

Ocurrió entonces que se abrió la puerta y de súbito apareció Belgarath, todavía vestido con los harapos que llevaba en la taberna. No fue una entrada furtiva, el anciano se comportaba como si viniera a tratar un asunto importante.

—¿Qué significa esto? —exclamó Drosta reflejando en su rostro cierta incredulidad—. ¡Guardias! —gritó—. ¡Sacad a este viejo borracho de aquí!

—Están dormidos, Drosta —respondió Belgarath con calma, y añadió mientras cerraba la puerta —: Pero no te enfades demasiado, no fue culpa suya.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó Drosta—. ¡Fuera de aquí ahora mismo!

—Deberías mirarlo mejor, Drosta —sugirió Seda con una risita seca—. A veces las apariencias engañan y no conviene apresurarse a echar a alguien. Es probable que tenga algo importante que decirte.

—¿Lo conoces, Kheldar? —preguntó Drosta.

—Todo el mundo lo conoce —respondió Seda—o ha oído hablar de él.

Drosta frunció el entrecejo en un gesto de perplejidad, pero Yarblek ya había saltado de su sillón y su delgada cara había empalidecido de repente.

—¡Drosta! —prorrumpió —, míralo bien y piensa un momento. Lo conoces.

Drosta estudió al anciano de aspecto harapiento y sus ojos se abrieron asombrados. Exclamó:

—¡Tú!

Yarblek todavía miraba a Belgarath con la boca abierta.

—Ha estado metido en esto desde el comienzo. Debería haberlo imaginado cuando los vi en Cthol Murgos. Él, aquella mujer, todo encaja.

—¿Qué haces en Gar og Nadrak? —preguntó Drosta con temor reverente.

—Sólo estoy de paso, Drosta —respondió Belgarath—. Y si habéis acabado vuestra discusión, necesito a estos dos alorn. Tenemos una cita y vamos un poco retrasados.

—Siempre pensé que eras una leyenda.

—Intento afianzar esa idea al máximo —corrigió Belgarath—, y eso me permite moverme con mayor facilidad.

—¿Tienes algo que ver con los planes de los alorn?

—Sí, actúan más o menos de acuerdo con mis sugerencias. Polgara los está vigilando.

—¿Puedes hacerles llegar el mensaje de que no se mezclen en la lucha?

—En realidad no será necesario, Drosta. Yo en tu lugar no me preocuparía tanto por Zakath y Taur Urgas; se avecinan cosas más importantes que sus disputas.

—Entonces eso es lo que está haciendo Rhodar —dijo Drosta como si de repente lo comprendiera todo—. ¿De verdad es tan tarde?

—Mucho más de lo que crees —respondió el viejo hechicero. Se acercó a la mesa y se sirvió un vaso de vino—. Torak se está despertando y es probable que todo esto acabe antes de las últimas nieves.

—Esto ha llegado demasiado lejos, Belgarath —dijo Drosta, y añadió—: Yo podría intentar algo contra Zakath y Taur Urgas, pero no pienso hacer enfadar a Torak.

Drosta se volvió hacia la puerta.

—No te precipites, Drosta —le aconsejó Belgarath con calma, mientras se sentaba en una silla. Luego bebió un sorbo de vino—. Los grolims suelen ser muy poco razonables y podrían interpretar mi presencia aquí como prueba de que has conspirado contra ellos. Te arrojarán a un altar y te arrancarán el corazón sin darte la oportunidad de explicarte... por más rey que seas.

Drosta se quedó paralizado, su cara picada de viruelas cobró una palidez cadavérica y, por un instante, pareció luchar consigo mismo, pero luego sus hombros se hundieron y su resolución se esfumó.

—Me tienes en tus manos, ¿verdad, Belgarath? —dijo con una risita—. Me hiciste creer que era muy listo y ahora te valdrás de eso para hacerme traicionar al dios de Angarak.

—¿Tanto lo aprecias?

—Nadie aprecia a Torak. Le tengo miedo y ésa es la mejor razón para no enfrentarme con él, más que cualquier vínculo afectivo. Si él se despertara... — titubeó el rey de los nadraks con un estremecimiento antes de proseguir.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo sería el mundo si él no existiera? — preguntó Belgarath.

—Eso sería demasiado. Él es un dios y nadie podrá vencerlo. Es demasiado poderoso.

—Hay cosas más poderosas que los dioses, Drosta, y ahora mismo se me ocurren dos. Esas dos cosas se dirigen hacia un encuentro final y creo que no deberías ponerte en su camino.

En ese preciso momento Drosta pareció advertir algo. Se dio la vuelta despacio, y con absoluta incredulidad, miró directamente a Garion. Luego sacudió la cabeza y se restregó los ojos como si tuviera la vista borrosa. Garion sintió conciencia de la espada que llevaba a la espalda. Los ojos saltones de Drosta se abrieron aún más cuando se dio cuenta de que el Orbe le ordenaba que olvidara lo que tenía ante él. Su expresión reflejó un temor reverente y una desesperada esperanza se dibujó en su fea cara.

—Majestad —balbuceó, e hizo una reverencia llena de respeto.

—Majestad —respondió Garion con una cortés inclinación de cabeza.

—Por lo visto, me veo obligado a desearte buena suerte —dijo Drosta en voz baja —. A pesar de lo que dice Belgarath, creo que la necesitarás.

—Gracias, rey Drosta —respondió Garion.

Capítulo 6

—¿Tú crees que podemos confiar en Drosta? —le preguntó Garion a Seda mientras seguían a Belgarath por el pasadizo lleno de basura, detrás de la taberna.

—Sólo mientras estemos en condiciones de vencerlo —respondió Seda—. Sin embargo, fue franco al decir que está entre la espada y la pared. Tal vez por eso podría negociar de buena fe con Rhodar, al menos al principio.

Cuando llegaron a la calle, al final del pasadizo, Belgarath levantó la mirada al cielo.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo—. Quiero salir de la ciudad antes de que cierren las puertas. Dejé los caballos detrás de un matorral a un kilómetro y medio de las murallas.

—¿Volviste a buscarlos? —preguntó Seda, sorprendido.

—Por supuesto. No pensaba hacer todo el viaje hasta Morindland caminando.

El anciano los condujo calle arriba en dirección contraria al río. Llegaron a las puertas de la ciudad, bajo la luz mortecina de la tarde, cuando los guardas estaban a punto de cerrar. Uno de los soldados nadraks alzó la mano, en ademán de cortarles el paso, pero enseguida cambió de idea y les hizo un gesto para que pasaran, maldiciendo entre dientes. La enorme puerta alquitranada se cerró con estruendo tras ellos y oyeron el ruido de las pesadas cadenas, el correr de los cerrojos y el cierre de los candados. Garion echó un vistazo a la máscara de Torak que había encima de las puertas y le volvió la espalda con recelo.

—¿Crees que nos seguirán? —le preguntó Seda a Belgarath sin dejar de caminar por el sucio camino de entrada a la ciudad.

—No me sorprendería —respondió Belgarath—. Drosta sabe, o sospecha más bien, muchas cosas sobre nuestra misión. Los grolims malloranos emplean métodos muy sutiles y pueden leerle el pensamiento sin que él se dé cuenta. Por eso no se preocupan en seguirlo en sus pequeñas excursiones.

—¿No deberías tomar precauciones? —sugirió Seda, caminando, ya bajo la luz del crepúsculo.

—Estamos demasiado cerca de Mallorea como para hacer ruidos innecesarios —dijo Belgarath—. Zedar puede oírme desde muy lejos y el sueño de Torak ya es muy ligero. No quiero correr el riesgo de que se sobresalte y se despierte.

Siguieron avanzando por el camino rumbo a la hilera de frondosos matorrales que rodeaban los campos de la ciudad. El croar de las ranas en los terrenos pantanosos, cercanos al río, se oía muy fuerte en la quietud del atardecer.

—¿Entonces Torak ya no está realmente dormido? —preguntó Garion, que en el fondo tenía la esperanza de sorprender al dios mientras dormía.

—No, en realidad no lo está —respondió su abuelo—. El sonido que produjo tu

mano al tocar el Orbe conmovió al mundo entero. Ni siquiera Torak podía seguir dormido después de eso. No está despierto del todo, pero tampoco está completamente dormido.

—¿De verdad hizo tanto ruido? —preguntó Seda con curiosidad.

—Es probable que lo hayan oído en el otro extremo del universo. Ahí dejé los caballos. —Y el anciano señaló un bosquecillo de sauces a unos cientos de metros del camino.

De repente oyeron un ruido de pesadas cadenas detrás de sí que hizo callar a las ranas por un instante.

—Están abriendo las puertas —dijo Seda—. Nunca lo hacen a no ser que reciban una orden judicial.

—Démonos prisa —dijo Belgarath.

Los caballos piafaban inquietos y relinchaban mientras sus amos los empujaban a toda prisa entre los susurrantes sauces en medio de la creciente oscuridad. Condujeron a los animales fuera del bosquecillo, montaron y se dirigieron hacia la montaña.

—Ya saben que estamos aquí —observó Belgarath—, así que no tiene sentido intentar esquivarlos.

—Espera un momento —repuso Seda. Desmontó, rebuscó en uno de los bolsos de lona amarrados a la bestia de carga, sacó algo y volvió a montar—. Ahora vámonos.

Partieron a galope tendido, avanzando con un ruido sordo por el camino de tierra bajo un cielo estrellado pero sin luna. Se dirigieron a las densas sombras del bosque, al final del terreno quemado y cubierto de maleza que rodeaba la capital nadrak.

—¿Puedes verlos? —le gritó Belgarath a Seda que cabalgaba detrás y miraba por encima del hombro.

—Creo que sí —respondió Seda—. Están a kilómetro y medio de distancia.

—Demasiado cerca.

—Yo me ocuparé de ellos en cuanto entremos en el bosque —afirmó Seda confidencialmente.

El oscuro bosque parecía cada vez más cerca a medida que avanzaban por el camino escarpado. Garion ya podía oler el aroma de la vegetación.

Se sumergieron entre las sombras negras de los árboles y sintieron ese ligero aumento de temperatura que siempre se experimenta al entrar en un bosque. Seda detuvo de pronto su caballo.

—Seguid vosotros adelante —dijo, y saltó de la silla—, ya os alcanzaré.

Belgarath y Garion siguieron su camino, a paso un poco más lento para no perder el rumbo. Seda los alcanzó unos minutos más tarde.

—Escuchad —dijo cuando detuvo su caballo. El hombrecillo sonrió y sus dientes brillaron en la oscuridad.

—Ya están ahí —dijo Garion con tono apremiante al oír el estruendo de los cascos de los caballos—. ¿No sería mejor que...?

—Escuchad —murmuró Seda, expectante.

Se dejaron oír algunas exclamaciones y el golpe de hombres que caían al suelo. Un caballo relinchó y salió de estampida.

—Creo que ya podemos apurar el paso —concluyó Seda con una risita maligna—. Tardarán un rato en encontrar sus caballos.

—¿Qué has hecho? —preguntó Garion.

—Atar una cuerda en el camino a la altura del pecho de un jinete. Es un viejo truco, pero a veces los viejos trucos son los que mejor funcionan. Ahora tendrán más cuidado, de modo que mañana por la mañana ya los habremos perdido.

—Entonces, sigamos adelante —cortó Belgarath. Avanzaban al trote, y Seda preguntó:

—¿Y hacia dónde vamos?

—Vamos directamente a la cordillera del norte —respondió el anciano—. Hay demasiada gente que sabe que estamos aquí, así que intentemos llegar a la tierra de los morinds lo antes posible.

—Si tienen verdadero interés en cogernos, nos seguirán hasta el final —dijo Garion mirando hacia atrás con nerviosismo.

—No lo creo —respondió Belgarath—, cuando llegemos allí estarán muy lejos y no creo que se atrevan a entrar en territorio de los morinds para seguir un rastro impreciso.

—¿Es muy peligroso, abuelo?

—Cuando los morinds cogen a gente extraña en su territorio, les hacen cosas horribles.

—Y nosotros, ¿no somos gente extraña para los morinds? —preguntó el joven.

—Ya me ocuparé de eso cuando llegemos allí.

Siguieron galopando durante el resto de la cálida noche hasta dejar atrás a sus perseguidores, ahora más cuidadosos. Debajo de los árboles, los diminutos destellos centelleantes de las luciérnagas moteaban la oscuridad, y los grillos cantaban sin descanso. Cuando la primera luz de la mañana comenzaba a filtrarse a través de los árboles, llegaron a otro territorio también incendiado. Belgarath detuvo su caballo para escudriñar los matorrales quemados, salpicados acá y allá por troncos chamuscados.

—Será mejor que comamos algo —sugirió—. Los caballos necesitan descansar y a nosotros no nos vendría mal dormir un rato antes de seguir. Pero alejémonos del camino —agregó. Miró a su alrededor en la creciente luz del amanecer, giró su caballo y los condujo en dirección opuesta al camino, bordeando el territorio quemado.

Tras unos cientos de metros, llegaron a un pequeño claro entre los arbustos espinosos. Al borde mismo de los árboles, el agua de un manantial caía sobre una pequeña charca llena de musgo, y la hierba tenía allí un intenso color verde. El claro estaba rodeado por una maraña de zarzas y ramas quemadas.

—Éste parece un buen lugar —decidió Belgarath.

—No lo creo —discrepó Seda con la vista fija en un bloque de piedra que había en el centro del claro. Una piedra de bordes irregulares y manchas negras en las caras laterales.

—Lo es para nuestro propósito —replicó el anciano—. La gente evita acercarse a los altares de Torak y nosotros no queremos compañía.

Desmontaron junto a los árboles, Belgarath rebuscó en uno de los morrales hasta que encontró pan y cecina. Garion se encontraba curiosamente distraído. Estaba cansado y la fatiga le hacía sentirse algo mareado. Sin más ni más cruzó la tierra blanda del claro en dirección al altar manchado de sangre y lo escudriñó, como para estudiar los detalles sin considerar sus implicaciones. La piedra oscurecida se alzaba bien asegurada en su base en el centro del claro, sin proyectar ninguna sombra bajo la pálida luz del amanecer. Era un altar abandonado que tiempo hacía que en él no se ofrecían sacrificios. Los pequeños orificios de la piedra habían absorbido la sangre y las manchas se habían oscurecido con el tiempo. El altar estaba rodeado de huesos semienterrados y cubiertos por una pátina verdosa de moho. Una araña furtiva se escondió de pronto en la cuenca del ojo de un cráneo y buscó refugio en aquella oscura bóveda vacía. Muchos de los huesos estaban rotos y mostraban las marcas de los pequeños y afilados dientes de los depredadores necrófagos del bosque. Un medallón tosco y ennegrecido de plata pendía de su cadena sobre una vértebra deforme, y no muy lejos de allí, una hebilla de bronce, verde de moho, todavía sujeta a un trozo de cuero podrido.

—No te acerques a eso, Garion —aconsejó Seda, mostrando en su tono de voz la repulsa que le ocasionaba.

—En cierto modo, mirarlo me ayuda —respondió Garion con calma sin desviar la vista del altar y de los huesos—, me distrae y me permite olvidar mi miedo. —Irguió los hombros y su enorme espada se movió en su espalda—. No creo que el mundo necesite este tipo de cosas; tal vez sea hora de que alguien haga algo al respecto.

Cuando se giró, descubrió que Belgarath lo miraba con sus perspicaces ojos entornados.

—Por algo se empieza —observó el hechicero—. Comamos algo y luego durmamos un rato.

Tomaron un desayuno frugal, amarraron los caballos y luego se tendieron en el suelo, envueltos en sus mantas, a la sombra de unos arbustos en un extremo del claro. Ni la presencia del altar grolim ni la peculiar resolución que acababa de tomar

evitaron que Garion se durmiera inmediatamente.

A eso del mediodía, lo despertó un suave susurro. Garion se sentó, miró a su alrededor buscando la causa de aquel ruido, pero ni el bosque ni los arbustos carbonizados parecían esconder ninguna amenaza. Belgarath estaba de pie cerca de allí y miraba al cielo estival donde un gran halcón con listas azules volaba en círculos.

«¿Qué haces aquí?», dijo el hechicero mentalmente, dirigiendo la pregunta al cielo.

El halcón bajó en picado hacia el claro, agitó las alas para evitar el altar y se posó sobre el césped. Miró directamente a Belgarath con sus brillantes ojos amarillos, se dejó sentir un débil resplandor y su silueta pareció desdibujarse. Cuando desapareció el resplandor, el deforme hechicero Beldin ocupaba el lugar del ave. El anciano seguía tan sucio, harapiento y malhumorado como la última vez que lo viera Garion.

—¿Sólo alcanzaste a llegar hasta aquí? —le preguntó bruscamente a Belgarath—. ¿Qué has hecho? ¿Parar en todas las tabernas camino?

—Nos retrasamos por un pequeño incidente —respondió Belgarath con calma.

—Si sigues perdiendo el tiempo como hasta ahora, no llegarás a Cthol Mishrak antes de fin de año.

—Ya llegaremos, Beldin. Te preocupas demasiado.

—Alguien tiene que hacerlo. Os siguen, ¿sabes?

—¿A qué distancia están?

—A unos veinticinco kilómetros.

—Entonces están bastante lejos —dijo Belgarath sin darle importancia—. Cuando lleguen a Morindland se darán por vencidos.

—¿Y si no lo hicieran?

—¿Has estado con Polgara últimamente? —preguntó Belgarath con frialdad—. Creí que me había librado de todas las preguntas con «y si...».

—La vi la semana pasada —respondió Beldin, y al encogerse de hombros, su joroba hacía parecer un gesto grotesco—. Tiene planes muy interesantes para ti, ¿sabes?

—¿Ha estado en el Valle? —preguntó Belgarath, sorprendido.

—Sólo de paso. Venía con el ejército de la joven de pelo rojo.

—¿Con el ejército de quién? —preguntó Garion apartando las mantas súbitamente.

—¿Qué está ocurriendo allí? —preguntó Belgarath con voz severa.

—Todavía no lo entiendo —admitió Beldin, mesándose la enmarañada barba—. Todo lo que sé es que los alorn siguen a esa pequeña tolnedrana pelirroja. Se hace llamar la reina de Riva, pero no sé qué quiere decir con eso.

—¿Ce'Nedra? —preguntó, incrédulo, Garion, aunque en el fondo sabía que no

debería sorprenderse.

—Por lo visto pasó por Arendia como si fuera la peste —continuó Beldin—. Cuando se fue, no quedaba un solo hombre sano en todo el reino. Luego se dirigió a Tolnedra y logró que a su padre le diera un ataque. Yo no sabía que era propenso a las convulsiones.

—Ocurre de vez en cuando en el linaje de los Borune —aclaró Belgarath—. No es demasiado serio, pero, de todos modos, intentan mantenerlo en secreto.

—Bueno —continuó el jorobado —, la cuestión es que mientras Ran Borune todavía echaba espuma por la boca, su hija le robó las legiones. Ha persuadido a medio mundo para que se levanten en armas y la sigan. —Miró a Garion con una expresión inquisitiva—. Tú vas a casarte con ella, ¿verdad? —Garión asintió con un gesto, incapaz de hablar, y Beldin sonrió—. Te convendría pensar en la posibilidad de huir.

—¡Ce'Nedra! —exclamó Garion otra vez.

—Parece que se le han ablandado los sesos —observó Beldin.

—Ha tenido que soportar una gran tensión y en este momento no está muy bien de los nervios —respondió Belgarath—. ¿Vas a volver al Valle?

Beldin asintió con la cabeza.

—Los gemelos y yo vamos a unirnos a Polgara cuando empiece la campaña. Si los grolims se unen contra ella, podría necesitar ayuda.

—¿Campaña? —exclamó Belgarath—. ¿Qué campaña? Les aconsejé que se limitaran a ir de un lado a otro y a meter mucho ruido. Les aclaré muy bien que no debían invadir.

—Por lo visto no te han hecho caso. Los alorn no acostumbran a controlarse en estos casos y es evidente que se reunieron y decidieron tomar medidas. Ese hombre gordo parece bastante inteligente y pretende enviar una flota cherek al mar del Este para dejar fuera de combate a los barcos mallorcanos. El resto son sólo tácticas de distracción.

Belgarath empezó a maldecir.

—No puedes dejarlos solos ni un instante —dijo, furioso—. ¿Cómo es posible que Polgara se prestara a participar en esta majadería?

—El plan no está tan mal, Belgarath. Cuantos más mallorcanos ahoguen ahora, menos tendrán que combatir más adelante.

—No pensamos combatir contra ellos, Beldin. Los angaraks no se unirán a no ser que Torak regrese o que tengan que enfrentarse con un enemigo común. Acabamos de hablar con Drosta lek Thun, el rey nadrak, y está tan seguro de que los murgos y los mallorcanos están a punto de enfrentarse entre sí que quiere aliarse con el Oeste sólo para mantenerse al margen. Cuando regreses, intenta razonar con Rhodar y Anheg. Ya tengo demasiados problemas.

—Tus problemas acaban de comenzar, Belgarath. Hace un par de días, los gemelos tuvieron una aparición.

—¿Una qué?

—¿Cómo quieres que lo llame? —dijo Beldin, y se encogió de hombros—. Estaban trabajando, o haciendo algo que no viene al caso, y de repente los dos cayeron en trance y comenzaron a delirar. Al principio sólo repetían esos galimatías del Códice Mrin, la parte donde el profeta se volvió loco y comenzó a proferir voces de animales. Bueno, pues recitaron esa parte, pero esta vez de forma coherente.

—¿Y qué decían? —preguntó Belgarath con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —Por supuesto que quiero.

—Muy bien; era algo así: «Contemplad esto: el corazón de la piedra se ablandará, la belleza que fue destruida se restaurará y el ojo huero volverá a aparecer entero».

—¿Eso es todo? —preguntó Belgarath con la vista fija en Beldin.

—Sí —respondió el hechicero. —Pero ¿qué significa? —preguntó Garion. —Sólo lo que dice, Belgarion —respondió Beldin—. Por alguna razón, el Orbe curará a Torak.

—Entonces Torak ganará —dijo Garion, aturdido y tembloroso al comprender el verdadero alcance de las palabras de Beldin.

—Nadie habló de ganar o perder, Belgarion —corrigió Beldin—. La profecía sólo dice que el Orbe reparará el daño que le hizo a Torak cuando éste lo usó para romper el mundo; pero no dice el porqué.

—Ése es el eterno problema de la profecía —observó Belgarath—. Puede tener una docena de significados distintos.

—O todos ellos —agregó Beldin—, por eso a veces es tan difícil de comprender. Tenemos tendencia a concentrarnos en una sola cosa, pero la profecía las incluye a todas a la vez. Meditaré sobre ella para ver si logro encontrarle algún sentido. Si descubro algo, te lo haré saber. Ahora será mejor que me vaya. —Se inclinó ligeramente hacia delante e hizo un gesto con los brazos como si fueran alas—. Ten cuidado con los morinds —le dijo a Belgarath—. Eres un buen hechicero, pero la magia es muy distinta y a veces se te escapa de las manos.

—Creo que podré arreglármelas —dijo Belgarath con acritud.

—Tal vez —replicó Beldin—. Si logras mantenerte sobrio.

De nuevo apareció aquel resplandor y el viejo se convirtió en halcón, agitó sus alas dos veces y ascendió raudo hacia el cielo, alejándose del claro.

Garion lo contempló hasta que se convirtió en un punto minúsculo que giraba en el cielo.

—Extraña visita —dijo Seda mientras apartaba las mantas—.

Parece que han ocurrido muchas cosas desde que nos marchamos.

—Y ninguna buena —añadió Belgarath con acritud—. Pero vámonos, ahora sí

que tendremos que darnos prisa. Si Anheg envía su flota al mar del Este y comienza a hundir barcos con tropas mallorcanas, es probable que Zakath decida marchar hacia el norte y cruzar el puente de tierra. Si no nos adelantamos, cuando lleguemos estará lleno de gente. —El anciano frunció el entrecejo con una expresión siniestra—. Ahora mismo me gustaría echarle el guante a su tío —agregó—. Le haría bajar unos cuantos kilos.

Ensillosaron los caballos con rapidez y cabalgaron bordeando el bosque iluminado por el sol hacia el camino que llevaba al norte.

A pesar de las débiles garantías de los dos hechiceros, Garion cabalgaba hundido en la desesperación. Iban a perder y Torak lo mataría.

«Deja de sentir tanta pena por ti mismo», le dijo por fin su voz interior.

«¿Por qué me metiste en esto?», preguntó Garion con amargura.

«Ya hemos discutido eso antes.»

«Me matará.»

«¿De dónde has sacado esa idea?»

«Es lo que dijo la profecía. —Garion se interrumpió de repente, pues recordó algo—. Tú eres la profecía, ¿verdad? Tú mismo lo dijiste.»

«Ésa es una palabra confusa. Y yo no dije nada acerca de ganar o perder.»

«¿No es eso lo que significa?»

«No. Significa exactamente lo que dice.»

«¿Qué otra cosa podría significar?»

«Cada día que pasa te vuelves más terco. Deja de preocuparte tanto por el significado de las cosas y haz lo que tengas que hacer. Antes casi lograste comprenderlo.»

«¿Para qué hablas si sólo sabes hacerlo a base de acertijos? ¿Por qué te molestas en decir cosas que nadie puede comprender?»

«Porque es necesario decirlas. La palabra determina al hecho, le pone límites y le da forma. Sin la palabra, el hecho sólo es un acontecimiento fortuito. Ese es el propósito de lo que llamas profecía, separa lo deliberado de lo fortuito.»

«No lo entiendo.»

«Sabía que no lo entenderías, pero al fin y al cabo, fuiste tú quien preguntó. Ahora deja de preocuparte por todo esto. No tiene nada que ver contigo.»

Garion iba a protestar, pero descubrió que la voz se había ido. Con todo, aquella conversación le había hecho sentirse algo mejor, no mucho, pero un poco sí. Para dejar de pensar en ese asunto, acercó su caballo al de Belgarath mientras volvían a entrar en el bosque, al final del terreno carbonizado.

—¿Quiénes son exactamente los morinds, abuelo? —preguntó—. Todo el mundo habla de ellos como si fueran muy peligrosos.

—Lo son —respondió Belgarath—. Pero si vamos con cuidado, podremos

atravesar su territorio.

—¿Están de parte de Torak?

—Los morinds no están de parte de nadie, Garion. Ni siquiera viven en nuestro mundo.

—No te entiendo.

—Los morinds son como solían ser los ulgos, antes de que UL los aceptara. Había varios pueblos sin dios y cada cual vagaba en distinta dirección. Los ulgos fueron al este y los morinds al norte. Otros grupos se marcharon por el sur o hacia el este y desaparecieron.

—¿Por qué no se quedaron todos donde estaban?

—No podían. Las decisiones de los dioses son como una coacción. Por fin los ulgos encontraron a su dios, pero los morinds no, aunque el hecho de permanecer separados de otros pueblos sigue vigente. Viven en un desierto, sin apenas oasis, más allá de la cordillera del norte, generalmente en pequeños grupos nómadas.

—¿A qué te referías cuando dijiste que no viven en nuestro mundo?

—El mundo es un lugar terrible para los morinds, un lugar diabólico. Ellos adoran a los demonios y viven en el mundo de los sueños más que en el de la realidad. Su sociedad está dominada por los soñadores y los magos.

—Pero los demonios no existen, ¿verdad? —preguntó Garion con escepticismo.

—Oh, sí. Los demonios son seres reales.

—¿De dónde vienen?

—No tengo la menor idea —dijo Belgarath encogiéndose de hombros—, pero existen y son malvados. Los morinds los controlan por medio de la magia.

—¿Y la magia es diferente de la que hacemos nosotros?

—Bastante. Nosotros somos hechiceros, al menos así nos llaman. Lo que nosotros hacemos, implica la Voluntad y la Palabra, pero ésa no es la única forma de hacer las cosas.

—No entiendo muy bien.

—No es tan complicado, Garion. Hay varias formas de modificar la naturaleza de las cosas. Vordai es una bruja y se vale de espíritus, por lo general benignos, a veces traviesos, pero nunca malignos. En cambio un mago emplea demonios, espíritus malignos.

—¿Y eso no es peligroso?

—Muy peligroso —asintió Belgarath con un gesto de cabeza—. El mago intenta controlar al demonio con hechizos, o sea, con fórmulas, encantamientos, símbolos, diagramas místicos y cosas por el estilo. Mientras no cometa ningún error, el demonio es su esclavo absoluto y tiene que hacer lo que él le diga; pero al demonio no le gusta ser esclavo de nadie, así que siempre está buscando la manera de romper el hechizo.

—¿Y qué ocurre si lo logra?

—Casi siempre se devora al mago en el acto. Sucede con bastante frecuencia. Si uno pierde la concentración o convoca a un demonio demasiado fuerte, tiene problemas.

—¿A qué se refería Beldin cuando dijo que a ti no se te da muy bien la magia? —preguntó Seda.

—Nunca he dedicado mucho tiempo a aprenderla —respondió el viejo hechicero—. Después de todo tengo otras opciones, y la magia es peligrosa y no demasiado segura.

—Entonces no la uses —sugirió Seda.

—No pensaba hacerlo. Por lo general, la sola amenaza de emplear la magia basta para mantener alejados a los morinds. Los enfrentamientos son muy raros.

—Ya entiendo por qué.

—Cuando lleguemos al otro lado de la cordillera del norte nos disfrazaremos. Hay una serie de señales y símbolos que harán que los morinds nos rehuyan.

—Parece muy prometedor.

—Pero primero tenemos que llegar allí, por supuesto —señaló el anciano—. Démonos un poco de prisa, pues aún queda un largo trecho —añadió y partió al galope.

Capítulo 7

Cabalgaron a marchas forzadas durante toda la semana y avanzaron sin descanso hacia el norte, evitando acercarse a los poblados diseminados por el bosque nadrak. Garion notó que las noches se hacían cada vez más cortas y cuando llegaron a las primeras estribaciones de la cordillera del norte la oscuridad casi había desaparecido por completo. La tarde y la mañana se fundían en unas pocas horas de luminoso crepúsculo mientras el sol se hundía detrás del horizonte para volver a salir poco después.

La cordillera del norte señalaba el límite superior del bosque nadrak. No era tanto una región montañosa, cuanto una cadena de picos, un largo trecho de terreno elevado que se extendía hacia el este desde las anchas montañas que formaban la columna vertebral del continente. Cabalgaban por un sendero que se perdía entre dos picos nevados. Los árboles que los rodeaban se iban haciendo cada vez más chaparros hasta por fin desaparecer por completo. Más allá de aquel punto, no había más árboles. Belgarath se detuvo junto a uno de los últimos bosquecillos y cortó media docena de arbolillos jóvenes.

El viento que llegaba desde los picos era frío y tenía el olor seco de las nieves perpetuas. Al llegar a la cima salpicada de piedras, Garion contempló por primera vez la inmensa llanura que se extendía a sus pies. El llano, sin señales de árboles, estaba cubierto de hierbas altas que el viento mecía con movimientos largos y ondulantes. Los ríos cruzaban sin rumbo aquel desierto, y mil lagunas y lagos poco profundos, azules y brillantes bajo el sol invernal, se perdían en el horizonte.

—¿Hasta dónde llega? —preguntó Garion en voz baja. —Desde aquí a los hielos del polo —respondió Belgarath—.

Varios centenares de kilómetros.

—¿Y está habitado sólo por los morinds?

—A nadie le interesa vivir aquí. La mayor parte del año, esta región está cubierta por la nieve y sumida en la oscuridad. Aquí puedes pasarte seis meses sin ver el sol.

Bajaron la cuesta rocosa, en dirección a la llanura, y encontraron una cueva baja y poco profunda en la base del peñasco que separaba las montañas de las colinas.

—Nos detendremos aquí —dijo Belgarath mientras tiraba de las riendas de su cansado caballo—. Tenemos que hacer algunos preparativos y los caballos necesitan descansar.

Los días siguientes estuvieron muy ocupados: Belgarath cambiando su apariencia de forma dramática, Seda colocando trampas toscas en el laberinto de serpenteantes caminos de cabras que encontraron invadidos por altas hierbas y Garion registrando las colinas en busca de tubérculos y de una flor blanca de extraño olor. Belgarath, sentado en la entrada de la cueva, fabricaba diversas herramientas con los arbolitos

recién cortados. Las raíces que Garion había encontrado producían un tinte marrón oscuro que Belgarath usó para pintarles la piel.

—Los morinds son de piel morena —explicó mientras untaba los brazos y la espalda de Seda con el tinte—, un poco más morenos que los tolnedranos o los nyissanos. Esto se irá dentro de varias semanas, pero durará el tiempo suficiente para que logremos pasar.

Cuando los tres tuvieron la piel teñida, Belgarath trituró las flores de extraño olor hasta convertirlas en una tinta negra como el azabache.

—El pelo de Seda tiene el color apropiado —dijo— y el mío puede pasar, pero tendremos que hacer algo con el tuyo, Garion. —Diluyó un poco de tinta en agua y tiñó de negro el pelo color arena de Garion—. Así está mejor —gruñó al terminar—. Y aún queda suficiente tinta para los tatuajes.

—¿Tatuajes? —preguntó Garion, estupefacto. —Los morinds se pintarrajean todo el cuerpo. —¿Dolerá?

—No vamos a hacernos tatuajes reales, Garion —respondió Belgarath, complaciente—. Tardan demasiado tiempo en cicatrizar y tu tía se pondría histérica si volvieras lleno de tatuajes. Esta tinta durará el tiempo necesario para atravesar el territorio de los morinds, pero con el tiempo se borrará.

Seda estaba sentado con las piernas cruzadas frente a la cueva y cosía pieles de conejo en las ropas como si fuera un verdadero sastre.

—¿No empezarán a oler dentro de unos días? —preguntó Garion con la nariz arrugada.

—Es probable —admitió Seda—, pero no tengo tiempo de curtirlas.

Más tarde, mientras Belgarath dibujaba con cuidado los falsos tatuajes en sus caras, les explicó los papeles que iban a desempeñar.

—Garion será el buscador —dijo.

—¿Y eso qué es? —preguntó Garion.

—No muevas la cara —dijo Belgarath, ceñudo, mientras dibujaba líneas debajo de los ojos de Garion con una pluma de cuervo—. La búsqueda es un ritual morind. Los jóvenes morinds tienen que pasar por él antes de ascender a un puesto de autoridad dentro de su tribu. Llevarás un tocado de piel blanca y esa lanza roja que he fabricado para ti. Es un arma de ceremonia —le advirtió—, así que no intentes atacar a nadie con ella. Estaría muy mal visto.

—Lo recordaré.

—Hechizaremos tu espada para hacerla pasar por algún tipo de reliquia. Un mago podría superar el encantamiento que disimula la espada, sólo depende de lo bueno que sea. Hay algo más, el buscador tiene absolutamente prohibido hablar en cualquier circunstancia, así que mantén la boca cerrada. Seda será tu soñador. Llevará una banda de piel blanca en el brazo izquierdo. Los soñadores hablan con acertijos y

deliran casi continuamente. Además, suelen caer en trances o tener convulsiones. ¿Crees que podrás arreglártelas para imitarlos?

—Confía en mí —respondió Seda con una gran sonrisa.

—Eso no es fácil —gruñó Belgarath—. Yo seré el mago de Garion y llevaré una estaca con un cráneo con cuernos que hará que la mayoría de los morinds nos rehuyan.

—¿La mayoría? —preguntó Seda con presteza.

—Averiguar si es verdadero o no es de mala educación, pero de vez en cuando sucede. —El anciano miró los tatuajes de Garion con ojo crítico—. Está bastante bien —dijo, y se volvió hacia Seda.

Cuando terminó, los tres hombres estaban casi irreconocibles. Las señales que el anciano había trazado con cuidado en sus brazos y caras no eran pinturas sino dibujos. Sus rostros se habían convertido en horribles máscaras diabólicas y las partes visibles de sus cuerpos estaban cubiertas de símbolos grabados en tinta negra. Llevaban pieles cosidas a los pantalones y a las camisas y collares de huesos pendían de sus cuellos. Sus brazos y sus hombros, llenos de complicados dibujos, estaban desnudos.

Luego Belgarath bajó al valle que había debajo de la cueva a buscar algo que no tardó mucho en encontrar gracias al poder de su mente. Mientras Garion lo contemplaba con repulsión, el anciano violó una tumba con actitud despreocupada. Extrajo un sonriente cráneo y le sacudió la tierra con cuidado.

—Necesitaré unos cuernos de ciervo —le dijo a Garion—, no demasiado grandes y bien proporcionados.

El hechicero, con el aspecto feroz que le conferían las pieles y los dibujos, se puso en cuclillas y comenzó a restregar el cráneo con puñados de arena seca.

No fue difícil encontrar cuernos blanqueados por el tiempo esparcidos entre las altas hierbas, pues los ciervos de la región cambiaban sus cornamentas cada invierno. Garion juntó unos cuantos y regresó a la cueva, donde su abuelo estaba haciendo un par de agujeros en la parte superior del cráneo. El hechicero examinó con ojo crítico los cuernos que Garion le llevaba, escogió un par y los ensambló en los agujeros del cráneo. El sonido chirriante que producía el cuerno contra el cráneo le dio dentera.

—¿Qué te parece? —preguntó Belgarath y alzó el cráneo con los cuernos.

—Es grotesco —dijo Garion con un estremecimiento.

—Ése era mi propósito —respondió el anciano. Fijó el cráneo con firmeza en el extremo de una larga estaca, lo decoró con plumas y se puso de pie.

—Cojamos nuestras cosas y vayámonos de aquí —dijo.

Descendieron las colinas peladas rumbo al campo de hierbas cimbreantes, altas hasta la cintura, mientras el sol se movía hacia el sudoeste, para esconderse un instante después en el horizonte, detrás de los picos de la cordillera que acababan de

cruzar. El olor de las pieles sin curtir que Seda había cosido a sus ropas no era demasiado agradable y Garion evitaba por todos los medios mirar hacia la calavera, horriblemente decorada, que Belgarath llevaba en la estaca.

—Nos vigilan —dijo Seda de forma casual después de cabalgar durante una hora.

—Estaba seguro de que lo harían —respondió Belgarath—. Seguid adelante.

El primer encuentro con los morinds tuvo lugar al amanecer. Se habían detenido en la empinada cuesta de grava de un arroyo serpenteante a dar agua a sus caballos, cuando una docena de jinetes enfundados en pieles, con sus oscuros rostros cubiertos de tatuajes, trotaron hacia la orilla opuesta y se detuvieron. No hablaron, pero miraron con atención las señales de identificación que Belgarath había pintado con tanto esmero. Después de un breve intercambio de voces, dieron media vuelta a sus caballos y se alejaron del arroyo. Unos minutos después, volvió uno de ellos al galope de su caballo con un fardo envuelto en piel de zorro. Se detuvo, arrojó el fardo sobre la orilla y luego se marchó sin mirar atrás.

—¿Qué significa eso? —preguntó Garion.

—El fardo es una especie de regalo —respondió Belgarath—. Es una ofrenda a los demonios que nos acompañan. Ve a recogerlo.

—¿Qué hay dentro?

—Un poco de todo. Yo en tu lugar no lo abriría. Además, has olvidado que no debes hablar.

—No hay nadie cerca —respondió Garion, y miró en todas direcciones para comprobar que no los vigilaban.

—No estés tan seguro —respondió el anciano—. Podría haber centenares de morinds ocultos entre la hierba. Ve a recoger el obsequio y seguiremos nuestro camino. Son bastante amables, pero se pondrán mucho más contentos cuando saquemos a nuestros demonios fuera de su territorio.

Siguieron cabalgando por la llanura uniforme y monótona, perseguidos por una nube de moscas atraídas por el olor de sus prendas de piel.

El siguiente encuentro, una semana más tarde, fue menos amistoso. Habían llegado a una región de colinas, donde rocas blancas y redondeadas sobresalían por encima de la hierba. Allí pastaban bueyes salvajes de hirsutos pelos y grandes cornamentas retorcidas. Estaba nublado y el gris del cielo difuminaba la luz y convertía el breve crepúsculo que señalaba el paso de un día al siguiente en una penumbra casi imperceptible. Cabalgaban por una cuesta suave en dirección a un gran lago que se extendía bajo el cielo encapotado como una lámina de plomo. De repente, entre la alta hierba que los rodeaba, aparecieron guerreros tatuados y vestidos con pieles, con largas lanzas y pequeños arcos que parecían hechos de huesos.

Garion tiró de las riendas y miró a Belgarath, pendiente de sus instrucciones.

—Míralos a la cara —le ordenó su abuelo en voz baja—. Y recuerda que tienes prohibido hablar.

—Vienen más —dijo Seda con suavidad, señalando con la barbilla la cima de una colina cercana desde donde se acercaban una docena de morinds montados sobre ponis decorados con pinturas.

—Dejadme hablar a mí —dijo Belgarath.

—Será un placer.

El que iba al frente del grupo de jinetes era más corpulento que la mayoría de sus compañeros y los tatuajes negros de su cara estaban remarcados con líneas rojas y azules, lo cual indicaba su importancia dentro del clan y lograba que la diabólica máscara de sus rasgos pareciera aún más horrible. Llevaba una gran porra de madera, con extraños símbolos pintados y afilados dientes de distintos animales incrustados en hileras. Por la forma en que la llevaba, era evidente que la porra era una vara de mando más que un arma. El jinete cabalgaba sin silla y con una sola brida, detuvo su poni a unos treinta metros de ellos y preguntó de un modo brusco, con acento extraño y una expresión hostil en los ojos:

—¿Por qué habéis entrado en las tierras del Clan de la Comadreja?

Belgarath se adelantó con un gesto de indignación.

—Sin duda el jefe del Clan de la Comadreja habrá visto antes la señal de la búsqueda —respondió con frialdad—. No tenemos ningún interés en las tierras del Clan de la Comadreja, pero cumplimos órdenes del espíritu del demonio del Clan del Lobo en la búsqueda que nos ha encomendado.

—No he oído hablar del Clan del Lobo —respondió el jefe—. ¿Dónde están sus tierras?

—Al oeste —respondió Belgarath—. Hemos viajado durante dos cuartos crecientes y dos menguantes del espíritu de la luna para llegar a este lugar.

El jefe parecía impresionado.

Un morind con largas trenzas blancas y barba rala y sucia aproximó su poni al del jefe. En la mano derecha llevaba una estaca con el cráneo de un pájaro en la parte superior. El pico abierto del cráneo había sido decorado con dientes, lo que le daba una apariencia feroz.

—¿Cómo se llama el espíritu del demonio del Clan del Lobo? —preguntó—. Es posible que lo conozca.

—Lo dudo, mago del Clan de la Comadreja —respondió Belgarath en tono cortés—, pues no suele alejarse de su pueblo. De todos modos, no puedo pronunciar su nombre, pues se lo ha prohibido a todos menos a los soñadores.

—¿Puedes describir su aspecto y sus atributos? —preguntó el mago de trenzas blancas.

Seda emitió un aullido prolongado y gutural, se puso rígido en la silla, giró los

ojos en las órbitas, hasta que quedaron en blanco y extendió ambos brazos con un movimiento brusco y convulsivo.

—¡Cuidaos del demonio Agrinja, que acecha invisible a nuestras espaldas! —entonó con voz potente y ceremoniosa—. Yo he visto su cara con tres ojos y su boca con cien colmillos en mis sueños. El ojo de un hombre normal no podrá verlo, pero sus brazos con siete garras se extienden ahora mismo para destrozar a cualquiera que se cruce en el camino de su buscador elegido, aquel que lleva la lanza del Clan del Lobo. En mis arrebatos lo he visto comer. Ahora el diablo rapaz se acerca y busca carne humana. Huid de su hambre —añadió dejándose caer con un estremecimiento hacia delante, como si de verdad estuviera extenuado.

—Veo que has estado aquí antes —murmuró Belgarath entre dientes—. Pero intenta reprimir tu creatividad, recuerda que es probable que yo tenga que materializar tus sueños.

—Seda le guiñó un ojo disimuladamente. Su descripción del demonio había causado una gran impresión en los morinds. Los jinetes intercambiaban miradas nerviosas y aquellos que estaban entre la alta hierba se acercaban unos a otros inconscientemente, sosteniendo sus armas con manos temblorosas.

En ese momento un morind delgado, con una banda de piel en el brazo izquierdo, se abrió paso entre los asustados guerreros. Tenía la mitad de la pierna derecha de palo y se balanceaba grotescamente al caminar. Miró a Seda con expresión de odio, abrió los brazos, entre espasmos y temblores, y su espalda se arqueó. El hombre cayó al suelo y comenzó a agitarse entre la hierba, presa de un ataque de convulsiones. Luego se quedó totalmente rígido y comenzó a hablar:

—El espíritu del demonio del Clan de la Comadreja, el temible Horja, me habla. Quiere saber por qué el demonio Agrinja envía a su buscador a las tierras del Clan de la Comadreja. El demonio Horja es tan horrible que nadie puede mirarlo. Tiene cuatro ojos y ciento diez dientes, y cada uno de sus seis brazos tiene ocho garras. Se alimenta de las tripas de los hombres y ahora está hambriento.

—Un imitador —murmuró Seda con desdén, todavía con la cabeza gacha—. Ni siquiera es capaz de inventar sus propios sueños.

El mago del Clan de la Comadreja miró con expresión de disgusto al soñador tendido en el suelo y luego se volvió hacia Belgarath.

—El espíritu del demonio Horja desafía al espíritu del demonio Agrinja. Belgarath maldijo entre dientes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Seda en un murmullo.

—Tendré que luchar con él —respondió Belgarath con amargura—. Esto es lo que buscaban desde el principio. El de las trenzas blancas intenta ganarse una reputación y es probable que ataque a todos los magos que encuentre a su paso.

—¿Podrás vencerlo? Belgarath se bajó del caballo.

—Pronto lo sabremos. Os advierto que no os acerquéis a no ser que queráis que libere el hambre del espíritu del demonio sobre vosotros —gritó y dibujó un círculo en la tierra con la punta de la estaca y una estrella de cinco puntas en el interior del círculo.

El mago de trenzas blancas del Clan de la Comadreja dejó escapar una risa despectiva y se bajó del poni. Dibujó un símbolo similar en el suelo y entró en su ámbito de protección.

—Ya está —le dijo Seda a Garion en un murmullo—. Una vez que los símbolos están dibujados, ninguno de los dos puede echarse atrás.

Belgarath y el mago de las trenzas blancas comenzaron a pronunciar encantamientos en un idioma que Garion no había oído nunca y blandían sus estacas coronadas con cráneos. El soñador del Clan de la Comadreja, consciente de que se encontraba en una batalla inminente, se recobró como por milagro de su ataque, se puso de pie y huyó de allí con el pánico reflejado en el semblante.

El jefe, sin perder su dignidad, hizo retroceder a su poni con cuidado para alejarse de los dos ancianos que seguían con sus imprecaciones.

En la cima de una roca, grande y blanca, a unos veinte metros de los dos magos, se produjo un resplandor en el aire similar a las irisaciones que el sol irradia en un tejado de tejas rojas en un día abrasador. Garion reparó en aquel extraño fenómeno y lo miró perplejo. El resplandor se hacía cada vez más notable, como si fuera producido por los fragmentos brillantes, inquietos y ondulantes de un arco iris roto o las llamas de distintos matices de un fuego invisible. Mientras Garion miraba fascinado aquella escena, se produjo un segundo resplandor que se elevó por encima de las altas hierbas, hacia la derecha. El segundo fenómeno también comenzó, a irradiar luces de colores, y al estudiarlos, primero uno y luego el otro, Garion vio —o creyó ver—que una silueta comenzaba a dibujarse en el interior de cada resplandor. Al principio las figuras eran amorfas y se modificaban de acuerdo con los destellos que brillaban en el aire. Llegado cierto momento, las formas quedaron definidas y se soldaron de repente con un enorme estruendo. Aparecieron entonces dos grandes siluetas que gruñían y babeaban una frente a la otra. Eran altas como casas y sus hombros, gigantescos. Sus pieles tornasoladas cambiaban en oleadas de color.

El que estaba en la hierba tenía un tercer ojo que destellaba entre los otros dos; sus largos brazos acababan en siete garras, curvadas en un horrible gesto de hambre; su boca prominente, similar a un hocico, se abrió para proferir un aullido ensordecedor de odio como prueba del desmesurado apetito que le aquejaba, dejando al descubierto una hilera tras otra de dientes como agujas.

El otro demonio estaba en cuclillas sobre la roca. Tenía un montón de hombros en la parte superior del tronco y varios brazos largos y escamosos que se movían como serpientes en todas direcciones, y terminaban en múltiples garras. Dos pares de ojos,

uno encima del otro, destellaban con un brillo demente debajo de las lomas de sus cejas, y su hocico, al igual que el del otro demonio, dejaba entrever una selva de dientes. El demonio alzó su horrible cabeza, y emitió un rugido; le caía espuma por sus mandíbulas.

Mientras los dos monstruos se miraban el uno al otro, daba la impresión de que libraban una intensa batalla en su interior. Pequeñas ondulaciones se alzaban bajo sus pieles y grandes bultos movedizos aparecían de pronto en distintos lugares, como el pecho o los costados. Garion tenía la sensación de que había algo más —algo muy distinto y tal vez mucho peor— atrapado en el interior de las dos apariciones. Los demonios avanzaron uno al encuentro del otro con grandes rugidos, y a pesar de su aparente ansiedad por luchar, parecía como si alguien los empujara a hacerlo, dando la impresión de que se resistían con todas sus fuerzas. Sus horribles caras miraban a uno y otro lado, para gruñir primero al oponente y luego al mago que los controlaba. Garion reparó en que esa resistencia procedía de lo más profundo de su naturaleza diabólica. Lo que odiaban era la esclavitud, la obligación de obedecer a otro. Las cadenas de hechizos y encantamientos con que Belgarath y el morind de las trenzas blancas los tenían amarrados les hacían sufrir una insoportable agonía. Los quejidos de dolor por aquella agonía se mezclaban con sus gruñidos.

Belgarath estaba sudando. Las gotas de su transpiración resbalaban por su cara pintada de negro. El encantamiento que mantenía al diablo Agrinja encerrado en la aparición que él había creado manaba sin cesar de su boca. El más mínimo titubeo en las palabras o en la imagen que había formado en su mente rompería su poder sobre la bestia que había convocado y ésta se volvería contra él.

Retorciéndose de dolor, como seres que intentan destruir o ser destruidos, Agrinja y Horja arremetieron el uno contra el otro con golpes y arañazos, arrancándose trozos de carne escamosa con sus temibles mandíbulas. Mientras ellos luchaban, la tierra temblaba a sus pies.

Garion contemplaba la feroz batalla, demasiado asombrado como para tener miedo. De repente, notó una extraña diferencia entre ambas apariciones. De las heridas de Agrinja manaba una sangre rara, de un rojo tan oscuro que parecía casi negro. Horja, sin embargo, no sangraba. Los pedazos arrancados de sus brazos y de sus hombros parecían trozos de madera. El mago de las trenzas blancas también reparó en aquella diferencia y sus ojos se llenaron de un súbito temor. Su voz se volvió estridente, y se esforzaba por mantener a Horja bajo control mediante la repetición desesperada de sortilegios. Los bultos bajo la piel de Horja crecieron y crecieron, comenzando a moverse con mayor rapidez. El demonio se separó de Agrinja, jadeante, y una horrible esperanza se reflejó en sus ojos.

Con un aullido de triunfo, el diablo Horja se irguió y pareció estallar. Pedazos de piel escamosa volaron en todas direcciones, tratando de liberarse de la ilusión que lo

había encadenado. Tenía dos largos brazos y una cabeza casi humana coronada por un par de cuernos curvos con puntas como agujas. Sus piernas acababan en pezuñas, en lugar de pies, y su piel grisácea rezumaba como barro. El demonio se giró despacio y sus ojos ardientes se clavaron en el mago que no dejaba de tartamudear.

—¡Horja! —gritó por fin el morind de las trenzas blancas—. Te ordeno que... — el mago se interrumpió. Contempló boquiabierto y lleno de horror al demonio que había escapado a su control—. ¡Horja! ¡Yo soy tu amo!

Pero Horja avanzaba hacia él y sus enormes pezuñas aplastaban la hierba al aproximarse, paso a paso, a su antiguo amo.

El mago de las trenzas blancas retrocedió con los ojos desorbitados por el pánico y salió, con fatal inconsciencia, del círculo y la estrella protectores dibujados en el suelo.

Fue entonces cuando Horja esbozó una sonrisa aterradora, se agachó, cogió al histérico mago por los tobillos, ignorando los golpes que éste le asestaba en la cabeza y los hombros con la estaca coronada con un cráneo, se irguió y levantó por las piernas al mago que se retorció cabeza abajo. Los gigantes hombros del demonio temblaron con una fuerza terrible y con un gesto estudiado y una cruel lentitud partió al mago en dos, mientras dedicaba una maliciosa mirada de soslayo a los demás.

Los morinds no pensaron sino en huir.

El demonio arrojó los pedazos de su antiguo dueño tras ellos, salpicando la hierba de sangre y cosas peores, y con un feroz grito de caza, corrió tras ellos.

El demonio de tres ojos, Agrinja, todavía en cuclillas, había contemplado con indiferencia la destrucción del mago de las trenzas blancas. Cuando todo se acabó, se volvió hacia Belgarath mirándole con expresión de odio.

El viejo hechicero, empapado en sudor, alzó la estaca con el cráneo, con una mueca de extrema concentración. La lucha interior pareció cobrar intensidad bajo la piel del monstruo, pero poco a poco Belgarath consiguió dominarla y solidificar la silueta del demonio. Agrinja gimió tras su frustración y manoteó el aire hasta desvanecerse la última esperanza de una metamorfosis. Dejó caer sus horribles manos y agachó la cabeza en señal de derrota.

—Vete —le dijo Belgarath casi con indiferencia, y Agrinja se esfumó inmediatamente.

Garion comenzó a temblar con violencia y de repente sintió náuseas. Se alejó unos metros de allí, cayó de rodillas y empezó a vomitar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Seda con voz temblorosa.

—Se liberó de su control —respondió Belgarath con calma—. Creo que fue por la sangre. Al ver que Agrinja sangraba y Horja no, se dio cuenta de que había olvidado algo. Eso hizo tambalear su confianza y perdió la concentración. Garion, para ya.

—No puedo —gimió Garion con otra arcada no menos violenta.

—¿Durante cuánto tiempo perseguiré Horja a los morinds? —preguntó Seda.

—Hasta la puesta del sol —le dijo Belgarath—. Creo que el Clan de la Comadreja pasará una mala tarde.

—¿Hay alguna posibilidad de que dé media vuelta y nos persiga a nosotros?

—No hay razón para que lo haga, pues nosotros no intentamos esclavizarlo. En cuanto Garion recobre la compostura, podremos seguir nuestro viaje. Ya no nos molestarán más.

Garion se puso de pie y se limpió la boca con un gesto imperceptible.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Belgarath.

—En realidad, no —respondió Garion—, pero ya no me queda nada que vomitar.

—Bebe un sorbo de agua e intenta no pensar más en ello.

—¿Tendrás que volver a repetirlo? —preguntó Seda con los ojos hinchados.

—No —respondió Belgarath—. A un kilómetro de aquí había varios jinetes en la cima de una colina. Los demás morinds de la región lo han visto todo, de modo que se correrá la voz y nadie se acercará a nosotros. Montemos y vayámonos de aquí; todavía falta mucho para llegar a la costa.

Los días siguientes, Garion logró reunir poco a poco suficiente información sobre la horrible contienda que había presenciado.

—La clave de todo está en la forma —dijo Belgarath a modo de conclusión—. Lo que los morinds llaman espíritus de demonios no son tan distintos de los humanos. Creas una ilusión con la imaginación y encierras en ella al espíritu. Mientras puedas mantener al demonio dentro de esa ilusión, hará lo que tú le ordenes; si la ilusión se esfuma por algún motivo, el espíritu se libera y recobra su forma natural. Si eso ocurre, pierdes todo el control. Yo tengo cierta ventaja en estas cuestiones; la práctica de transformarme en hombre y en lobo ha desarrollado mi imaginación.

—¿Entonces por qué Beldin dijo que eras un mal mago? —preguntó Seda con curiosidad.

—Beldin es un purista —dijo el anciano encogiéndose de hombros—. Cree que es imprescindible formar la figura con todos los elementos, hasta la última escama o las uñas del pie. En realidad no es necesario, pero él así lo piensa.

—¿No podríamos hablar de otra cosa? —preguntó Garion. Al día siguiente llegaron a la costa. El cielo seguía encapotado y el mar del Este se extendía lóbrego y turbulento bajo los nubarrones grises. El camino por el que cabalgaban era ancho y estaba cubierto de piedras negras y redondas con trozos de madera blanca y desteñida. Las espumosas olas bañaban la playa, sólo para volver con un interminable y lastimero suspiro. Las aves marinas chillaban y flotaban sobre los fuertes vientos.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Seda.

—Hacia el norte —respondió Belgarath tras mirar a su alrededor.

—¿A qué distancia?

—No estoy seguro. Ha pasado mucho tiempo y no sé muy bien dónde estamos.

—No eres el mejor guía del mundo, viejo amigo —protestó Seda.

—No se puede tenerlo todo.

Dos días después llegaron al puente de tierra y Garion se quedó decepcionado. No era en absoluto lo que él esperaba. Consistía en una serie de piedras redondas, erosionadas por las olas, que se alzaban sobre el agua oscura y se extendían en una línea irregular hacia la mancha del horizonte. El viento que soplaba desde el norte traía consigo un frío penetrante y el olor de los hielos del polo. Las olas se rompían contra las rocas sumergidas y formaban pequeños círculos de espuma entre una piedra y otra.

—¿Cómo se supone que vamos a cruzar? —preguntó Seda.

—Esperaremos a que baje la marea —respondió Belgarath—y la mayor parte de las piedras queden fuera del agua.

—¿La mayor parte?

—De vez en cuando tendremos que mojarnos un poco, pero antes de empezar, quitémonos las pieles de la ropa, así nos entretendremos mientras baja la marea. Además, están empezando a oler mal.

Se alejaron un poco de la playa y buscaron cobijo detrás de una pila de madera arrastrada por el mar, donde arrancaron las pieles duras y malolientes de sus ropas. Luego sacaron algunos alimentos de sus bolsos y comieron. Garion notó que el tinte de sus manos había comenzado a desaparecer y que los dibujos de los tatuajes en las caras de sus compañeros se habían vuelto mucho más claros.

Oscureció y el período crepuscular que separaba un día del siguiente parecía más largo que una semana atrás.

—El verano casi ha terminado —señaló Belgarath contemplando cómo las piedras iban emergiendo gradualmente del agua bajo la luz lóbrega del crepúsculo.

—¿Cuánto falta para que baje la marea? —preguntó Seda. —Más o menos una hora.

Esperaron. El viento azotaba de forma caprichosa la pila de madera y mecía las altas hierbas encima de la playa, en movimientos suaves y armoniosos.

Por fin Belgarath se puso de pie.

—Vámonos —dijo—. Guiaremos a los caballos con la mano. Las piedras son resbaladizas, así que tened cuidado al apoyar los pies.

Las primeras piedras no presentaron mayor dificultad, pero más adelante el viento se convirtió en un factor determinante. El agua les salpicaba a menudo y de vez en cuando una ola, más grande que las demás, se rompía sobre la parte superior del arrecife y les cubría las piernas, tirando de ellos con fuerza. El agua estaba brutalmente fría.

—¿Crees que podremos cruzar antes de que vuelva a subir la marea? —gritó

Seda, intentando hacerse oír por encima del ruido.

—No —respondió Belgarath—. Tendremos que sentarnos a esperar sobre una de las rocas más grandes.

—Eso me huele a chamusquina.

—Peor sería tener que nadar.

Estaban a medio camino cuando pareció evidente que la marea comenzaba a subir. Las olas golpeaban contra el arrecife cada vez más a menudo y una particularmente grande hizo caer al caballo de Garion. El joven luchó por levantarlo y tiró de las riendas, mientras los cascos del animal resbalaban sobre las piedras resbaladizas.

—Será mejor que busquemos un sitio para parar, abuelo —gritó por encima del estruendo de las olas—. Dentro de poco, el agua nos llegará al cuello.

—Dos islotes más —dijo Belgarath—. Allí delante hay una roca más grande.

El último trecho del arrecife estaba completamente sumergido y Garion se estremeció al sumergir los pies en el agua helada. Las olas cubrían la superficie de espuma, de modo que resultaba imposible ver el fondo. El joven avanzó a ciegas y tanteó el camino invisible con sus pies entumecidos. De repente una gran ola lo cubrió hasta las axilas y lo derribó con su poderosa fuerza. Garion se aferró a las riendas del caballo, forcejeando y escupiendo mientras luchaba por incorporarse.

Pero ya había pasado lo peor, y a partir de ese momento avanzaron por el arrecife con el agua hasta los tobillos. Poco después, subían a una roca grande y blanca. Al ver que ya estaban a salvo,

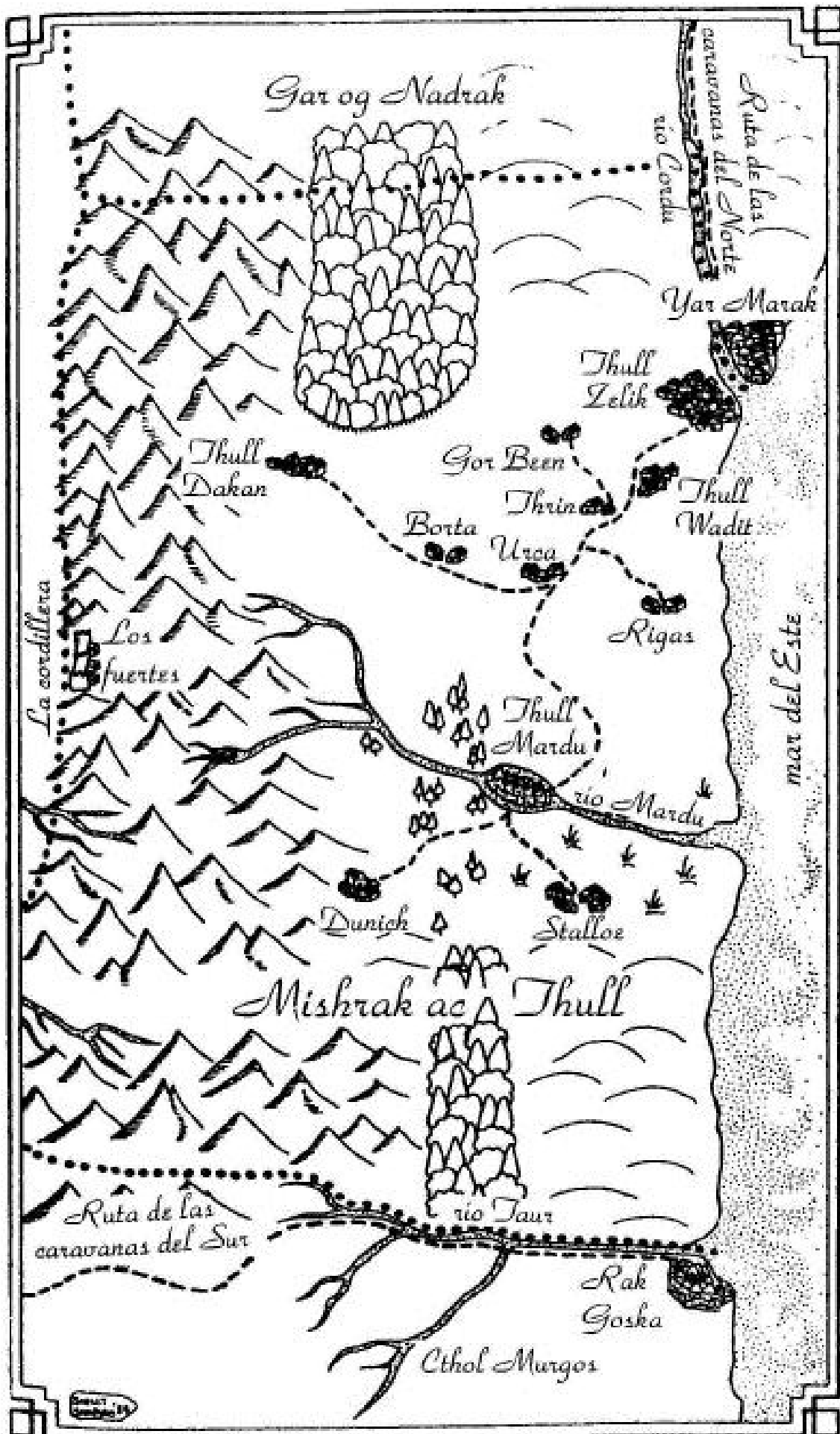
Garion dejó escapar un largo y explosivo suspiro de alivio. El viento azotaba su ropa húmeda y lo calaba hasta los huesos, pero al menos habían logrado salir del agua.

Más tarde, sentados muy juntos a sotavento sobre la roca, Garion contempló el mar oscuro y siniestro que se extendía hasta la costa baja y amenazadora, frente a ellos. Las playas eran de arena negra, como las de Morindland, y las colinas se alzaban, sombrías, bajo las nubes grises empujadas por el viento. No había el menor signo de vida por ningún sitio, pero la misma forma de la tierra parecía ocultar una amenaza.

—¿Es allí? —preguntó por fin en un murmullo.

—Sí —respondió Belgarath mientras contemplaba la costa con una expresión indescifrable—. Es Mallorea.

Segunda parte
— Mishrak ac Thull —



Capítulo 8

Ponerse la corona fue el primer error de la reina Isleña. Era pesada y le ocasionaba dolor de cabeza; pero empezó a usarla inducida por un sentimiento de inseguridad. Los guerreros barbudos del palacio de Anheg la intimidaban y sentía la necesidad de presentarse ante ellos con un símbolo visible de su autoridad. Ahora, tenía miedo de no ponérsela. Cada día la llevaba con mayor disgusto y entraba en el salón del trono del palacio de Anheg con menos seguridad.

La triste realidad era que la reina Isleña de Cherek no estaba preparada para gobernar. Hasta el día en que entró en el salón abovedado del trono, con un atuendo de magnífico terciopelo rojo y la corona de oro en la cabeza, sus decisiones más importantes consistían en decidir qué vestido o qué peinado debía lucir. Pero ahora tenía la sensación de que cada vez que debía decidir, el destino de Cherek estaba en juego.

Los guerreros, que se repantigaban a sus anchas con jarras de cerveza junto al hogar o paseaban ociosamente de uno a otro lado sobre el suelo cubierto de junco, no eran de gran ayuda. Siempre que entraba en el salón y se dirigía a su trono adornado con el estandarte de su reino, la conversación se interrumpía y todos se ponían de pie; pero sus caras no dejaban traslucir sus verdaderos sentimientos hacia ella. La reina llegó a la conclusión irracional de que todo se debía a sus barbas. ¿Cómo podía saber lo que pensaba un hombre cuando su cara estaba tapada por la barba de oreja a oreja? Sólo la rápida intervención de Merel, la sensata esposa rubia del conde de Trelheim, evitó que ordenara un afeitado general.

—No puedes hacerlo, Isleña —le dijo Merel con firmeza cuando estaba a punto de firmar la apresurada resolución, y le quitó la pluma de la mano—. Sienten el mismo apego a sus barbas que un niño pequeño a su juguete favorito. No puedes obligarlos a afeitarse.

—Yo soy la reina.

—Sólo mientras ellos te lo permitan. Te aceptan por respeto al rey Anheg y hasta ahí puedes llegar. Si juegas con su orgullo, te destronarán.

Aquella amenaza zanjó la cuestión. Isleña comenzó a depender cada vez más de la esposa de Barak y en poco tiempo las dos mujeres, una vestida de verde y la otra del rojo púrpura, se hicieron inseparables. Cuando Isleña titubeaba, la mirada gélida de Merel reprimía las manifestaciones irrespetuosas que se oían de vez en cuando entre los hombres, sobre todo cuando la cerveza corría libremente. Por fin acabó siendo Merel la que tomaba las decisiones en el reino. Cuando Isleña se sentaba en el trono, Merel, con su propia corona de trenzas rubias sobre la cabeza, permanecía a su lado, al quite de la insegura reina. Cherek era gobernada por las expresiones de su cara. Una sonrisa tímida significaba que sí; una expresión ceñuda, no; y un gesto casi

imperceptible con los hombros, tal vez.

Pero había alguien que no se intimidaba ante la mirada fría de Merel. Grodeg, el sumo sacerdote de Belar, de cabellos blancos, pidió una audiencia privada con la reina, como era de esperar; y en cuanto Merel abandonó la sala, la reina se encontró perdida.

A pesar de la convocatoria de movilización general de Anheg, los miembros del culto del Oso aún no se habían sumado a la campaña. Sus promesas de unirse a la flota más adelante parecían sinceras, pero sus excusas y deliberadas demoras se hicieron cada vez más evidentes. Isleña sabía que Grodeg estaba detrás de aquello. Casi todos los hombres útiles del reino se habían ido con la flota, que ahora avanzaba por el ancho río Aldur para unirse a Anheg en Arendia central. La guardia del palacio de Val Alorn había quedado reducida a ancianos de pelo gris o adolescentes de mejillas aterciopeladas. Sólo seguían allí los miembros del culto del Oso y Grodeg hacía todo lo posible para aprovecharse de la situación.

Era muy amable; saludaba a la reina con reverencia cuando la ocasión así lo exigía y nunca mencionaba sus antiguas relaciones con el culto, pero sus ofrecimientos de ayuda se hacían cada vez más insistentes y cuando Isleña vacilaba ante una de sus sugerencias, él tomaba sus titubeos por aceptación. Poco a poco Isleña iba perdiendo el control de su reino y Grodeg, respaldado por las armas de su secta, iba ganando poder. Los miembros del culto visitaban el palacio cada vez con mayor frecuencia, daban órdenes, se paseaban por el salón del trono e incluso sonreían abiertamente al contemplar los vanos intentos de Isleña por gobernar.

—Tienes que hacer algo, Isleña —le dijo Merel con firmeza una tarde que se encontraban a solas en las habitaciones privadas de la reina.

La esposa de Barak paseaba de un extremo a otro de la estancia alfombrada y su cabello brillaba con suaves reflejos dorados a la luz de las velas, pero su expresión no tenía nada de suave.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Isleña, y se retorció las manos—. Nunca ha sido irrespetuoso conmigo y sus decisiones siempre me parecen lo mejor para Cherek.

—Necesitas ayuda, Isleña —dijo Merel.

—¿Y a quién puedo pedírsela? —preguntó la reina, a punto de llorar.

—Creo que es hora de que escribas a Porenn —respondió Merel mientras alisaba su túnica de terciopelo.

—¿Y qué le digo? —dijo Isleña con tono suplicante. —Siéntate —indicó Merel y señaló una mesa en un rincón con tintero y pergaminos —yo te diré lo que debes escribir.

La reina Layla llegó a la conclusión de que el conde Brador, embajador tolnedrano, se estaba volviendo muy pesado. La pequeña y rolliza reina caminaba con

aire decidido hacia la habitación donde acostumbraba conceder audiencias y donde ahora la esperaba el embajador con una carpeta llena de documentos.

Los cortesanos la saludaban al cruzarse con ella en los corredores, pero la reina Layla, con la corona torcida y haciendo resonar sus pasos contra el suelo de roble, los ignoraba con una inusual descortesía. No era momento para palabras amables o charlas ociosas. Tenía que ocuparse de los tolnedranos y ya había esperado demasiado.

El embajador era un hombre de tez aceitunada y nariz ganchuda. Llevaba una capa marrón con ribetes dorados, que indicaba su parentesco con los Borune. Aguardaba repantigado en actitud indolente en un sillón grande y cómodo, junto a la ventana de la luminosa habitación donde debía encontrarse con la reina Layla. Cuando la reina entró, el embajador se puso en pie y la saludó con exquisita cortesía.

—Alteza —murmuró.

—Mi querido conde Brador —respondió la reina efusivamente con su expresión más tierna e inocente—, por favor, siéntate. Ya nos conocemos tan bien, que podemos pasar por alto las formalidades. —Se dejó caer sobre un sillón y se abanicó con la mano —Hace calor, ¿verdad?

—Los veranos son hermosos en Sendaria, Alteza —respondió el conde mientras volvía a sentarse—. ¿Habéis tenido tiempo de pensar en las proposiciones que os hice en nuestra última entrevista?

—¿A qué proposiciones te refieres, conde Brador? —preguntó la reina, perpleja. Luego dejó escapar una risita tonta—. Perdóname, conde, pero últimamente estoy muy distraída. ¡Hay que recordar tantas cosas! No sé cómo lo hará mi esposo para no confundirse.

—Discutíamos sobre la administración del puerto de Cammar, Alteza —le recordó el conde con suavidad.

—¿Ah, sí? —La reina lo miró como si no entendiera y se alegró íntimamente de la casi imperceptible expresión de disgusto que se reflejó en la cara del embajador. Era su mejor táctica. Al fingir que se había olvidado de la conversación anterior, le obligaba a comenzar por el principio cada vez que se veían. Ella sabía que la estrategia del conde consistía en convencerla poco a poco de que aceptara su propuesta, y su supuesto olvido evitaba que lo lograra—. ¿Y qué nos llevó a tocar un tema tan aburrido? —añadió.

—Sin duda, Alteza, lo recordará —protestó el conde con un ligerísimo deje de contrariedad—. El barco mercante tolnedrano, La estrella de Tol Horb, ha tenido que esperar una semana y media en el puerto antes de conseguir un puesto de amarre. Cada día de retraso en descargar el barco ha supuesto una fortuna.

—En estos momentos hay un gran desorden general —dijo la reina de Sendaria suspirando—. Es la falta de mano de obra. Los pocos hombres que no se han ido a la

guerra se ocupan del envío de provisiones para el ejército. De todos modos, enviaré una severa nota de protesta a las autoridades del puerto. ¿Alguna cosa más, conde Brador?

Brador carraspeó, incómodo.

—Eh... Su Alteza ya ha enviado esa nota.

—¿De veras? —La reina Layla fingió sorprenderse—. ¡Espléndido! Eso lo arregla todo, ¿verdad? Supongo que habrás venido a darme las gracias. —Esbozó una sonrisa ingenua—. ¡Qué amable de tu parte! —Se inclinó hacia delante y se apoyó en la muñeca de él, haciendo caer, deliberadamente, el pergamino que él tenía en las manos—. ¡Qué torpe soy! —exclamó al tiempo que se agachaba para cogerlo antes de que lo hiciera él. Luego se sentó otra vez en el sillón y, con expresión ausente, comenzó a darse golpecitos contra las mejillas con el pergamino enrollado.

—Eh... En realidad, Alteza, nuestras discusiones han ido más allá de las autoridades del puerto —dijo Brador mientras observaba con nerviosismo el pergamino que ella le había quitado con total desfachatez—. Recordaréis que os ofrecí la colaboración de Tolnedra para administrar el puerto, y creo que coincidimos en que esa colaboración serviría para solucionar el problema de la falta de mano de obra que acabáis de mencionar.

—¡Qué idea tan maravillosa! —exclamó Layla golpeando el brazo del sillón con su puño pequeño y regordete, en un gesto de entusiasmo.

Ante aquella señal preparada, dos de sus hijas pequeñas entraron en la habitación en medio de una acalorada discusión.

—¡Madre! —gritó la princesa Gelda, furiosa—. Fernie me ha robado mi lazo rojo.

—¡No es cierto! —negó la princesa Ferna, indignada—. Me lo cambió por mis cuentas azules.

—¡Mentira! —exclamó Gelda.

—¡Es verdad! —replicó Ferna.

—Niñas, niñas —las riñó Layla—. ¿No os dais cuenta de que vuestra madre está ocupada? ¿Qué va a pensar de nosotras el querido conde?

—¡Pero me lo ha robado, madre! —protestó Gelda—. Ha robado mi lazo rojo.

—¡No es verdad! —replicó Ferna, enfadada, sacando la lengua a su hermana.

Detrás de ellas, con una expresión de enorme curiosidad, entró el príncipe Meldig, el hijo más pequeño de Layla. El niño tenía un frasco de mermelada en una mano y su cara estaba untada con gran parte de su contenido.

—¡Oh, esto es intolerable! —exclamó la reina Layla mientras se ponía de pie—. Niñas, se suponía que debíais cuidar de vuestro hermano. —Se acercó al niño embadurnado con mermelada, arrugó el pergamino que tenía en la mano y comenzó a limpiarle la cara con él. De repente se detuvo—. ¡Cielos! —dijo, como si acabara de

darse cuenta de lo que hacía—. ¿Era importante, conde Brador? —preguntó mientras extendía el brazo con el documento arrugado y pegajoso.

Pero Brador tenía los hombros hundidos en un gesto de derrota.

—No, Alteza —respondió, resignado—, en realidad no. Creo que la casa real de Sendaria me supera en número. —Se puso de pié—. Quizás otro día... —murmuró con una reverencia—. Con vuestro permiso —dijo, mientras se disponía a partir.

—No olvides esto, conde Brador —dijo Layla, y depositó el pergamino en las manos crispadas del embajador.

El conde se fue de allí con expresión de mártir y la reina se volvió hacia sus hijos que la miraban con una sonrisa picara. Layla los riñó en voz alta hasta que calculó que el conde ya no podía oírlos, luego se arrodilló, los abrazó y comenzó a reír.

—¿Lo hicimos bien, madre? —preguntó la princesa Gelda.

—¡Perfectamente! —respondió Layla sin dejar de reír.

Sadi, el eunuco, se había vuelto descuidado, atontado, en cierto modo, por el aire de amable civismo que se había respirado en el palacio de Sthiss Tor el último año; uno de sus hombres se había aprovechado de la ocasión para envenenarlo. A Sadi no le hacía ninguna gracia que lo envenenaran, porque los antídotos sabían muy mal y le producían debilidad y mareos. Por ese motivo recibía, con disimulado disgusto, al emisario del rey Taur Urgas enfundado en una cota de malla.

—Taur Urgas, rey de los murgos, saluda a Sadi, jefe de los vasallos de la inmortal Salmissra —anunció el murgo haciendo una gran reverencia al entrar en la habitación fresca y sombría donde Sadi atendía casi todos los asuntos oficiales de su país.

—El vasallo de la reina serpiente devuelve los saludos al brazo derecho del dios dragón de Angarak. —Sadi recitó la fórmula casi con indiferencia—. ¿Crees que podemos ir al grano? No me encuentro muy bien.

—Me alegré mucho de enterarme de tu recuperación —mintió el embajador, con su cara inexpresiva y llena de cicatrices—. ¿Han capturado ya al envenenador? —agregó mientras cogía una silla y la acercaba a la mesa que Sadi usaba como escritorio.

—Por supuesto —respondió Sadi y, con aire ausente, se rascó la cabeza afeitada.

—¿Y lo han ejecutado?

—¿Por qué íbamos a hacer una cosa así? Se trata de un envenenador profesional y sólo cumplía con su deber. —El murgo parecía asombrado—. Para nosotros un buen envenenador es un orgullo nacional —dijo Sadi—. Si los matamos cada vez que envenenan a alguien, pronto no quedará ninguno, y nunca se sabe cuándo pueden necesitarse.

—Sois increíblemente tolerantes, Sadi —dijo el embajador murgos con su fuerte acento, y movió la cabeza con incredulidad—. ¿Y qué hay del que lo contrató?

—Eso es otra cosa —respondió Sadi—. El que lo contrató ahora está alimentando

a las sanguijuelas en el fondo del río. ¿Es ésta una visita oficial o sólo pasabas para interesarte por mi salud?

—Las dos cosas, excelencia.

—Los murgos sois una raza práctica —observó Sadi con frialdad—. ¿Qué quiere Taur Urgas esta vez?

—Los alorn se preparan para invadir Mishrac ac Thull, excelencia.

—Ya estoy enterado. Pero ¿qué tiene que ver eso con Nyissa?

—Los nyissanos no tienen ninguna razón para aliarse con los alorn.

—Ni tampoco para aliarse con los murgos —señaló Sadi.

—Aloria invadió Nyissa después de la muerte del rey rivano —le recordó el murgo—y Cthol Murgos se ofreció a Nyissa como mercado para sus principales exportaciones.

—Haz el favor de ir al grano, mi querido amigo —dijo Sadi mientras se frotaba la cabeza con expresión de cansancio—. No voy a tomar ninguna medida inducido por insultos o favores que pertenecen al pasado y que ya han sido olvidados. El comercio de esclavos ya carece de importancia, y los rencores por la invasión de los alorn desaparecieron hace siglos. ¿Qué quiere Taur Urgas?

—Mi rey quiere evitar un derramamiento de sangre —afirmó el murgo—. Las legiones tolnedranas tienen un papel fundamental en el ejército que se congrega en Algaria. Si de repente apareciera una amenaza, tan sólo una amenaza, en la desprotegida frontera sur de Tolnedra, Ran Borune tendría que llamar a dichas legiones y su pérdida persuadiría a los alorn de la conveniencia de abandonar esta aventura.

—¿Pretendes que yo invada Tolnedra? —preguntó Sadi, incrédulo.

—No, claro que no, Sadi. Su Majestad sólo pide tu permiso para movilizar ciertas fuerzas a través de tu territorio y amenazar la frontera sur de Tolnedra. No habrá necesidad de derramar sangre.

—Aparte de la de los nyissanos una vez que el ejército murgo se retire y las legiones crucen el río de los Bosques como avispas furiosas.

—Taur Urgas estaría dispuesto a dejar atrás guarniciones para garantizar que los alorn no invadieran territorio nyissiano.

—No me cabe la menor duda de que lo haría —observó Sadi con sequedad—. Dile a tu rey que su propuesta es inaceptable en este momento,

—El rey de Cthol Murgos es un hombre poderoso —dijo el murgo con firmeza—, y recuerda a aquellos que lo contrarían con más frecuencia, con más furor que a sus amigos.

—Taur Urgas es un loco —replicó Sadi con brusquedad—y quiere evitar problemas con los alorn para poder concentrarse en Zakath. Sin embargo, a pesar de su locura, no es tan tonto como para enviar un ejército a Nyissa sin permiso. Un

ejército necesita comer y Nyissa, como bien sabemos, es mal lugar donde conseguir comida. La fruta más tentadora tiene un sabor amargo.

—El ejército murgos lleva sus víveres —respondió el embajador con frialdad.

—Mejor para ellos. Pero ¿dónde piensan encontrar agua para beber? Creo que así no vamos a llegar a ninguna parte. Le transmitiré tu propuesta a Su Majestad. Por supuesto, será ella quien tome la decisión final. Sin embargo, sospecho que tendrás que ofrecerle algo mucho más atractivo que la permanente ocupación de los murgos para convencerla de que acepte. ¿Es todo?

El murgos se puso en pie con expresión de disgusto en su cara llena de cicatrices. Hizo una fría reverencia y se retiró sin más palabras.

Sadi reflexionó un rato sobre aquella oferta. Si jugaba bien sus cartas, podía sacar una gran ventaja con un mínimo costo. Unos mensajes bien escritos dirigidos al rey Rhodar de Algaria podrían lograr que Nyissa fuera considerada amiga del Oeste, de modo que si Rhodar ganaba, Nyissa se beneficiaría. Pero si descubría que la derrota del Oeste era inevitable, le quedaría la posibilidad de aceptar la propuesta de Taur Urgas. En cualquiera de los dos casos, Nyissa estaría de parte del vencedor. Satisfecho con aquella idea maravillosa, Sadi se puso de pie, oyéndose el roce de su túnica de seda, y se dirigió a una vitrina. Extrajo un frasco de cristal con un líquido azul oscuro, midió con cuidado cierta cantidad del espeso jarabe en un vasito y se lo bebió. Su droga favorita tenía un efecto casi inmediato y enseguida sintió una especie de calma eufórica. Momentos después, sintió que estaba en condiciones de enfrentarse a la reina.

Como siempre, la habitación de Salmisra estaba casi en penumbra, iluminada sólo por lámparas de aceite que colgaban de largas cadenas plateadas desde el oscuro techo. El coro de eunucos aún seguía arrodillado en actitud sumisa ante la reina, pero ya no cantaban sus alabanzas. Ahora cualquier tipo de ruido irritaba a Salmisra, y no convenía ponerla de mal humor. La reina serpiente todavía ocupaba el trono con forma de sofá junto a la enorme estatua de Issa. Salmisra estaba casi siempre durmiendo, mientras movía sus anillos moteados con un inquietante sonido del roce de sus escamas. Pero en su agitado sueño, movía la lengua con nerviosismo. Sadi se acercó al trono, se postró ceremoniosamente en el lustroso suelo de piedra y esperó. Su olor lo anunciaría ante su reina la serpiente con cresta.

—¿Sí, Sadi? —preguntó ella por fin con un siseo ronco.

—Los murgos quieren concertar una alianza, mi reina —informó Sadi—. Taur Urgas pretende amenazar la frontera sur de Tolnedra para que Ran Borune retire sus legiones del territorio thull.

—Interesante —respondió ella con indiferencia, y sus ojos inexpresivos se clavaron en él mientras sus anillos producían su sonido característico—. ¿Tú qué opinas?

—La neutralidad no cuesta nada, divina Salmissra —respondió Sadi—. Tal vez sea prematuro concertar alianzas con alguno de los dos bandos.

Salmissra se volvió y agitó la cresta moteada mientras contemplaba su imagen en el espejo situado junto al trono. La corona aún reposaba sobre su cabeza, tan lustrosa y brillante como sus escamas. La reina movía la lengua con rapidez y sus ojos, lisos como un cristal, sólo miraban el espejo.

—Haz lo que quieras, Sadi —dijo con tono indiferente.

—Yo me encargaré de todo, mi reina —respondió Sadi y apoyó la cara en el suelo a modo de despedida.

—Ya no necesito a Torak —murmuró Salmissra, sin desviar la vista del espejo—. Polgara se encargó de eso.

—Sí, mi reina —asintió Sadi en tono neutral y comenzó a levantarse.

—Quédate un rato —pidió la reina mientras se giraba para mirarlo—. Me siento sola. —Sadi volvió a postrarse sobre el suelo lustroso—. A veces tengo sueños extraños, Sadi, muy extraños. Es como si recordara cosas que me ocurrieron cuando tenía la sangre caliente, cuando era una mujer. En mis sueños tengo pensamientos y deseos muy raros. —Le miró a los ojos, con la cresta temblando otra vez y su cara puntiaguda extendida hacia él—. ¿Era realmente así, Sadi? Me parece verlo todo a través de una cortina de humo.

—Fueron tiempos difíciles para todos nosotros, mi reina —respondió Sadi con candidez.

—Polgara tenía razón, ¿sabes? —continuó ella con su murmullo ronco—. Las pócimas me encolerizaban. Creo que estoy mejor así, sin pasiones, deseos ni temores. —Se giró de nuevo hacia el espejo—. Ya puedes retirarte, Sadi. —Él se incorporó y se dirigió hacia la puerta—. Ah, Sadi.

—¿Sí, mi reina?

—Si alguna vez te causé problemas, lo siento. —Él la miró fijamente—. No mucho, por supuesto, pero un poco —añadió y volvió a concentrarse en el espejo.

Sadi temblaba al cerrar la puerta tras él. Poco después, mandó llamar a Issus. El criado desgredado, que tenía un solo ojo, entró en el estudio del jefe eunuco con aire vacilante y una expresión de temor en la cara.

—Pasa, Issus —dijo Sadi con calma.

—Espero que no me guardes rencor, Sadi —murmuró Issus con nerviosismo mientras miraba alrededor para asegurarse de que estaban solos—. No fue nada personal, ¿sabes?

—Está bien, Issus —lo tranquilizó Sadi—. Tú hacías tu trabajo.

—¿Cómo lograste detectarlo? —preguntó Issus con curiosidad profesional—. Casi todos los hombres se dan cuenta de que han sido envenenados cuando el antídoto ya no puede surtir efecto.

—Tu bebida dejaba un ligerísimo sabor a limón en la boca —respondió Sadi—. He sido entrenado para reconocerlo.

—¡Ah! —dijo Issus—. Tendré que hacer algo al respecto, pues aparte de eso es un buen veneno.

—Un veneno excelente, Issus —asintió Sadi—. Y por eso te he mandado llamar. Me gustaría deshacerme de un hombre.

—¿La tarifa de siempre? —preguntó Issus con su único ojo brillante mientras se frotaba las manos.

—Por supuesto.

—¿Quién es?

—El embajador murgo.

La expresión de alegría se desvaneció de la cara de Issus.

—Será difícil acercarse a él —dijo mientras se rascaba la cabeza. —Ya encontrarás una forma de hacerlo. Tengo en ti una gran confianza.

—Soy el mejor —asintió Issus sin el menor atisbo de falsa modestia.

—El embajador me está presionando en ciertas negociaciones que preferiría posponer —continuó Sadi—. Su muerte súbita servirá para retrasar un poco los acontecimientos.

—No tienes por qué explicarme nada —dijo Issus—. Yo no necesito conocer los motivos que tienes para matarlo.

—Pero necesitas saber cómo hacerlo. Por diversas razones, quiero que su muerte parezca natural. ¿Podrías conseguir que él, y tal vez algunos de los que conviven con él, contrajeran algún tipo de fiebre? ¿Algo lo suficientemente grave?

—Eso es complicado —dijo Issus con expresión ceñuda—. Una cosa así podría irsenos de las manos y terminar infectando a un barrio entero. Habría pocos supervivientes.

—A veces hay que sacrificarse —respondió Sadi encogiéndose de hombros—. ¿Podrás hacerlo? —Issus asintió con un gesto grave—. Entonces hazlo y yo le escribiré una carta de condolencia al rey Taur Urgas.

La reina Silar estaba sentada ante su telar, en la sala principal del fuerte de Algaria, y canturreaba para sí mientras movía la aguja de adelante a atrás con un golpeteo sordo.

La luz del sol entraba a raudales a través de las ventanas situadas en lo alto del muro y llenaba la habitación grande y estrecha con un resplandor dorado. El rey Cho —Hag y Hettar habían ido a preparar un enorme campamento, a unos cuantos kilómetros del acantilado del este, para el ejército de alorns, arendianos, sendarios y tolnedranos, que avanzaban desde el oeste. Aunque todavía estaba dentro de su reino, Cho—Hag había delegado su autoridad en su esposa, tras conseguir una promesa de apoyo de los jefes de los clanes.

La reina de Algaria era una mujer silenciosa y su rostro sereno rara vez delataba sus sentimientos. Había pasado toda su vida en un segundo plano e interfería tan poco en todos los asuntos públicos que pasaba inadvertida. Sin embargo, siempre había mantenido los ojos muy abiertos y los oídos muy atentos. Adernás, su tullido esposo había depositado su confianza en ella, consciente de que su silenciosa esposa morena sabía exactamente lo que sucedía.

Elvar, arcipreste de Algaria, estaba ante ella, vestido con su túnica blanca, y leía con tono engolado los documentos que había preparado con esmero y que le transferirían a él todo el poder. Le explicaba el contenido de los documentos con aire condescendiente.

—¿Es eso todo? —preguntó ella cuando el arcipreste terminó de leer.

—Sin duda será lo mejor, Alteza —dijo con tono de superioridad—. Todo el mundo sabe que las mujeres no tienen capacidad para gobernar. ¿Envío a buscar una pluma y un tintero? —preguntó.

—Todavía no, Elvar —respondió ella sin quitar las manos del telar. —Pero...

—¿Sabes?, acaba de ocurrírseme algo sorprendente —dijo, y lo miró a los ojos—. Tú eres el arcipreste de Belar en Algaria, pero nunca sales del fuerte. ¿No es curioso?

—Mis deberes, Alteza, me obligan a...

—¿Acaso no te debes en primer lugar a tu gente y a los niños? Hemos sido muy egoístas al retenerte aquí cuando debes arder en deseos de estar con tus clanes, supervisando la instrucción religiosa de los niños. —El la miró boquiabierto—. Y lo mismo ocurre con todos los demás sacerdotes —continuó ella—. Da la impresión de que están todos en el fuerte, preocupados por tareas administrativas, y un sacerdote es demasiado valioso para dedicarse a eso. Debemos corregir esta situación de inmediato.

—Pero...

—No, Elvar. Mi deber como reina está bien claro. Los niños de Algaria están antes que nadie. Te eximo de todas tus obligaciones en el fuerte para que puedas dedicarte a tu verdadera vocación. —De repente sonrió—. Yo misma te indicaré el camino a seguir —dijo con alegría, y luego meditó un momento—. Corren tiempos difíciles, así que será mejor que te facilite una escolta; unos cuantos hombres de confianza, de mi propio clan, que se aseguren de que nadie interrumpe tu viaje ni te distrae de tus prédicas con noticias inquietantes que a ti no te conciernen. —Volvió a mirarlo a los ojos—. Eso es todo, Elvar. Será mejor que vayas a preparar tus cosas. Supongo que no regresarás hasta dentro de varias estaciones. —El arcipreste de Belar emitía ahogados sonidos—. ¡Ah, otra cosa! —La reina eligió con cuidado una hebra de lana y la miró al trasluz—. Hace años que no se hace un recuento del ganado del reino. Cuando estés fuera, me gustaría que contaras todos los terneros y potrillos de Algaria. Eso te ayudará a distraerte. Envíame un informe de vez en cuando, ¿lo

harás? Ya puedes retirarte, Elvar —dijo con cierta naturalidad, sin ni siquiera molestarse en mirar al arcipreste que, temblando de rabia, se marchó a hacer los preparativos para su prisión ambulante.

Lord Morin, primer chambelán de Su Majestad Imperial Ran Borune XXIII, entró en el jardín privado del emperador y dejó escapar un suspiro. No había duda de que le esperaba otra perorata y Morin ya estaba harto de tantas. El emperador tenía una capacidad extraordinaria para repetirse a sí mismo.

Sin embargo, Ran Borune estaba de un humor extraño. El pequeño emperador, calvo y con la nariz ganchuda, estaba sentado con aire pensativo en su sillón, bajo un árbol frondoso, pendiente del canto de su canario.

—No he vuelto a saber nada, ¿sabes, Morin? —dijo el emperador mientras el chambelán se aproximaba a través de la cuidada hierba—. Sólo habló cuando vino Polgara. —Miró otra vez al pajarillo dorado con expresión triste y luego suspiró—. Creo que en aquel trato salí perdiendo. Polgara me dio un canario y a cambio se llevó a Ce'Nedra. —Echó un vistazo a su jardín inundado de luz y a las frías paredes de mármol que lo rodeaban—. Morin, ¿son ideas mías, o este lugar ahora parece frío y vacío? —preguntó y volvió a sumirse en un melancólico silencio con la mirada ausente, fija en un cantero de rosas rojas. De repente dejó escapar un sonido extraño y Morin se volvió a mirarlo, temiendo que fuera a sufrir otro ataque. Pero no era eso; por el contrario, vio que Ran Borune se reía—. ¿Has visto cómo me engañó, Morin? —rió el emperador—. Me hizo enfadar a propósito para que me diera un ataque. ¡Qué gran hijo podría haber sido! ¡Habría llegado a ser el emperador más grande de la historia de Tolnedra! —exclamó con una carcajada que ponía en evidencia su secreto orgullo por la astucia de Ce'Nedra.

"Después de todo, es vuestra hija, Majestad —observó Morin.

—¡Pensar que ha podido levantar a un ejército con apenas dieciséis años! —se maravilló el emperador—. ¡Qué criatura más extraordinaria! —De repente pareció haberse recobrado del lóbrego humor que le había embargado desde su regreso a To Honeth. Pero después de unos momentos, su risa se desvaneció y entornó los ojos con expresión astuta—. Las legiones que ha robado acabarán rebelándose sin un profesional que las conduzca —musitó.

—Yo diría que eso es problema de Ce'Nedra, Majestad —respondió Morin—, o de Polgara.

—Bueno... —El emperador se rascó una oreja—. No lo sé, Morin. La situación no está muy clara. —Miró a su chambelán—. ¿Conoces al general Varana?

—¿El duque de Anadile? Por supuesto, Majestad. Es un buen profesional, firme, modesto y muy inteligente.

—Es un viejo amigo de la familia —dijo Ran Borune—. Ce'Nedra lo conoce y estará dispuesta a escuchar sus consejos. ¿Por qué no vas a verlo y le sugieres que se

tome un permiso para echar un vistazo a Algaria?

—Estoy seguro de que estará encantado con la idea de unas vacaciones —asintió Morin—. La vida en las guarniciones, durante el verano, suele ser bastante aburrida.

—Es sólo una sugerencia —enfaticó el emperador—. Su presencia en el campo de batalla sería estrictamente extraoficial.

—Por supuesto, Majestad.

—Y si por casualidad diera algunos consejos, o hiciera uso de su autoridad con las legiones, nosotros no sabríamos nada del asunto, ¿verdad? Después de todo, lo que un ciudadano haga en su tiempo libre no es asunto nuestro. ¿Está claro?

—Perfectamente claro, Majestad.

—Mantendremos esa versión de las cosas, ¿verdad, Morin?

—Contra viento y marea, Majestad —respondió Morin con seriedad.

El príncipe de la corona de Drasnian dejó escapar un estruendoso eructo junto a la oreja de su madre, suspiró y enseguida se durmió sobre su hombro. La reina Porenn sonrió, puso al niño en la cuna y se volvió hacia el hombre larguirucho, vestido con ropas anodinas, que estaba repantigado en un sillón cercano. Aquel individuo delgado era conocido por el nombre de Javelin. Era el jefe del servicio de inteligencia drasniano y uno de los consejeros más importantes de Porenn.

—Bueno —continuó su informe—. El ejército de la joven tolnedrana está a unos días de marcha del fuerte. Los ingenieros avanzan por el acantilado con las poleas y los chereks se preparan para transportar la flota en la orilla este del Aldur.

—Entonces todo va de acuerdo con lo planeado —dijo la reina y volvió a sentarse junto a la ventana, ante una lustrosa mesa.

—En Arendia se han presentado algunos problemas —señaló Javelin—, aunque nada serio; sólo las típicas emboscadas y peleas. La reina Layla ha desconcertado tanto a Bravor, el tolnedrano, que es probable que ya no esté en Sendaria. —Se rascó la barbilla larga y prominente—. Hay noticias curiosas de Sthiss Tor. Los murgos intentan llegar a algún acuerdo, pero varios de sus emisarios han muerto. Intentaremos contactar con alguien más cercano a Sadi para averiguar qué sucede exactamente. Veamos, ¿qué más? ¡Ah!, los Honeth por fin se han unido para apoyar a un candidato, un asno pomposo y arrogante que se ha peleado con casi todos los habitantes de Tol Honeth. Intentarán comprar la corona para él, pero sería un emperador absolutamente incompetente, así que no creo que pueda llegar al trono, por más dinero que gasten para conseguirlo. Creo que eso es todo, Alteza.

—He recibido una carta de Isleña, desde Val Alorn —le informó la reina.

—Sí, Alteza. Lo sé.

—¿Has vuelto a leer mi correspondencia, Javelin? —preguntó ella con un súbito arrebatado de indignación.

—Sólo intento mantenerme al corriente de lo que sucede en el mundo, Porenn.

—Te dije que dejaras de hacerlo.

—Pero ¿no esperarías que te hiciera caso, verdad? —preguntó con ingenuidad.

—Eres imposible —rió ella.

—Claro que lo soy. Es mi obligación.

—¿Podemos enviar ayuda a Isleña?

—Encargaré a alguien de ese asunto —le aseguró él—. Es probable que podamos hacerlo a través de Merel, la esposa del conde de Trelheim. Está comenzando a mostrar signos de madurez y es muy amiga de Isleña.

—Creo que también deberíamos vigilar nuestro propio servicio de inteligencia —sugirió Porenn—. Hay que investigar a todos aquellos que tengan relación con el culto del Oso. Tal vez pronto tengamos que tomar medidas. —Javelin asintió en silencio y de repente se oyó un golpe suave en la puerta—. ¿Sí?

La puerta se abrió y un criado asomó la cabeza.

—Con permiso, Majestad —dijo—. Aquí fuera hay un mercader nadrak llamado Yarblek que dice que quiere hablar de la Pesca del salmón —agregó con perplejidad.

—Hazlo pasar —respondió la reina Porenn mientras se levantaba de su silla—. Inmediatamente.

Capítulo 9

Los discursos habían acabado. Las arengas que habían causado tanto sufrimiento a la princesa Ce'Nedra habían logrado su propósito, y poco a poco se resignó a ocupar un segundo plano. Al principio, veía cada nuevo día como una promesa de gloriosa libertad. La terrible ansiedad que la embargaba ante la perspectiva de dirigirse a la multitud dos o tres veces al día había desaparecido. La tensión nerviosa se había esfumado y había dejado de despertarse por las noches, asustada y temblorosa. Durante unas semanas se maravilló de su nueva situación y disfrutó de ella; pero luego, como era de esperar, le vino el aburrimiento.

El ejército que había conseguido reunir en Arendia y en el norte de Tolnedra se movía como un inmenso océano por las colmas de Ulgoland. Los caballeros mimbranos, con sus armaduras resplandecientes bajo la brillante luz del sol y sus grandes y coloridos estandartes ondeando al viento, avanzaban al frente de sus huestes y, tras ellos, sobre las ondulantes colinas verdes, marchaba en compacta formación la infantería de Ce'Nedra: sendarios, asturios, rivanos y unos pocos chereks. Y allí, firmes en el centro, como si fueran el corazón mismo del ejército, estaban las resplandecientes filas de las legiones de la Tolnedra imperial, con sus banderas rojas al viento y las plumas de sus cascos ondeando al ritmo de su acompasada marcha. Al principio había sido muy emocionante para Ce'Nedra ir al frente de aquellas tropas multitudinarias que avanzaban hacia el este a sus órdenes, pero pronto dejó de ser una novedad y se cansó.

El hecho de que Ce'Nedra dejara de ser el centro de atención era, en su mayor parte, responsabilidad suya. Ahora, las decisiones dependían, casi siempre, de cuestiones de logística —tediosos detalles sobre zonas apropiadas para campamento y cocinas de campaña—y Ce'Nedra encontraba muy aburridas las discusiones sobre esos temas. Sin embargo, eran aquellas cuestiones las que forzaban el paso de tortuga de su ejército.

De repente, ante la sorpresa general, el rey Fulrach se erigió en jefe supremo de las huestes. Era él quien decidía la distancia a la que debían avanzar cada día, el tiempo de descanso y dónde acampar para pasar la noche. Su autoridad se basaba en ser el dueño de los carros de provisiones. Poco después de comenzar la marcha, en el norte de Arendia, el rechoncho monarca sendario echó un vistazo a los incompletos programas de alimentación de las tropas, ideados por los reyes alorn y meneó la cabeza en señal de desaprobación. A partir de entonces, él mismo se hizo cargo del avituallamiento de la campaña. Sendaria era tierra de granjas y sus almacenes estaban repletos. Además, en determinadas épocas del año, todas las calles y caminos de Sendaria estaban atestados de carros. Con improvisada eficacia, el rey Fulrach dio unas cuantas órdenes y muy pronto caravanas enteras de carros atravesaron Arendia

rumbo a Tolnedra y luego giraron hacia el este para seguir al ejército, cuyo paso dependía ahora de aquellos ruidosos vehículos cargados de provisiones.

Llevaban unos pocos días en las colinas de Ulgo, cuando se hizo evidente el verdadero peso de la autoridad del rey Fulrach.

—Fulrach —protestó el rey Rhodar de Drasnia cuando el rey de los sendarios hizo detener a las tropas para un nuevo descanso—, si no vamos más deprisa tardaremos todo el verano en llegar al acantilado del este.

—Exageras, Rhodar —respondió Fulrach con suavidad—. Llevamos un buen ritmo. Los carros que transportan los víveres son muy pesados y los caballos deben descansar un rato cada hora.

—Eso es imposible —declaró Rhodar—. Haré que apuren el paso.

—Puedes hacer lo que quieras, por supuesto. —El sendario de barba castaña se encogió de hombros mientras miraba con frialdad la enorme barriga de Rhodar—. Pero si hoy agotas a los caballos que llevan los carros, mañana no comerás.

Y eso zanjó la cuestión.

La marcha a través de los escarpados caminos de Ulgoland se hizo aún más lenta. Ce'Nedra entró en aquella tierra de espesos bosques y profundos despeñaderos con aprensión. Aún recordaba muy bien la lucha con Grul, el eldrak, los ataques de los algoths y el hrulgo que los había aterrorizado el invierno anterior. Sin embargo, hubo pocos encuentros con los monstruos que acechaban en las montañas de Ulgo. El ejército era tan enorme que hasta las criaturas más feroces le rehuían. Mandorallen, el varón de Vo Mandor, informó con cierta pena que sólo había visto unas pocas bestias.

—Si pudiera cabalgar con un día de ventaja sobre nuestras tropas, tal vez tuviera la oportunidad de luchar contra algunas de las criaturas más juguetonas —pensó en voz alta, una tarde mientras contemplaba el fuego, con aire pensativo.

—Nunca tienes suficiente, ¿verdad? —dijo Barak con sarcasmo.

—Olvídalo, Mandorallen —le dijo Polgara al corpulento caballero—. Las criaturas no nos están haciendo ningún daño y el Gorim de Ulgo estará más contento si no las molestamos.

Mandorallen suspiró.

—¿Siempre es así? —le preguntó el rey Anheg a Barak con curiosidad.

—No puedes imaginártelo —respondió Barak.

Por más que molestara a Rhodar, Brand y Anheg, la lentitud de marcha conservaba la fuerza de las tropas y éstas llegaron a las llanuras de Algaria en muy buena forma.

—Seguiremos hacia el fuerte de Algaria —decidió el rey Rhodar mientras el ejército atravesaba el último paso y se abría en una dirección a los ondulantes prados—. Tenemos que reagruparnos y no tiene sentido ir hacia la base del acantilado hasta

que los ingenieros hayan acabado su trabajo. Además, prefiero que los thulls que vigilan desde la cima del despeñadero no se enteren de cuántos somos.

Y así, el ejército atravesó Algaria por etapas, abriendo una brecha de más de un kilómetro de ancho en la alta hierba. Los enormes rebaños de vacas dejaban de pastar por un momento para contemplar con cierto asombro a las tropas que pasaban, y luego seguían rumiando bajo la mirada atenta de los algarios.

El campamento situado alrededor del colosal fuerte de Algaria se extendía a lo largo de kilómetros, y por las noches, los fuegos de los centinelas parecían reflejos de estrellas. Una vez alojada con todas las comodidades posibles en el fuerte, la princesa Ce'Nedra se mantuvo al margen del mando de sus tropas. Las horas le parecían largas y aburridas, y no porque no recibiera informes. Se había fijado un duro plan de maniobras, en parte porque muchos de los hombres no eran soldados profesionales, pero sobre todo para evitar el ocio, que acarreaba problemas de disciplina. Cada mañana, el coronel Brendig, el baronet sendario de expresión seria que parecía carecer del sentido del humor, informaba a la princesa sobre el entrenamiento del día anterior con extremada minuciosidad y con todo tipo de insignificantes y aburridos detalles que la irritaban.

Una mañana, después de que Brendig se hubo retirado con un saludo respetuoso, Ce'Nedra estalló.

—Creo que si hubiera repetido una vez más la palabra «higiene», habría gritado —les dijo a Adara y a Polgara mientras iba y venía de un lado a otro de la habitación y abría los brazos con un gesto de desespero.

—Es una cuestión muy importante en un ejército de esta magnitud —observó Adara con calma.

—Pero ¿hay que estar hablando siempre de lo mismo? Es un tema muy desagradable.

Polgara, que había estado enseñándole pacientemente a Misión, el niño rubio y pequeño, a atarse los cordones de los zapatos, alzó la vista e hizo una rápida valoración del estado de ánimo de la princesa.

—¿Por qué no cogéis un par de caballos y vais a dar un paseo, jovencitas? Creo que os vendría muy bien un poco de ejercicio al aire fresco.

No tardaron mucho en encontrar a Ariana, la joven mimbrana, pues sabían dónde buscarla. Sin embargo, necesitaron mucho más tiempo para convencerla de que abandonara su extática contemplación de Lelldorin de Wildantor. Con la ayuda de su primo Torasin, el joven intentaba enseñar a un grupo de siervos arendianos los rudimentos del manejo del arco. Torasin, un fervoroso patriota asturio, había ingresado en el ejército más tarde. Ce'Nedra comprendió que había habido ciertas diferencias entre los dos hombres, pero al final el joven asturio no pudo resistirse a las perspectivas de guerra y gloria y se unió a las tropas en las colinas del oeste de

Ulgoland, con un caballo casi moribundo, agotado por la dura carrera. Su reconciliación con Lelldorin había sido emocionante y ahora los dos jóvenes estaban más unidos que nunca. Ariana, sin embargo, sólo tenía ojos para Lelldorin y lo miraba con una adoración tan irracional que casi daba miedo.

Las tres jóvenes, vestidas con las típicas ropas de montar algarias, confeccionadas en cuero, atravesaron al trote el campamento bajo la radiante luz de la mañana, seguidas —como era inevitable—por Olban, el hijo menor del Guardián de Riva, y un destacamento de guardias. Ce'Nedra no sabía bien qué pensar de Olban. Desde que un murgo había intentado matarla en el bosque arendiano, el joven rivano se había nombrado a sí mismo jefe de sus guardaespaldas y nada ni nadie podía evitar que cumpliera sus funciones como tal. Por alguna razón, el joven parecía agradecido por la oportunidad de ser útil y Ce'Nedra estaba convencida de que, por desgracia, sólo podría detenerlo por la fuerza.

Era un día cálido y sin nubes y el cielo azul se extendía sobre la increíble extensión de la llanura algaria, donde un viento errante mecía la alta hierba. Una vez lejos del campamento, Ce'Nedra comenzó a sentirse mucho mejor. Montaba el caballo blanco que le había regalado el rey Cho—Hag, un animal paciente y tranquilo llamado Hidalgo. Tal vez no fuera el nombre más indicado para él, porque se trataba de un animal muy perezoso. Su placidez se debía, en gran medida, a que su nueva dueña era muy pequeña y pesaba poquísimo y a que Ce'Nedra, para demostrarle su afecto, lo mimaba demasiado y siempre que podía le daba manzanas y dulces. Por falta de ejercicio y por la abundante dieta, Hidalgo estaba adquiriendo una notable corpulencia.

En compañía de sus dos amigas y seguida por el atento Olban, la princesa cabalgaba en su gran caballo blanco por el prado, rebosante de alegría por la sensación de libertad que le causaba aquel paseo.

Se detuvieron al pie de una alta y escarpada colina para que descansaran los caballos. Hidalgo, que resoplaba de cansancio como un fuelle, dirigió una mirada de reproche a su menuda ama, pero ella ignoró sin compasión su muda protesta.

—Es un día maravilloso para montar —exclamó con entusiasmo. Ariana suspiró y Ce'Nedra se rió de ella—. Oh, vamos, cualquiera diría que Lelldorin se ha ido muy lejos, Ariana. Es bueno que los hombres nos echen de menos de vez en cuando.

Ariana esbozó una sonrisa lánguida y volvió a suspirar. —Tal vez no sea tan bueno para nosotras echarlos de menos —murmuró Ariana muy sena.

—¿De dónde viene ese aroma tan agradable? —preguntó Ce'Nedra de repente.

Adara alzó su cara de porcelana para olfatear la brisa y luego miró a su alrededor, intentando localizar el lugar exacto de donde procedía el olor.

—Venid conmigo —dijo con un tono de autoridad inusual en ella, y las condujo hacia el otro lado de la colina.

Sobre la cuesta cubierta de hierba, a mitad de la ladera, había una serie de arbustos pequeños de color verde oscuro con flores moradas. Aquella mañana habían nacido muchas mariposas azules que ahora, arrobadas, revoloteaban sobre las flores formando como una nube azul. Adara se dirigió allí con su caballo y desmontó. Al llegar junto a las flores, dejó escapar una exclamación, se arrodilló con un gesto casi reverencial y abrió las manos como si intentara abrazar los arbustos.

Ce'Nedra se acercó y se sorprendió al ver que los dulces ojos grises de su amiga estaban llenos de lágrimas. Sin embargo, Adara sonreía.

—¿Qué ocurre, Adara? —preguntó.

—Son mis flores —respondió Adara con voz vibrante—. Nunca creí que crecieran y se extendieran de este modo.

—¿De qué hablas?

—Garion creó una flor para mí el invierno pasado, sólo para mí. Había una sola, una única flor. Vi cómo le daba vida con sus propias manos, pero lo había olvidado y hace un momento lo recordé. Mira cómo se han multiplicado en apenas una estación.

Ce'Nedra sintió un súbito arrebato de celos. Garion no había creado ninguna flor para ella. Se agachó y arrancó una flor del arbusto, quizá con más fuerza que la necesaria.

—Está torcida —dijo mientras examinaba la flor con ojo crítico, pero enseguida se mordió los labios y deseó no haber pronunciado aquellas palabras. Adara le dedicó un breve reproche con la mirada—. Sólo estoy bromeando, Adara —se apresuró a decir con una risita falsa.

A pesar de sí misma, pues todavía deseaba encontrar algo malo en la flor, inclinó la cara hacia el brote pequeño y torcido que tenía en la mano. Su fragancia pareció borrar todas sus preocupaciones y levantarle el ánimo.

Ariana también había desmontado y aspiraba el olor de las flores, aunque su rostro tenía una expresión ceñuda.

—¿Puedo recoger unas cuantas de vuestras flores, Adara? —preguntó—. Creo que sus pétalos de reflejos rosados pueden tener extrañas propiedades que interesen a Polgara; algún poder curativo demasiado sutil para que yo, con mi limitado conocimiento de ungüentos y hierbas aromáticas, pueda reconocerlo.

Como solía ocurrir, Ce'Nedra cambió de actitud con rapidez.

—¡Qué maravilla! —exclamó, y aplaudió con alegría—. ¿No sería extraordinario que tu flor resultara ser una gran medicina, Adara? ¿Una cura milagrosa? Podríamos llamarla «la rosa de Adara» y los enfermos bendecirían tu nombre para siempre.

—No se parece en nada a una rosa, Ce'Nedra —señaló Adara.

—Tonterías —respondió Ce'Nedra, descalificando con un gesto la corrección—. Después de todo, soy una princesa, así que si yo digo que es una rosa es una rosa. Le llevaremos las flores a Polgara inmediatamente. —Se volvió a su corpulento caballo,

que contemplaba las flores con languidez, como si dudara acerca de si debía comerse unas pocas—. Vamos, Hidalgo —dijo la princesa con exagerada formalidad—. Galoparemos para volver al fuerte.

Hidalgo se sobresaltó de forma visible al oír la palabra «galopar».

Polgara examinó las flores con atención, pero ante el desencanto de la princesa y sus amigas, no quiso emitir un veredicto sobre las posibles cualidades de la planta. La princesa regresó a sus habitaciones y a sus obligaciones un poco más tranquila.

El coronel Brendig la esperaba. Ce'Nedra había llegado a la conclusión de que el coronel Brendig era el hombre más práctico que conocía. Ningún detalle era insignificante para él. En un hombre de rango inferior, ese interés por las trivialidades hubiese pasado por una simple manía, pero la convicción del coronel de que las grandes cosas están hechas de cosas pequeñas confería cierta dignidad a su paciente atención a los detalles. Parecía estar en todos los rincones del campamento; en su presencia, los hombres tensaban mejor las cuerdas de las tiendas, ordenaban bien el equipo o abrochaban sus casacas.

—Espero que Su Alteza haya encontrado agradable su paseo —dijo el coronel con una reverencia cortés cuando Ce'Nedra entró en la habitación.

—Gracias, coronel Brendig. En efecto, Su Alteza así lo ha encontrado.

Estaba de un extraño humor y siempre era un placer bromear con aquel sendario de expresión seria.

Brendig esbozó una sonrisa tímida, e inmediatamente pasó a presentar su informe del mediodía.

—Me alegra poder comunicar a Su Alteza que los ingenieros drasnianos ya casi han terminado de montar las poleas sobre el acantilado —dijo—. Sólo queda colocar los contrapesos que ayudarán a levantar los barcos de guerra chereks.

—Muy bien —respondió Ce'Nedra con la sonrisa estúpida y vacía que sacaba al coronel de sus casillas.

La barbilla de Brendig se tensó de forma casi imperceptible, pero la cara del coronel no dejó traslucir ninguna otra señal de su momentáneo disgusto.

—Los chereks han comenzado a sacar los mástiles y el cordaje de sus barcos para trasladarlos —continuó—, y los puestos fortificados en la cima del acantilado han comenzado a construirse varios días antes de lo previsto.

—¡Qué maravilla! —exclamó Ce'Nedra, y aplaudió con un gesto de alegría exagerado y pueril.

—Alteza, por favor —protestó Brendig.

—Lo siento mucho, coronel Brendig —se disculpó Ce'Nedra, y le dio un golpecito afectuoso en la mano—. Pero por alguna razón, me despiertas los instintos más crueles. ¿Nunca sonrías?

Él la miró muy serio.

—Estoy sonriendo, Alteza —dijo—. ¡Ah!, ha llegado un visitante de Tolnedra.

—¿Un visitante? ¿Quién?

—Un tal general Varana, duque de Anadile.

—¿Varana? ¿Aquí? ¿Qué diablos está haciendo en Algaria? ¿Está solo?

—Hay un grupo de tolnedranos con él —respondió Brendig—. No llevan uniforme, pero parecen militares. Dicen que han venido como observadores privados y el general Varana expresó su deseo de saludar a Su Alteza cuando sea conveniente.

—Por supuesto, coronel Brendig —dijo Ce'Nedra con un entusiasmo que ya no era fingido—. Por favor, hazlo venir inmediatamente.

Ce'Nedra conocía al general Varana desde su niñez. Era un hombre rechoncho con cabello gris y rizado y cojeaba ostensiblemente a consecuencia de una lesión en la rodilla. Estaba dotado del sarcástico y reservado sentido del humor que caracterizaba a la familia Anadile. De todos los linajes nobles de Tolnedra, los Borune se encontraban más a gusto con los Anadile. Ambas familias procedían del sur y solían unirse en las disputas con los poderosos linajes del norte. A pesar de que Anadile era sólo un ducado, sus miembros nunca se habían mostrado sumisos ante los grandes duques de la casa de los Borune. Por el contrario, solían bromear respetuosamente sobre sus vecinos más poderosos. Los historiadores y estadistas serios siempre habían considerado una desgracia para el imperio que la talentosa familia Anadile no tuviera suficientes riquezas como para acceder al trono.

Cuando el general Varana entró, cojeando y con su siempre actitud respetuosa, en la habitación donde la princesa lo aguardaba con impaciencia, esbozó una ligera sonrisa y alzó una ceja con expresión enigmática.

—Alteza —saludó con una reverencia. —Tío Varana —exclamó la princesa y corrió a abrazarlo. Varana no era su tío, pero ella siempre lo había considerado como tal.

—¿Hasta dónde has llegado y qué has hecho esta vez, mi pequeña Ce'Nedra? —rió él mientras la estrechaba entre sus brazos musculosos—. Has puesto el mundo entero patas arriba, ¿sabes? ¿Qué hace una Borune en medio de Algaria al mando de un ejército alorn?

—Voy a invadir Mishrak ac Thull —anunció con insolencia.

—¿De veras? ¿Y para qué? ¿Acaso el rey Gethell de Thulldom ha ofendido de algún modo el linaje de los Borune? Yo no me he enterado.

—Es un asunto de los alorn —respondió Ce'Nedra con tono frívolo.

—¡Oh!, ya veo. Supongo que eso lo explica todo. Los alorn nunca tienen razones para las cosas que hacen.

—Te estás riendo de mí —lo acusó ella. —Por supuesto que sí, Ce'Nedra. Los Anadile nos hemos reído de los Borune durante miles de años.

—Es un asunto muy serio, tío Varana —contestó haciendo pucheros.

—Por supuesto —asintió él y tocó con un dedo regordete el abultado labio inferior de la princesa—, pero ésa no es razón para que no nos riamos de él.

—Eres imposible —dijo Ce'Nedra, resignada, y no pudo evitar reír—. ¿Qué haces aquí?

—Observo —dijo él—. Los generales solemos hacer eso. Ésta es la única guerra en curso, así que algunos de nosotros decidimos venir a echar un vistazo. Morin sugirió que lo hiciéramos.

—¿El chambelán de mi padre?

—Sí, ése es su cargo, según creo.

—Morin nunca decidiría algo así... por su propia iniciativa.

—¿De veras? ¡Qué noticia tan sorprendente! Ce'Nedra frunció el entrecejo y comenzó a mordisquear, como sin darse cuenta, un rizo de su cabello, pero Varana se lo quitó de entre los dientes.

—Morin no hace nada a no ser que se lo ordene mi padre —murmuró mientras volvía a coger el rizo para llevárselo a la boca. Entonces Varana se lo quitó de la mano—. No hagas eso —protestó ella.

—¿Por qué? Con este sistema logré que dejaras de chuparte el dedo.

—Esto es diferente, estoy pensando. —Piensa con la boca cerrada. —Esto fue idea de mi padre, ¿verdad? —Yo no presumiría de conocer las ideas del emperador —respondió él.

—Pues yo sí. ¿Qué intenta ahora ese viejo zorro? —No eres muy respetuosa, niña.

—¿Dices que has venido a observar? —El asintió con un movimiento de cabeza—. ¿Y quizás a hacer algunas sugerencias?

—Si alguien se molesta en escucharme —dijo él y se encogió de hombros—. Como comprenderás, no estoy aquí en misión oficial, la legislación imperial no lo permitiría. Tu derecho al trono rivano no está reconocido oficialmente en Tol Honeth.

—Estas sugerencias —dijo ella mientras lo miraba de soslayo a través de sus espesas pestañas—, en caso de que estuvieras al frente de una legión tolnedrana necesitada de autoridad, ¿podrían incluir el consejo de «avanzar»?

—Si se diera la ocasión, es posible —admitió él con seriedad.

—¿Y te acompañan varios generales de la plana mayor? —Creo que, por pura casualidad, algunos de los que me acompañan pertenecen a ella —dijo con los ojos brillantes por la risa contenida.

Ce'Nedra volvió a coger un rizo para llevárselo a la boca y, una vez más, el general Varana se lo quitó de la mano.

—¿Te gustaría conocer al rey Rhodar de Drasnia? —preguntó ella.

—Será un honor conocer a Su Majestad.

—¿Entonces por qué no vas a verlo? —Eso, ¿por qué no vamos?

—¡Oh!, te quiero, tío Varana —rió ella y lo abrazó otra vez. Encontraron al rey Rhodar reunido con sus generales en una fresca sala que el rey Cho—Hag había destinado para ellos. Ya no había formalismo entre los dirigentes del ejército y casi todos estaban repantigados en cómodos sillones de cuero, observando cómo el rey Rhodar, vestido con su túnica carmesí, medía las distancias con un trozo de cuerda en un mapa que cubría toda la pared.

—A mí no me parece tan lejos —le decía al rey Cho—Hag.

—Eso es porque tu mapa es liso, Rhodar —respondió Cho—Hag—. En esta zona hay muchas colinas. Créeme, tardaremos tres días.

—Entonces tendremos que renunciar a la idea —dijo el rey Rhodar con un grosero chasquido de disgusto—. Me gustaría quemar todos esos fuertes, pero no voy a ordenar misiones suicidas. Tres días de cabalgata es demasiado.

—Majestad —interrumpió Ce'Nedra con respeto.

—¿Sí, niña? —preguntó Rhodar sin dejar de mirar el mapa con expresión ceñuda.

—Quisiera presentarte a alguien. —Rhodar se giró—. Majestad —dijo Ce'Nedra con solemnidad—, os presento a su gracia el duque de Anadile. General Varana, Su Majestad, el rey Rhodar de Drasnia.

Los hombres intercambiaron una reverencia cortés, mientras se miraban con ojos inquisitivos y críticos.

—Tu reputación te precede, general.

—Por el contrario, el talento de Su Majestad como militar se ha mantenido en secreto —respondió Varana.

—¿Crees que con eso habremos cumplido con los formalismos?

—Si no es así, más tarde podremos mentir acerca del enorme respeto que nos dispensamos mutuamente —sugirió Varana.

—Muy bien —dijo el rey Rhodar con una sonrisa—. ¿Qué hace el mayor estratega de Tolnedra en Algaría?

—Estoy aquí como observador, Majestad.

—¿Piensas mantenerte en esa versión?

—Por supuesto. Por razones políticas Tolnedra debe asumir una posición neutral en este asunto. Estoy seguro de que el servicio de inteligencia drasniano ya te habrá informado al respecto. Los cinco espías que tenéis en el palacio imperial son muy buenos profesionales.

—Seis, para ser exactos —corrigió el rey Rhodar como de pasada.

El general Varana levantó una ceja.

—Supongo que deberíamos haberlo sabido —dijo.

—El sexto cambia de vez en cuando. —Rhodar se encogió de hombros—. ¿Conoces nuestra situación estratégica?

—Sí, he sido informado.

—¿Cuál es tu opinión? Como observador, por supuesto.

—Tenéis problemas.

—Gracias —respondió Rhodar con sequedad.

—De acuerdo con los números, deberíais adoptar una postura defensiva.

—Rhodar negó con la cabeza.

—Eso funcionaría sólo si tuviéramos que ocuparnos de Taur Urgas y de los murgos del sur, pero Zakath está desembarcando tropas en Thull Zelik todos los días. Si construimos fortificaciones y nos quedamos quietos, es probable que decida atacar y antes de que llegue el otoño esto estará atestado de malloreanos. La clave del asunto está en llevar la flota de Anheg al mar del Este para evitar que sigan desembarcando tropas; aunque para eso tengamos que arriesgarnos un poco.

—Si queréis ir hacia el sur por el río Mardu, tendréis que neutralizar la capital thull —dijo Varana tras examinar el mapa, y señaló Thull Mardu—. Es una isla, como Tol Honeth, y está en medio del río. Nunca lograréis pasar una flota por allí con fuerzas hostiles en la ciudad. Tendréis que tomarla. ... —Ya lo habíamos pensado —dijo el rey Anheg, repantigado en su sillón con su inevitable jarra de cerveza en la mano.

—¿Conoces a Anheg? —le preguntó Rhodar al general. —Por su fama, Majestad —asintió Varana, y lo saludó con una reverencia.

—General —respondió Anheg con una inclinación de cabeza.

—Si Thull Mardu está bien defendida, perderéis un tercio de vuestro ejército para tomarla —continuó Varana.

—Haremos caer la guarnición.

—¿Cómo?

—El rey Korodullin y yo nos ocuparemos de eso —dijo el rey Cho—Hag con calma—. Cuando lleguemos a la cima del acantilado, los caballeros mímbranos atacarán todas las ciudades y pueblos de las montañas y mis hombres quemarán todos los cultivos de las granjas.

—Se darán cuenta de que son sólo maniobras de distracción, Majestad —observó Varana.

—Por supuesto —asintió Brand con su potente voz—, pero ¿para distraerlos de qué? Creemos que no descubrirán que nuestro verdadero objetivo es Thull Mardu. Intentaremos que nuestros ataques sean esporádicos. Es probable que al principio la pérdida de esos pueblos y cultivos no les preocupe demasiado, pero llegará un momento en que tendrán que tomar medidas para defenderlos.

—¿Y creéis que sacarán la guarnición de Thull Mardu para enfrentarse a nosotros?

—Ése es nuestro objetivo —respondió el rey Rhodar. —Traerán murgos de Rak Goska y malloreanos de Thull Zehk. Entonces, en lugar de una simple batalla en

Thull Mardu, organizaréis una verdadera guerra.

—Eso es lo que tú harías, general Varana —discrepó el rey Rhodar—. Pero no eres Zakath ni Taur Urgas, y nuestra estrategia se basa en el estudio de esos dos hombres. Ninguno de los dos comprometerá sus fuerzas hasta que esté convencido de que representamos una gran amenaza. Ambos quieren conservar intacto su ejército el mayor tiempo posible. Según creen, nosotros sólo somos una molestia fortuita y una excusa para que sus ejércitos tomen posiciones. Para ellos, la verdadera guerra comenzará cuando se ataquen el uno al otro. Por lo tanto, se mantendrán al margen y Gethell, el rey de los thulls, tendrá que defenderse por sí mismo, sólo con el apoyo moral de los murgos y los malloreanos. Si actuamos con suficiente celeridad, tendremos a la flota de Anheg en el mar del Este y todas nuestras tropas de regreso en el acantilado antes de que descubran nuestras intenciones.

—¿Y entonces?

—Entonces Taur Urgas se quedará en Rak Goska como si estuviera clavado en el suelo —rió el rey Anheg—. Yo estaré en el mar del Este, ahogando malloreanos a montones y él me alentará a cada paso.

—Y Zakath no se atreverá a arriesgar las tropas de Thull Zelik para venir a atacarnos —agregó Anheg—. Si pierde demasiados hombres, Taur Urgas tendrá ventaja sobre él.

El general Varana reflexionó un momento.

—Un estancamiento general —murmuró—. Habrá tres ejércitos en la misma región y ninguno de ellos querrá moverse.

—La mejor guerra —dijo el rey Anheg con una gran sonrisa— es aquella en la que nadie resulta herido.

—Desde el punto de vista táctico, vuestro único problema reside en medir la intensidad de los ataques anteriores a Thull Mardu —observó Varana—. Tendrán que ser lo suficientemente serios para que la guarnición salga de la ciudad, pero no tanto como para no alarmar a Zakath o a Taur Urgas. Estaréis en la cuerda floja, caballeros.

Rhodar asintió con un gesto.

—Por eso estamos contentos por contar con el asesoramiento del estratega más grande de Tolnedra —dijo haciendo una florida reverencia.

—Por favor, Majestad —protestó Varana con una mano en alto— Sugerencias, no asesoramiento. Un observador sólo puede hacer sugerencias. El término «asesoramiento» implica parcialidad y eso no responde a la posición de estricta neutralidad del imperio.

—¡Ah! Debemos alojar cómodamente al «sugeridor» imperial y a sus hombres —declaró el rey Rhodar con una gran sonrisa.

Ce'Nedra observaba con secreto placer cómo aquellos dos hombres brillantes comenzaban lo que sin duda sería una sólida amistad.

—Os dejo con vuestros asuntos, caballeros —dijo—. Las discusiones sobre temas militares me dan dolor de cabeza, así que confío en que no me meteréis en ningún problema.

La princesa hizo una pequeña reverencia con una sonrisita graciosa y se retiró.

Dos días después, Relg llegó desde Ulgo con un contingente de compatriotas vestidos con cotas de malla que enviaba el Gorim. Taiba, que se había mantenido en un discreto segundo plano desde la llegada del ejército al fuerte, se unió a Ce'Nedra y a Polgara para recibir a los ulgos, mientras los carros que los transportaban traqueteaban colina arriba hacia la puerta principal. La hermosa mujer marag llevaba un vestido liso y recatado de lino, pero sus ojos violetas estaban resplandecientes. Relg, cubierto por su cota de malla con láminas en forma de hojas y capucha como si fuera la piel de un lagarto, bajó del primer carro y respondió con indiferencia a los saludos de Barak y Mandorallen. Sus grandes ojos se pasearon por el grupo de gente reunida en la puerta hasta encontrar a Taiba, entonces sus rasgos tensos parecieron suavizarse, y caminó hacia ella sin decir una palabra. El reencuentro fue silencioso y no se tocaron, aunque la mano de Taiba se escapó involuntariamente hacia él en varias ocasiones. Se quedaron mirándose bajo la dorada luz del sol, con los ojos del uno clavados en la cara del otro, creando un clima de intimidad donde nadie más tenía cabida. Los ojos de Taiba permanecieron fijos en la cara de Relg, pero en ellos no había rastros de la vacía y plácida adoración que se reflejaba en los de Ariana cuando miraba a Lelldorin. Por el contrario, en su mirada se ocultaba una pregunta, casi un desafío. Relg respondió con la expresión de un hombre dividido entre dos poderosos impulsos. Ce'Nedra los observó un momento, pero por fin se vio forzada a desviar la vista.

Los ulgos se alojaron en las habitaciones oscuras y cavernosas de los sótanos del fuerte, donde Relg podría guiarlos en el penoso proceso de adaptar la vista a la luz del sol y entrenarlos para superar el terror inicial que tenían a la claridad del día.

Aquella tarde llegó otro pequeño contingente desde el sur. Tres hombres, dos de ellos vestidos con túnicas blancas y el otro con sucísimos harapos, se acercaron a la puerta del fuerte y pidieron permiso para entrar. Los guardas algarios los dejaron pasar enseguida y uno de ellos fue a las habitaciones de Polgara, alumbradas con una vela, para avisar a la hechicera de su llegada.

—Será mejor que los traigas aquí —le aconsejó ella al pobre hombre que temblaba y tenía la cara cenicienta—. Hace mucho que no están en compañía de otros hombres y la multitud podría ponerlos nerviosos.

—Enseguida —respondió el tembloroso algario con una reverencia, luego vaciló un momento—. ¿De veras me haría algo así.?

—¿A qué te refieres? ¿Quién te haría qué?

—El más feo, dijo que iba a... —El hombre se interrumpió, como si acabara de

darse cuenta de con quien hablaba, y se ruborizó—. Creo que no debería repetir lo que dijo, señora Polgara, pero fue una horrible amenaza.

—Oh —dijo ella—, creo que sé a qué te refieres, pero estás a salvo; sólo dice esas cosas para llamar la atención de la gente. Ni siquiera estoy segura de que uno pueda hacerle eso a alguien sin matarlo.

—Los haré pasar inmediatamente, señora Polgara.

La hechicera se volvió a mirar a Ce'Nedra, Adara y Ariana, que se habían unido a ella para cenar.

—Señoritas —dijo—, vamos a recibir invitados. Dos de ellos son los hombres más corteses del mundo, pero el tercero emplea un lenguaje bastante grosero. Si sois sensibles para esas cosas, será mejor que os vayáis.

Ce'Nedra, que aún recordaba su encuentro con aquellos tres hombres en el Valle de Aldur, se puso en pie inmediatamente.

—Tú no, Ce'Nedra —dijo Polgara—, temo que tendrás que quedarte.

Ce'Nedra tragó saliva.

—Si yo estuviera en vuestro lugar, me iría de aquí —les sugirió a sus amigas.

—¿De verdad es para tanto? —preguntó Adara—. He oído decir tacos a los hombres otras veces.

—No como éste —le advirtió Ce'Nedra.

—Has logrado despertar mi curiosidad —sonrió Adara—. Creo que me quedaré.

—Luego no digas que no te lo advertí —murmuró Ce'Nedra.

Beltira y Belkira eran tan corteses como Ce'Nedra los recordaba, pero el deforme Beldin parecía todavía más feo y desagradable. Ariana huyó de allí antes de que terminara de saludar a Polgara. Adara, por el contrario, se puso muy pálida, pero, valiente, permaneció en su asiento. Luego el horrible hombrecillo se volvió a saludar a Ce'Nedra con varias preguntas groseras que hicieron ruborizar a la princesa hasta la raíz de su cabello, y entonces Adara se retiró con discreción.

—¿Qué les pasa a tus criaturitas, Pol? —preguntó Beldin con aire de inocencia mientras se rascaba su sucia cabellera—. Parecen un poco remilgadas.

—Son damas bien educadas, tío —respondió Polgara—, y ciertas expresiones ofenden sus oídos.

—¿Conque es sólo eso? —dijo con una risa ronca—. Esta pelirroja parece menos delicada.

—Tus comentarios me ofenden tanto como a mis compañeras, maestro Beldin —replicó Ce'Nedra con frialdad—. Pero no pienso dejarme asustar por las horribles palabrotas de un jorobado maleducado.

—No has estado mal —la halagó él mientras se repantigaba con rudeza en una silla—, pero tienes que aprender a relajarte. Un insulto debe tener cierto ritmo y fluidez que tú aún no dominas.

—Es muy joven, tío —le recordó Polgara.

—Lo es, ¿verdad? —dijo él con una mirada maliciosa.

—Para ya —le dijo Polgara.

—Hemos venido...

—... a unirnos a tu expedición —dijeron los gemelos—. Beldin cree...

—... que podrías encontrar grolims y...

—... necesitar nuestra ayuda.

—¿No es patético? —se preguntó Beldin—. Todavía no han aprendido a hablar como es debido. —Miró a Polgara—. ¿Éstas son todas las tropas que habéis reunido?

—Los chereks se unirán a nosotros en el río —respondió ella.

—Deberías haber hablado antes —le dijo a Ce'Nedra—. No tienes ni la mitad de los hombres que necesitas. Los murgos del sur se multiplican como los gusanos en la carne podrida y los Malloreanos se reproducen como moscas.

—Ya te explicaremos nuestra estrategia cuando llegue el momento, tío —prometió Polgara—. No vamos a enfrentarnos a las tropas angaraks. Sólo estamos haciendo maniobras de diversión.

—Habría dado cualquier cosa por ver tu cara cuando descubriste que Belgarath se había escapado —dijo Beldin con una sonrisa maligna.

—Yo no sacaré a colación ese tema, maestro Beldin —aconsejó Ce'Nedra—. Polgara no aprobó la decisión de Belgarath y tal vez no sea prudente recordárselo.

—Ya he presenciado las pequeñas rabietsas de Pol —respondió él, y se encogió de hombros—. ¿Por qué no mandas a buscar un cerdo o una oveja, Pol? Tengo hambre.

—Lo normal es cocinarlos antes, tío.

—¿Para qué? —preguntó él, perplejo.

Capítulo 10

Tres días más tarde, el ejército dejó el fuerte rumbo al campamento provisional que los algarios habían levantado a la orilla del río Aldur. Las tropas de cada nación marchaban en grandes columnas independientes, abriendo enormes pasos entre aquella hierba alta que les llegaba hasta las rodillas. Las legiones de Tolnedra, que ocupaban la parte central, avanzaban con sus banderas en alto y movimientos perfectos, dignos de un desfile. El aspecto de las legiones había mejorado notablemente desde la llegada del general Varana y los suyos. Muchos hombres se habían unido a Ce'Nedra después de la rebelión en las llanuras cercanas a Tol Vordue, pero no había ningún oficial entre ellos, y una vez desaparecido el peligro de inspecciones sorpresa, una cierta laxitud se apoderó de las legiones. El general Varana no mencionó las manchas de óxido en los petos de los legionarios ni tampoco sus caras sin afeitar, pero su ligera expresión de desaprobación fue suficiente para que las manchas desaparecieran y la costumbre del afeitado diario volviera a imponerse. Como era inevitable, había algunas magulladuras en las caras recién afeitadas de ciertos legionarios, muda evidencia de que los sargentos de poderosos puños persuadieron a sus tropas de que las vacaciones habían acabado.

A un lado de las legiones, cabalgaban los resplandecientes caballeros mimbranos, con los estandartes multicolores al viento y las lanzas en alto. Sus miradas brillaban con entusiasmo pero no dejaban traslucir nada. Ce'Nedra sospechaba en secreto que la temible reputación de los caballeros se basaba en su falta de sensatez. Con sólo pedirselo, una tropa de mimbranos emprendería un asalto contra el invierno o contra los cambios de la marea.

Al otro lado de las legiones, marchaban los arqueros de Astur, vestidos de verde y marrón. Las posiciones de los distintos grupos no eran casuales. Los asturios no eran más inteligentes que sus primos mimbranos, y era prudente situar otras tropas entre las dos fuerzas arendianas para evitar incidentes desagradables.

Junto a los asturios, estaban los sombríos rivanos, vestidos de gris. Los acompañaban los pocos chereks que no estaban preparando el traslado de la flota a la base del acantilado. Al otro lado de los mimbranos, marchaban las milicias sendarias, con uniformes sencillos, y al final de las huestes, los chirriantes carros de provisiones del rey Fulrach se perdían en el horizonte. Los clanes algarios, sin embargo, no cabalgaban en filas ordenadas, sino en grupos, y conducían manadas de caballos de reserva o ganado medio salvaje, a ambos lados de las huestes.

Ce'Nedra, con su armadura puesta, cabalgaba en su caballo blanco junto al general Varana, e intentaba, sin demasiado éxito, explicarle su causa.

—Mi querida niña —dijo por fin el general—. Ni como tolnedrano ni como soldado puedo aceptar ningún tipo de misticismo. En este momento, mi principal

preocupación es cómo alimentar a esta multitud. Vuestras vías de abastecimiento van más allá de las montañas hasta el norte de Arendia. Es muy lejos, Ce'Nedra.

—El rey Fulrach ya se ha ocupado de eso, tío —dijo ella con cierta presunción—. Durante la marcha, los sendarios han estado trayendo provisiones por la Gran Ruta del Norte y luego embarcándolas río arriba hacia el campamento. Nos espera una zona de fácil abastecimiento de varios kilómetros cuadrados.

—Por lo visto los sendarios son perfectos oficiales de intendencia —dijo Varana con un gesto de aprobación—. ¿También traen armas?

—Creo que dijeron algo al respecto —respondió Ce'Nedra—. Flechas, lanzas de repuesto para los caballeros, todo ese tipo de cosas. Daba la impresión de que sabían lo que hacían, así que no pregunté más.

—Eso no está bien, Ce'Nedra —dijo Varana con brusquedad—. Si quieres dirigir un ejército, tienes que conocer cada detalle.

—Yo no dirijo el ejército, tío —señaló ella—. Sólo voy al frente, es Rhodar quien lo dirige.

—¿Y qué harías si a él le pasara algo? —Ce'Nedra se quedó helada de repente—. Vas a presenciar una guerra, Ce'Nedra, y en las guerras la gente muere o cae herida. Será mejor que empieces a demostrar interés por lo que ocurre a tu alrededor, princesita. El hecho de que vayas a la guerra con la cabeza protegida con almohadas, no aumentará tus posibilidades de éxito, ¿sabes? —Le dirigió una mirada fulminante—. Si te comes las uñas, Ce'Nedra —añadió—, tus manos estarán impresentables.

El campamento junto al río era enorme, y en el centro estaba el almacén de provisiones del rey Fulrach, una verdadera ciudad llena de tiendas con el avituallamiento apilado en perfecto orden. Había una larga hilera de barcazas de base plana amarradas a la orilla, esperando que las descargaran.

—Tus hombres han estado muy ocupados —le comentó el rey Rhodar al regordete monarca sendario mientras cabalgaban entre enormes montañas de mercancías cubiertas con lonas y equipamiento embalado en fuertes cajas—. ¿Cómo sabías lo que debías traer?

—Tomé algunas notas mientras atravesábamos Arendia —respondió el rey Fulrach—. Fue fácil prever lo que íbamos a necesitar: botas, flechas, espadas, cosas por el estilo. En estos momentos, casi todo lo que traemos es comida. Los rebaños algarios nos proveerán de carne, pero los hombres enfermarían si no comieran otra cosa.

—Has traído comida como para alimentar al ejército durante un año.

—Sólo cuarenta y cinco días —le corrigió con meticulosidad, y meneó la cabeza—. Quiero que aquí quede lo necesario para treinta días y el resto lo llevaremos a los fuertes que los drasnianos están construyendo en la cima del acantilado. Ése es nuestro margen de seguridad. Mientras las barcazas traigan lo que se consume a

diario siempre tendremos almacenado lo mismo. Una vez decididos nuestros objetivos, el resto es una simple cuestión de cálculo.

—¿Y cómo sabes cuánto come un hombre por día? —preguntó Rhodar mientras echaba un vistazo a las altas montañas de mercancías—. Hay días en que tengo más apetito del normal.

—Se hace un promedio —respondió el rey Fulrach, encogiéndose de hombros—. Algunos comen más, otros menos; pero al final el resultado es siempre más o menos el mismo.

—Fulrach, a veces eres tan práctico, que me pones malo —dijo Anheg.

—Alguien tiene que serlo.

—¿Es que los sendarios no tenéis el menor sentido de la aventura? ¿Nunca hacéis nada que no hayáis planeado y sopesado antes?

—Si podemos evitarlo, no —respondió el rey Fulrach con suavidad.

En el centro de la zona de abastecimiento habían levantado varios pabellones para los oficiales de más graduación del ejército y sus ayudantes. A media tarde, después de bañarse y cambiarse de ropa, la princesa Ce'Nedra se dirigió a la tienda principal para ver lo que ocurría allí.

—Están anclados a más de un kilómetro río abajo —informaba Barak a su primo—. Llevan allí cuatro días y Gredik está a su cargo.

—¿Gredik? —preguntó Anheg, sorprendido—. No tiene ningún cargo oficial.

—Conoce bien el río —dijo Barak encogiéndose de hombros—. En todos estos años ha navegado por casi todos los lugares donde encontraba agua y oportunidades de ganar dinero. Dice que sus marineros no han dejado de beber desde que anclaron. Saben lo que se les avecina.

—Entonces, será mejor que no los defraudemos —rió Anheg—. Rhodar, ¿cuánto falta para que tus ingenieros empiecen a subir mis barcos a la cima del acantilado?

El rey Rhodar alzó la vista de su merienda.

—Aproximadamente una semana —respondió.

—No es demasiado —dijo Anheg. Luego se volvió otra vez hacia Barak—. Dile a Gredik que comenzaremos el transporte mañana mismo, antes de que sus marineros tengan tiempo de dormir la borrachera.

Ce'Nedra no comprendió el verdadero significado de la palabra «transporte» hasta el día siguiente, cuando vio cómo los sudorosos chereks arrastraban sus barcos fuera del agua y, a fuerza de brazos, los montaban sobre troncos. La princesa estaba asombrada del enorme esfuerzo que hacía falta para mover un barco apenas unos centímetros.

Y no era la única sorprendida. Durnik, el herrero, contempló, lleno de horror, cómo se hacía el traslado y de inmediato fue a buscar al rey Anheg.

—Con perdón, Majestad —dijo con tono respetuoso—, pero ¿esto no es malo

para los botes y para los hombres?

—Barcos —corrigió Anheg—. Se llaman barcos, un bote es otra cosa.

—Como quiera que se llamen, ¿no se agrietarán las juntas si los golpean así contra esos troncos?

—De cualquier modo, todos dejan entrar un poco de agua —dijo Anheg, y se encogió de hombros—. Y siempre se ha hecho así.

Durnik pronto descubrió que era inútil hablar con el rey de Cherek y fue a ver a Barak, que contemplaba con expresión sombría el enorme barco que su tripulación había traído a remo río arriba.

—Tiene un aspecto importante en el agua —le decía el corpulento cherek de barba roja a su amigo, el capitán Gredik—, pero creo que nos parecerá aún más imponente cuando tengamos que levantarlo y transportarlo.

—Fuiste tú quien pidió el barco de guerra más grande que hubiera —le recordó Gredik con una gran sonrisa—. Tendrás que comprar la cerveza necesaria para que tus hombres se emborrachen lo suficiente como para hacer flotar a esa ballena, pero no tanto como para que no puedan transportarla, eso sin mencionar que, según la tradición, el capitán debe unirse a ellos cuando llegue el momento de hacerlo.

—Estúpida costumbre —gruñó Barak con amargura.

—Creo que te espera una semana muy dura, Barak —dijo Gredik, y su sonrisa se hizo aún más amplia.

Durnik llevó a los dos marineros aparte y comenzó a hablarles con entusiasmo mientras, con un palo, trazaba unas líneas sobre la arena. Cuanto más hablaba el herrero, más crecía el interés de los dos hombres.

El resultado de sus discusiones se materializó al día siguiente: un par de plataformas bajas con una docena de ruedas a cada lado. Ante las burlas de los demás chereks, los dos barcos se deslizaron fuera del agua sobre las plataformas y luego fueron depositados debidamente en su lugar. Sin embargo, las burlas se aplacaron de forma notable, cuando la tripulación de los dos barcos empezó a empujar las naves a través de la llanura. Hettar, que por casualidad estaba allí, los miró perplejo.

—¿Por qué los empujáis a mano, teniendo la manada de caballos más grande del mundo?

Barak abrió mucho los ojos y luego esbozó una sonrisa casi reverencial.

Las burlas que había despertado el transporte de los barcos de Barak y Gredik sobre ruedas, se convirtieron en fuertes murmullos cuando las plataformas se deslizaron con facilidad hacia el acantilado, pasando junto a hombres que bregaban con todas sus tuerzas para mover sus barcos unos pocos centímetros cada vez. Para hacer la escena aún más artística, Barak y Gredik permitieron que sus hombres se arrellanaran ociosamente en las cubiertas de los barcos mientras bebían cerveza o jugaban a los dados. Cuando el barco pasó junto a él, Anheg dirigió una mirada

fulminante a su primo, que sonreía con insolencia. A juzgar por su expresión, se diría que el rey cherek había sufrido una terrible ofensa.

—¡Esto ha ido demasiado lejos! —estalló, por fin, mientras se quitaba la corona y la arrojaba al suelo.

—Soy el primero en admitir que tal vez no esté tan bien hecho como a mano, Anheg —dijo el rey Rhodar mientras lo miraba con expresión muy seria—. Sin duda hay profundas razones filosóficas para todo ese esfuerzo, quejidos y maldiciones, pero ¿no crees que así es más rápido? Y lo cierto es que tenemos que movernos tan deprisa como podamos.

—Es artificial —gruñó Anheg sin desviar su furiosa mirada de los dos barcos que ya estaban varios cientos de metros más adelante.

—Todo es artificial la primera vez —respondió Rhodar, y se encogió de hombros.

—Lo pensaré —dijo Anheg con expresión sombría.

—Yo en tu lugar no lo pensaría mucho —sugirió Rhodar—. Tu popularidad como monarca baja a cada kilómetro de recorrido y Barak es el tipo de hombre que presumirá de su invento a cada paso del trayecto hasta el acantilado.

—Lo haré, ¿verdad?

—No te quepa la menor duda.

Anheg suspiró con amargura.

—Ve a buscar a ese maldito herrero sendario —ordenó de mala gana a uno de sus hombres—. Será mejor que resolvamos este asunto de una vez.

Aquel mismo día, los dirigentes del ejército se reunieron en la tienda principal para decidir su estrategia.

—Ahora el mayor problema que tenemos es disimular el número de nuestras tropas —dijo el rey Rhodar—. En lugar de enviar a todos los hombres al acantilado y congregarlos en la base, será mejor que marchen en pequeños contingentes y vayan directamente a las fortificaciones de la cima en cuanto lleguen.

—Pero ¿acaso ese avance gradual no retrasará demasiado nuestros planes? —preguntó el rey Korodullm.

—No demasiado —respondió Rhodar—. Enviaremos primero a tus caballeros y a los hombres de los clanes para que vayan quemando ciudades y cultivos. Eso hará que los thulls tengan otras cosas que hacer además de calcular el número de nuestros regimientos. No conviene que se pongan a contar cabezas.

—¿No podemos encender falsos fuegos para hacerles creer que tenemos más hombres? —sugirió Lelldorin con entusiasmo.

—El quid está en que nuestro ejército parezca más pequeño y no más grande —explicó Brand suavemente con su voz grave—. No queremos alarmar a Taur Urgas ni a Zakath para que ordenen la intervención de sus tropas. Si sólo tenemos que vérnoslas con los thulls del rey Gethell, será una campaña fácil; pero si intervienen

los murgos o los mallorcanos, tendremos una guerra en serio.

—Y eso es lo que queremos evitar por todos los medios —añadió el rey Rhodar.

—¡Oh! —exclamó Lelldorin, un poco desconcertado—. No había pensado en eso —añadió mientras un ligero rubor teñía sus mejillas.

—Lelldorin —dijo Ce'Nedra con la intención de ayudarle a disimular la vergüenza—, me gustaría hacer una visita a las tropas, ¿podrías acompañarme?

—Por supuesto, Alteza —asintió el joven asturiano mientras se ponía de pie.

—No es mala idea —dijo Rhodar—. Dale un poco de ánimo, Ce'Nedra. Han viajado mucho y es posible que estén bajos de moral.

También se puso de pie el primo de Lelldorin, Torasin, vestido con su habitual casaca negra y sus calzas.

—Yo os acompañaré, si es posible —dijo dirigiendo una sonrisa algo descarada al rey Korodullin—. Los asturianos somos grandes conspiradores, pero no buenos estrategas, de modo que no creo que pueda agregar nada a las discusiones.

El rey Korodullin sonrió ante el comentario del joven asturiano.

—Sois gracioso, joven Torasin, pero creo que no sois tan enemigo de la corona de Arendia como queréis aparentar.—Torasin hizo una extravagante reverencia, sin dejar de sonreír. Una vez fuera de la tienda, se volvió hacia Lelldorin. —Creo que el rey hasta podría llegar a gustarme, si no fuera por todos esos «vos » y «sois».

—Cuando te acostumbres, ya no te resultará tan raro —respondió Lelldorin.

—Si yo tuviera una amiga tan hermosa como Ariana, no me soportaría que me hablara de «vos» todo lo que quisiera —rió Torasin, y luego miró a Ce'Nedra con sutileza—, ¿a qué tropas querías alentar, Alteza?

—Vayamos a visitar a tus compatriotas asturianos —decidió ella—. Creo que no sería conveniente llevaros al campamento mimbrano sin antes quitaros las espadas y coseros la boca.

—¿No confías en nosotros? —preguntó Lelldorin.

—Os conozco —respondió ella, y meneó la cabeza—. ¿Dónde está el campamento de los asturianos?

—Por allí —respondió Torasin, y señaló al sur de la zona de abastecimiento.

Desde las cocinas de campaña de los sendarios les llegó un olor a comida que le recordó algo a la princesa, y en lugar de paseos sin rumbo entre las tiendas de los asturianos, buscó a alguien en particular.

Encontró a Lammer y Detton, los dos siervos que se habían unido al ejército en las afueras de Vo Wacune, cuando éstos acababan de cenar frente a una tienda llena de remiendos. Los dos parecían mejor nutridos que en su primer encuentro y ya no estaban vestidos de harapos. Cuando vieron que la princesa se aproximaba, se pusieron de pie con torpeza.

—Bueno, amigos míos —les dijo con la intención de hacerlos sentirse cómodos

—, ¿cómo encontraréis la vida en el ejército?

—No tenemos ninguna queja, señora —respondió Detton con tono respetuoso.

—Excepto por la caminata —añadió Lammer—. No sabía que el mundo fuera tan grande.

—Nos dieron botas —dijo Detton, y levantó un pie para enseñarle una—. Al principio eran un poco duras, pero ya han cicatrizado todas las ampollas que nos hicieron.

—¿Coméis lo suficiente? —preguntó Ce'Nedra.

—Mucho —respondió Lammer—. Los sendarios incluso cocinan para nosotros. ¿Sabíais que en el reino de los sendarios no hay siervos, señora? ¿No es increíble? Eso da qué pensar.

—Es cierto —asintió Detton—. Producen grandes cosechas y todo el mundo tiene comida y la ropa que necesita, además de una casa donde vivir, y no hay un solo siervo en todo el reino.

—Veo que también os han dado uniformes —dijo la princesa, que reparó en que los dos usaban cascos cónicos de cuero y chalecos rígidos de piel.

—Tienen planchas de acero para evitar que nos rompan la cabeza —observó Lammer mientras se sacaba el casco—. En cuanto llegamos, nos pusieron a todos en fila y nos dieron uno de estos cascos y un chaleco rígido a cada uno.

—Además de una lanza y una daga —dijo Detton.

—¿Os han enseñado a usarlas? —preguntó Ce'Nedra.

—Aún no, señora —respondió Detton—. Hasta ahora sólo nos han enseñado a manejar el arco y las flechas.

—¿Podéis hacer que alguien se encargue de eso? —preguntó Ce'Nedra a sus dos acompañantes—. Quiero estar segura de que todo el mundo sabe, al menos, cómo defenderse.

—Nosotros nos ocuparemos de ese asunto, Alteza —respondió Lelldorin.

No muy lejos de allí, un joven siervo estaba sentado con las piernas cruzadas frente a otra tienda. El joven se llevó una flauta a los labios y comenzó a tocar. Ce'Nedra había oído las interpretaciones de los mejores músicos del mundo en Tol Honeth, pero la flauta de aquel chico hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Su música se elevaba hacia el cielo azul como una alondra puesta en libertad.

—¡Qué maravilla! —exclamó ella. Lammer asintió con un gesto.

—Yo no sé mucho de música —dijo —, pero el chico parece muy bueno. Es una pena que no esté bien de la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, alarmada.

—Vino de una aldea al sur del bosque de Arendia. Me han dicho que es una aldea muy pobre y que el señor de la región es muy duro con sus siervos. El chico es huérfano, y cuando era pequeño lo pusieron a cuidar vacas. Una vez, una de las vacas

se perdió, y estuvieron a punto de matar al chico a golpes. Ya no puede hablar.

—¿Sabes cómo se llama?

—Nadie parece saberlo —respondió Detton—. Nos turnamos para cuidarlo, para asegurarnos de que come y tiene un lugar donde dormir. Es todo lo que podemos hacer por él.

Lelldorin dejó escapar un lamento y Ce'Nedra se sorprendió al ver que las lágrimas rodaban por las mejillas del fervoroso joven asturio.

Los siervos no hablaron mucho más. La princesa sabía que su rango y posición los perturbaba. Ya había comprobado que estaban bien y que se había cumplido su promesa, y eso era todo lo que importaba.

Cuando Ce'Nedra, Lelldorin y Torasin se dirigían hacia el campamento de los sendarios, oyeron una discusión al otro lado de una tienda:

—Lo pondré donde me dé la gana —decía un hombre con tono airado.

—Estás bloqueando la calle —le respondió otro hombre.

—¿Calle? —resopló el otro—. ¿De qué hablas? Esto no es una ciudad y no hay ninguna calle.

—Amigo —explicó el segundo hombre con exagerada paciencia—, tenemos que pasar por aquí con los carros para llegar a la zona de abastecimiento. Ahora, por favor, quita tu equipo de en medio para que pueda pasar. Todavía tengo muchas cosas que hacer.

—No pienso recibir órdenes de un carretero sendario que ha encontrado un buen sistema para no luchar. Soy un soldado.

—¿De veras? —replicó el sendario con sequedad—. ¿Cuántas veces has luchado?

—Lucharé cuando llegue el momento.

—Si no quitas tus cosas de mi camino, es probable que ese momento llegue antes de lo que esperabas. Y si tengo que bajar del carro para hacerlo yo mismo, puedo enfadarme mucho.

—Estoy temblando de miedo —replicó el soldado con sarcasmo.

—¿Vas a quitar tus cosas de ahí? —No.

—Intenté advertírtelo, amigo —dijo el carretero con tono de resignación.

—Si tocas mi equipo, te romperé la cabeza.

—No. Intentarás romperme la cabeza. —Se oyeron forcejeos y unos cuantos puñetazos—. No puedo perder el día discutiendo contigo.

—Me golpeaste cuando no estaba mirando —protestó el soldado.

—¿Quieres ver venir el siguiente?

—De acuerdo, no te pongas nervioso. Ya quito mi equipo.

—Me alegro de que por fin nos entendamos.

—¿Estas cosas suceden a menudo? —preguntó la princesa en voz baja.

—A algunos soldados les gusta fanfarronear, Alteza —asintió Torasin con una

sonrisa—, y los carreteros sendarios no tienen tiempo para escucharlos. Las peleas y riñas callejeras son el pan de cada día de esos muchachos, de modo que sus disputas con los soldados casi siempre acaban igual. En realidad, es muy educativo.

—¡Hombres! —exclamó Ce'Nedra.

En el campamento de los sendarios, se encontraron con Durnik junto a un extraño par de jóvenes.

—Una pareja de buenos amigos —los presentó Durnik—. Acaban de llegar en las barcazas de provisiones. Creo que ya habéis conocido a Rundorig, princesa. Estaba en la hacienda de Faldor cuando fuimos de visita el año pasado.

Ce'Nedra, en efecto, recordaba a Rundorig. El joven alto y corpulento iba a casarse con Zubrette, el amor de infancia de Garion. Le saludó con afecto y le recordó con suavidad que ya se habían visto antes. La ascendencia arendiana del joven lo hacía bastante lento. Su compañero, sin embargo, era muy distinto. Durnik lo presentó como Doroon, otro amigo de la infancia de Garion. Doroon era un hombre pequeño y fuerte, con una nuez prominente y los ojos un poco saltones. Después de unos momentos de timidez, Doroon empezó a hablar sin parar. Era difícil seguirlo, pues su mente saltaba de una idea a otra y su lengua intentaba seguir el ritmo.

—La subida a las montañas fue bastante dura, señora —dijo en respuesta a la pregunta de Ce'Nedra sobre el viaje desde Sendaria—, por lo empinado de la cuesta y todo eso. Era de esperar que los tolnedranos eligieran un terreno más uniforme para construir una calzada elevada, pero por lo visto les fascinan las líneas rectas, aunque no sean las vías más rápidas —añadió, al parecer sin reparar en que Ce'Nedra era tolnedrana. —¿Habéis venido por la Gran Ruta del Norte? —preguntó ella.

—Sí, hasta llegar a un sitio llamado el vado de Aldur. Un nombre gracioso, ¿verdad? Aunque si uno se detiene a pensarlo, tiene sentido. Pero eso fue después de que saliéramos de las montañas donde nos atacaron los murgos. Nunca se ha visto una lucha igual.

—¿Murgos? —preguntó Ce'Nedra de pronto, para evitar que volviera a irse por las ramas.

El asintió con un gesto de entusiasmo.

—El hombre que estaba a cargo de los carros, un tipo corpulento que creo que era de Muros..., ¿dijo que era de Muros, Rundorig? ¿O tal vez de Camaar? Por alguna razón siempre confundo esos dos lugares. ¿De qué estaba hablando?

—De los murgos —le recordó Durnik.

—Ah, sí. El hombre a cargo de los carros dijo que, antes de la guerra, en Sendaria había muchos murgos. Se hacían pasar por Mercaderes, pero en realidad eran espías. Cuando empezó la guerra, se escondieron en las montañas y ahora bajan al bosque y faltan nuestros carros de provisiones. Pero nosotros estábamos preparados para defendernos, ¿verdad, Rundorig? Rundorig golpeó a uno de los murgos con un palo

cuando pasaba al lado de nuestro carro y lo tiró del caballo. ¡Pum! ¡Así mismo! Lo tiró del caballo. ¡Apuesto a que le dio una buena sorpresa! —añadió Doroon con una risita y luego siguió describiendo el viaje desde Sendaria con todo lujo de detalles y disgresiones.

El encuentro con los dos amigos de la infancia de Garion tentó la curiosidad de la princesa Ce'Nedra. Era consciente de que su campaña había alterado prácticamente el curso de todas las vidas del Oeste, y eso le hacía sentir sobre sus hombros el peso de una enorme responsabilidad. Había separado a los maridos de sus esposas y a los padres de sus hijos, además de trasladar a hombres simples, que nunca habían ido más allá del pueblo vecino, a miles de kilómetros para luchar en una guerra que quizá ni siquiera comprendieran.

A la mañana siguiente, los dirigentes del ejército recorrieron los últimos kilómetros que los separaban de las instalaciones de la base del acantilado. Al llegar a una elevación, Ce'Nedra tiró de las bridas de Hidalgo y contempló boquiabierto el acantilado del Este por primera vez... ¡Parecía imposible! ¡No podía ser tan enorme! El peñasco negro se alzaba ante ellos como una gigantesca ola de piedra congelada, una frontera inmutable entre el este y el oeste que bloqueaba el paso hacia cualquiera de los dos lados. Parecía un claro símbolo de la división entre dos partes del mundo, una división que no podía ser superada del mismo modo que nadie podía derribar el acantilado.

Al aproximarse, Ce'Nedra notó que había una gran actividad tanto en la base del acantilado como en la cima. Enormes cuerdas caían desde arriba y a los pies de los enormes despeñaderos había varias poleas entrelazadas de forma compleja.

—¿Por qué las poleas están abajo? —preguntó el rey Anheg con tono de desconfianza.

—¿A mí me lo preguntas? —respondió el rey Rhodar—. Yo no soy ingeniero.

—Muy bien, si te comportas así, no permitiré que tus hombres toquen uno solo de mis barcos. A ver si hay alguien que me explique por qué las poleas están abajo en lugar de arriba.

El rey Rhodar suspiró e hizo un gesto a un ingeniero que engrasaba de forma escrupulosa una roldana.

—¿Tienes un dibujo de los aparejos a mano? —le preguntó el corpulento monarca al ingeniero manchado de grasa.

El ingeniero asintió con un gesto, extrajo un sucio pergamino del interior de su túnica, y se lo entregó a su rey. Rhodar le echó un vistazo y se lo pasó a Anheg.

Anheg estudió el complejo dibujo y se esforzó por comprender la dirección de cada línea y, sobre todo, el porqué de esas direcciones.

—No puedo leer esto —protestó.

—Yo tampoco —replicó Rhodar con calma—, pero querías saber por qué las

poleas están abajo en lugar de arriba, y el dibujo lo explica.

—Pero no lo entiendo.

—Eso no es culpa mía.

No muy lejos de allí, se oyó una ovación. Una roca casi tan grande como una casa se alzó de forma majestuosa sobre las cuerdas acompañada del enorme crujido de las roldanas. —Tienes que admitir que ha sido impresionante, Anheg —dijo Rhodar—. En especial, si te fijas en que la roca ha sido levantada por esos ocho caballos que hay allí... con la ayuda del contrapeso, por supuesto —añadió y señaló otro enorme bloque de piedra que bajaba de forma igualmente majestuosa desde la cima del acantilado.

—Durnik —dijo Anheg mientras estudiaba las dos piedras—, ¿tú entiendes cómo funciona esto?

—Sí, rey Anheg —respondió el herrero—. El contrapeso equilibra el...

—No me lo expliques, por favor —interrumpió Anheg—. Lo único que importa es que alguien conocido y de confianza lo entienda.

Más tarde, ese mismo día, alzaron el primer barco cherek a la cima del acantilado. El rey Anheg contempló el procedimiento durante un par de minutos, pero luego dio un respingo y se volitó de espaldas.

—Es artificial —le dijo a Barak en un murmullo. —De un tiempo a esta parte, ésa parece ser tu expresión favorita —observó Barak. Anheg lo miró ceñudo—. Sólo fue un comentario, eso es todo —añadió Barak sin darle importancia. —No me gustan los cambios, Barak. Me ponen nervioso. —El mundo avanza, Anheg. Las cosas cambian todos los días. —Eso no significa que tenga que gustarme —gruñó el rey de Cherek—. Creo que iré a echar un trago a mi tienda. —¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Barak. —Creí que preferías quedarte a observar cómo cambia el mundo.

—Puede hacerlo sin mi supervisión.

—Y sin duda lo hará —asintió Anheg de mal humor—. De acuerdo, vamos. No quiero seguir mirando esto —añadió y los dos se alejaron en busca de un trago.

Capítulo 11

Mayaserana, la reina de Arendia, tenía un aire pensativo. Estaba sentada frente a su bastidor en el amplio y soleado cuarto de los niños, en la planta superior del palacio de Vo Mimbren. Su hijo, el heredero de la corona de Arendia, parloteaba en su cuna mientras jugaba con una sarta de perlas de brillantes colores, regio regalo del príncipe de la corona de Drasnica. Mayaserana no conocía a la reina Porenna, pero la experiencia compartida de su reciente maternidad la hacía sentirse más cerca de la famosa y delicada rubia del lejano trono del Norte.

No muy lejos de la reina, estaba sentada Nerina, la baronesa de Vo Ebor. Las dos damas llevaban vestidos de terciopelo, de color rojo oscuro la reina, y azul pálido la baronesa. Ambas tenían, además, los altos tocados cónicos y blancos tan apreciados por la nobleza mimbrana. En un extremo de la habitación, un anciano interpretaba con su laúd una triste melodía.

La baronesa parecía aún más melancólica que la reina. Sus ojeras se habían hecho cada vez más pronunciadas en las semanas transcurridas desde la partida de los caballeros mimbranos y rara vez sonreía. Por fin, la baronesa apartó su bordado y suspiró.

—La pena de vuestro corazón se refleja en vuestro suspiro, Nerina —dijo la reina—. No penséis en los peligros y en la separación, de lo contrario os desanimaréis.

—Instruídme en el arte de la desesperación, Majestad —respondió Nerina—, pues necesito con urgencia esa enseñanza. Mi corazón se dobla bajo el peso de la preocupación y por más que lo intento no controlo mis pensamientos, que, como niños desobedientes, recuerdan el peligro de mi señor ausente y de nuestro amado amigo.

—Consolaos pensando que todas las damas de Mimbren comparten la carga de ese peso, Nerina.

—Pero es que mi preocupación es doble —dijo Nerina con otro suspiro—. Las demás damas, que sólo aman a un hombre, pueden tener la esperanza de que vuelva sano y salvo de esta horrible guerra; pero yo, que amo a dos, no encuentro razones para ese optimismo. Si vuelve uno, pierdo al otro, y esa idea destroza mi corazón.

Había una serena dignidad en su abierta aceptación de que los vínculos de sus dos amores se habían entrelazado de tal modo en su corazón que no podían separarse. Mayaserana, en un rápido reflejo, comprendió que el corazón dividido de Nerina era la causa de la tragedia que los había llevado a ella, a su esposo y a Mandollaren, a convertirse en una triste leyenda. Si Nerina amara a uno más que al otro, no habría dilema, pero el amor que sentía por su esposo era idéntico al que sentía por Mandollaren. Había llegado a un punto de estancamiento, de total ambivalencia.

La reina suspiró. El corazón de Nerina parecía un símbolo de la dividida Arendia,

pero mientras el delicado corazón de la atormentada baronesa nunca podría decidirse por uno de sus dos amores, Mayaserana estaba resuelta a hacer todo lo posible para superar el abismo que se abría entre Mimbres y Astur. Con ese fin, había convocado en palacio a una delegación de los líderes más carismáticos del rebelde norte, y había firmado su convocatoria con un título que rara vez usaba, el de la duquesa de Astur. En respuesta a sus requerimientos, los asturios preparaban una lista de quejas.

A última hora de aquella tarde soleada, Mayaserana se sentó sola en el doble trono de Arendia, dolorosamente consciente del asiento vacío a su lado.

El jefe delegado de nobles asturios era el conde Reldegen, un hombre alto y delgado de cabellos y barba grises que caminaba apoyándose en un grueso bastón. Reldegen vestía calzas negras y una magnífica chaqueta verde y, como los demás miembros de su delegación, llevaba una espada en la cintura. El que los asturios se presentaran armados ante la reina, despertó ciertos murmullos de disgusto, pero Mayaserana desoyó las sugerencias que se le hicieron sobre la conveniencia de prohibirles llevar armas.

—Mi querido señor Reldegen —saludó la reina al asturio cuando éste se aproximó al trono cojeando.

—Excelencia —respondió él con una reverencia.

—Majestad —corrigió un cortesano mimbrano, horrorizado.

—Su excelencia nos ha convocado en calidad de duquesa de Astur —le informó Reldegen al cortesano con frialdad—, y ese título nos merece a nosotros más respeto que otros más recientes. —Caballeros, por favor —dijo la reina con firmeza—. Os ruego que no comencéis con vuestras discrepancias. Nuestro propósito es buscar las posibilidades de paz. Os pido, mi señor Reldegen, que vayáis directamente al asunto que nos aflige y expongáis las causas del rencor que ha endurecido el corazón de Astur. Hablad con libertad, mi señor, sin temor de que por vuestras palabras vayáis a sufrir represalias. —Dedicó una mirada severa a sus consejeros—. Es nuestro deseo que no se censure a nadie por lo que aquí diga.

Los mímbros miraron con furia a los asturios y éstos les devolvieron la mirada con idéntico sentimiento.

—Excelencia —comenzó Reldegen—, nuestra queja fundamental se basa en que los señores supremos de Mimbres se niegan a reconocer nuestros títulos. Un título es algo vacío en sí mismo, pero implica una responsabilidad que nos ha sido denegada. A casi todos nosotros no nos preocupan los privilegios de nuestro rango, pero sentimos mucho que no se nos dé la oportunidad de cumplir con las obligaciones que ellos conllevan. Nuestros hombres más capaces están condenados a desaprovechar sus vidas ociosamente, y me gustaría señalar, excelencia, que la pérdida de esos talentos perjudica a Arendia tanto o más que a ellos mismos.

—Bien dicho, mi señor —concluyó la reina. —¿Puedo responder, Majestad? —

preguntó el anciano barón de Vo Serin, de barbas blancas.

—Por supuesto, mi señor —respondió Mayaserana—. Seamos todos libres de abrir nuestros corazones.

—Los títulos de los caballeros asturios podrían ser suyos con sólo pedirlos —declaró el barón—. Durante cinco siglos la corona ha esperado sus votos de fidelidad para concederlos. Ningún título puede ser conferido o reconocido hasta que su propietario jure lealtad a la corona.

—Por desgracia, mi señor —dijo Reldegen—, no podemos jurar. Los votos de fidelidad al duque de Astur hechos por nuestros ancestros aún siguen vigentes y nosotros estamos obligados por ellos.

—El duque asturio del que habláis murió hace quinientos años —le recordó el anciano barón.

—Pero su linaje no murió con él —señaló Reldegen—. Su excelencia es su descendiente directa y nuestros juramentos de lealtad siguen en vigor.

La reina miró primero a uno y luego al otro.

—Os ruego que me corriáis si me equivoco —dijo—. De lo que aquí se ha revelado ¿puedo sacar la conclusión de que Arendia ha estado separada durante medio milenio por una antigua formalidad?

—Reldegen frunció los labios en actitud pensativa.

—Hay algo más, excelencia, pero ése parece ser el meollo del problema.

—¿Quinientos años de luchas y derramamientos de sangre por un mero tecnicismo?

El conde Reldegen meditó sobre aquello. Varias veces intentó hablar, pero siempre se interrumpía por sentirse impotente y perplejo. Por fin se echó a reír.

—Es propio de los arendianos, ¿verdad?

El anciano barón de Vo Serin le dispensó una breve mirada y luego él también comenzó a reír.

—Os ruego, mi señor Reldegen, guardad este descubrimiento en vuestro corazón, o nos convertiremos en el blanco de las bromas de todo el mundo. No confirmemos la sospecha de que la estupidez es nuestra cualidad más destacada. —¿Cómo es que este absurdo no fue descubierto antes? —preguntó Mayaserana.

—Supongo que porque los asturios y los mimbranos no se hablan —respondió el conde Reldegen, y se encogió de hombros con expresión de tristeza—. Siempre estamos buscando la pelea.

—Muy bien —dijo la reina con firmeza—, ¿qué debemos hacer para solucionar esta penosa confusión?

—¿Una proclama, tal vez? —le preguntó el conde Reldegen al barón.

El anciano asintió con aire pensativo.

—Su Majestad podría liberaros del antiguo juramento. No es corriente hacerlo

así, pero ha habido precedentes.

—¿Y después todos juraríamos lealtad a la reina de Arendia? —Sí, eso bastaría para satisfacer todas las demandas del honor del decoro.

—Pero yo soy la misma persona, ¿verdad? —objetó la reina.

—Desde el punto de vista del protocolo, no, Majestad —explicó el barón—. La duquesa de Astur y la reina de Arendia son dos figuras distintas. Vos sois, en efecto, dos personas en un solo cuerpo.

—Esto es muy desconcertante, caballeros —observó Mayaserana.

—Tal vez sea por eso por lo que nadie lo había notado antes, excelencia —dijo Reldegen—. Tanto vos como vuestro esposo tenéis dos títulos y dos identidades formales distintas. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Me sorprende que en el trono hubiera lugar para tanta gente. —De repente se puso serio—. Pero esto no lo resolverá todo, excelencia —añadió—. Las diferencias entre Mimbres y Astur están muy arraigadas y tardarán años en borrarse.

—¿Y también juraríais lealtad a mi marido? —preguntó la reina.

—Como rey de Arendia, sí; como duque de Mimbres, nunca.

—Eso bastará para empezar, mi señor. Ocupémonos entonces de esa proclama. Curemos con tinta y pergamino la más grande herida de nuestra pobre Arendia.

—Maravillosamente expresado, excelencia —dijo Reldegen con admiración.

Ran Borune había pasado casi toda su vida en el interior de la residencia imperial de Tol Honeth. En sus escasas visitas a las ciudades más importantes de Tolnedra siempre había ido en carruajes cerrados. Era muy probable que Ran Borune no hubiera caminado un kilómetro entero en toda su vida, y un hombre que nunca ha recorrido un kilómetro a pie no tiene idea de lo que eso significa. Desde el principio, sus consejeros perdieron la esperanza de hacerle entender el concepto de la distancia.

La sugerencia que por fin resolvió aquel problema vino de algo impensado. Un antiguo tutor llamado Jeebers, un hombre que se había salvado de la cárcel o de algo peor un año antes, hizo la propuesta con timidez. Su experiencia de la ira del emperador había borrado para siempre la pomposa pedantería que antes desmerecía su gran valía. Muchos de sus conocidos se sorprendieron al descubrir que aquel hombre delgadísimo y casi calvo, podía ser agradable.

El maestro Jeebers sugirió que si el emperador tenía la oportunidad de ver las cosas a escala, podría comprenderlas. Como tantas de las buenas ideas que surgían de vez en cuando en Tolnedra, ésta tuvo una respuesta desproporcionada. Un área de cuatro kilómetros cuadrados de las tierras del imperio fue convertida en una réplica a escala de Algaria del este y de su frontera con Mishrak ac Thull. Para darle más realismo al escenario, los tolnedranos fabricaron figuras humanas de plomo de dos centímetros y medio, para que el emperador pudiera tener una idea clara del campo de operaciones.

Ran Borune pronto pidió más figuras de plomo para que le ayudaran a comprender el concepto de masas presentes en el lugar, y así fue como en Tol Honeth nació una nueva industria. De la noche a la mañana, el plomo se convirtió en un material sorprendentemente escaso.

Para que el emperador tuviera una vista mejor del campo, se Construyó a toda prisa una torre de nueve metros de alto, adonde subía todas las mañanas. Desde allí, con la ayuda de un sargento de la guardia imperial de voz portentosa, Ran Borune desplegaba sus regimientos de infantería y caballería, hechos de plomo, de acuerdo con las últimas noticias llegadas de Algaria. La plana mayor del ejército estuvo a punto de dimitir en masa. Eran, en su mayoría, hombres bien entrados en años, y para unirse al emperador cada mañana en lo alto de la torre, tenían que subir , una extenuante escalera. Todos intentaron hacerle comprender al Hombrecillo de nariz corva que podían ver igual de bien desde el suelo, pero Ran Borune era incapaz de aceptarlo. —Morin, nos está matando —le dijo con amargura un corpulento general al chambelán del emperador—. Prefiero ir a la guerra que subir esa escalera cuatro veces al día.

—¡Moved a los piqueros drasnianos cuatro pasos a la izquierda! —gritó el sargento desde la torre, y en el suelo una docena de hombres cambiaron de lugar las figuras de plomo. —Nuestro emperador elige el modo en que debemos servirle —respondió Morin con tono filosófico.

—Pues no te imagino a ti subiendo esa escalera —lo acusó el general.

—El emperador ha elegido otra misión para mí —dijo Morin con cierta presunción.

—Es muy emocionante, Morin —dijo el cansado emperador aquella noche con voz somnolienta, en el momento de irse a la cama. Abrazaba contra su pecho la caja forrada de terciopelo con las figuras de oro puro que representaban a Ce'Nedra, Rhodar y al resto de los dirigentes del ejército—. Pero también muy agotador.

—Sí, Majestad.

—Siempre me parece que me quedan muchas cosas por hacer.

—Así es el poder —observó Morin, pero el emperador ya se había dormido. Morin le quitó la caja de las manos y lo arrojó con cuidado—. Duerme, Ran Borune —dijo en voz muy baja—, mañana podrás jugar otra vez con tus soldaditos de plomo.

Sadi el eunuco había salido del palacio de Sthiss Tor por una puerta secreta que comunicaba las celdas de los esclavos con una miserable y tortuosa calle que conducía al puerto. Había esperado a propósito la hora de la tormenta vespertina y se había vestido de harapos, como si fuera un trabajador del puerto.

Lo acompañaba el asesino de un solo ojo, Issus, que también llevaba ropas irreconocibles. Las precauciones de Sadi eran parte de la rutina, pero la elección de su acompañante no lo era. Issus no era miembro de la guardia de palacio ni de la

escolta personal de Sadi, pero aquella tarde Sadi no estaba preocupado por las apariencias ni por las formalidades. Issus no participaba en la corrupta política del palacio y tenía fama de profesar una lealtad absoluta a aquel que le pagaba en cada momento.

Ambos recorrieron la calle lavada por la lluvia rumbo a un establecimiento de mala reputación, frecuentado por los trabajadores de las clases más bajas. Atravesaron una ruidosa taberna en dirección a un laberinto de habitaciones de la parte trasera, donde se ofrecían otras distracciones. Al final de un maloliente pasillo, una mujer delgada y de mirada fría, cuyos brazos estaban cubiertos de la muñeca al codo con pulseras brillantes y llamativas, señaló con un gesto una puerta llena de arañazos y desapareció por otra.

Al otro lado de la primera puerta había una habitación con una cama como única pieza del mobiliario. Sobre la cama había dos conjuntos de ropa con olor a alquitrán y agua salada, y en el suelo, dos jarras de cerveza. Sadi e Issus se cambiaron sin decir palabra. Issus extrajo dos pelucas y dos barbas postizas de debajo de la sucia almohada.

—¿Cómo pueden beber esto? —preguntó Sadi mientras olía una de las jarras de cerveza.

—Los alorn tienen gustos extraños —respondió Issus, y se encogió de hombros—. No tienes por qué beberla toda, Sadi. Derrámala sobre tus ropas. Cuando los marineros drasnianos quieren divertirse, se tiran la cerveza encima. ¿Qué tal estoy?

—Ridículo —respondió Sadi después de una ojeada—. El pelo y la barba no te favorecen mucho, Issus.

—Y en ti parecen completamente fuera de lugar —rió Issus. Luego se encogió de hombros y derramó con cuidado la cerveza sobre la parte delantera de su túnica manchada de alquitrán —Creo que nuestro parecido con los drasnianos ya es bastante aceptable, y sin duda olemos como ellos. Ajústate un poco la barba y vayámonos de aquí antes de que escampe.

, —¿Saldremos por la puerta trasera? —Issus negó con la cabeza.

—Si alguien nos ha seguido, la estará vigilando. Nos iremos cuando suelen hacerlo los verdaderos drasnianos.

—¿Y cómo es eso?

—Lo he preparado todo para que nos echen.

A Sadi nunca lo habían echado de ningún sitio antes y la experiencia no le pareció demasiado divertida. Los dos matones corpulentos que lo sacaron sin ceremonias a la calle, fueron bastante plíseos y Sadi sufrió varios arañazos y magulladuras en el lance. Issus se incorporó, tambaleante, y comenzó a gritar maldiciones a la puerta cerrada, luego se agachó y ayudó a Sadi a salir del barro. Bajaron juntos por la calle hacia un barrio drasniano, fingiendo estar borrachos. Mientras los echaban, Sadi notó

que había dos hombres en un portal cercano, pero no los siguieron. Una vez en el barrio, Issus guió a Sadi a la casa de Droblek, la Autoridad drasniana en el puerto. Los dejaron entrar inmediatamente y los condujeron a una sala cómoda aunque poco iluminada donde los esperaba el enorme Droblek, empapado en sudor. Junto a él estaba el conde Melgon, el aristocrático embajador de Tolnedra.

—Novedoso atuendo para el jefe eunuco de la casa de Salmisra —observó el conde Melgon mientras Sadi se quitaba la peluca y la barba postizas.

—Sólo un pequeño disfraz, señor embajador —respondió Sadi—. No quería que todo el mundo se enterara de este encuentro.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó Droblek con brusquedad, y señaló a Issus.

—¿Podemos confiar en ti, Issus? —dijo Sadi con expresión sarcástica.

—Me has pagado hasta fin de mes —respondió Issus encogiéndose de hombros—. Después, ya veremos. Es probable que reciba una oferta mejor.

—¿Lo veis? —dijo Sadi a los dos hombres que estaban sentados—. Podemos confiar en Issus hasta fin de mes, tanto como en cualquier persona en Sthiss Tor. He notado una cosa con respecto a Issus, una vez que uno lo compra, permanece fiel. Creo que tiene que ver con su ética profesional.

—¿Podríamos ir al grano? —gruñó Droblek con acritud—. ¿Por qué te molestaste tanto para organizar este encuentro y no te limitaste a invitarnos al palacio?

—Mi querido Droblek —murmuró Sadi—, conoces bien las intrigas que infestan el palacio, y preferiría que lo que se hable entre nosotros se mantuviera más o menos en secreto. No se trata de nada complicado: he recibido una propuesta del embajador de Taur Urgas. —Los dos hombres lo miraron sin sorprenderse supongo que ya lo sabíais.

—No somos niños, Sadi —dijo el conde Melgon.

—En este momento, estoy negociando con el nuevo embajador de Rak Goska —mencionó Sadi.

—¿No son las terceras negociaciones de este verano? —preguntó Melgon.

Sadi asintió con un gesto.

—Los murgos parecen propensos a coger ciertas fiebres de los pantanos.

—Ya lo hemos notado —dijo Droblek con sequedad—. ¿Cuál es tu diagnóstico sobre el embajador actual?

—No creo que sea más inmune que sus compatriotas. Ya ha comenzado a sentirse mal.

—Tal vez tenga suerte y se recupere —sugirió Droblek.

—No lo creo —dijo Issus con una risita maligna.

—La muerte inesperada de los embajadores murgos ha retrasado mucho las negociaciones —continuó Sadi—. Quisiera que vosotros, caballeros, informarais a

Rhodar y a Ran Borune de que es probable que haya más demoras.

—¿Por qué? —preguntó Droblek.

—Quiero que comprendan y aprecien mis esfuerzos en su presente campaña contra los pueblos angaraks.

—Tolnedra no participa en esa campaña —se apresuró a aclarar Melgon.

—Por supuesto que no —sonrió Sadi.

—¿Hasta dónde quieres llegar, Sadi? —preguntó Droblek con curiosidad.

—Eso depende casi por entero de quién vaya ganando en determinado momento —respondió Sadi con cortesía—. Si la campaña de la reina de Riva en el este encuentra dificultades, creo que la epidemia acabará y los emisarios murgos dejarán de morir de forma tan conveniente. Tal vez entonces tenga que llegar a algún acuerdo con Taur Urgas.

—¿No crees que todo esto es despreciable, Sadi? —pregunto Droblek con acritud.

—Nosotros somos un pueblo despreciable, Droblek —admitió él—, pero sobrevivimos, lo cual es un gran logro para una nación situada entre dos grandes potencias. Decidle a Rhodar y a Borune que yo continuaré dando largas a los murgos mientras las cosas vayan bien para ellos. Quiero que ambos sean conscientes de sus obligaciones hacia mí.

—¿Y avisarás cuando tu posición esté a punto de cambiar? —preguntó Melgon.

—Por supuesto que no —respondió Sadi—. Soy un hombre Corrupto, Melgon, pero no un estúpido.

—Tampoco eres un gran aliado, Sadi —le dijo Droblek. ., —Nunca he pretendido serlo. Yo sólo atiendo a mis necesidades. En este momento, da la casualidad de que vuestros intereses y los míos coinciden, eso es todo. Sin embargo, espero que recordéis mi ayuda.

—Intentas jugar a dos bandas —lo acusó Droblek con brusquedad.—Lo sé —sonrió Sadi—. Es repugnante, ¿verdad?

La reina Isleña de Cherek estaba aterrorizada. Esta vez, Merel había ido demasiado lejos. El consejo que habían recibido de la reina Porenn parecía bastante sensato e incluso sugería la posibilidad de dar un golpe maestro que desarmara a Grodeg y al culto del Oso de una vez por todas. La idea de la rabia e impotencia en que aquella acción sumiría al enorme eclesiástico era casi una satisfacción en sí misma. Como mucha gente, la reina Isleña se complacía tanto en su triunfo imaginario que llevarlo a cabo se convertía en algo demasiado difícil. Las victorias de la imaginación no implicaban riesgos, y un enfrentamiento verbal con un enemigo siempre terminaba de forma satisfactoria cuando ambos dialogantes procedían de las fantasías de una misma persona. Si hubiera estado sola, sin duda Isleña se habría contentado con eso. Merel, sin embargo, era más difícil de complacer. El plan ideado por la reina de Drasnia era bastante sensato, pero tenía un pequeño fallo: no contaban

con suficientes hombres para llevarlo a cabo. Merel, sin embargo, había conseguido un aliado gracias a ciertos contactos y lo había traído para que se uniera a los consejeros de la reina. Se trataba de unos cuantos chereks que no habían acompañado a Anheg ni a la flota porque no eran buenos marineros. Ante la firme insistencia de Merel, a la reina de Cherek se le despertó de repente un enorme entusiasmo por la caza. Fue en el bosque, a salvo de oídos indiscretos, donde elaboraron los detalles del plan.

—Cuando uno mata a una serpiente, le corta la cabeza —dijo Torvik, el cazador, sentado junto a Merel e Isleña en un claro del bosque. Mientras tanto, sus hombres recorrían los bosques cazando y cobrando las piezas suficientes para hacer creer a todo el mundo que Isleña había pasado el día cazando, inducida por un frenesí asesino—. No se consigue mucho cortando unos centímetros de su cola —continuó el cazador de anchas espaldas—. El culto del Oso no está concentrado en un solo sitio. Con un poco de suerte, podríamos reunir a todos los miembros importantes que ahora se encuentran en Val Alorn y barrerlos de un plumazo. Eso enfurecerá a nuestra serpiente tanto como para hacerle asomar la cabeza y entonces nos limitaremos a cortársela.

Las palabras de Torvik sobresaltaron a la reina, que no estaba del todo convencida de que el brusco extranjero de cabellos grises empleara un lenguaje figurado.

Pero ahora ya estaba hecho. Torvik y sus cazadores actuaron en silencio por la noche en las oscuras calles de Val Alorn. Fueron a buscar a los somnolientos miembros del culto del Oso, los llevaron al puerto en pequeños grupos y allí los encerraron en las bodegas de unos barcos que aguardaban. Gracias a su larga experiencia, sus métodos para sonsacar información eran muy efectivos, de modo que a la mañana siguiente, los únicos miembros del culto del Oso que quedaban en la ciudad eran el sumo sacerdote de Belar y una docena de novicios alojados en el templo.

La reina Isleña estaba sentada en el trono de Cherek, pálida y temblorosa. Llevaba su túnica púrpura, la corona de oro y el cetro en la mano. El cetro la tranquilizaba, pues tenía la posibilidad de usarlo como arma en caso de emergencia; y la reina estaba convencida de que en cualquier momento podría haber una emergencia.

—Esto es culpa tuya, Merel —acusó con amargura a su rubia amiga—. Si hubieras dejado que las cosas siguieran su curso, no estaríamos metidos en este lío.

—Estaríamos en otro peor —respondió Merel con frialdad—. Ármate de valor, Isleña. Ya está hecho y no puedes volverte atrás.

—Grodeg me da pánico —titubeó Isleña.

—No estará armado, de modo que no podrá hacerte daño.

—Sólo soy una mujer —gimió Isleña—. Me gritará con su horrible voz y me desanimará.

—Deja de comportarte como una cobarde, Isleña —exclamó Merel—. Tu debilidad ha llevado a Cherek al borde del desastre.

Siempre que Grodeg te levanta la voz, le das todo lo que quiere, sólo porque los gritos y las palabras bruscas te dan miedo. ¿Acaso eres una niña? ¿Tanto te asusta el ruido?

—Olvidas quién soy, Merel —dijo Isleña, de repente, furiosa—. Después de todo, soy la reina.

—Entonces, por todos los dioses, actúa como tal. Deja de comportarte como una criada tonta y asustada. Siéntate erguida en el trono como si tuvieras una barra de hierro en la espalda y pellízcate las mejillas, pues estás pálida como una sábana —dijo—. En cuanto vea el menor indicio de que empiezas a ablandarte, haré que Torvik atraviese a Grodeg con su lanza aquí mismo, en la sala del trono.

—¡No lo harás! —gimió Isleña—. No puedes matar a un sacerdote.

—Es un hombre igual que otro —afirmó Merel con brusquedad—. Si le clavas una lanza en la barriga, morirá.

—Ni siquiera Anheg se atrevería a hacer algo así.

—Yo no soy Anheg.

—Te maldecirán.

—No temo a las maldiciones.

Torvik entró en la sala del trono, sosteniendo con aire despreocupado una lanza para jabalíes de gruesa cuchilla.

—Viene —anunció lacónicamente.

—¡Oh, cielos! —exclamó Isleña, temblorosa.

—¡Para ya! —le ordenó Merel.

Grodeg entró a grandes zancadas en la sala del trono, lívido de rabia. Tenía la túnica blanca arrugada, como si se la hubiera puesto a toda prisa, y el pelo y la barba enmarañados.

—¡Hablaré con la reina a solas! —exclamó con voz estridente mientras se aproximaba al trono cruzando el suelo cubierto de juncos.

—Esa es una decisión que debe tomar la reina, sumo sacerdote —dijo Merel con firmeza.

—¿Acaso la esposa del conde de Trelheim habla por el trono? —le preguntó Grodeg a Isleña.

Isleña titubeó y luego vio a Torvik de pie detrás del alto sacerdote. El cazador ya no asía la lanza de jabalíes con tanta despreocupación.

—Cálmate, querido Grodeg —dijo la reina, convencida de pronto de que la vida del furioso sacerdote no dependía sólo de sus palabras sino también del tono de su voz.

Ante la menor vacilación, Merel daría la señal y Torvik hundiría aquella cuchilla

gruesa y afilada en la espalda de Grodeg con la misma consideración que si matara una mosca.

—Quiero verte a solas. —No.

—¿No? —gritó, incrédulo.

—Ya me has oído, Grodeg —dijo—. Y deja de gritarme, que no soy sorda.

El sacerdote la miró boquiabierto, pero enseguida recobró la compostura.

—¿Por qué han arrestado a todos mis amigos? —preguntó.

—No han sido arrestados, sumo sacerdote —respondió la reina—. Se han ofrecido como voluntarios para unirse a la flota de mi marido.

—¡Eso es ridículo! —gruñó él.

—Creo que deberías elegir tus palabras con más cuidado —dijo Merel—. La reina está perdiendo la paciencia con tus impertinencias.

—¿Impertinencias? —exclamó él—. ¿Cómo te atreves a hablarme así? —Irguió los hombros y miró a la reina con severidad—. Insisto en que quiero una audiencia privada —dijo con su potente voz.

De pronto, aquella voz que siempre había asustado a Isleña, le disgustó. Estaba intentando salvarle la vida a aquel idiota y no dejaba de gritarle.

—Grodeg —dijo ella con un desacostumbrado deje de autoridad en su voz—, si vuelves a gritarme una vez más, te haré amordazar. —Grodeg la miró con los ojos desorbitados por el asombro—. No tenemos nada que discutir en privado —continuó la reina—. Ahora límitate a escuchar mis instrucciones, que deberás seguir al pie de la letra. Te ordeno que te dirijas inmediatamente al puerto, donde subirás a un barco que te llevará a Algaria. Allí te unirás a las fuerzas chereks en la campaña contra los angaraks.

—¡Me niego! —replicó Grodeg.

—Piénsalo bien, Grodeg —dijo Merel con suavidad—. La reina te ha dado un orden y negarse a cumplirla puede considerarse traición.

—Soy el sumo sacerdote de Belar —protestó Grodeg con los dientes apretados, mientras hacía un esfuerzo evidente por modular su voz—. No te atreverás a embarcarme como a un recluta campesino.

—Me pregunto si el sumo sacerdote de Belar sería capaz de apostar algo al respecto —dijo Torvik con engañosa suavidad.

Apoyó la base de su lanza en el suelo, cogió una piedra de su bolsa y comenzó a afilar la cuchilla, ya tan delgada como una de afeitar. El sonido producido por el roce del metal hizo que Grodeg se estremeciera a ojos vistas. —Ahora irás al puerto, Grodeg —dijo Isleña —, y te subirás al barco. Si no lo haces, te enviaré a las mazmorras donde harás compañía a las ratas hasta el regreso de mi marido. Ésas son tus opciones: o te unes a Anheg o te unes a las ratas. Decídetelo pronto, pues empiezo a aburrirme de ti y, para ser franca, ya estoy harta de verte.

La reina Porenn de Drasnian estaba en el cuarto de los niños, donde daba de mamar al más pequeño. Por una cuestión de respeto, nadie la miraba mientras daba de mamar; sin embargo, Porenn no estaba sola. La acompañaba Javelin, el delgadísimo jefe del servicio de inteligencia drasniano. Para cubrir las apariencias, Javelin estaba vestido con la ropa y el gorro de una criada. Tenía un aspecto sorprendentemente femenino con aquel disfraz que usaba sin el menor atisbo de timidez.

—¿Es cierto que hay tantos cultistas en el servicio de inteligencia? —preguntó la reina, un poco desanimada. —Javelin estaba pudorosamente sentado de espaldas a la reina.

—Me temo que sí, Majestad. Deberíamos haber estado más atentos, pero teníamos otras cosas en la cabeza.

Porenn reflexionó sobre aquello, mientras acunaba a su pequeño.

—Isleña ya ha tomado medidas, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, según el mensaje que he recibido esta mañana —respondió Javelin—. Grodeg ya está de camino hacia el nacimiento del río Aldur y los hombres de la reina recorren el interior, apresando a todos los miembros del culto que encuentran.

—Pero ¿hacer salir a tanta gente de Boktor no perjudicará nuestras operaciones?

—Podemos arreglarnos, Majestad —la tranquilizó Javelin—. Es probable que tengamos que adelantar la graduación del curso actual en la academia y terminar su entrenamiento en el trabajo, pero nos apañaremos.

—Muy bien, Javelin —decidió Porenn—. Deshazte de ellos. Encuentra a todos los miembros del culto y sepáralos. Quiero que les asignes las tareas más desagradables que se te ocurran y que ningún cultista esté a menos de doscientos kilómetros de distancia de otro. No habrá excusas, ni enfermedades súbitas ni dimisiones. Encárgales algo a cada uno y luego asegúrate de que lo hagan. Quiero que todos los miembros del culto del Oso infiltrados en el servicio de inteligencia estén fuera de Boktor al anochecer.

—Será un placer, Porenn —dijo Javelin—. ¡Oh!, a propósito, ese mercader drasniano, Yablek, ha regresado de Yar Nadrak y quiere volver a hablar contigo sobre la pesca del salmón. Parece que está obsesionado con los peces.

Capítulo 12

El transporte de la flota cherek a la cima del acantilado del Este se demoró dos semanas enteras. El rey Rhodar estaba furioso por la lentitud de la operación.

—Sabías que llevaría tiempo, Rhodar —le dijo Ce'Nedra al rey que resoplando y sudando iba de un sitio a otro al tiempo que echaba frecuentes miradas de rabia al enorme peñasco—. ¿Por qué estás tan nervioso?

—Porque los barcos están a la vista, Ce'Nedra —respondió él, disgustado—. No hay forma de esconderlos o disimularlos mientras los suben. Esas naves son la clave de nuestra campaña, y si del otro lado empiezan a atar cabos, tendremos que enfrentarnos a todos los angaraks y no sólo a los thulls.

—Te preocupas demasiado —dijo ella—. Cho—Hag y Korodullin están quemando todo lo que encuentran en el norte del territorio, de modo que Zakath y Taur Urgas tienen otras cosas en qué pensar, no sólo en las cosas que subimos al despeñadero.

—Debe de ser maravilloso vivir con tanta despreocupación —dijo él con tono sarcástico.

—Sé bueno, Rhodar —dijo ella.

El general Varana, todavía vestido con su capa tolnedrana, cojeando, se dirigió a ellos con aquella estudiada expresión de timidez que indicaba que estaba a punto de hacer una sugerencia.

—Varana —exclamó el rey Rhodar con irritación—, ¿por qué no te pones el uniforme?

—Porque no estoy aquí en visita oficial, Majestad —respondió el general—. Como recordarás, Tolnedra es neutral en este asunto.

—Eso es una ficción, y todos lo sabemos.

—Pero es una ficción necesaria. El emperador todavía mantiene relaciones diplomáticas con Taur Urgas y con Zakath y esas relaciones se deteriorarían si alguien viera a un general tolnedrano uniformado por aquí. —Hizo una breve pausa—. ¿Podría hacer una pequeña sugerencia sin ofender a Su Majestad? —Preguntó.

—Eso depende de la sugerencia —respondió Rhodar, pero luego hizo una mueca y se disculpó—. Lo siento, Varana. Esta demora me ha puesto de mal humor. ¿Qué habías pensado?

—Creo que ya es hora de dirigir las operaciones desde la cima del acantilado. Convendría que las cosas funcionaran bien cuando llegue el grueso de la infantería, y cuando uno monta algo nuevo siempre se necesitan un par de días para corregir errores.

El rey Rhodar contempló un barco cherek que era levantado de forma majestuosa hacia la cima del acantilado.

—No pienso subir en uno de éstos, Varana —dijo de forma contundente.

—Es seguro, absolutamente seguro, Majestad —le tranquilizó Varana—. Yo mismo he hecho el viaje varias veces. Incluso la señora Polgara subió de ese modo esta mañana.

—Polgara podría volar si algo saliera mal —dijo Rhodar—, pero yo no tengo sus ventajas. ¿Puedes imaginarte el agujero que haría en el suelo si me cayera desde esa altura?

—La otra opción podría ser agotadora, Majestad. Hay varios barrancos que suben hasta la cima. Han sido allanados en parte para que los caballos puedan subir, pero a pesar de eso son muy empinados.

—No me hará mal sudar un poco.

—Como Su Majestad desee —dijo Varana, encogiéndose de hombros.

—Yo te haré compañía, Rhodar —ofreció Ce'Nedra con viveza. Él la miró con desconfianza—. Yo tampoco me fío de las máquinas —confesó ella—. Iré a cambiarme de ropa y luego podremos empezar.

—¿Quieres hacerlo hoy? —preguntó el rey con tono quejumbroso.

—¿Por qué retrasarlo?

—Te puedo dar una docena de razones.

La expresión «muy empinados» para referirse a los barrancos se quedaba muy corta, hubiese sido más exacto decir que eran verdaderos «precipicios». La inclinación de los barrancos hacía imposible la subida a caballo, pero en las partes menos pendientes había cuerdas atadas para ayudar en la subida. Ce'Nedra, vestida con una de sus cortas túnicas drasnianas, trepaba por las sogas con la agilidad de una ardilla. El rey Rhodar, sin embargo, iba mucho más lento.

—Por favor, deja de quejarte, Rhodar —dijo Ce'Nedra después de una hora de ascenso—. Pareces un quejica.

—No eres justa, Ce'Nedra —protestó él mientras se detenía a secarse la cara empapada en sudor.

—Nunca prometí serlo —replicó ella con una sonrisa pícara—. Vamos, aún nos queda un largo camino —añadió y escaló otros cincuenta metros.

—¿No crees que tienes poca ropa? —resopló él con tono de reprobación, mirando hacia arriba—. Las verdaderas damas no enseñan tanto las piernas.

—¿Qué tienen de malo mis piernas?

—Que están desnudas, eso es lo que tienen de malo.

—No seas tan mojigato. Estoy cómoda y eso es lo único que importa. ¿Vienes o no?

—¿No es la hora de comer? —dijo Rhodar con otro quejido. —Acabamos de comer.

—¿De veras? Ya me había olvidado.

—Tú siempre olvidas tu última comida, y por lo general tan pronto como retiran las migas de la mesa.

—Así somos los gordos, Ce'Nedra —suspiró él—. La última comida pertenece a la historia y sólo importa la siguiente.

Rhodar contempló con tristeza el imponente camino que les quedaba y volvió a refunfuñar.

—Fue idea tuya —le recordó ella sin compasión.

Cuando por fin llegaron a la cima, el sol se escondía por el oeste. El rey Rhodar se dejó caer, agotado, y Ce'Nedra echó un vistazo a su alrededor con curiosidad. Las fortificaciones construidas sobre la cima del acantilado eran grandes e imponentes. Los muros de tierra y piedra tenían unos diez metros de altura. A través de un portalón abierto, la princesa vio otra serie de muros más pequeños, cada uno rodeado por una zanja llena de estacas afiladas y arbustos espinosos. En varios puntos de la muralla principal se alzaban grandes fortines, y en el interior había ordenadas hileras de chozas para los soldados. Los fuertes estaban atestados de hombres, cuyas variadas ocupaciones levantaban una constante nube de polvo. Un grupo de algarios, tiznados y con aspecto de cansados, atravesaron las puertas montados a caballo. Poco después, un contingente de resplandecientes caballeros mímbranos partió en busca de una nueva ciudad que destruir.

Al borde del acantilado, las enormes poleas crujían y chirriaban con el peso de los barcos chereks que levantaban, y un poco más lejos, dentro de las murallas, la creciente flota aguardaba el transporte final hacia el nacimiento del río Mardu, a doscientos cincuenta kilómetros de allí.

Polgara, acompañada por Durnik y el corpulento Barak, se acercó a saludar a la princesa y al extenuado rey de Drasnia.

—¿Cómo fue la subida? —preguntó Barak.

—Horrible —resopló Rhodar—. ¿Alguien tiene algo de comida? Creo que he perdido al menos cinco kilos.

—No se nota —dijo Barak.

—Ese tipo de ejercicio no es bueno para ti, Rhodar —le dijo Polgara al jadeante monarca—. ¿Por qué eres tan terco?

—Porque tengo verdadero pánico a las alturas —respondió Rhodar—. Y subiría a pie un tramo diez veces mayor con tal de evitar que me levanten con uno de esos aparatos. La sola idea de todo ese vacío a mis pies me pone la piel de gallina.

—Eso es mucha piel de gallina —sonrió Barak.

—¿Alguien puede darme algo de comer, ¿por favor? —preguntó Rhodar con tono angustioso.

—¿Un poco de pollo frío? —ofreció Durnik, solícito, entregándole una pata de pollo bien dorada.

—¿De dónde habéis sacado esto? —exclamó Rhodar, mirando la pata con gula.

—Los thulls trajeron algunos —respondió Durnik.

—¿Thulls? —preguntó Ce'Nedra, asombrada—. ¿Qué hacen los thulls aquí?

—Se rinden —respondió Durnik—. Los últimos días han llegado pueblos enteros de thulls. Caminan hasta la orilla de las zanjas, delante de las fortificaciones, y se sientan a esperar que los capturen. Son muy pacientes. A veces pasa uno o dos días antes de que alguien tenga tiempo de salir a apresarlos, pero eso no parece importarles.

—¿Por qué quieren que los capturen? —le preguntó Ce'Nedra. —Aquí no hay grolims —explicó Durnik—. No hay altares a Torak ni cuchillos de sacrificios. Por lo visto, los thulls creen que es preferible que los hagan prisioneros antes que sufrir esos tormentos. Nosotros los apresamos y los ponemos a trabajar en las fortificaciones. Si se los vigila, resultan buenos obreros.

—¿Crees que es prudente? —preguntó Rhodar, masticando un bocado de pollo—. Podría haber espías entre ellos.

—Ya lo sabemos —respondió Durnik—, pero los espías suelen ser grolims. Los thulls no están preparados para serlo, así que los grolims se ocupan de eso.

Rhodar bajó su pata de pollo, estupefacto.

—¿Estáis dejando entrar grolims en las fortificaciones? —preguntó.

—No es tan grave —le aseguró Durnik—. Los thulls los reconocen y nosotros les permitimos encargarse del caso. Por lo general, se los llevan un kilómetro por la cima del acantilado y luego los arrojan abajo. Al principio querían tirarlos aquí mismo, pero algunos de los más viejos señalaron que no sería cortés arrojar grolims encima de los hombres que están trabajando, así que los llevan a sitios donde no molesten a nadie en la caída. Los thulls son muy considerados, hasta podrían llegar a gustarme.

—Te has quemado la nariz, Ce'Nedra —le dijo Polgara a la menuda princesita—. ¿No se te ocurrió ponerte un sombrero?

—Los sombreros me dan dolor de cabeza —dijo Ce'Nedra encogiéndose de hombros—. Un poco de sol no me hará daño.

—Tienes que guardar las apariencias, cariño —señaló Polgara—, y con la nariz pelada no tendrás el aspecto digno de una reina.

—No hay por qué preocuparse, Polgara. Tú podrás arreglármela, ¿verdad? —dijo Ce'Nedra con un pequeño gesto que quería parecer mágico.

Polgara le dedicó una mirada larga y fría.

El rey Anheg de Cherek se acercó a ellos, acompañado por el Corpulento Guardián de Riva.

—¿Has tenido un viaje agradable? —le preguntó a Rhodar con tono festivo.

—¿Te gustaría recibir un puñetazo en la nariz? —dijo Rhodar.

—¡Oh! —exclamó Anheg con una risa entrecortada—. Por lo visto estás de un

humor de perros, pero acabo de recibir una noticia que te animará un poco.

—¿Mensajes? —gruñó Rhodar mientras se esforzaba por ponerse de pie.

Anheg asintió con un gesto.

—Los enviaron desde allí abajo mientras tú hacías gimnasia. No vas a creer lo que ha ocurrido.

—Ponme a prueba.

—Nunca lo creerías.

—Anheg, suéltalo de una vez.

—Vamos a recibir refuerzos. Isleña y Porenn han estado muy ocupadas estos últimos días. —De pronto, Polgara se volvió a mirarlo—. ¿Sabes una cosa? —dijo Anheg mientras les mostraba un papel doblado—. Ni siquiera estaba enterado de que Isleña supiera leer y escribir y ahora recibo esto.

—No andes con tanto misterio —dijo Polgara—. ¿Qué han hecho las damas?

—Por lo visto, después de nuestra partida los miembros del culto del Oso comenzaron a ponerse un poco pesados. Al marcharse casi todos los hombres, Grodeg pensó que podría tomar el poder. Comenzó a ganar posiciones en Val Alorn y algunos miembros del culto se infiltraron en el servicio de inteligencia drasniano en Boktor. Da la impresión de que hacía años que se preparaban para esto. Bueno, Porenn e Isleña comenzaron a intercambiarse información, y cuando descubrieron que Grodeg estaba a punto de adquirir verdadero poder en ambos reinos, tomaron medidas. Porenn envió a todos los miembros del culto fuera de Boktor, a ocuparlos en los trabajos más miserables que se le ocurrieron, e Isleña capturó hasta el último cultista de Val Alorn y los embarcó para que se unieran al ejército.

—¿Qué dices que hicieron? —exclamó Rhodar.

—¿No es sorprendente? —La cara ruda de Anheg se iluminó con una sonrisa—. Lo más maravilloso de todo es que Isleña haya hecho lo que yo nunca conseguí hacer. Por lo visto las mujeres no son conscientes de las sutilezas necesarias para detener a nobles o sacerdotes, la necesidad de pruebas y todas esas cosas; por lo tanto, lo que en mi caso se consideraría un gran error, en el de ella será sólo motivo de risa por su ignorancia. Por supuesto, tendré que disculparme ante Grodeg, pero para entonces los hechos ya estarán consumados. Los miembros del culto estarán aquí y no tendrán ninguna razón respetable para volver.

La sonrisa con que respondió Rhodar fue tan maligna como la de Anheg.

—¿Cómo lo ha tomado Grodeg?

—Estaba lívido. Parece que Isleña lo enfrentó personalmente y le dio a elegir entre unirse a las tropas o ir a las mazmorras.

—¡No se puede mandar a un sumo sacerdote de Belar a las mazmorras! —exclamó Rhodar.

—Isleña no lo sabía y Grodeg era consciente de eso. Lo habría tenido encadenado

a la pared en el agujero más profundo que hubiera podido encontrar antes de que alguien se encargara de decirle que era ilegal. ¿Puedes imaginarte a mi Isleña dando ese tipo de ultimátum a ese viejo charlatán? —dijo Anheg con un vehemente tono de orgullo.

—Tarde o temprano, habrá batallas muy duras en la campaña —observó el rey Rhodar con expresión astuta y Anheg asintió con un gesto—. Los miembros del culto del Oso se jactan de su habilidad para la lucha, ¿verdad? —Anheg volvió a asentir con una sonrisa—. Serán unas perfectas tropas de asalto, ¿no crees? —La sonrisa de Anheg se volvió verdaderamente maligna—. Supongo que sufrirán muchas bajas —sugirió el rey de Drasnia.

—Después de todo, será por una buena causa —respondió Anheg con tono piadoso.

—Si habéis acabado vuestra maliciosa charla, creo que es hora de que la princesa salga del sol —les dijo Polgara a los dos monarcas sonrientes.

Los días siguientes hubo una actividad constante en los puestos fortificados de la cima del acantilado. Mientras se subían los últimos barcos chereks, los algarios y los mimbranos continuaron con sus ataques en los campos thulls.

—No queda ningún cultivo en doscientos cincuenta kilómetros a la redonda —informó Hettar—. Si queremos encontrar algo para quemar, tendremos que alejarnos más.

—¿Has encontrado muchos murgos? —le preguntó Barak al algario con cara de halcón.

—Unos pocos —respondió Hettar encogiéndose de hombros—. No los suficientes como para hacer el viaje interesante, pero nos cruzamos con alguno de vez en cuando.

—¿Qué tal le va a Mandorallen?

—Hace varios días que no lo veo —respondió Hettar—, aunque por el humo que se divisa en la zona hacia donde se marchó, supongo que estará muy ocupado.

—¿Cómo es el campo por allí? —preguntó el rey Anheg.

—No está mal una vez que dejas las montañas. El terreno junto al acantilado es bastante accidentado.

—¿A qué te refieres? Tengo que transportar mis barcos a través de esa región.

—Hay rocas, arena, algunos arbustos espinosos, nada de agua y hace más calor que en una caldera —respondió Hettar.

—Gracias —dijo Anheg.

—Tú quisiste saberlo —le replicó Hettar—. Ahora disculpadme. Necesito un caballo fresco y algunas antorchas.

—¿Vas a volver a salir? —preguntó Barak.

—Tengo algo que hacer.

Una vez que el último de los barcos estuvo arriba, los drasnianos comenzaron a usar las poleas para subir toneladas de comida y equipamiento que pronto hicieron rebosar los almacenes del rey Fulrach en los fuertes. Los prisioneros thulls resultaron de enorme utilidad, pues cargaban lo que se les ordenaba sin protestas ni vacilaciones. A pesar de que desde el punto de vista formal eran enemigos, sus caras reflejaban tal gratitud y deseos de complacer, que Ce'Nedra no podía odiarlos. Poco a poco, la princesa descubrió los hechos que hacían de la vida de los thulls un horror sin alivio posible. No había ninguna familia entre ellos que no hubiera perdido algún miembro en manos de los grolims; sus maridos, esposas, hijos o padres habían sido escogidos para el sacrificio y la única obsesión en la vida de un thull era evitar su horrible destino a cualquier precio. Aquel perpetuo sentimiento de terror había borrado toda manifestación de afecto en las costumbres de los thulls. Vivían en la soledad más terrible, sin amor ni amistad, despojados de cualquier sentimiento que no fuera la ansiedad y el temor. El famoso apetito sexual insaciable de las mujeres thulls no tenía nada que ver con la falta de moral; era una simple cuestión de supervivencia. Para escapar al cuchillo de los grolims, la mujer thull se veía obligada a estar embarazada continuamente. No la inducía la lujuria, sino el miedo, y ese mismo miedo la deshumanizaba por completo.

—¿Cómo pueden vivir así? —le preguntó la princesa a Polgara mientras regresaban al gran fortín que habían construido en el interior de las murallas para los jefes del ejército—. ¿Por qué no se rebelan y expulsan a los grolims?

—¿Y quién se pondría al mando de esa rebelión, Ce'Nedra? —le preguntó Polgara con calma—. Los thulls saben bien que hay grolims capaces de leer el pensamiento con la misma facilidad con que leerían un pergamino. Si un thull pensara en organizar algún tipo de resistencia, sería arrastrado hasta el altar inmediatamente.

—Pero sus vidas son horribles —objetó Ce'Nedra.

—Tal vez podamos cambiar eso —dijo Polgara—. En cierto modo lo que intentamos hacer no es sólo en beneficio del Oeste, sino también de los angaraks. Si ganamos, ellos se verán libres de los grolims. Es probable que al principio no nos lo agradezcan, pero con el tiempo sabrán apreciarlo.

—¿Por qué no iban a agradecerémoslo?

—Porque si ganamos, cariño, habremos matado a su dios. Es difícil que alguien te dé las gracias por eso.

—Pero Torak es un monstruo.

—Aun así es su dios —respondió Polgara—. La pérdida de un patrono es una pérdida impalpable pero terrible. Pregúntale a los ulgos lo que significa vivir sin él. Han pasado cinco mil años desde que UL se convirtió en su dios y todavía recuerdan cómo eran las cosas antes de que él los aceptara.

—Vamos a ganar nosotros, ¿verdad? —preguntó Ce'Nedra, que de pronto se sintió presa de todo tipo de temores.

—No lo sé, Ce'Nedra —respondió Polgara en voz baja—. Nadie lo sabe..., ni yo, ni Beldin, ni mi padre, ni siquiera Aldur. Todo lo que podemos hacer es intentarlo.

—¿Qué ocurrirá si perdemos? —preguntó la princesa en un murmullo de terror.

—Nos esclavizarán lo mismo que esclavizaron a los thulls —respondió Polgara con calma—. Torak se convertirá en rey y dios del mundo entero. Los demás dioses desaparecerán para siempre y los grolims desatarán su odio sobre nosotros.

—Yo no viviré en un mundo así —afirmó Ce'Nedra.

—A ninguno de nosotros nos gustaría.

—¿Alguna vez viste a Torak? —preguntó la princesa.

—Una o dos veces —asintió Polgara—. La última vez fue en Vó Mimbres, poco antes de su duelo con Brand.

—¿Cómo es en realidad?

—Es un dios. La fuerza de su mente es arrolladora. Cuando él habla, uno se siente forzado a escucharle, y cuando da una orden, hay que obedecerle.

—No tú, sin duda.

—Creo que no lo entiendes, cariño. —La cara de Polgara estaba seria y sus hermosos ojos parecían tan distantes como la luna. De repente, sin detenerse a pensar en ello, cogió a Misión y lo sentó en su falda. El niño le sonrió y, como acostumbraba hacer, tocó el mechón de pelo blanco que caía sobre su frente. En la voz de Torak hay una energía casi imposible de resistir. Tú sabes que es retorcido y malvado, pero cuando te habla, tu fuerza se viene abajo y te asustas, te tambaleas.

—Pero ¡tú no habrás sentido miedo!

—Aún no lo comprendes. Claro que tenía miedo, todos lo teníamos, incluso mi padre. Ruega por no encontrarte nunca con Torak, no es un grolim mediocre como Chamdar o un viejo mago astuto como Ctuchik. Está horriblemente mutilado, porque una vez fue contrariado. Necesitaba algo, algo tan importante para él que ningún humano podía llegar a imaginarlo, y le fue negado. Ese fracaso lo volvió loco; pero su locura no es como la de Taur Urgas, que, a pesar de todo, es un ser humano. La locura de Torak es la de un dios, un ser que puede hacer realidad sus enajenados propósitos. Sólo el Orbe puede oponérsele.

Yo podría resistirme un tiempo, pero si libera toda la fuerza de su poder sobre mí, me veré forzada a darle lo que quiere. Y lo que él quiere de mí es demasiado horrible para considerarlo.

—Me parece que no te entiendo, Polgara.

—Supongo que no —dijo la tía de Garion mientras miraba a la joven con expresión grave—. Se trata de una parte del pasado que la Academia de Historia de Tolnedra prefiere ignorar. Siéntate, Ce'Nedra, te lo explicaré.

La princesa se sentó en un banco tosco de la rústica habitación. Polgara estaba de un humor extraño, muy tranquila y pensativa. Estrechó fuerte a Misión entre sus brazos y apoyó su mejilla contra los rizos rubios del niño como si buscara consuelo en su contacto.

—Hay dos profecías, Ce'Nedra —explicó con su voz grave—, pero llegará el momento en que sólo haya una. Lo que es, fue o será, pasará a formar parte de la profecía que prevalezca. Todo hombre, mujer o niño no tiene más que dos destinos posibles. Para algunos las diferencias no son tan grandes, pero en mi caso sí lo son.

—Aún no entiendo bien.

—En la profecía a la cual servimos, la que nos ha traído aquí, yo soy Polgara, la hechicera, hija de Belgarath y guardiana de Belgarion.

—¿Y en la otra?

—En la otra soy la prometida de Torak. —Ce'Nedra la miró y se quedó boquiabierta—. Ahora ya conoces la causa de mi miedo —continuó Polgara—. Desde que mi padre me lo contó, cuando tenía tu edad, he sentido terror por Torak. Aunque no temo tanto por mí, sino porque sé que si fracaso, si el poder de Torak se impone al mío, la profecía a la cual servimos también fracasará. Torak no sólo me ganará a mí, sino a toda la humanidad. En Vo Mimbres me llamó y durante un instante sentí el horrible impulso de correr hacia él. Sin embargo, lo desafié, aunque nunca en mi vida había hecho nada tan difícil. Fue mi desafío lo que le hizo batirse en duelo con Brand, y en ese duelo el poder del Orbe se liberó contra él. Mi padre lo apostó todo a la fuerza de mi poder. A veces el viejo lobo se comporta como un jugador irremediable.

—Entonces si...

Ce'Nedra no pudo acabar la frase.

—¿Si Garion pierde? —dijo Polgara con tal tranquilidad que resultaba evidente que ya había pensado muchas veces en esa posibilidad—. Entonces Torak vendrá a reclamar a su novia y no habrá poder en el mundo capaz de detenerlo.

—Yo preferiría morir —dijo la princesa.

—Yo también, Ce'Nedra, pero es posible que ni siquiera tenga esa opción. El poder de Torak es mucho mayor que el mío, de modo que podría privarme de la capacidad de matarme, e incluso del deseo de hacerlo. Si eso sucediera, es probable que yo me sintiera muy feliz de ser su amada y elegida; pero creo que, en el fondo, una parte de mí gritaría y seguiría gritando de horror por los siglos de los siglos hasta el final de los tiempos. —La sola idea de que aquello sucediera era tan horrible que Ce'Nedra, incapaz de contenerse, se dejó caer de rodillas, abrazó a Polgara y a Misión y rompió a llorar—. Bueno, bueno, no hay que llorar, Ce'Nedra —dijo Polgara con ternura mientras acariciaba el cabello de la joven—. Garion aún no ha llegado a la Ciudad de la Noche Eterna y Torak todavía duerme. Aún falta un tiempo. ¿Y quién sabe? Hasta es probable que ganemos.

Capítulo 13

Una vez izados todos los barcos de la flota cherek, las actividades en las fortificaciones se aceleraron. Las unidades de infantería del rey Rhodar llegaban desde el campamento del río Aldur, para iniciar la tortuosa subida por los estrechos barrancos a la cima del acantilado. Caravanas de carros transportaban provisiones y equipamiento a la base del despeñadero, donde les aguardaban grandes poleas para subirlas al peñasco de basalto de gigantescas proporciones. Grupos de asalto mimbranos partían, por lo general antes del amanecer, hacia ciudades o granjas cada vez más lejanas que aún no habían sido saqueadas. Las depredaciones de los jinetes, sus breves y feroces sitios a las desprotegidas ciudades y pueblos thulls y las franjas de un kilómetro que incendiaban estando las cosechas de cereales en sazón, empujaban a los perezosos thulls a organizar débiles conatos de resistencia. Sin embargo, los thulls llegaban invariablemente después de los ataques mimbranos, horas o incluso días más tarde, para encontrar sólo ruinas humeantes, soldados muertos y ciudadanos aterrorizados despojados de sus bienes. Incluso cuando intentaban interceptar a las veloces tropas algarias, hallaban kilómetros y kilómetros de tierra calcinada. Los comandos seguían avanzando y los desesperados intentos de los thulls por alcanzarlos resultaban totalmente inútiles.

La idea de atacar los fuertes de donde partían los grupos no pareció ocurrírseles, o, en todo caso, la desecharon enseguida. No eran un pueblo emocionalmente preparado para atacar una fortaleza fuertemente defendida. Preferían correr de un sitio a otro, siempre después de los incendios, y protestar ante sus aliados murgos y malloreanos por su falta de apoyo. Los malloreanos del emperador Zakath se negaban una y otra vez a salir de su área de estacionamiento, en las afueras de Thull Zelik. Los murgos de Taur Urgas, sin embargo, hicieron algunas incursiones al sur de Mishrak ac Thull, en parte como un gesto de apoyo a la idea de la unidad angarak, pero sobre todo —tal como suponía el rey Rhodar— como parte de sus maniobras generales para ganar posiciones.

Incluso descubrieron algunos exploradores murgos en las proximidades de los fuertes. En consecuencia, todos los días salían patrullas del Oeste para registrar las áridas colinas en busca de espías murgos. Piqueros drasnianos y pelotones de legionarios hacían frecuentes batidas por los valles resecos y rocosos que rodeaban los fuertes. Por otra parte, los miembros de los clanes algarios, que supuestamente descansaban de sus lejanos ataques, se divertían con un juego improvisado llamado «la caza del murgo». Hacían grandes alharacas de sus frecuentes excursiones e insistían con gazmoñería en que estaban sacrificando su tiempo de descanso por su sentido de la responsabilidad con respecto a la seguridad de los fuertes. Por supuesto, no engañaban a nadie con sus falsas protestas.

—Es necesario patrullar la zona, Rhodar —porfiaba el rey ChoHag—. Mis muchachos sólo cumplen con su obligación, eso es todo.

—¿Obligación? —rezongó Rhodar—. Monta a un algario sobre un caballo, llévalo ante una colina cuya vertiente de atrás desconozca y siempre encontrará una excusa para ir a echar un vistazo.

—Nos interpretas mal —respondió Cho—Hag con una expresión de inocencia ofendida.

—Os conozco.

Ce'Nedra y sus dos íntimas amigas contemplaban la partida periódica de los alegres jinetes algarios con expresiones cada vez más amargas. Ariana, la más casera de las tres, estaba acostumbrada, como todas las damas algarias, a esperar con paciencia que los hombres regresaran de sus diversiones. Sin embargo Adara, la prima algaria de Garion, estaba muy afectada por su confinamiento. Como todos los algarios, tenía una profunda necesidad de sentir el viento en su cara y el trote de los caballos en sus oídos. Aguantó así un tiempo, pero se le agrió el carácter y suspiraba a menudo.

—¿Y qué hacemos hoy, señoritas? —les preguntó Ce'Nedra muy animada una mañana después del desayuno—. ¿Cómo nos entretenemos hasta la hora del almuerzo?

Era una pregunta vana, puesto que la princesa ya tenía planes Para aquel día.

—Como último recurso, podemos bordar —sugirió Ariana—. Eso ocupa los dedos y los ojos, y deja los labios libres para conversar. —Adara dejó escapar un profundo suspiro—. O podíamos ir a ver cómo mi señor instruye a sus siervos para la guerra.

Ariana siempre encontraba alguna excusa para pasarse el día entero contemplando a Lelldorin.

—Hoy no me siento con ánimos para volver a mirar cómo un grupo de hombres asesinan fardos de paja con sus flechas —dijo Adara con voz desabrida.

Ce'Nedra se apresuró a intervenir para evitar discusiones.

—Podríamos dar un paseo de inspección —sugirió con sutileza.

—Ce'Nedra, hemos inspeccionado cada fortín y cada choza del interior de las murallas al menos una docena de veces —dijo Adara con aspereza—, y si un amable sargento vuelve a explicarme el funcionamiento de las catapultas, creo que me pondré a chillar.

—Sin embargo, no hemos inspeccionado las fortificaciones que hay fuera de las murallas, ¿verdad? —preguntó la princesa con astucia—. ¿No creéis que eso también forma parte de nuestras obligaciones?

Adara se volvió a mirarla y una sonrisa se dibujó poco a poco en sus labios.

—Por supuesto —asintió—. Me sorprende que no lo hayamos pensado antes.

Hemos sido muy negligentes, ¿no es cierto?

—Me temo que el rey Rhodar se oponga con todas sus fuerzas a nuestro plan —dijo Ariana con expresión ceñuda.

—Rhodar no está aquí —puntualizó Ce'Nedra—. Se ha ido con el rey Fulrach a la zona de abastecimiento para hacer un inventario de las provisiones.

—No creo que la señora Polgara dé su consentimiento —añadió Ariana, aunque con un tono cada vez más débil.

—Polgara está reunida con Beldin el hechicero —observó Adara con un brillo pícaro en los ojos.

—Eso nos deja libres para decidir por nosotras mismas, ¿verdad, señoritas? —preguntó Ce'Nedra con una sonrisa presuntuosa.

—Cuando volvamos, nos reñirán —dijo Ariana.

—Y nos mostraremos muy arrepentidas, ¿no es cierto? —rió Ce'Nedra.

Un cuarto de hora después, la princesa y sus dos amigas, vestidas con las típicas ropas de montar algarias de piel suave, atravesaron al trote la puerta principal del fuerte. Las acompañaba Olban, el hijo menor del Guardián de Riva, a quien no le había gustado nada la idea, pero Ce'Nedra no le había dado tiempo para discutir y mucho menos para enviar un mensaje a alguien que pudiera detenerlas. A pesar de su expresión preocupada, Olban acompañó a la princesita sin rechistar.

Las trincheras rodeadas de estacas delante de las murallas eran muy interesantes, pero todas se parecían mucho y sólo alguien muy especial habría disfrutado de la belleza de las excavaciones.

—Muy bonito —dijo Ce'Nedra a un piquero drasniano que hacía guardia junto a un alto montículo de tierra—. Unas zanjas magníficas... y las estacas están muy bien afiladas. —Recorrió con la mirada el árido paisaje que se extendía delante de las fortificaciones—. ¿Dónde encontrasteis la madera para hacerlas?

—La trajeron los sendarios —respondió él—. Creo que desde algún lugar del norte. Hicimos que los thulls cortaran y afilaran las estacas. Si uno les dice lo que quiere, lo hacen bastante bien.

—¿Una patrulla algaria salió por aquí hace media hora? —le preguntó Ce'Nedra.

—Sí, Alteza. El señor Hettar de Algaria y algunos de sus hombres. Fueron en aquella dirección —dijo el guardia, y señaló hacia el sur.

—¡Ah! —respondió Ce'Nedra—, si alguien pregunta por nosotros, dile que fuimos con él. Regresaremos dentro de unas horas. —El guardia la miró como si pusiera en duda sus palabras, pero Ce'Nedra se anticipó a sus objeciones—. Hettar prometió esperarnos al sur de las fortificaciones —agregó, y luego se volvió hacia sus compañeras—. No deberíamos hacerlo esperar tanto. Habéis tardado demasiado en cambiaros de ropa. —Le dedicó una sonrisa gentil al guardia—. Ya sabes cómo es esto; el traje de montar debe estar perfecto y es imprescindible cepillarse el cabello

una vez más. A veces tardamos siglos. Ahora, vamos, señoritas. Démonos prisa, o Hettar se enfadará con nosotras.

La princesa hizo girar a Hidalgo con una risita tonta y se dirigió al galope hacia el sur.

—¡Ce'Nedra! —exclamó Ariana, horrorizada, cuando el guardia ya no podía oírlas—. Le has mentido.

—Por supuesto.

—Pero eso es terrible.

—No tan terrible como pasarse otro día bordando margaritas en una ridícula enagua —respondió la princesa.

Se alejaron de las fortificaciones y cruzaron una cadena de colinas de tierra parda. El valle del otro lado era espacioso. A unos treinta kilómetros de allí, al final del valle, se alzaban unas montañas parduscas y sin árboles. Bajaron a medio galope hasta aquel enorme desierto, sintiéndose empequeñecidos e insignificantes en medio del colosal paisaje. Sus caballos parecían hormigas que caminaran despacio hacia las montañas.

—No sabía que esto fuera tan enorme —murmuró Ce'Nedra haciéndose visera con la mano para ver las cimas lejanas.

El terreno del valle, tan plano como una tabla rasa, estaba salpicado por algunos arbustos espinosos, pero cubierto de cantos rodados del tamaño de un puño. La tierra, fina y amarillenta, se levantaba con las pisadas de los caballos. Sólo era media mañana, y ya el sol brillaba en todo su esplendor, y la calina se levantaba, como olas sobre el suelo del valle, de modo que los polvorientos arbustos de color verde grisáceo parecían danzar en el aire sin viento.

Comenzó a apretar el calor. No había señales de agua por ninguna parte y el sudor de los flancos de los caballos se secaba casi tan pronto como aparecía.

—Creo que deberíamos pensar en volver —dijo Adara tirando de las riendas de su caballo—. Nunca podremos llegar a las colinas del final del valle.

—Tiene razón Adara —le dijo Olban a la princesa—. Ya hemos llegado demasiado lejos.

Ce'Nedra detuvo su caballo blanco, que bajó la cabeza como si estuviera a punto de caerse de agotamiento.

—¡Oh!, deja de compadecerte a ti mismo —le riñó ella, enfadada porque las cosas no iban como había previsto. Miró a su alrededor—. Me pregunto si podremos encontrar una sombra en algún sitio.

La princesa tenía los labios secos y el sol parecía quemar su cabeza desprotegida.

—Este tipo de terreno no parece ofrecer semejante consuelo, princesa —dijo Ariana mirando la desierta planicie del valle cubierto de piedra.

—¿A alguien se le ha ocurrido traer agua? —preguntó Ce'Nedra secándose la

frente con un pañuelo.

Pero nadie había pensado en eso.

—Tal vez debamos regresar —dijo con tristeza—. De todos modos, aquí no hay mucho que ver.

—Vienen unos jinetes —dijo Adara de repente y señaló hacia una colina a una prudencial distancia.

Un grupo de jinetes salían de una vaguada que parecía un pliegue en la colina.

—¿Murgos? —preguntó Olban, e instintivamente hizo una profunda inspiración y se llevó la mano a la espada.

Adara se protegió los ojos con una mano y miró con atención a los jinetes que se acercaban.

—No —respondió—. Son algarios. Lo sé por su forma de cabalgar.

—Espero que traigan agua —dijo Ce'Nedra.

El grupo de algarios, una docena de hombres, cabalgaban directamente hacia ellas levantando tras de sí una nube de polvo amarillo. De repente, Adara gimió y se puso muy pálida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ce'Nedra.

—Hettar está con ellos —respondió Adara con voz ahogada.

—¿Cómo puedes reconocer a alguien desde tan lejos? Adara se mordió el labio y no le contestó.

Cuando se acercaron, Hettar tiró de las riendas de su caballo con una expresión furiosa e implacable.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con brusquedad.

Su cara de halcón y su negra cola de caballo le daba un aspecto feroz, incluso temible.

—Teníamos ganas de salir a cabalgar —respondió Ce'Nedra con tono divertido, plantándole cara.

Hettar la ignoró.

—¿Te has vuelto loco, Olban? —le preguntó al joven rivano con rudeza—. ¿Por qué has permitido que las damas salieran del fuerte?

—No puedo decirle a la princesa lo que debe hacer —respondió Olban muy serio y ruborizado.

—¡Oh, vamos, Hettar! —protestó Ce'Nedra—. ¿Qué hay de malo en salir de paseo?

—Ayer mismo matamos a tres murgos a un kilómetro de aquí —respondió Hettar—. Si queréis hacer ejercicio, corred por el interior del fuerte durante unas horas en lugar de salir sin escolta a un territorio enemigo. Te has comportado de un modo estúpido, Ce'Nedra. Ahora volvamos —añadió con una expresión sombría como el mar en invierno y un tono que no admitía discusión.

—Nosotras lo decidimos —murmuró Adara con la cabeza gacha.

Hettar examinó a los caballos.

—Eres algaria, Adara —dijo con tono sarcástico—. ¿No se te ocurrió traer agua para los caballos? Sin duda sabrás que no se debe sacar un caballo con este calor sin tomar las debidas precauciones. —La cara pálida de Adara reflejó su aflicción. Hettar meneó la cabeza, disgustado—. Da de beber a sus caballos —ordenó a uno de sus hombres —, luego las escoltaremos hasta el fuerte. Vuestra excursión ha terminado, señoritas.

La cara de Adara ardía de vergüenza. Se movía de un lado para otro e intentaba evitar la mirada implacable de Hettar. En cuanto su caballo acabó de beber, la joven sacudió las riendas y clavó los talones en los flancos del animal. El desconcertado caballo removi6 la tierra con los cascos, levantó las manos como encabritado, y corrió en la dirección por la que habían venido, con el suelo lleno de piedras.

Hettar soltó una maldición y la siguió,

—¿Qué hace? —preguntó Ce'Nedra.

—No ha podido soportar la reprimenda de Hettar. Adara aprecia más su reputación que su vida —observó Ariana.

—¿La opinión de Hettar? —dijo Ce'Nedra, estupefacta.

—¿Acaso no habéis reparado en los sentimientos de nuestra querida amiga? —preguntó Ariana—. Es extraño que seáis tan poco observadora, princesa.

—¿Hettar? —repitió Ce'Nedra—. No tenía la menor idea.

—Tal vez sea porque soy mimbrana —dijo Ariana a modo de conclusión—. Las damas de mi pueblo somos muy suspicaces ante los indicios de amor en los demás.

A cien metros más o menos, Hettar cogió las riendas del desbocado caballo de Adara, tiró de ellas con una mano, obligando al corcel a detenerse. Luego se dirigió a Adara con brusquedad y exigió saber qué pretendía hacer. Adara se giró hacia ambos lados en su silla, para evitar que él le viera la cara mientras la reñía.

De repente, Ce'Nedra captó un movimiento a unos seis metros de ellos. Un murgó surgió como por ensalmo de detrás de unos arbustos mientras sacudía la sucia lona marrón que lo ocultaba. Se incorporó, llevando en sus manos un arco pequeño.

—¡Hettar! —gritó Ce'Nedra, al mismo tiempo que el murgó levantaba su arco.

Hettar estaba de espaldas al murgó, Adara vio cómo le apuntaba con una flecha y, con un movimiento desesperado, le quitó las riendas de las manos a Hettar e hizo chocar su caballo contra el de él. El animal trastabilló, tropezó y cayó al suelo arrojando al desprevenido jinete. Al mismo tiempo, Adara castigó a su caballo con las riendas y avanzó directamente hacia el enemigo.

El murgó dirigió su flecha a la joven con apenas un débil gesto de disgusto.

A pesar de la distancia, Ce'Nedra pudo oír el claro silbido de la flecha al alcanzar a Adara. Era un silbido que recordaría con horror por el resto de su vida. Adara se

dobló repentinamente, cogió la flecha clavada en su pecho, pero de todos modos se abalanzó contra el murgo. Éste se tambaleó, cayó bajo los cascos furiosos del caballo, aunque se incorporó de un salto y llevó la mano a la espada. Pero Hettar ya estaba encima de él, con su sable resplandeciente bajo la brillante luz del sol. El murgo se desplomó exhalando un grito.

Hettar, con el sable empapado en sangre de la mano, se volvió furioso hacia Adara.

—¡Qué estupidez! —rugió, pero su grito se acalló de repente. El caballo de la joven se había detenido unos metros más allá del murgo y ella colgaba de la silla, con su cabello oscuro como un velo sobre su cara pálida y ambas manos apretadas sobre el pecho. Luego, muy despacio, se deslizó hacia el suelo. Hettar dejó caer el sable y corrió hacia ella ahogando un grito.

—¡Adara! —exclamó la princesa, y se llevó las manos a la cabeza en un gesto de horror, mientras Hettar giraba a la joven con suavidad.

Cuando los demás llegaron junto a ellos, Hettar sostenía a Adara en sus brazos y miraba su cara pálida con expresión de horror.

—¡Pequeña tontorróna! —murmuraba con voz angustiada—, ¡pequeña tontorróna!

Ariana se bajó del caballo antes de que éste se detuviera y corrió al lado de Hettar.

—No la mováis, señor —dijo con firmeza—. La flecha le ha perforado el pulmón y si la movéis su borde la matará.

—Quítasela —dijo Hettar con los dientes apretados.

—No, mi señor. Sacar la flecha le hará más daño que dejársela.

—No puedo soportar el verla sobresalir de su cuerpo —dijo a punto de sollozar.

—No la miréis, pues, señor —dijo Ariana con brusquedad mientras se inclinaba junto a Adara y apoyaba una mano fría y experta sobre la garganta de la joven herida.

—No está muerta, ¿verdad? —preguntó Hettar con voz suplicante.

—Está muy grave —dijo Ariana, y meneó la cabeza—, pero su corazón aún late. Ordenad a vuestros hombres que improvisen unas parihuelas inmediatamente, señor. Debemos llevar a nuestra querida amiga al fuerte y pedir ayuda a la señora Polgara o morirá.

—¿No puedes hacer algo tú? —gimió él.

—No en medio de esta desolación y bajo el ardiente sol, señor. No tengo instrumentos ni medicinas y es posible que la herida sea grave para mis conocimientos. La señora Polgara es su única esperanza. ¡Las parihuelas, señor! ¡Deprisa!

Cuando Polgara salió de la habitación de Adara a última hora de la tarde, tenía la expresión sombría y la mirada pétrea.

—¿Cómo está? —preguntó Hettar, que, nervioso, iba y venía de un extremo a

otro del pasillo principal del fortín durante horas y sólo se detenía para golpear con rabia las ásperas piedras del muro con sus imponentes puños.

—Un poco mejor —respondió Polgara—. Ya ha pasado lo peor, pero está extremadamente débil. Pregunta por ti.

—Se recuperará, ¿verdad? —preguntó Hettar, asustado.

—Si no hay ninguna complicación, es probable que sí. Es joven y la herida parecía más seria de lo que era en realidad. Le he dado algo que la volverá muy locuaz, pero no te quedes demasiado tiempo, pues necesita descansar. —Polgara se volvió hacia Ce'Nedra, que tenía la cara bañada de lágrimas—. Después de que la hayas visto, ven a mi habitación —dijo con firmeza—. Tú y yo tenemos que hablar.

La cara de porcelana de Adara yacía sobre la almohada, enmarcada por su alborotado cabello castaño. Estaba muy pálida, pero sus ojos tenían un brillo extraño. Ariana se sentó junto a la cama pero guardó silencio.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ce'Nedra con esa voz dulce pero animosa que suele emplearse con los enfermos.

Adara le respondió con una débil sonrisa. —¿Te duele?

—No —dijo Adara con voz desfallecida—. No me duele, pero me siento rara y un poco mareada.

—¿Por qué hiciste eso, Adara? —preguntó Hettar sin rodeos—. No debiste abalanzarte contra el murgo de ese modo.

—Pasas demasiado tiempo con los caballos, mi señor Shadar —respondió Adara con una sonrisa tímida—. Has olvidado cómo comprender los sentimientos de tu propia gente.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hettar, perplejo.

—Sólo lo que he dicho, Hettar. Si una yegua mirara con admiración a un caballo, tú comprenderías esa situación inmediatamente, ¿verdad? Pero cuando se trata de personas no te das cuenta de nada —añadió y tosió débilmente.

—¿Estás bien? —preguntó él, alarmado.

—Sorprendentemente bien, teniendo en cuenta que estoy al borde de la muerte.

—¿De qué hablas? No vas a morir.

—Por favor, no me engañes —dijo con una sonrisa—. Sé muy bien lo que significa una flecha en el pecho. Por eso quería verte, quería mirar tu cara una vez más. ¡He contemplado tu cara durante tanto tiempo!

—Estás cansada —dijo él—. Te sentirás mejor cuando hayas dormido un poco.

—Dormiré, sin duda —replicó ella con tristeza—, pero dudo que luego pueda sentir nada. Mi sueño será aquel del que nadie despierta.

—Tonterías.

—Por supuesto, pero es verdad. —suspiró—. Bien, querido Hettar, por fin te librarás de mí, ¿verdad? Sin embargo, fue una buena persecución; incluso llegué a

preguntarle a Garion si podía usar su magia contigo.

—¿Garion?

Ella asintió con un gesto débil.

—¿Comprendes hasta dónde llegaba mi desesperación? Pero él dijo que no podía hacer nada. —Hizo una pequeña mueca—. ¿Para qué sirve la magia si no puede conseguir que alguien se enamore?

—¿Se enamore? —repitió él, atónito.

—¿De qué creías que hablaba, Hettar? ¿Del tiempo? —Le sonrió con afecto—. A veces eres muy lento. —Él la miraba estupefacto—. Pero no te asustes, mi señor, dentro de poco dejaré de perseguirte y serás libre.

—Hablabamos de eso cuando te mejores —dijo él.

—No voy a mejorarme. ¿No me has oído? Me muero, Hettar.

—No —dijo él—, no te mueres. Polgara nos aseguró que vas a estar bien.

Adara se volvió a mirar a Ariana con rapidez.

—Vuestra herida no es mortal, querida amiga —confirmó Ariana con voz suave—. Es cierto, no moriréis.

Adara cerró los ojos.

—¡Qué vergüenza! —murmuró mientras sus mejillas se ruborizaban. Luego abrió los ojos—. Te pido disculpas, Hettar. No habría dicho nada de esto de haber sabido que mis entrometidos médicos iban a salvar mi vida. En cuanto esté en condiciones, regresaré a mi clan y no volveré a molestarte con mis tontos sentimentalismos.

Hettar la miró sin que en su cara angulosa se reflejara ninguna expresión.

—No sé si eso me gustaría —le dijo cogiéndole la mano con ternura—. Tenemos que hablar de algunas cosas. Éste no es el momento ni el lugar, pero no te hagas inalcanzable.

—Sólo quieres ser amable —suspiró ella.

—Amable, no; práctico. Me has dado algo en qué pensar además de matar murgos. Es probable que me lleve un tiempo acostumbrarme a la idea, pero una vez que lo haya pensado, sin duda tendremos que hablar.

—¡Cómo he liado las cosas! —dijo ella. Se mordió el labio e intentó esconder la cara—. Si le hubiera sucedido a otra persona, me reiría de ella. Será preferible que no nos veamos nunca más.

—No —dijo él con firmeza —, de ningún modo. Y no intentes esconderte de mí, porque te encontraré... aunque para conseguirlo tenga que mandar en tu busca a todos los caballos de Algaria. —Ella lo miró con asombro—. Soy un Sha—dar, ¿recuerdas? Los caballos hacen lo que les ordeno.

—Eso no es justo —protestó ella.

—¿E intentar que Garion usara su magia conmigo sí lo es? —preguntó él con una sonrisa enigmática.

—¡Oh, cielos! —exclamó ella, ruborizándose.

—Ahora debe descansar —dijo Ariana—. Podréis hablar con ella mañana.

Cuando salieron al pasillo, Ce'Nedra se volvió hacia el alto algarío.

—Podrías haberle dicho algo más alentador —le riñó ella.

—Habría sido prematuro —respondió él—. Somos un pueblo reservado, princesa, y no hablamos por hablar. —Hettar tenía un aspecto tan feroz como siempre, con su cara seria y angulosa y su cola de caballo sobre el hombro cubierto de piel. La expresión de sus ojos, sin embargo, se había suavizado un poco y con el ceño fruncido daba señales de su perplejidad—. ¿No dijo Polgara que quería verte?

Era una despedida cortés, pero despedida al fin.

Ce'Nedra se marchó, murmurando para sí sobre la desconsideración que parecía afectar a la mitad masculina de la humanidad.

Polgara la esperaba tranquila en su habitación.

—¿Y bien? —dijo cuando entró la princesa—. ¿Te importaría explicármelo?

—¿Explicarte qué?

—El motivo del estúpido suceso que casi le cuesta la vida a Adara.

—¿No creerás que fue culpa mía —protestó Ce'Nedra.

—¿De quién si no? ¿Qué estabais haciendo allí fuera?

—Sólo salimos a dar un paseo a caballo. ¡Resulta tan aburrido estar encerrada aquí continuamente!

—¡Estabas aburrida! Ésa sí que es una buena razón para dejar que asesinen a tus amigas. —Ce'Nedra la miró boquiabierta y con la cara muy pálida—. ¿Por qué crees que construimos estas fortificaciones, Ce'Nedra, si no para protegernos?

—No sabía que allí fuera hubiera murgos —gimió la princesa.

—¿Acaso te preocupaste en averiguarlo?

Ce'Nedra se dio cuenta de las consecuencias que podrían haber tenido sus actos. Comenzó a temblar y se llevó la mano a la boca. ¡Era todo por su culpa! Por más que intentara tergiversar los hechos para eludir responsabilidades, lo cierto era que su estupidez casi había matado a una de sus más queridas amigas. Adara había estado a punto de pagar con su vida su pueril inconsciencia. Ce'Nedra ocultó su cara entre las manos y rompió a llorar.

Polgara la dejó llorar un rato, como para que tuviera tiempo de aceptar su culpa, y cuando por fin habló, en su voz no había el menor deje de disculpa.

—Las lágrimas no pueden lavar la sangre, Ce'Nedra —dijo—. Pensé que podía confiar en ti, pero por lo visto estaba equivocada. Ya puedes retirarte; no tengo nada más que decirte.

La princesa se marchó sollozando.

Capítulo 14

—¿Todo este lugar es igual? —preguntó el rey Anheg. El ejército avanzaba con dificultad por los valles pedregosos. Las áridas montañas, abrasadas por el sol, parecían danzar a su alrededor a causa de la calina—. No he visto un árbol desde que salimos del fuerte.

—El terreno cambia cien kilómetros más adelante, Majestad —murmuró Hettar, repantigado en su silla mientras cabalgaban bajo la ardiente luz del sol—. Cuando salgamos de esta zona montañosa, comenzaremos a ver árboles. Son abetos bajos y ralos, pero rompen un poco la monotonía.

Les seguía una columna que se extendía a lo largo de un kilómetro, reducida a una pequeña línea por el colosal desierto, señalada más por las nubes de polvo amarillo que levantaban los miles de patas que por la presencia de hombres y caballos. Los barcos chereks, cubiertos con lonas, avanzaban con un traqueteo sobre sus plataformas bajas con ruedas y la tierra los cubría como una manta áspera en medio de un calor sofocante.

—Ahora mismo daría cualquier cosa por una ráfaga de viento —dijo Anheg con tono melancólico.

—Será mejor que las cosas sigan como están, Anheg —dijo Barak—. No se necesitaría mucho viento para desatar una tormenta de arena.

—¿Cuánto falta para llegar al río? —preguntó el rey Rhodar, quejumbroso, mientras contemplaba el monótono paisaje.

El calor tenía un efecto terrible en el corpulento monarca. Su cara estaba roja como un tomate y empapada en sudor.

—Doscientos kilómetros —respondió Hettar.

El general Varana, montado sobre un caballo ruano, avanzó a todo galope desde la vanguardia de la columna. Llevaba un faldón corto de piel, un peto liso y un casco sin distintivos de su rango.

—Los caballeros mímbranos acaban de enfrentarse con otro grupo de murgos —informó.

—¿Cuántos? —preguntó Rhodar.

—Unos veinte. Tres o cuatro lograron escapar, pero los algarios los persiguen.

—¿No deberíamos enviar las patrullas más lejos? —preguntó el rey Anheg, irritado, secándose la cara otra vez—. Esos barcos no parecen carros y preferiría no tener que luchar antes de llegar al río Mardu... si es que alguna vez llegamos.

—Tengo gente más lejos, Anheg —lo tranquilizó el rey Cho—Hag.

—¿Alguien se ha encontrado con algún malloreano? —preguntó el rey Anheg.

—Todavía no —respondió Cho—Hag—. Hasta ahora sólo hemos visto thulls y murgos.

—Por lo visto Zakath no quiere moverse de Thull Zelik —añadió Varana.

—Ojalá supiera algo más sobre él —dijo Rhodar.

—Los emisarios del emperador dicen que es un hombre muy educado —intervino Varana—. Culto, agradable y muy cortés.

—Sin duda tendrá un lado negativo —objetó Rhodar—. Los nadraks le tienen terror y es necesario ser muy malo para asustar a un nadrak.

—Mientras se quede en Thull Zelik, no me preocupa qué tipo de hombre sea —declaró Anheg.

El coronel Brendig cabalgó desde los carros que seguían a la fatigada columna de infantería y se aproximó a ellos. Dijo:

—El rey Fulrach dice que nos detengamos un momento para descansar.

—¿Otra vez? —preguntó Anheg, enfadado.

—Llevamos andando dos horas, Majestad —señaló Brendig—, y con este calor y este polvo la marcha resulta agotadora para la infantería. De poco servirán los hombres en la lucha si están extenuados por la caminata.

—La columna puede detenerse, coronel —le dijo Polgara al baronet sendario—. Podemos confiar en la sensatez de Fulrach. —Se volvió hacia el rey de Cherek—. No seas tan quisquilloso, Anheg —le riñó.

—Me estoy asando vivo, Polgara —protestó.

—Intenta caminar un rato —sugirió ella con dulzura—. Eso te dará una idea de cómo se siente la infantería.

Anheg la miró ceñudo, pero no dijo nada.

La princesa Ce'Nedra tiró de las riendas de su sudoroso caballo mientras la columna se detenía. Su terrible sentimiento de culpa por la herida casi fatal de su amiga la había aplacado mucho y ahora estaba encerrada en sí misma como en una especie de coraza que no era propia de ella. Se quitó el sombrero de paja que un prisionero thull le había tejido en el fuerte y escudriñó el cielo.

—Vuelve a ponerte el sombrero, Ce'Nedra —dijo Polgara—. No quiero que sufras una insolación.

Ce'Nedra, obediente, se puso el sombrero.

—Ahí vuelve —dijo, y señaló un puntito en el cielo, encima de ellos.

—Con vuestro permiso —dijo el general Varana, y giró su caballo para retirarse.

—Te comportas de un modo ridículo, Varana —le dijo el rey Rhodar al tolnedrano—. ¿Por qué te niegas a admitir que puede hacer determinadas cosas, aunque tú no creas en ellas?

—Es una cuestión de principios, Majestad —respondió el general—. Los tolnedranos no creemos en la hechicería, yo soy un tolnedrano y por lo tanto me niego a admitirla. —Vaciló un momento—. Sin embargo, debo reconocer que su información es exacta, cualesquiera que sean sus métodos para obtenerla.

Un gran halcón, con rayas azules bajó en picado desde el cielo como si fuera una piedra, sacudió las alas en el último momento y se posó en el suelo, junto a los demás.

El general Varana se volvió de espaldas deliberadamente y contempló con aparente interés una colina cualquiera que se encontraba a unos kilómetros de distancia.

El halcón se iluminó y comenzó a transformarse en un hombre cuando todavía aleteaba.

—¿Vais a parar otra vez? —preguntó Beldin con irritación. —Tenemos que hacer descansar a las tropas, tío —respondió Polgara.

—Esto no es un paseo de domingo, Pol —respondió Beldin, y comenzó a rascarse una axila, llenando el aire de todo tipo de olores nauseabundos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Polgara con delicadeza. —Tengo piojos —refunfuñó él.

—¿Cómo los has cogido?

—Visité unas aves para preguntarles si habían visto algo y creo que los cogí en un nido de buitres.

—¿Cómo diablos se te ocurrió relacionarte con buitres?

—Los buitres no son tan malos, Pol. Cumplen una función necesaria y sus polluelos tienen cierto encanto. La hembra me dijo que había estado picoteando un caballo muerto a unos cien kilómetros de aquí, de modo que fui a echar un vistazo. Se aproxima una columna de murgos.

—¿Cuántos? —se apresuró a preguntar el general Varana, todavía de espaldas al hechicero.

—Tal vez mil —respondió Beldin encogiéndose de hombros—. Vienen a toda prisa, así que es posible que os alcancen mañana por la mañana.

—No tenemos por qué preocuparnos por mil murgos —dijo el rey Rhodar, ceñudo—, sobre todo con un ejército de esta magnitud. Pero ¿qué sentido tiene desperdiciar mil hombres? ¿Qué pretende Taur Urgas? —Se volvió hacia Hettar—. ¿Podrías adelantarte y pedir a Korodullin y al barón de Vo Mandor que se unan a nosotros? Creo que debemos tener una reunión.

Hettar asintió con un gesto y galopó hacia las filas de los resplandecientes caballeros mímbranos, que estaban al frente de la columna.

—¿Había algún grolim entre los murgos, tío? —le preguntó Polgara al mugriento jorobado.

—No, a no ser que estuvieran bien escondidos —respondió él—. Aunque la verdad es que no miré mucho, porque no quería delatarme.

El general Varana abandonó su atento estudio de las colinas que los rodeaban y volvió a su caballo para unirse a los demás.

—Yo diría que la columna de murgos es un gesto simbólico de Taur Urgas. Es probable que quiera congraciarse con el rey Gethell y, si los malloreanos no dejan Thull Zelik, podrán obtener ciertas ventajas enviando tropas para ayudar en la defensa de las ciudades y pueblos thulls que hemos estado atacando.

—Eso tiene sentido, Rhodar —asintió Anheg.

—Tal vez —dijo Rhodar, dubitativo—, pero Taur Urgas no suele pensar como un ser racional.

El rey Korodullin, flanqueado por Mandorallen y el barón de Vo Ebor, se aproximó a toda velocidad. Con las armaduras resplandecientes bajo la luz del sol, los tres caballeros estaban sonrojados y tenían un aspecto lamentable.

—¿Cómo podéis soportar esos trajes? —preguntó Rhodar.

—Estamos acostumbrados, Majestad —respondió Korodullin—. La armadura produce ciertas molestias, pero hemos aprendido a soportarlas.

El general Varana les hizo un rápido resumen de la situación. —No tiene importancia —dijo Mandorallen encogiéndose de hombros—. Me llevaré una docena de hombres y aplastaré esta amenaza del sur.

—¿Entiendes lo que te decía de él? —advirtió Barak al rey Anheg—. Ahora sabrás por qué me puse tan nervioso cuando cruzamos Cthol Murgos.

El rey Fulrach, que se había adelantado para unirse a la discusión, carraspeó.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —dijo.

—Todos esperamos con impaciencia los consejos del rey de los sendarios —respondió Korodullin con afectada solemnidad.

—La columna de los murgos no es una amenaza importante, ¿verdad? —preguntó Fulrach.

—La verdad es que no, Majestad —respondió Varana—, al menos ahora que sabemos que aproximan. Pensamos que son un grupo de pocos hombres, enviados para aplacar a los thulls. Es probable que su presencia en la zona sea simple coincidencia.

—Sin embargo, no quisiera que se acercaran tanto que pudieran ver mis arcos —dijo Anheg con firmeza.

—Ya nos encargaremos de eso, Anheg —respondió Rhodar.

—Cualquier destacamento de nuestro ejército podría vencerlos con facilidad siendo, como son, una amenaza tan insignificante —continuó Fulrach—, pero ¿no sería mejor ofrecer la victoria al ejército entero a fin de levantarles la moral?

—No entiendo bien lo que quieres decir, Fulrach —repuso Anheg.

—En lugar de permitir que Mandorallen aniquile solo a esos mil murgos, ¿por qué no escogemos un contingente de cada ejército para que se encargue de ellos? Eso no sólo nos daría cierta práctica en la coordinación táctica, sino que también haría que los hombres se sintieran orgullosos. Una victoria fácil ahora los animará para

cuando tengamos que luchar más adelante.

—Fulrach, de verdad que a veces me sorprendes —afirmó Rhodar—. Y creo que es porque no tienes aspecto de ser tan listo.

Los contingentes que se dirigían al sur fueron elegidos por sorteo, siguiendo, una vez más, los consejos del rey Fulrach.

—De ese modo los soldados no pensarán que queremos formar un cuerpo de élite —observó.

El resto de la columna seguía avanzando hacia el nacimiento del río Mardu; un pequeño comando, a las órdenes de Barak, Hettar y Mandorallen, se dirigió al sur a interceptar a las tropas de asalto enemigas.

—Todo irá bien, ¿verdad? —le preguntó Ce'Nedra a Polgara, y observó cómo se hacían cada vez más pequeños al alejarse a través del árido valle en dirección a la cadena montañosa del sur.

—Claro que sí, cariño —respondió Polgara, confiada.

Aquella noche, sin embargo, la princesa no pudo dormir. Era la primera vez que los miembros del ejército participaban en una auténtica batalla, y la princesa dio vueltas y vueltas en la cama, mientras imaginaba todo tipo de desastres.

El comando especial regresó a media mañana del día siguiente. Había algunos heridos y tal vez media docena de sillas vacías, pero todas las caras traslucían una expresión de triunfo.

—Bonita batalla —informó Barak con una amplia sonrisa—. Los sorprendimos poco antes de la puesta de sol y no llegaron a entender lo que les sucedía.

El general Varana, que había acompañado al grupo en calidad de observador, describió el enfrentamiento con mayor precisión.

—Las tácticas generales funcionaron tal como esperábamos —dijo—. Los arqueros asturios dirigieron una salva de flechas a la columna y luego las unidades de infantería tomaron posiciones en lo alto de una colina. Dispersamos a los legionarios, a los piqueros drasnianos, a los sendarios y a las unidades de siervos arendianos a lo largo del frente, mientras los arqueros los cubrían con sus flechas. Tal como esperábamos, los murgos atacaron, y tan pronto como empezaron a luchar, los chereks y rivanos tomaron posiciones detrás de ellos, mientras los algarios los encerraban por los costados. Cuando los murgos empezaban a vacilar, los caballeros mimbranos cargaron contra ellos.

—¡Fue maravilloso! —exclamó Lelldorin con los ojos muy brillantes. El joven asturio tenía un vendaje en el brazo, pero por su forma de gesticular, parecía haber olvidado que lo tenía herido—. Cuando los murgos estaban completamente confundidos, se oyó un ruido, como de un trueno, los caballeros salieron de detrás de una colina y con las lanzas en alto y los estandartes al viento se abalanzaron contra los murgos. El entrechocar de las espadas y los cascos de los caballos hacía temblar

la tierra. Y luego, en el último momento, todos bajaron sus lanzas, como una gran ola al romperse, y cargaron contra los murgos con estrépito, sin siquiera disminuir la marcha. ¡Avanzaron como si los murgos no estuvieran allí! ¡Los aplastaron! Los demás nos unimos para rematar el trabajo. ¡Fue glorioso!

—Es tan terrible como Mandorallen, ¿verdad? —le dijo Barak a Hettar.

—Creo que lo llevan en la sangre —respondió Hettar con aires de persona entendida.

—¿Se salvó alguno? —preguntó Anheg.

—Cuando oscureció, oímos que algunos intentaban escapar —dijo Barak con una sonrisa maligna—. Entonces Relg y sus ulgos salieron a poner orden. No te preocupes, Anheg. Nadie podrá ir a informar a Taur Urgas.

—Debe de estar a la espera de noticias, ¿verdad? —sonrió Anheg.

—En ese caso le convendrá armarse de paciencia —respondió Barak—, porque tendrá que esperar mucho tiempo.

Ariana, con expresión sombría, reñía a Lelldorin por su imprudencia mientras le curaba la herida. Sus palabras iban más allá de una simple regañina; le hablaba con elocuencia, y sus frases largas y floridas daban a sus protestas una seriedad y una gravedad que llevaron al joven asturio al borde de las lágrimas. Su herida, sin duda leve, se convirtió en el símbolo de la falta de consideración que había tenido con ella. La joven lo miraba con aire de víctima, mientras la expresión de él se hacía cada vez más angustiada. Ce'Nedra observó la habilidad con que Ariana tergiversaba cada una de las débiles excusas de Lelldorin y las interpretaba como ofensas personales, y archivó aquella técnica en su mente por si necesitaba usarla en el futuro. No había duda de que Garion era más listo que Lelldorin, pero si practicaba un poco, era posible que funcionara.

El encuentro de Taiba con Relg, por el contrario, fue silencioso. La hermosa mujer marag, que había escapado de las mazmorras de los esclavos, debajo de Rak Cthol, sólo para someterse a una esclavitud más profunda, corrió al lado del fantástico ulgo en cuanto éste regresó. Sin pensarlo dos veces, la mujer lo abrazó alborozada. Relg retrocedió, pero su casi automático «no me toques» pareció morir en sus labios y permitió que lo abrazara con los ojos muy abiertos. Taiba recordó entonces la aversión que el hombre tenía a que le tocara y dejó caer los brazos, pero sus ojos violetas resplandecieron al contemplar la cara pálida y los grandes ojos del ulgo. Luego, muy despacio, como si se acercara al fuego, Relg extendió el brazo y tocó la mano de Taiba con suavidad. Una breve expresión de incredulidad se reflejó en el rostro de la mujer, seguida casi inmediatamente por un suave rubor. Se miraron a los ojos un instante y luego se alejaron juntos, cogidos de la mano. Taiba había bajado los ojos con timidez, pero en su boca hermosa y sensual se dibujaba una sonrisita de triunfo.

La victoria sobre la columna de murgos levantó muchísimo el ánimo de los soldados. El calor y el polvo ya no parecían mermar sus energías, como en los primeros días de marcha, y mientras avanzaban sin descanso hacia el este, un sentimiento de camaradería creció entre las distintas unidades.

Después de cuatro días de marcha incesante, llegaron al nacimiento del río Mardu, de aguas turbulentas, y aún necesitaron un día para descender a la orilla, hasta un lugar donde pudieran botar los barcos sin riesgo. Hettar, que iba al frente con su patrulla de algarios, volvió atrás para informarles que luego, a unos cincuenta kilómetros de allí, encontrarían unos rápidos, y que después el río corría tranquilo a través de la llanura thull.

—Cuando lleguemos a los rápidos, transportaremos los barcos por tierra —dijo el rey Anheg—. Ahora echemos los barcos al agua, ya hemos perdido demasiado tiempo.

La orilla en esa zona era muy alta, pero los soldados se pusieron a trabajar con ardor, con palas y picos, y pronto quedó reducida a una suave pendiente. Luego bajaron los barcos uno a uno por la rampa para botarlos al agua.

—Tardaremos un rato en levantar los mástiles —dijo Anheg.

—Hazlo más tarde —respondió el rey Rhodar. Anheg lo miró con expresión grave—. De todos modos, no podrías usar las velas, Anheg, y los mástiles son demasiado altos. Hasta el más estúpido de los thulls se daría cuenta de lo que sucede si viera una selva de mástiles que se acercan hacia él por el río.

Cuando terminaron de botar todos los barcos ya anocheecía y Polgara condujo a la princesa, a Ariana y a Taiba a bordo del barco de Barak. Una brisa suave, procedente del norte, rizaba la superficie del agua y mecía el barco con suavidad. Más allá de los fuegos de los centinelas, los prados thulls se extendían hasta el infinito bajo un cielo púrpura donde comenzaban a salir las estrellas, una a una.

—¿Cuánto falta para llegar a Thull Mardu? —le preguntó Ce'Nedra a Barak.

—Un día hasta llegar a los rápidos —respondió el hombretón mientras se mesaba la barba—, luego otro día para transportar los barcos y después dos días más.

—Cuatro días —dijo la princesa, y él asintió con la cabeza—. Ojalá ya hubiera acabado todo —suspiró.

—Todo llegará, Ce'Nedra —respondió él—, todo llegará.

Capítulo 15

Los barcos estaban atestados, a pesar de que sólo la mitad del ejército pudo subir, más bien apretujarse a bordo. Los miembros de los clanes algarios y los caballeros mímbranos patrullaban la orilla, los chereks remaban río abajo rumbo a los rápidos y los soldados de infantería que no cabían en los barcos cabalgaban en fila montados en los caballos de repuesto.

A ambas orillas del río los prados thulls se extendían en suaves y largas ondulaciones, cubiertas de hierba tupida y dorada por el sol. Un poco más allá, unos bosquecillos de árboles retorcidos, similares a abetos, que ya habían visto antes en las colinas; y cerca del agua, setos de sauces y plantas trepadoras. El cielo seguía limpio y todavía hacía calor, aunque el río humedecía el aire lo suficiente como para aliviar la sensación de sofocante aridez que había atormentado a hombres y caballos en las vastas y pedregosas mesetas. Era un paisaje extraño para todos ellos, de modo que los jinetes que patrullaban por la orilla cabalgaban recelosos, con las manos prestas a las armas.

Al volver una amplia curva, se encontraron ante el agua espumosa y turbulenta de los rápidos. Barak giró el timón de su barco en dirección a la orilla.

—Parece que es hora de bajar y seguir a pie —gruñó.

Cerca de la proa tenía lugar una discusión. Fulrach, el rey de barba castaña, se negaba a voz en grito a abandonar sus carros, una vez que llegaron a los rápidos.

—No los traje hasta tan lejos para dejarlos aquí —afirmó con una vehemencia impropia de él.

—Tardaríamos demasiado en transportarlos —replicó Anheg—. Tenemos prisa, Fulrach. Necesito pasar al otro lado de Thull Mardu con mis barcos antes de que los murgos o los malloreanos se den cuenta de lo que estoy haciendo.

—No te importó cargar con ellos en las montañas cuando tenías hambre o sed —dijo Fulrach, enfadado.

—Eso fue antes, ahora tengo que cuidar de mis barcos.

—Y yo tengo que cuidar de mis carros.

—Estarán bien aquí, Fulrach —lo apaciguó Rhodar—. Es verdad que tenemos que darnos prisa y tus carros no pueden ir lo bastante rápidos como para seguirnos el paso.

—Si alguien viene y los quema, pasaréis mucha hambre antes de regresar al fuerte, Rhodar.

—Dejaremos hombres para que los custodien, Fulrach. Intenta ser razonable, te preocupas demasiado.

—Alguien tiene que hacerlo. Los alorn olvidáis que las batallas son sólo la mitad de una guerra.

—Deja de comportarte como una vieja, Fulrach —dijo Anheg con brusquedad. La expresión de Fulrach se endureció.

—No voy a tomar en cuenta ese último comentario, Anheg —repuso con frialdad, luego dio media vuelta y se alejó de allí.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó el rey de Cherek, haciéndose el inocente.

—Anheg, si no aprendes a mantener la boca cerrada, tendremos que amordazarte —lo riñó Rhodar.

—Creí que habíamos venido aquí a luchar con los angaraks —dijo Brand—. ¿O es que han cambiado los planes?

Ce'Nedra estaba preocupada por las enojosas disputas de sus amigos y quiso hablar con Polgara al respecto.

—No tiene importancia, cariño —dijo la hechicera, mientras le lavaba el cuello a Misión—. Están algo nerviosos por la batalla que se avecina, eso es todo.

—Pero son hombres —protestó Ce'Nedra—, guerreros entrenados.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Polgara mientras extendía el brazo para coger una toalla.

La princesa no encontró respuesta.

El transporte de los barcos se llevó a cabo sin dificultades y los barcos volvieron a entrar en el río más allá de las turbulentas y espumosas aguas blancas, a última hora de la tarde. Para ese momento, Ce'Nedra se sentía casi enferma por la insoportable tensión. Todos sus meses de arengas para levantar un ejército y ponerlo en marcha hacia el este llegaban a su fin. Dos días más tarde, arremeterían contra las murallas de Thull Mardu. ¿Sería el momento indicado? ¿Era realmente necesario? No podrían transportar los barcos por las afueras de la ciudad y evitar la batalla? A pesar de que los reyes alorns le habían asegurado que era imprescindible neutralizar la ciudad, las dudas de Ce'Nedra crecían con cada kilómetro recorrido. ¿Y si todo aquello resultaba una equivocación? La princesa se preocupaba, se impacientaba y volvía a preocuparse un poco más, desde la proa del barco de Barak, mientras contemplaba el ancho río que cruzaba serpenteante los prados thulls.

Por fin, al atardecer del segundo día, Hettar regresó a todo galope y detuvo su caballo junto a la orilla norte del río. Hizo un gesto con la mano, y Barak giró el timón para acercarse a él.

—La ciudad está a unos diez kilómetros de aquí —gritó el alto algario desde la orilla—. Si os acercáis más, os verán desde las murallas.

—Entonces ya estamos bastante cerca —decidió Rhodar—. Haced correr la voz de que anclen los barcos.

Barak asintió e hizo un gesto a un marinero que aguardaba. El marinero se apresuró a levantar un palo largo con un trapo rojo en la punta y la flota aminó la marcha en respuesta a la señal. Las anclas tocaron fondo con un crujido de molinetes

y los barcos se mecieron indolentes en las aguas.

—Esta parte del plan no me gusta —gruñó Anheg, malhumorado—. En la oscuridad, corremos el riesgo de que las cosas salgan mal.

—También saldrán mal para ellos —respondió Brand.

—Ya lo hemos discutido cien veces, Anheg —dijo Rhodar —, y al final todos estuvimos de acuerdo en que era el mejor plan.

—Anteriormente nunca se ha hecho —dijo Anheg.

—Ésa es la clave —afirmó Varana —, la gente de ciudad no espera algo así.

—¿Estás seguro de que tus hombres podrán ver adónde van? —le preguntó Anheg a Relg.

El fanático asintió con un gesto. Vestido con cota de malla y capucha, Relg comprobaba el filo de su cuchillo de punta curva.

—Lo que a vosotros os parece oscuro para nosotros es diáfano —respondió.

—Odio ser el primero en poner en práctica algo nuevo —anunció Anheg mientras escudriñaba el cielo púrpura.

Esperaron a que la noche cayera sobre la llanura. En los matorrales de la orilla, los pájaros apenas trinaban y las ranas interpretaban una sinfonía nocturna. Las unidades de caballería comenzaron a agruparse junto al río; los caballeros mimbranos cerraron filas con sus corpulentos caballos de guerra y los miembros de los clanes algarios se desplegaron detrás de ellos como un océano. Cho—Hag y Korodullin comandaban las fuerzas de la orilla sur, mientras Hettar y Mandorallen estaban al frente de la orilla norte.

Oscurecía lentamente. Bajo la luz del crepúsculo, se vislumbraba la silueta de un joven caballero mimbrano que fue herido en el ataque a la columna de murgos y ahora estaba apoyado sobre la barandilla con aire pensativo. Tenía el cabello oscuro y rizado, un cutis digno de una jovencita, hombros anchos, cuello grueso y ojos que reflejaban una total inocencia. Su expresión, sin embargo, era ligeramente melancólica.

La espera se hacía insoportable y Ce'Nedra tenía que hablar con alguien. Se apoyó sobre la baranda junto al joven.

—¿Por qué estáis triste, caballero? —le preguntó en voz baja. —Me han prohibido tomar parte en la aventura de esta noche por una herida sin importancia —respondió él tocándose su brazo entablillado.

No parecía sorprendido por la presencia de la princesa ni porque ésta se dirigiera a él.

—¿Odias tanto a los angaraks como para sufrir por perder la oportunidad de matar a alguno de ellos? —preguntó Ce'Nedra con un ligero tono de burla.

—No, mi señora —respondió él—. Yo no odio a ningún hombre, de ninguna raza. Lo que lamento es perder la ocasión de probar mi destreza en la contienda.

—¿Contienda? ¿Es así como lo ves?

—Por supuesto, princesa. ¿De qué otro modo podría considerarlo? No guardo rencor personal a los hombres de Angarak y no es justo odiar a vuestro oponente en un combate. He matado a algunos hombres con mi lanza o con mi espada en diversos torneos, pero nunca he odiado a ninguno. Por el contrario, siempre sentí un cierto afecto por ellos en nuestro enfrentamiento.

—Pero aun así intentas vencerlos —dijo Ce'Nedra, asombrada por la actitud despreocupada del joven.

—Eso forma parte de la contienda, princesa. Un verdadero combate sólo puede decidirlo la herida fatal de uno de los combatientes.

—¿Cómo te llamas, caballero?

—Soy Beridel —respondió él—, hijo del señor Andorig, barón de Vo Enderig.

—¿El hombre del manzano?

—El mismo, princesa. —El joven parecía complacido de que ella hubiera oído hablar de su padre y de la extraña tarea que Belgarath le había encomendado—. Mi padre ahora cabalga a la derecha del rey Korodullin y yo estaría con ellos si no fuera por mi mala suerte —agregó, y miró con tristeza su brazo roto.

—Habrá otras noches, Beridel —le aseguró ella—, y otras batallas.

—Sin duda, princesa —asintió el joven con una momentánea alegría, pero luego suspiró y volvió a sumirse en sus sombrías meditaciones.

Ce'Nedra se fue de allí y lo dejó solo con sus pensamientos.

—No se puede hablar con ellos, ¿sabes? —dijo una voz ronca desde las sombras. Era Beldin, el horrible jorobado.

—No parece tener miedo de nada —respondió Ce'Nedra con cierta inquietud, pues el malhablado hechicero siempre la ponía nerviosa.

—Es un mimbrano de Arendia —gruñó Beldin—, por lo tanto no tiene suficiente cerebro como para tener miedo.

—¿Todos los hombres del ejército son como él?

—No. La mayoría tienen miedo, pero de todas formas participarán en el ataque por distintas razones.

—¿Y tú? —preguntó Ce'Nedra sin poder contenerse—. ¿Tienes miedo?

—Mis temores son algo más extravagantes —respondió secamente.

—¿Por ejemplo?

—Belgarath, Pol, los gemelos y yo llevamos mucho tiempo metidos en esto y, más que mi propia seguridad, me preocupa que algo salga mal.

—¿Qué quieres decir con que algo salga mal?

—La profecía es muy compleja y no lo dice todo. Por lo que sé, las dos consecuencias posibles de todo esto aún están en perfecto equilibrio; pero algo muy sutil podría romper ese equilibrio en cualquier momento. Es probable que haya

dejado escapar algún detalle sin darle importancia. Ése es mi temor.

—Hacemos todo lo que podemos.

—Tal vez eso no sea suficiente.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—No lo sé, y eso es lo que me preocupa.

—¿Por qué preocuparse por algo que uno no puede remediar?

—Hablas como Belgarath. Tiene la costumbre de encogerse de hombros y dejar que las cosas se resuelvan por sí mismas. A mí me gusta organizarme mejor. —Escudriñó la oscuridad—. Quédate cerca de Pol esta noche, pequeña —dijo después de una pausa—. No te separes de ella. Es probable que te lleve a un sitio adonde no pensabas ir, pero no te apartes de ella pase lo que pase.

—¿Qué significa eso?

—No sé lo que significa —replicó él muy irritado—. Sólo sé que tú, ella, el herrero y ese niño que habéis recogido debéis estar juntos, pues va a ocurrir algo inesperado.

—¿Te refieres a una catástrofe? ¿Debemos avisar a los demás?

—No sabemos si será una catástrofe —respondió él—. Ese es el problema. Tal vez sea bueno que pase, y si lo es, no conviene alterar las cosas. Creo que ya hemos agotado esta discusión, así que ve a buscar a Polgara y quédate con ella.

—Sí, Beldin —dijo Ce'Nedra, sumisa.

Al salir las primeras estrellas, levaron anclas y la flota cherek Comenzó a deslizarse sin ruido río abajo hacia Thull Mardu. A pesar de que aún faltaban varios kilómetros para llegar a la ciudad, las órdenes se daban en voz baja y los hombres se cuidaban de no hacer ruido al preparar las armas y los equipos, al ajustarse los cinturones, al dar un último repaso a las armaduras o al acomodarse los cascos con firmeza. En uno de los barcos, Relg presidía una silenciosa ceremonia religiosa, pronunciando las palabras duras y guturales de la lengua de los ulgos en un murmullo casi inaudible. Con sus caras pálidas cubiertas de hollín y arrodillados para rezar a su extraño dios, parecían sombras.

—Son la clave del plan —le dijo Rhodar a Polgara en voz muy baja, mientras contemplaba el ritual de los ulgos—. ¿Estás segura de que Relg está preparado para esto? A veces parece un poco inseguro.

—Lo hará bien —respondió Polgara—. Los ulgos tienen más razones para odiar a Torak que vosotros los alorn.

Los barcos viraron despacio en un gran recodo del río. Allí, en una isla a unos ochocientos metros río abajo, se alzaba la ciudad amurallada de Thull Mardu. Sobre las murallas había algunas antorchas y en el interior se vislumbraba un suave resplandor. Barak se volvió y descubrió una lámpara, ocultándola con su cuerpo como para dejar pasar apenas un hilo de luz. Las anclas se hundieron muy despacio

en el agua oscura hacia el fondo, con un suave crujido de sogas, y los barcos aminoraron la marcha hasta detenerse.

En algún lugar de la ciudad, un perro empezó a ladrar con nerviosismo. Se oyó entonces una puerta que se abría y los ladridos cesaron con un gemido de dolor.

—Detesto a los hombres que pegan a sus perros —murmuró Barak.

Relg y sus hombres se acercaron cautelosamente a la borda y comenzaron a bajar con sogas hacia los pequeños botes que los esperaban abajo.

Ce'Nedra los miraba con la respiración contenida y haciendo grandes esfuerzos para ver en la oscuridad. La tenue luz de las estrellas apenas le permitía vislumbrar unas sombras que se movían en dirección a la ciudad, pero enseguida las sombras desaparecieron. Tras ellos se oyó el chapoteo de un remo y el murmullo de una regañina. La princesa se volvió y vio una marea de pequeños botes que avanzaban río abajo desde los barcos anclados. Las fuerzas de vanguardia pasaron junto a ellos sin hacer ruido, siguiendo a Relg y a los ulgos en dirección a la ciudad fortificada de los thulls.

—¿Estás seguro de que son suficientes? —le murmuró Anheg a Rhodar.

El corpulento rey de Drasnia asintió con un gesto.

—Sólo tienen que buscar un lugar seguro para desembarcar y sostener las puertas una vez que los ulgos las hayan abierto —murmuró—. Para eso, son suficientes.

Una suave brisa nocturna rizó la superficie del agua y meció el barco. Ce'Nedra, incapaz de soportar la inquietud y la zozobra, se llevó las manos al medallón que Garion le había regalado muchos meses antes. Como siempre que hacía eso, logró oír una conversación.

—Yaga, tor gohek vilta —decía la áspera voz de Relg en un murmullo—, Ka tak. ¡Veed!

—¿Y bien? —preguntó Polgara con las cejas arqueadas.

—No entiendo lo que dicen —respondió Ce'Nedra con expresión de impotencia—. Hablan en ulgo.

De repente, la princesa oyó un horrible gemido ahogado, que se interrumpió inmediatamente.

—Creo que acaban de matar a alguien —dijo Ce'Nedra con voz temblorosa.

—Eso quiere decir que el jaleo ya ha comenzado —observó Anheg con cierta satisfacción macabra.

Ce'Nedra soltó el amuleto. No podía soportar los lamentos de los hombres que morían en la oscuridad.

Aguardaron. De pronto alguien dejó escapar un grito angustioso.

—¡Eso es! —afirmó Barak—. ¡Es la señal! ¡Levad anclas! —ordenó a sus hombres. De pronto, las llamas de dos fuegos diferentes se alzaron bajo las altas y oscuras murallas de Thull Mardu, y pudieron ver varias siluetas imprecisas a su

alrededor. En ese preciso instante, se oyó el ruido de pesadas cadenas en el interior de la ciudad y un fragoroso chirrido, mientras la enorme puerta descendía, imponente, para formar un puente sobre el canal norte del río—. ¡A los remos! —gritó Barak a la tripulación, y giró el timón con fuerza en dirección al puente.

En lo alto de las murallas aparecieron más antorchas y se oyeron gritos de alarma. En algún lugar, una campana empezó a resonar con un tañido imperioso.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Anheg, rebosante de alegría mientras palmeaba la espalda de Rhodar—. ¡Al final lo conseguimos!

—Por supuesto —respondió Rhodar con el mismo tono de felicidad—. No me golpees tan fuerte, Anheg, que me salen cardenales con facilidad.

Ya no había necesidad de no hacer ruido y se oyó una enorme ovación desde la flota que seguía a Barak. El resplandor rojizo de las antorchas iluminó las caras de los soldados, apoyados en la borda de los barcos.

De pronto, a unos veinte metros del barco de Barak, algo cayó al agua con un estrepitoso chapoteo y empapó a todos los que estaban en cubierta.

—¡Catapultas! —gritó Barak, y señaló las murallas que se alzaban ante ellos.

La pesada estructura de madera de la catapulta se balanceaba en lo alto de la muralla como un insecto gigantesco y depredador y su largo brazo se enderezaba para arrojar otra piedra a la flota que se acercaba. Pero el brazo se detuvo enseguida, porque una lluvia de flechas arrasó con todo lo que había en lo alto de la muralla. Un grupo de piqueros drasnianos, fácilmente reconocibles por sus largas picas, se apostaron en aquel punto.

—¡Tened cuidado ahí abajo! —rugió uno de ellos dirigiéndose a los que estaban al pie de la muralla.

La catapulta se desplomó y cayó con estruendo sobre el suelo empedrado.

Los cascos de los caballos retumbaban como truenos sobre el puente al irrumpir los caballeros mímbranos en la ciudad.

—En cuanto cerremos el puente, quiero que tú, la princesa y las demás mujeres os dirijáis a la orilla norte —ordenó Rhodar a Polgara—. Alejaos del peligro. Es probable que esto dure toda la noche, y no tiene sentido que os expongáis a un accidente.

—Muy bien, Rhodar —asintió Polgara—. Y tú tampoco hagas ninguna tontería. Eres un blanco bastante gordo, ¿sabes?

—Estaré bien, Polgara, pero no pienso perderme esto. —Dejó escapar una extraña risita infantil—. Hacía años que no me divertía tanto —afirmó.

Polgara se volvió para mirarlo un instante.

—¡Hombres! —exclamó con un tono que lo decía todo. Un grupo de caballeros mímbranos escoltaron a las mujeres y a Misión a una pequeña cala, a unos mil metros río arriba sobre la orilla norte, lejos de la multitud de jinetes que corrían a la ciudad

sitiada. La cala tenía una playa de arena, levemente inclinada, y estaba resguardada en sus tres lados por empinadas cuevas cubiertas de hierba. Durnik, el herrero, y Olban montaron una tienda a toda prisa, encendieron un fuego pequeño y subieron a la cueva a mirar el asalto.

—Todo va de acuerdo con los planes previstos —informó Durnik desde su puesto de vigía—. Los arcos chereks están cerrando filas sobre el canal sur. En cuanto coloquen las plataformas cruzarán las tropas que están al otro lado.

—¿Puedes ver si los hombres que están dentro ya han tomado la puerta de atrás? —preguntó Olban escudriñando la ciudad.

—No estoy seguro —respondió Durnik—, pero alcanzo a ver lucha por esa zona.

—Daría cualquier cosa por estar allí —se lamentó Olban.

—Tú te quedarás donde estás, jovencito —dijo Polgara con firmeza—. Te nombraste a ti mismo guardaespaldas de la reina de Riva, así que ahora no vas a dejarnos porque las cosas parezcan más interesantes en otro sitio.

—Sí, señora Polgara —respondió el joven rivano, súbitamente avergonzado—, es sólo que...

—¿Sólo que qué?

—Quería enterarme de lo que sucedía, eso es todo. Mi padre y mis hermanos están en la batalla y yo tengo que quedarme aquí a mirar.

Inmediatamente una gran llamarada se alzó por encima de las murallas e iluminó el río con su oscura luz roja.

—¿Tendrán la manía de quemarlo todo? —preguntó Polgara con tristeza, y suspiró.

—Supongo que eso ayuda a provocar la confusión —respondió Durnik.

—Quizá —dijo Polgara —, pero he visto esto demasiadas veces. Siempre es igual, siempre hay fuego. No tengo ganas de seguir contemplando este espectáculo.

La hechicera se volvió y se alejó despacio de la orilla.

La noche se hizo interminable. Al amanecer, cuando las estrellas comenzaban a apagarse en el cielo cada vez más claro, la fatigada princesa Ce'Nedra subió a una cueva cubierta de hierba cerca de la cala y contempló la destrucción de la ciudad de Thull Mardu con una especie de morbosa fascinación. Ardían barrios enteros y los tejados de los edificios se derrumbaban con grandes explosiones de chispas anaranjadas. Lo que había parecido tan emocionante y glorioso en su imaginación, resultaba muy distinto en la realidad y se sentía asqueada por lo que había hecho. Sin embargo, tocó el amuleto con la punta de los dedos. Necesitaba averiguar lo que estaba ocurriendo; por horribles que fueran los acontecimientos que tenían lugar en la ciudad, era peor no saber nada de ellos.

—Bonita batalla —oyó decir al rey Anheg, que parecía estar en algún lugar alto, quizás encima de las murallas.

—Simple rutina —respondió Barak, conde de Trelheim—. La guarnición de murgos resistió bastante bien, pero los thulls sólo querían rendirse.

—¿Qué hicisteis con ellos? —preguntó el rey Cho—Hag. —Los llevamos a la plaza central —respondió Barak—, donde se han entretenido matando a los grolims que sacamos del templo.

Anheg dejó escapar una risita perversa.

—¿Cómo está Grodeg? —preguntó. —Parece que se recuperará —dijo Barak.

—¡Qué pena! Cuando vi el hacha clavada en su espalda, creí que alguien me liberaba a mí de un problema.

—Le han dado demasiado bajo —replicó Barak con un deje de tristeza—. El hacha le ha roto la columna, pero no ha tocado ningún órgano vital. No podrá volver a caminar, pero todavía respira.

—No puedes esperar que un murgo haga nada bien hecho —observó Anheg, disgustado.

—Pero han conseguido reducir bastante el grupo de adeptos al culto —le recordó Barak con alegría—. Creo que no quedan más de una docena, a pesar de que pelearon con coraje.

—Para eso estaban aquí. ¿Cuánto creéis que falta para que amanezca?

—Una media hora. —¿Dónde está Rhodar?

—Él y Fulrach se fueron a saquear los almacenes —respondió el rey Cho—Hag—. Los murgos tenían provisiones aquí y Fulrach quiere confiscarlas.

—No hay duda de que lo hará —aseguró Anheg—. Tal vez debamos mandar a alguien a buscarlos, pues tenemos que empezar a pensar en salir de aquí. En cuanto amanezca, todo este humo alertará de lo que hemos hecho a cualquiera que se encuentre a cien kilómetros a la redonda. Es hora de que pongamos en marcha la flota y aún queda un largo camino hasta los fuertes del acantilado.

—¿Cuánto tiempo tardaréis en llegar al mar del Este? —preguntó el rey Cho—Hag.

—Un par de días —respondió Anheg—. Con la corriente a favor, un barco se mueve bastante rápido. Tu ejército, sin embargo, tardará una semana en volver a los fuertes, ¿verdad?

—Es probable —dijo Cho—Hag—. La infantería no puede ir demasiado deprisa. Ahí está Brendig. Lo mandaré a buscar a Rhodar. ¡Brendig! —gritó—, dile a Rhodar que venga.

—¿Qué es eso? —preguntó Barak de repente.

—¿Qué es qué? —preguntó a su vez Anheg.

—Me pareció ver algo allí, al sur, donde está esa colina.

—No veo nada.

—Fue apenas un instante, algo se movía.

—Tal vez fuera un explorador murgo que se asomó a espiar —dijo Anheg con una risita—. No creo que logremos mantener lo sucedido en secreto durante mucho tiempo.

—Ahí está otra vez —avisó Barak.

—Esta vez lo vi yo también —corroboró el rey Cho—Hag.

Se hizo un largo silencio mientras el cielo comenzaba a clarear de forma casi imperceptible. Ce'Nedra contuvo la respiración.

—¡Por Belar! —votó Anheg con todo el enojo del mundo—. ¡Si se extienden a lo largo de un montón de kilómetros!

—¡Lelldorin! —gritó Barak desde lo alto de la muralla—. Brendig ha ido a llamar a Rhodar. Búscalos y diles que suban inmediatamente. La llanura del sur está atestada de murgos.

Capítulo 16

—¡Polgara! —gritó Ce'Nedra mientras levantaba la lona que hacía de puerta de la tienda—. ¡Polgara!

—¿Qué ocurre, Ce'Nedra? —preguntó Polgara desde el interior.

—Barak y Anheg están en lo alto de las murallas —dijo la princesa, asustada—y acaban de avistar un ejército de murgos que se aproxima desde el sur.

Polgara salió a toda prisa a la luz del fuego con el soñoliento Misión de la mano.

—¿Dónde está Beldin? —preguntó. —No lo he visto desde anoche.

Polgara alzó el rostro y cerró los ojos. Al instante, se oyó un aleteo y el gran halcón se posó sobre la arena, cerca de las oscilantes llamas del fuego.

Incluso mientras volvía a su forma natural con un ligero resplandor, se notaba que Beldin estaba sudoroso y acalorado.

—¿Cómo lograron engañarte, tío? —le preguntó Polgara.

—Llevan grolims —gruñó, sin dejar de soltar tacos—. Se dieron cuenta de que los vigilaba, y avanzaban sólo por la noche protegidos por los escudos de los grolims.

—¿Dónde se escondían durante el día?

—Por lo visto en los pueblos thulls. Hay docenas de aldeas por allí y nunca les presté demasiada atención —explicó, y comenzó a soltar tacos otra vez, maldiciéndose a sí mismo por no haber advertido los movimientos del ejército murgo.

—Maldecir no te servirá de nada, tío —observó Polgara con frialdad—. Ya está hecho.

—Por desgracia hay algo más, Pol —añadió el hechicero—. Se aproxima otro ejército tan grande como éste desde el norte. Son malloreanos, nadraks y thulls. Estamos rodeados.

—¿Cuánto tardarán en alcanzarnos? —preguntó Polgara.

—No mucho —sentenció Beldin encogiéndose de hombros—. Quizás una hora; los murgos tienen que cruzar un terreno escarpado, los malloreanos llegarán antes.

Polgara comenzó a maldecir entre dientes.

—Ve a buscar a Rhodar —le dijo al jorobado—y dile que tenemos que sacar la flota de aquí inmediatamente, antes de que los angaraks traigan catapultas y destruyan los barcos que están anclados.

El deforme hechicero asintió con un gesto, se inclinó un poco y curvó los brazos como si fueran alas. Enseguida comenzó a temblar y se transformó otra vez en pájaro.

—Olban —le dijo Polgara al joven rivano—. Ve a buscar a Mandollaren y a Hettar. Envíalos aquí al instante. ¡Deprisa!

Olban la miró con asombro y corrió a su caballo.

Durnik, el herrero, se deslizó por la cuesta cubierta de hierba hasta llegar a la pequeña cala.

—Debéis ir de aquí inmediatamente —dijo muy serio—. En este lugar se librará una batalla y éste no es lugar para ninguna de vosotras.

—Yo no voy a ningún sitio, Durnik —respondió ella con un deje de disgusto en la voz—. Yo comencé todo esto y pienso quedarme hasta el final.

Ariana regresó al interior de la tienda en cuanto comprendió la situación. Pronto salió otra vez, con el gran bolso de lona donde guardaba los medicamentos.

—Señora Polgara, ¿me da su permiso para irme? —preguntó con un frío tono profesional—. En las batallas siempre hay heridos y debo ocuparme de ellos. Este lugar está demasiado lejos y escondido para traerlos aquí.

Polgara le dedicó una fugaz mirada de asentimiento.

—De acuerdo —dijo—, pero ten cuidado de no acercarte demasiado al campo de batalla.

—Iré yo contigo —dijo Taiba poniéndose la capa—. No sé mucho de estas cosas, pero tú podrías darme instrucciones.

—Acompáñalas, Durnik —le indicó Polgara al herrero—, y luego vuelve aquí. —Durnik asintió con la cabeza y ayudó a las dos mujeres a subir la empinada cuesta. Mandorallen llegó a toda prisa en su caballo con Hettar a su lado—. ¿Estás al tanto de lo que ocurre? —preguntó Polgara. Mandorallen asintió—. ¿Hay alguna posibilidad de retirarse antes de que lleguen las fuerzas enemigas?

—No, Polgara, no —respondió el gran caballero—. Están demasiado cerca. Además, nuestro propósito siempre ha sido llevar la flota cherek al mar del Este. Necesitamos ganar tiempo para que puedan navegar más allá del alcance de las catapultas angaraks.

—Yo no quería que pasara esto —dijo Polgara, y comenzó a renegar de nuevo.

Brand, el Guardián de Riva de capa gris, y el general Varana se unieron a Hettar y a Mandollaren. Los cuatro desmontaron y a pie descendieron la empinada cuesta.

—Hemos comenzado a evacuar la ciudad —dijo el corpulento rivano con su voz grave—, y la mayoría de los barcos está levando anclas. Sólo dejaremos las naves necesarias para que sirvan de puente en el canal del sur.

—¿Hay alguna posibilidad de reunir a todas las tropas en una sola orilla? —le preguntó Polgara.

—No hay tiempo, Polgara —respondió, y meneó la cabeza.

—Vamos a estar separados por el río —señaló ella—. Ninguno de los dos grupos será lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a los murgos.

—Es una necesidad táctica, mi querida Polgara —añadió el general Varana—. Tenemos que mantener posiciones en las dos orillas hasta que se haya marchado la flota.

—Creo que Rhodar ha interpretado mal las intenciones de los angaraks —dijo Brand—. Estaba tan seguro de que tanto Taur Urgas como Zakath querían evitar

bajas, que ni siquiera consideró esta posibilidad.

El general Varana entrelazó sus brazos musculosos a la espalda y caminó, cojeando, de un extremo a otro de la cala con expresión ceñuda.

—Creo que empiezo a entender el significado de la columna de murgos que vencimos en las montañas —dijo.

—¿Sí, excelencia? —preguntó Mandorallen, intrigado.

—Fue una táctica para descubrir nuestras intenciones —explicó Varana—. Los angaraks necesitaban saber cuándo íbamos a actuar. Una de las reglas básicas de la guerra es no comprometerse en conflictos serios si lo que se está llevando a cabo es una maniobra de instrucción. Esa columna era un anzuelo y, por desgracia, nosotros picamos.

—¿Quieres decir que no deberíamos haber atacado la columna? —preguntó Hettar.

—Por lo visto, no —respondió Varana con tristeza—. Al hacerlo, nos delatamos y averiguaron que esta expedición no era un pasatiempo. He subestimado a Taur Urgas; lo cierto es que regaló mil hombres sólo para descubrir nuestro propósito.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Hettar.

—Debemos prepararnos para luchar —dijo Varana—. Ojalá tuviéramos un terreno mejor, pero hay que conformarse con lo que tenemos.

Hettar miró al otro lado del río con expresión de furia en su cara de halcón.

—Me pregunto si tendré tiempo de llegar a la orilla sur —murmuró con aire pensativo.

—¿Qué diferencia hay entre un lado y otro? —preguntó Brand, perplejo.

—Los murgos avanzan hacia la otra orilla —respondió Hettar— y yo no tengo nada contra los malloleanos.

—Ésta no es una guerra personal, Hettar —señaló Varana.

—Para mí sí lo es —replicó Hettar.

—Debemos ocuparnos de la seguridad de la señora Polgara y la princesa —aconsejó Mandorallen—. Tal vez deberíamos proporcionarles una escolta que las acompañara a los fuertes del acantilado.

—Lo más probable es que tengan hombres patrullando toda la zona —dijo Barak meneando la cabeza—. No sería prudente.

—Barak tiene razón, Mandorallen —repuso Polgara al caballero—. Además, necesitáis a todos vuestros hombres aquí. —Miró hacia el noroeste—. Y para colmo, está eso —añadió mientras señalaba un grupo de nubarrones que comenzaban a teñir el cielo del horizonte. Eran de un color negro azabache y avanzaban, amenazadores, iluminados por los fogonazos intermitentes de los relámpagos.

—¿Una tormenta? —preguntó el general Varana un tanto sorprendido.

—No en esta época del año y, sobre todo, no desde allí —respondió Polgara—.

Los grolims están a punto de hacer algo y ésa será mi lucha. Preparad vuestras fuerzas, caballeros. Si va a haber una batalla, será mejor que estemos preparados para ella.

—Los barcos se marchan —informó Durnik al regresar junto con Olban a la pequeña y resguardada cala—y las tropas abandonan la ciudad.

El rey Rhodar se aproximó con la cara manchada de hollín y empapada en sudor.

—Anheg se va —dijo mientras descabalgaba.

—¿Dónde está Fulrach? —preguntó Brand.

—Está reuniendo sus tropas en la orilla sur.

—¿Eso no va a dejarnos en inferioridad de condiciones de este lado? —preguntó el general Varana muy cortésmente.

—El puente es demasiado estrecho —respondió Rhodar—, y que lo crucen los hombres suficientes para que se note la diferencia, nos llevaría mucho tiempo. Brendig ya ha puesto una cuadrilla a socavar los cimientos, así podremos derribarlo antes de que pasen los angaraks.

—¿Para qué? —preguntó Ce'Nedra.

—Thull Mardu es una posición privilegiada, Alteza —explicó el general Varana—, y es conveniente que ningún angarak entre en la isla. —Miró al rey Rhodar—. ¿Habéis pensado en alguna estrategia?

—Si es posible, tenemos que conseguir medio día de ventaja para Anheg —respondió Rhodar—. A unos cien kilómetros de aquí, el río se vuelve cenagoso, y nos convendría que cuando lleguen allí los angaraks no puedan molestarlo. Formaremos una línea de infantería tradicional con piqueros, legionarios, sendarios, etcétera. Tendremos a los arqueros de refuerzo y a los algarios para atacar por los flancos. Quiero reservar a los caballeros mímbranos hasta que los malloreanos hayan concentrado sus fuerzas para el primer ataque.

—Con todo respeto, me atrevería a decir que ésa no es una táctica para ganar, Majestad —dijo el general Varana.

—No estamos aquí para ganar, Varana —respondió Rhodar—, sino para retrasar la marcha de los angaraks unas seis horas; luego nos retiraremos. No pienso desperdiciar vidas intentando ganar una batalla en la que no tengo posibilidades. —Se volvió hacia Hettar—. Quiero que envíes a un grupo de tus hombres río abajo. Diles que eliminen a todos los malloreanos que encuentren en la orilla. Es probable que Zakath y Taur Urgas aún no se hayan dado cuenta de la importancia de la flota. Los angaraks no son buenos marineros y tal vez no hayan advertido lo que puede hacer Anheg al llegar al mar del Este.

—Con perdón, Majestad —objetó Varana—, toda esta estrategia, incluida la flota, es sólo dilatoria.

—De eso se trata —dijo Rhodar con brusquedad—. Todo esto no tiene mayor

importancia. Lo fundamental será lo que ocurra en Mallorea cuando Belgarion entre en Cthol Mishrak. Será mejor que nos pongamos en marcha, caballeros. Los mallorcanos llegarán pronto y tenemos que estar preparados para recibirlos.

Los nubarrones que Polgara había señalado se movían hacia ellos a una velocidad alarmante y avanzaban amenazantes, como un ardiente torbellino de oscuridad púrpura, sobre las patas zigzagueantes de los relámpagos. Las nubes parecían despedir un viento caliente que alisaba la hierba y agitaba con fuerza las crines y las colas de los caballos. Mientras el rey Rhodar y los otros se dirigían al encuentro del ejército mallorcano, Polgara, con la cara pálida y el cabello al viento, trepó por la empinada cuesta cubierta de hierba seguida por Ce'Nedra y Durnik, y contempló las nubes.

—Coge al pequeño, Ce'Nedra —dijo muy calmada—. No dejes que se vaya, pase lo que pase.

—Sí, Polgara —respondió Ce'Nedra, y extendió los brazos al niño.

El niño corrió hacia ella sin el menor asomo de miedo en su carita seria. La princesa lo cogió en brazos y lo estrechó con fuerza, apoyando su mejilla contra la de él.

—¿Misión? —dijo el pequeño, y señaló la nube que se acercaba.

Entonces, entre las filas de su propio ejército aparecieron tenebrosas figuras vestidas con túnicas negras. Llevaban brillantes máscaras de acero y lanzas cortas con temibles puntas afiladas. Sin pensarlo dos veces, un caballero mimbrano desenvainó la espada y hundió su cuchilla afilada en uno de los hombres enmascarados, pero la espada atravesó el cuerpo de la figura sin derribarla. Sin embargo, apenas tocarla, el caballero recibió la descarga de un rayo sobre la parte superior de su casco. El rayo se adhirió al casco como una ardiente serpiente de luz, mientras el mimbrano se retorció en medio de tremendas convulsiones. Luego salió humo por la mirilla del visor y el caballero se carbonizó dentro de la armadura. El caballo se desplomó sobre sus patas delanteras y aquella luz vacilante tenebrosa los consumió a los dos. El rayo desapareció y el animal y su jinete cayeron al suelo.

Polgara chasqueó los dedos en señal de desaprobación y alzó la voz. No parecía hablar demasiado alto, pero sus palabras llegaron a los oídos de todos los hombres del ejército.

—No toquéis las sombras —advirtió—. Son apariciones grolims y no pueden haceros daño a no ser que las toquéis. Están aquí para conducir los rayos hacia vosotros, así que manteneos apartados de ellas.

—Pero, señora Pol —protestó Durnik—, las tropas no podrán ocupar sus posiciones si tienen que ocuparse en esquivar las sombras.

—Yo me ocuparé de ellas —respondió Polgara con voz siniestra.

Alzó las dos manos sobre su cabeza con los puños apretados.

Concentrada y absorta, con una expresión terrible en la cara, la hechicera pronunció una sola palabra mientras abría los brazos. Al instante, la hierba que se había inclinado hacia ellos con el viento cálido previo a la tormenta, se allanó en dirección opuesta con la fuerza del poder de Polgara. A medida que aquella fuerza tocaba a cada una de las apariciones grolims, las figuras parecían encogerse y marchitarse hasta explotar en fragmentos en la oscuridad con apagadas detonaciones.

Después de hacer desaparecer la última sombra, Polgara jadeaba de agotamiento, y si Durnik no hubiese corrido a su lado para sostenerla, se habría caído al suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupado.

—Lo estaré dentro de un instante —dijo Pol, y se apoyó en él—. Ha sido un gran esfuerzo —añadió con una sonrisita cariñosa, e inclinó la cabeza en un gesto de agotamiento.

—¿No volverán? —preguntó Ce'Nedra—. Lo que has hecho no ha afectado a los grolims, sino a sus sombras.

—Oh, sí que los ha afectado —dijo Polgara iniciando débilmente una sonrisa—. Esos grolims ya no tienen sombras y no volverán a proyectar otras apariciones.

—¿Nunca? —preguntó Ce'Nedra, asombrada. —Nunca.

En ese momento Beldin bajó en picado, entre una ventolera que le arrancaba las plumas.

—Tenemos trabajo, Polgara —refunfuñó mientras se transformaba en hombre—. Habrá que romper esta tormenta que traen desde el oeste. Ya he hablado con los gemelos. Ellos se ocuparán de la zona sur y tú y yo nos encargamos de ésta. —Ella lo miró con expresión inquisitiva—. Su ejército avanza detrás de la tormenta —explicó él—, así que no tiene sentido intentar detenerla ahora. Lo que debemos hacer es romper las últimas nubes y descargar la tormenta sobre los angaraks.

—¿Cuántos grolims están trabajando en la tormenta, tío? —preguntó ella.

—¿Quién sabe? —respondió encogiéndose de hombros—. Pero están utilizando hasta su última reserva de poder para mantenerla controlada. Si los cuatro atacamos al mismo tiempo, las presiones de la misma tormenta harán el resto.

—¿Por qué no dejar que pase? —preguntó Durnik—. Nuestros soldados no son niños y no se dejarán vencer por una pequeña borrasca.

—Esto no es una pequeña borrasca, herrero —dijo Beldin con acritud, cuando una gran piedra blanca cayó al suelo con estrépito a pocos metros de allí—. Si te cae una de esas piedras de granizo en la cabeza, dejará de importarte quién gane la batalla.

—Tienen el tamaño de huevos de gallina —dijo Durnik, atónito.

—Y es probable que se hagan aún más grandes. —Beldin se volvió otra vez hacia Polgara—. Dame la mano. Le haré la señal a Beltira y atacaremos al mismo tiempo. Prepárate.

Más piedras cayeron sobre el blando suelo y una particularmente grande se rompió en mil pedazos al chocar con virulencia contra una roca. Desde el lugar donde estaba el ejército se oía el golpeteo intermitente de granizo sobre las armaduras de los caballeros mimbranos y sobre los escudos levantados de la infantería.

Poco después, junto con el granizo, comenzó a llover; una verdadera cortina de agua empujada por el viento se cernía sobre ellos. Era imposible ver nada y casi imposible respirar. Olban dio un salto para proteger a Ce'Nedra y a Misión. De pronto, una piedra le golpeó el hombro y el joven dio un respingo, pero no movió la mano que sostenía el escudo.

—Ya cae, Polgara —gritó Beldin—. Hagámoslo una vez más, hagamos que se traguen su propia tormenta.

La cara de Polgara se desfiguró adoptando en su concentración una expresión angustiada y estuvo a punto de caerse cuando ella y Beldin liberaron sus poderes hacia el cielo arrollador. Las fuerzas chocaron con un rugido inimaginable y el cielo se desgarró mientras los relámpagos titubeaban, serpenteantes, en el aire lleno de humo. Rayos incandescentes chocaban unos contra otros en el cielo y descargaban una lluvia de fuego sobre la tierra. En medio de aquel diluvio, los hombres caían, calcinados al instante y convertidos en pellejos negros y humeantes, pero no sólo el Oeste sufría bajas.

La gran tormenta con sus insoportables presiones retrocedía ante la fuerza de los poderes combinados de Beldin y Polgara en la orilla norte y de los gemelos en la orilla sur, y las tropas de malloranos recibieron de lleno la descarga. Una cortina de rayos barrió sus apretadas filas como una escoba cegadora y sembró el suelo de humeantes cadáveres. Los hechiceros desgarraban como una tela la tormenta que los grolims habían empujado hacia el río, los fuertes ventarrones invirtieron su marcha y soplaron hacia atrás con fuertes rugidos, dejando caer la lluvia y el granizo sobre las tropas angaraks.

Desde el centro mismo de la horrible nube que los cubría, oscuros torbellinos con forma de dedos se contornearon y se extendieron por el suelo con terrible estrépito. Por fin, uno de esos túneles tocó la tierra con una sacudida casi espasmódica en el centro mismo de las tropas de los malloranos vestidos de rojo. A uno y otro lado de su terrible vórtice saltaban los escombros, mientras el torbellino, con una fuerza descomunal, abría una ruta irregular de doscientos metros de ancho a través de las filas enemigas. Los huracanados vientos arrastraban hombres y caballos; a ambos lados de la guadaña destructiva que avanzaba inexorable entre las tropas, caía una lluvia de trozos de armadura, de túnicas rojas y de cosas peores sobre los aterrorizados malloranos.

—¡Maravilloso! —exclamó Beldin rebotando de alegría, mientras saltaba en grotescas demostraciones de felicidad.

De pronto sonó un enorme cuerno y se abrieron las apretadas filas de piqueros drasnianos y legionarios, situadas frente a los tambaleantes malloreanos. Detrás de ellos, con la armadura chorreando, Mandorallen condujo el ataque de los mimbranos. Los caballeros arremetieron con todas sus fuerzas contra los confusos y desmoralizados malloreanos y el terrible estruendo del impacto estuvo acompañado por gritos de dolor. Fila tras fila de asustados malloreanos sucumbieron bajo el ataque, y después de algunas vacilaciones, decidieron huir. Pero mientras escapaban, los clanes algarios atacaron por ambos lados con sus sables resplandecientes bajo la lluvia.

Volvió a sonar el cuerno de Mandorallen. Los mimbranos se detuvieron, dieron media vuelta y volvieron atrás, dejando una estela de devastación a sus espaldas.

La lluvia aflojó poco a poco hasta reducirse a una ligera llovizna intermitente y pequeños retazos de azul aparecieron entre las nubes. La tormenta de los grolims había estallado y caía sobre las llanuras de Mishrak ac Thull.

Ce'Nedra miró a la orilla sur y vio que allí también había escampado y que las tropas de los reyes Cho—Hag y Korodullin arremetían contra las primeras filas del desmoralizado ejército murgo. Luego la princesa volvió la vista al canal sur.

El puente de barcos chereks se había dispersado durante la fuerte tormenta y en aquel lado de la isla sólo se veía agua. Las tropas que aún quedaban en la ciudad cruzaban el puente en dirección a la orilla norte. El último en cruzar fue un joven sendario que, apenas llegó a la orilla, echó a correr río arriba. En cuanto estuvo más cerca, Ce'Nedra lo reconoció: era Rundorig, el amigo de la infancia de Garion, y era evidente que estaba llorando.

—¡Maldito sea, Durnik! —sollozó al llegar junto a ellos—. Doroon ha muerto.

—¿Qué dices? —preguntó Polgara, y alzó su cara cansada con un movimiento brusco.

—Doroon, señora Polgara —lloró Rundorig—. Se ha ahogado. Estábamos cruzando hacia la orilla sur cuando la tormenta rompió las cuerdas que unían los barcos. Doroon cayó al agua y no sabía nadar. Intenté salvarlo, pero se hundió antes de que pudiera llegar hasta él —añadió el joven mientras escondía la cara entre las manos.

El rostro de Polgara cobró una palidez cadavérica y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ocúpate de él, Durnik —le dijo al herrero, y se alejó acongojada con la cabeza baja.

—¡Yo lo intenté, Durnik! —exclamó Rundorig, todavía entre sollozos—. De verdad, traté de alcanzarlo, pero había demasiada gente en mi camino y no llegué a tiempo. Vi cómo se hundía y no pude evitarlo.

Durnik apoyó un brazo sobre los hombros del lloroso joven con expresión muy

sería. Sus ojos también estaban llenos de lágrimas, pero no dijo nada.

Ce'Nedra, sin embargo, se sentía incapaz de llorar. Ella había arrancado a esos jóvenes pacíficos de sus casas, los había arrastrado hasta el otro extremo del mundo, y ahora uno de los amigos más antiguos de Garion había muerto en las frías aguas del río Mardu. No podía dejar de pensar en la muerte, pero las lágrimas no llegaban. Una rabia contenida embargaba su corazón.

—¡Mátalos! —dijo de pronto, mientras se volvía hacia Olban.

—¿Majestad? —preguntó Olban, atónito.

—¡Ve! ¡Coge tu espada y acude allí! Mata a tantos angaraks como puedas. Hazlo por mí, Olban, mátalos por mí —y tras aquellas palabras, rompió a llorar.

Olban miró primero a la llorosa princesita y luego a las largas filas de malloreanos aún aturridos por el feroz ataque de los caballeros mimbranos. Luego desenvainó su espada en un arrebato de dicha.

—¡Como mi reina ordene! —gritó, y corrió hacia su caballo. Aunque las primeras filas de los malloreanos huían, perseguidos por los sables de los algarios, sus compatriotas llegaban al campo de batalla en grupos cada vez más numerosos y pronto las bajas colinas del norte estuvieron atestadas de combatientes. La tierra misma parecía sangrar con el rojo de sus túnicas. Sin embargo, no fueron los malloreanos los que encabezaron el siguiente ataque, sino los thulls con sus chaquetas del color del barro, que tomaban posiciones de mala gana. Detrás de ellos, malloreanos montados a caballo los amenazaban con sus látigos.

—Es una típica estrategia malloreana —gruñó Beldin—. Zakath quiere que muera la mayor cantidad posible de thulls, pues intenta reservar a sus propios hombres para la campaña contra Taur Urgas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ce'Nedra, con la cara bañada en lágrimas, al deforme hechicero.

—Matar thulls —dijo él con brusquedad—. Uno o dos ataques de los caballeros mímbranos bastarán para desmoralizarlos. Los thulls no son muy buenos soldados y huirán en cuanto se presente la ocasión.

Mientras las perezosas tropas de Mishrak ac Thull descendían como un río de barro por la colina en dirección a la compacta hilera de piqueros y legionarios, los arqueros asturios, que estaban detrás de la infantería, alzaron sus arcos y levantaron una sólida cortina de flechas de un metro de largo. Los thulls gemían de dolor mientras caían, fila tras fila, bajo la asoladora tormenta de flechas. Los gritos de los malloreanos que estaban a sus espaldas se volvían cada vez más desesperados y el estruendo de sus látigos llenaba el aire.

Volvió a sonar el cuerno de Mandorallen, las tropas de infantería se abrieron y los caballeros mimbranos atacaron otra vez. Los thulls miraron a los hombres vestidos de acero y a los caballos que se dirigían hacia ellos y escaparon rápidamente,

atropellando a los malloreanos de los látigos en su desesperada huida.

—Bien por los thulls —gruñó Beldin lleno de satisfacción, mientras observaba la fuga con una sonrisa maliciosa—. Supongo que después de esto Zakath tendrá una charla muy seria con el rey Gethell.

Los caballeros de Mandorallen volvieron a ocupar sus posiciones detrás de la infantería y los dos ejércitos se miraron con rabia, separados por un campo sembrado de cadáveres angaraks.

De pronto, un frío invernal se apoderó del campo de batalla e hizo temblar a Ce'Nedra. A pesar de que el sol se asomaba entre las nubes rotas de la tormenta, no irradiaba calor; aunque el viento había dejado de soplar, hacía cada vez más frío. Del suelo y de la oscura superficie del río comenzaron a levantarse hilos de niebla.

Beldin chasqueó la lengua disgustado.

—Polgara —le dijo en un murmullo a la desconsolada hechicera—, te necesito.

—Déjame en paz, tío —respondió con la voz todavía ahogada por el dolor.

—Podrás llorar más tarde —sugirió el hechicero—. Los grolims están sacando el calor del aire. Si no levantamos una ventolera, la niebla se hará tan densa que no podremos ver.

—Tú no respetas nada, ¿no es cierto? —dijo ella, mientras se volvía a mirarlo con expresión gélida.

—No demasiado —admitió —, pero eso no tiene nada que ver. Si los grolims consiguen levantar un buen banco de niebla, tendremos a todas las inmundas tropas del ejército malloreano frente a nosotros antes de darnos cuenta. Vamos, Pol. En la guerra, la gente muere, es inevitable. Ya tendrás tiempo de ponerte sentimental más tarde —añadió, y le tendió su mano nudosa y arrugada.

Los hilos de niebla comenzaban a hacerse más densos y ya formaban pequeñas bolsas. El sucio campo de batalla pareció temblar ante la infantería y luego desapareció por completo, mientras la niebla se alzaba como una pared blanca.

—Viento, Pol —dijo Beldin mientras cogía la mano de la hechicera—, todo el viento que seas capaz de levantar.

La batalla que siguió fue muy silenciosa. Polgara y Beldin, con las manos unidas, se concentraron en su voluntad y liberaron su poder, primero como un tanteo, buscando algún punto débil en la masa de aire quieto que aprisionaba la espesa niebla entre las orillas del río. Pequeñas brisas intermitentes perforaban los remolinos de niebla, pero se desvanecían tan rápido como se habían formado.

—Más fuerte, Pol —insistió Beldin con la cara empapada en sudor mientras luchaba contra la inmensa masa de aire inerte.

—Así no funcionará, tío —declaró Polgara, y soltó la mano del anciano. La cara de la hechicera también reflejaba un profundo cansancio—. No tenemos nada a qué aferramos. ¿Qué están haciendo los gemelos?

—Los jerarcas de Rak Cthol acompañan a Taur Urgas —respondió el jorobado— y los gemelos ya tienen bastante con ocuparse de ellos. No podrán ayudarnos.

Polgara irguió los hombros como si intentara cobrar nuevas fuerzas.

—Estamos trabajando demasiado cerca —dijo—. Cada vez que notamos una ligera brisa, una docena de murgos se encargan de ahogarla.

—Tienes razón —asintió Beldin.

—Tenemos que llegar más lejos —continuó Polgara—. Comienza a levantar el viento lejos de su alcance, de modo que cuando llegue a ellos, ya tenga tanta fuerza que no puedan detenerlo.

—Eso es peligroso, Polgara —dijo Beldin, ceñudo—. Aunque lográramos hacerlo, los dos quedaríamos agotados, y si luego, nos atacaran de algún otro modo, no nos quedarían fuerzas para defendernos.

—Podemos correr mucho riesgo, tío —admitió ella—, los grolums son muy tercos e intentarán mantener este banco de niebla e incluso después de haber perdido todas las posibilidades de conseguirlo, de modo que ellos también se cansarán. Quizá tanto como para no intentar nada más.

—No me gustan los quizá. —¿Tienes alguna idea mejor?

—Ahora mismo, no.

—Entonces, adelante.

Volvieron a cogerse las manos y estuvieron así un rato, que a la princesa le pareció una eternidad. Con el corazón en un puño, contempló cómo los dos hechiceros, cogidos de las manos y con los ojos entornados, dirigían el poder de sus mentes hacia las cálidas y desiertas mesetas del oeste, mientras intentaban con todas sus fuerzas traer todo el aire caliente hacia el amplio valle del río Mardu. Ce'Nedra creyó sentir la opresión del frío del pensamiento grolim sostenido pesadamente sobre el aire quieto, que intentaba mantenerse y resistir todos los esfuerzos de los hechiceros por disipar la niebla sofocante.

Polgara respiraba con pequeños jadeos y su pecho subía y bajaba mientras aquel esfuerzo sobrehumano desfiguraba su rostro. Beldin, con sus huesudos hombros inclinados hacia delante, luchaba como un hombre que intenta levantar una montaña.

Luego Ce'Nedra percibió un tenue aroma a polvo y pasto seco, marchito por el sol. Fue un instante, y al principio creyó que lo había imaginado, pero luego llegó otra vez, más fuerte, y la niebla se arremolinó con languidez. Sin embargo, aquel olor volvió a desvanecerse y con él la corriente de aire que lo había traído.

Polgara rezongó, con unos sonidos casi ahogados, y la niebla comenzó a levantarse en forma de torbellino. La hierba se humedeció con gotas de rocío y se inclinó casi imperceptiblemente, mientras el olor a polvo de las mesetas thulls se hacía cada vez más penetrante.

Daba la impresión de que la concentración que había mantenido la niebla quieta

se debatía de forma desesperada, mientras los grolims luchaban por detener la creciente brisa que llegaba al valle desde las tierras áridas del oeste. Los grolims más débiles se desplomaron por empujar más allá de su capacidad, de modo que la fuerza que sostenía la niebla comenzó a vacilar y a desvanecerse.

La brisa se hizo más fuerte, hasta convertirse en un viento cálido que rizaba la superficie del río. La hierba se inclinó y la niebla comenzó a consumirse como un inmenso ser vivo, marchito al contacto del viento árido.

Ce'Nedra pudo divisar la ciudad de Thull Mardu, todavía envuelta en llamas, y las filas de la infantería formadas al otro lado del río.

El viento caliente y polvoriento sopló con más fuerza y la niebla, tan insustancial como el pensamiento que la había alzado de la tierra, se disolvió mientras el sol de la mañana se asomaba e inundaba el campo con su luz dorada.

—¡Polgara! —gritó Durnik, alarmado.

Ce'Nedra se volvió a tiempo de ver cómo Polgara, con una palidez cadavérica, se tambaleaba despacio hasta caer al suelo.

Capítulo 17

Lelldorin de Wildantor caminaba nervioso de un extremo a otro de sus filas de arqueros y sólo se detenía para escuchar algún que otro ruido procedente del campo de batalla, cubierto por la niebla, frente a la infantería.

—¿Puedes oír algo? —le preguntó con ansiedad a un legionario tolnedrano que estaba cerca.

El mismo murmullo salía de la niebla desde una docena de sitios diferentes.

—¿Puedes oír algo?

—¿Y tú? ¿Puedes oír algo tú?

—¿Qué hacen?

En algún lugar del frente se oyó un ligero chasquido.

—¡Ahí! —exclamaron todos al unísono.

—¡Todavía no! —le gritó Lelldorin a uno de sus hombres, que alzaba su arco—. Podría ser sólo un thull herido. No desperdiciéis vuestras flechas.

—¿Es la brisa? —preguntó un piquero drasniano—. ¡Por favor, Belar, que sea la brisa!

Lelldorin fijó la vista en la niebla mientras jugueteaba, nervioso, con la cuerda de su arco. De pronto sintió una tenue corriente de aire en una mejilla.

—La brisa —dijo alguien con alegría.

—La brisa —repitieron otros a lo largo y ancho de las filas.

Pero la corriente de aire se desvaneció y la niebla volvió a asentarse, más densa que antes.

Luego la niebla se movió y comenzó a arremolinarse muy despacio. Lelldorin contuvo el aliento. La bruma gris comenzaba a moverse y a ondear sobre el suelo como si fuera agua.

—¡Algo se mueve allí! —exclamó un tolnedrano—. ¡Preparaos! La niebla comenzó a moverse con mayor rapidez, diluyéndose en la brisa cálida que soplaba en el valle. Lelldorin agudizó la vista y distinguió varias figuras que se movían frente a él, a poco más de setenta pasos de la infantería.

Luego, como si toda aquella obstinada resistencia se desmoronara de golpe, la niebla tembló y desapareció, dejando paso a un sol reluciente. El campo estaba atestado de malloreanos que, deslumbrados por la súbita luz del sol, detuvieron su marcha.

—¡Ahora! —gritó Lelldorin con su arco en alto.

Tras él, los arqueros imitaron sus movimientos como un solo hombre y la súbita descarga de miles de arcos a la vez resonó como un sonoro silbido. Una cortina de flechas se alzó por encima de las apretadas filas de la infantería, que pareció quedar suspendida en el aire un instante y luego caer violentamente sobre las masas de

malloreatos.

Los enemigos no vacilaron ni se tambalearon, simplemente desaparecieron. Con un gemido ahogado y descomunal, los regimientos cayeron bajo la tormenta de las flechas asturias.

La mano de Lelldorin se inclinaba con la rapidez del rayo sobre el jardín de flechas hundidas de punta en el suelo. Extraía una nueva con facilidad, tensaba el arco y disparaba. Así una y otra vez. El manto de flechas sobre sus cabezas era como un enorme puente móvil que se arqueaba sobre la infantería y acribillaba a los malloreatos en su descenso.

La lluvia de flechas asturias avanzaba, inexorable, al otro lado del campo, y los muertos malloreatos se apilaban como fardos de heno que una enorme guadaña acabara de segar en sus filas.

El cuerno de bronce de Mandorallen resonó con su poderoso toque de llamada, las filas de los arqueros y de la infantería se abrieron y la tierra tembló con el estruendo del ataque de los caballeros mímbranos.

Desmoralizados por la tormenta de flechas y la visión de aquel implacable avance contra ellos, los malloreatos rompieron filas y huyeron.

Torasin, el primo de Lelldorin, bajó su arco para disparar a las espaldas de los derrotados angaraks mientras reía, rebosante de alegría.

—¡Lo conseguimos, Lelldorin! —gritó, todavía riendo—. ¡Los cansamos!

El joven se había vuelto y no miraba el desordenado campo de batalla. Tenía el arco en las manos, el cabello negro echado hacia atrás y una expresión de dicha le inundaba el rostro. Lelldorin siempre lo recordaría así.

—¡Tor! ¡Cuidado! —gritó Lelldorin, pero ya era demasiado tarde.

La respuesta de los malloreatos a la lluvia de flechas de los asturios fue otra tormenta: desde centenares de catapultas escondidas detrás de las bajas colinas del norte, una enorme nube de piedras apareció en el aire y se precipitó contra las tropas formadas a la orilla del río. Una piedra del tamaño de la cabeza de un hombre alcanzó a Torasin y lo arrojó al suelo.

—¡Tor! —gritó Lelldorin, angustiado, mientras corría hacia su primo herido.

Torasin tenía los ojos cerrados y le sangraba la nariz. Tenía el pecho aplastado.

—¡Ayudadme! —suplicó Lelldorin a un grupo de siervos arendianos que estaban cerca de allí.

Los obedientes siervos se acercaron a ayudarlo, pero sus ojos, que hablaban más claro que las palabras, decían que Torasin estaba muerto.

Barak estaba ante el timón de su barco con expresión sombría. Sus hombres remaban al ritmo de un tambor y el barco avanzaba río abajo.

El rey Anheg de Cherek se inclinaba sobre la borda del barco. Se había quitado el casco para que el aire fresco del río le quitara el olor a humo que tenía en el pelo. Su

cara de rasgos toscos tenía una expresión tan melancólica como la de su primo.

—¿Crees que tienen posibilidades? —preguntó.

—No muchas —respondió Barak con brusquedad—. Nunca contamos con que los murgos y los malloleanos nos atacaran en Thull Mardu. El ejército está dividido en dos por el río y las dos unidades son inferiores en número a las del enemigo. Me temo que van a salir muy mal parados. —Echó un vistazo a la media docena de pequeños botes de madera que seguían la estela del barco mayor—. ¡Acercaos más! —les gritó a los hombres de los botes.

—¡Malloleanos a la vista! ¡En la orilla norte! —gritó el vigía desde lo alto del mástil—. ¡A unos ochocientos metros!

—¡Mojad las cubiertas! —ordenó Barak.

Los marineros sumergieron cubos amarrados con cuerdas en el agua, los cargaron y empaparon las cubiertas de madera.

—Avisa a los barcos que vienen detrás —dijo Anheg a un marinero con barba que estaba en la popa.

El marinero asintió con un gesto, se volvió y alzó un palo con una bandera en la punta. Luego comenzó a agitarla para advertir del peligro a los barcos que los seguían.

—¡Tened cuidado con ese fuego! —gritó Barak a los hombres apiñados alrededor de una plataforma llena de grava y cubierta con carbón encendido—. Si incendiáis el barco, tendréis que nadar hasta el mar del Este.

Delante de la plataforma había tres pesadas catapultas, inclinadas y listas para disparar.

El rey Anheg miró hacia los malloleanos reunidos alrededor de una docena de pesadas máquinas de artillería de plaza, colocadas sobre la orilla norte.

—Será mejor que primero mandemos tus barcos de flechas —sugirió.

Barak gruñó e hizo un gesto con el brazo a las seis estrechas embarcaciones que seguían la estela de su barco. Los botes respondieron apresurando su navegar y cortando rápidos el agua. En la proa de cada bote de flechas se encontraba una catapulta de brazos largos, armada con un manojo de flechas.

Los pequeños botes adelantaron al barco ayudados por la corriente, con sus remos curvados por el esfuerzo.

—¡Cargad las catapultas! —rugió Barak, dirigiéndose a los que rodeaban el fuego encendido sobre la plataforma de grava—. Y no dejéis caer alquitrán sobre las cubiertas.

Los marineros sacaron los tres cuencos de cerámica del fuego con grandes pinzas de hierro. Los cuencos contenían una mezcla de alquitrán, resina y gasolina que se apresuraron a vaciar en barriles y envolver con trapos empapados en gasolina. Luego los colocaron en los cestos de las catapultas.

Mientras los botes de flechas avanzaban rápidos como galgos hacia la costa donde los malloreanos preparaban sus propias catapultas, los manojos de flechas salieron disparados por los brazos de cadenas de las catapultas chereks. Las flechas se elevaron con rapidez, luego pareció que estuvieran inmóviles un instante en la cúspide de su vuelo arqueado y se dispersaron en el aire hasta caer, como una lluvia mortal, sobre los malloreanos de capas rojas.

El barco de Barak, que seguía a los botes de flechas, se acercaba a la orilla cubierta de arbustos, mientras el hombretón de barba roja, con sus manazas en el timón, observaba atentamente al encargado de la catapulta, un marinero de barba gris con brazos como troncos de roble. El marinero miraba con los ojos entornados una línea de ranuras cortadas en la borda frente a la catapulta y sostenía una larga vara blanca sobre la cabeza, con la cual le indicaba el rumbo, señalando hacia la derecha o hacia la izquierda. Barak movía el timón con suavidad en respuesta a las indicaciones de la vara. Hubo un momento en que la vara se bajó de repente y Barak aferró el timón con todas sus fuerzas. Los trapos que envolvían los cuencos de cerámica ardieron en cuanto acercaron las antorchas.

—¡Disparad! —ordenó el encargado de las catapultas.

Las barras de hierro se inclinaron hacia delante con un estruendo ensordecedor y arrojaron los cuencos ardientes y su contenido sobre los malloreanos y su artillería. Los cuencos se rompieron con el impacto y produjeron una lluvia de fuego. Las catapultas malloreanas fueron abrasadas por las llamas.

—Buen tiro —señaló Anheg con tono profesional.

—Un juego de niños —dijo Barak encogiéndose de hombros—. En realidad, un blanco en la orilla no constituye un gran desafío. —Se volvió para mirar atrás. Los botes de flechas del barco de Gredlik avanzaban a toda velocidad hacia los malloreanos y las catapultas estaban preparadas—. Los malloreanos no parecen más listos que los murgos. ¿No se les ha ocurrido pensar que nosotros también podríamos disparar?

—Es un defecto propio de los angaraks —respondió Anheg que se manifiesta en todos sus escritos. Torak nunca los alentó a pensar con creatividad.

—¿Sabes una cosa, Anheg? —le dijo Barak a su primo con una mirada desconfiada—. Creo que todas esas objeciones que expusiste en Riva, con relación al liderazgo de Ce'Nedra, no eran sinceras. Tú eres demasiado inteligente como para mostrarte tan terco con algo que en realidad no tenía importancia. —Anheg le respondió con un guiño—. Por algo te llaman Anheg el astuto —rió Barak—. ¿Por qué lo hiciste?

—Para convencer a Brand —sonrió el rey Cherek—. Si le hubiéramos dado la oportunidad, habría detenido a Ce'Nedra. Los rivanos son muy conservadores, Barak. Yo me alié a Brand y protesté, pero luego accedí y él se quedó sin argumentos para

negarse.

—Fuiste muy convincente. Por un momento creí que te habías vuelto loco.

—Gracias —respondió el rey de Cherek con una reverencia burlona—. Cuando tienes una cara como la mía, es fácil que la gente piense lo peor de ti, pero de vez en cuando eso te conviene. Allí vienen los algarios —añadió, y señaló las colinas detrás de las catapultas de los malloreatos. Una multitud de hombres a caballo se precipitaba desde la cima de las colinas para atacar como una jauría de lobos a los aturcidos malloreatos—. Me gustaría saber qué ha ocurrido en Thull Mardu —dijo Anheg con un suspiro—. Pero me parece que nunca nos enteraremos.

—No es muy probable —asintió Barak—. Creo que al final nos hundirán cuando lleguemos al mar del Este.

—Pero nos llevaremos un montón de malloreatos con nosotros, ¿verdad, Barak? —El hombretón respondió con una sonrisa maliciosa—. No me gusta mucho la idea de ahogarme.

—Tal vez tengas suerte y te claven una flecha en la barriga.

—Gracias —dijo Anheg con acritud.

Una hora más tarde, cuando ya habían destruido otros tres puestos angarakos en la orilla, la tierra junto al río Mardu se convirtió en un terreno cenagoso lleno de cañas y cimbreantes eneas. Anheg dio órdenes de cubrir una balsa con maderos, amarrarla a un tronco y prenderle fuego. En cuanto la madera comenzó a arder, los chereks arrojaron unos cristales verdosos al fuego, y una columna de humo verde se elevó enseguida hacia el cielo.

—Espero que Rhodar lo vea —dijo el rey de Cherek con expresión ceñuda.

—Si no lo ve él, lo harán los algarios —respondió Barak— y le avisarán.

—Espero que le den tiempo a retirarse.

—Yo también —dijo Barak—, pero como dijiste, tal vez nunca lo sepamos.

El rey Cho—Hag, jefe de los clanes algarios, acercó su caballo al del rey Korodullin de Arendia. La niebla casi había desaparecido y sólo quedaba una fina bruma. No muy lejos de allí, los gemelos hechiceros, Beltira y Belkira, estaban sentados en el suelo, extenuados por el esfuerzo, agitados y con las cabezas pegadas al pecho. Cho—Hag se estremeció al pensar lo que podría haber ocurrido si aquellos dos ancianos piadosos no hubieran estado allí. Las horribles apariciones que los grolims habían creado poco antes de la tormenta habían aterrorizado incluso a los guerreros más valientes. Luego se había desatado una tormenta descomunal sobre el ejército y, más tarde, una niebla asfixiante. Sin embargo, los dos hechiceros de expresión dulce, habían resistido los ataques de los grolims con serena resolución. Ahora se aproximaban los murgos y la hechicería dejaba paso a las armas.

—Dejémoslos acercarse un poco más —aconsejó el rey Cho—Hag, mientras él y Korodullin contemplaban el verdadero océano de murgos que avanzaba hacia las filas

de piqueros drasnianos y legionarios tolnedranos.

—¿Estáis seguro de vuestra estrategia, Cho—Hag? —preguntó el joven rey arendiano con una mueca de preocupación—. Los caballeros de Mimbre siempre atacan de frente. Vuestra propuesta de hacerlo por los flancos es muy peculiar.

—De ese modo morirán más murgos, Korodullin —respondió Cho—Hag mientras acomodaba sus débiles piernas en los estribos—. Cuando tus caballeros ataquen por los flancos, lograrán separar regimientos enteros del enemigo. Luego la infantería se encargará del resto.

—Me resulta extraño contar con hombres de a pie —confesó Korodullin—. Respecto a combates de infantería mi ignorancia es enorme.

—No eres el único, amigo —dijo Cho—Hag—. Para mí es tan raro como para ti. Pero seríamos injustos si no permitiéramos que los hombres de a pie mataran unos pocos murgos, ¿verdad? Después de todo, han recorrido un largo camino hasta llegar aquí.

El rey de Arendia reflexionó con seriedad sobre aquellas palabras. Era evidente que no tenía el menor sentido del humor.

—No lo había pensado —confesó—. Debo admitir que sería muy egoísta de nuestra parte el negarnos a concederles algún papel en la batalla. ¿Cuántos murgos creéis que sería su justa ración?

—¡Oh!, no lo sé —respondió Cho—Hag haciendo un esfuerzo para contener la risa—. Supongo que algunos miles, aunque tampoco es necesario que nos pasemos de generosos.

—Es difícil determinar la línea que separa la mezquindad de la estúpida prodigalidad —dijo Korodullin con un suspiro.

—Es uno de los precios que hay que pagar por ser rey, Korodullin.

—Tenéis mucha razón, Cho—Hag, mucha razón. —El joven rey de Arendia volvió a suspirar y se concentró en el problema de cuántos murgos podía permitirse regalar—. ¿Pensáis que dos murgos por cabeza serían suficientes? —preguntó, dubitativo.

—Me parece justo.

—Entonces eso es lo que les concederemos —declaró Korodullin con una sonrisa de alivio—. Antes de ahora nunca había hecho divisiones con murgos, pero no es tan difícil como imaginaba.

El rey Cho—Hag soltó una carcajada.

Ariana rodeó con sus brazos los hombros temblorosos de Lelldorin y lo apartó con cuidado de la camilla donde yacía su primo muerto.

—¿No puedes hacer nada, Ariana? —suplicó con la cara bañada en lágrimas—. Tal vez algún tipo de vendaje y una pócima.

—Esto va más allá de mis conocimientos, mi señor —respondió Ariana con

dulzura—, y comparto vuestro dolor por su muerte.

—No pronuncies esa palabra, Ariana. Torasin no puede estar muerto.

—Lo siento, mi señor —dijo ella con simpleza—. Él se ha ido y ninguna de mis medicinas ni mis habilidades puede traerlo de vuelta.

—Polgara podría hacerlo —afirmó Lelldorin con una esperanza imposible en sus ojos—. Manda a buscar a Polgara.

—No puedo enviar a ningún hombre al otro lado, mi señor —dijo Ariana mientras recorría con la vista la improvisada tienda donde ella, Taiba y otros más atendían a los heridos—. Los hombres heridos que tenemos aquí necesitan todos nuestros cuidados y nuestra atención.

—Entonces iré yo —dijo Lelldorin con los ojos arrasados en lágrimas, y salió de la tienda.

Ariana suspiró con tristeza y cubrió la pálida cara de Torasin con una manta. Luego se volvió otra vez hacia los heridos que los soldados iban trayendo, sin cesar, a la tienda.

—No os preocupéis por él, señora —le dijo un siervo arendiano de cara delgada mientras ella se inclinaba sobre un compañero. Ariana le dirigió una mirada inquisitiva—. Está muerto —explicó el siervo—. Una flecha malloreana le atravesó el pecho.

—Bajó la vista para mirar la cara del muerto—. ¡Pobre Detton! —exclamó con un suspiro—. Murió en mis brazos. ¿Sabéis cuáles fueron sus últimas palabras? —Ariana negó con la cabeza—. Dijo: «Al menos tuve un buen desayuno», y murió.

—¿Por qué lo habéis traído aquí si sabíais que ya estaba muerto? —le preguntó Ariana amablemente.

—Para no dejarlo tendido en el barro como un perro —respondió el siervo de cara delgada con expresión sombría—. Nadie en su vida lo trató como se merecía. Era mi amigo y no he querido abandonarlo allí como si fuera un montón de basura —añadió con una sonrisa amarga—. No creo que le importe demasiado, pero éste es un lugar más digno. —El siervo palmeó con torpeza el hombro de su amigo muerto—. Lo siento, Detton —dijo—, pero debo volver a la lucha.

—¿Cuál es vuestro nombre, amigo? —preguntó Ariana. —Me llamo Lammer, señora.

—¿Os necesitan con urgencia en la batalla?

—Lo dudo, mi señora. He estado disparando flechas a los malloreanos. No soy muy bueno, pero se supone que debo hacerlo.

—Entonces yo os necesito más aquí —afirmó ella—. Tengo muchos heridos y pocas manos que me ayuden a atenderlos. A pesar de vuestra expresión dura, creo ver una gran compasión en vuestra alma. ¿Me ayudaréis?

—¿Qué queréis que haga? —preguntó después de reflexionar un momento.

—Taiba está hirviendo tela para vendajes. Ocupaos primero del fuego, luego quiero que entréis una carretilla con mantas que hay fuera. Más tarde ya encontraré otras tareas para vos, noble Lammer.

—De acuerdo —respondió lacónicamente Lammer mientras se dirigía hacia el fuego.

—¿Qué podemos hacer por ella? —le preguntó Ce'Nedra al deforme hechicero.

La princesa tenía la vista fija en la cara pálida e inconsciente de la hechicera, que yacía, agotada, entre los brazos de Durnik.

—Dejadla dormir —refunfuñó Beldin—. Estará bien dentro de un día o dos.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Durnik, preocupado.

—Está agotada —respondió Beldin con brusquedad—. ¿No es obvio?

—¿Sólo por levantar una ligera brisa? La he visto hacer cosas que parecían mucho más difíciles.

—No tienes la menor idea de lo que dices, herrero —gruñó Beldin. El deforme hechicero también estaba pálido y temblaba—. Cuando uno intenta cambiar el tiempo, se enfrenta con las fuerzas más poderosas de la naturaleza. Preferiría detener una marea o trasladar una montaña a hacer soplar el viento cuando el aire está en calma.

—Pero fueron los grolims los que crearon la tormenta —dijo Durnik.

—El aire ya se movía, pero cuando está sereno es muy distinto. ¿Tienes la menor idea de cuánto aire necesitas mover para levantar la brisa más tenue? ¿Sabes qué tipo de presiones están implicadas en el proceso y cuánto pesa el aire?

—El aire no pesa nada —protestó Ce'Nedra.

—¿De veras? —preguntó Beldin con tono sarcástico—. Me alegra saberlo. ¿Ahora podríais cerrar el pico y darme un respiro?

—Pero ¿por qué ella se ha desmayado y tú no? —preguntó Ce'Nedra.

—Yo soy más fuerte que ella —respondió Beldin—, y más malvado. Pol pone todo su corazón en las cosas y se pone nerviosa. Siempre lo ha hecho. Ha empujado más de lo que le permitían sus fuerzas y se ha agotado. —El hombrecillo deforme se irguió, sacudió su cuerpo como un perro que sale del agua y miró a su alrededor con expresión sombría—. Tengo cosas que hacer —dijo—. Creo que hemos cansado a los grolims malloranos, pero será mejor que eche un vistazo, sólo por seguridad. Vosotros quedaos aquí con Pol y cuidado al pequeño —añadió mientras señalaba a Misión, que aguardaba muy serio en la cala cubierta de arena.

Luego Beldin se agachó, se transformó en pájaro y levantó el vuelo casi antes de que sus alas se formaran del todo.

Ce'Nedra contempló su ascenso en leves giros y luego se volvió otra vez hacia la inconsciente Polgara.

Los caballeros mimbranos atacaron en el último momento. Bien pertrechados con

armaduras y montados en sus fuertes caballos, a todo galope y lanza en ristre arremetieron desde los flancos como si fueran dos enormes guadañas, dividiendo las hordas de murgos que avanzaban hacia los piqueros y los legionarios. Los resultados fueron devastadores. El aire se llenó de un ensordecedor griterío y del ronco son del choque del acero contra el acero. Los mimbranos dejaban una estela de murgos muertos a su paso, un rastro de despojos humanos de cien metros de anchura.

El rey Cho—Hag, montado en su caballo en la cima de una colina, a una distancia considerable al oeste, contemplaba la matanza y movía la cabeza con gesto de aprobación.

—Bien —dijo por fin, y miró las caras impacientes de los algarios que lo rodeaban—. Muy bien, muchachos, acabemos con las reservas de los murgos.

Y los condujo a galope hacia la base de la colina. Borearon sin dificultades las apretadas filas de las fuerzas de ataque y arremetieron contra los desprevenidos murgos que formaban la retaguardia.

Con su táctica de ataque por sorpresa los algarios entraron y salieron de la tumultuosa formación de aterrorizados murgos y dejaron tras de sí una estela de centenares de muertos. El mismo rey Cho—Hag condujo varios ataques, y sus seguidores contemplaron con asombro y con orgullo su habilidad con el sable —legendaria en Algaria—mientras asestaba mandobles como latigazos en los hombros y las cabezas de los murgos. La clave de la estrategia algaria consistía en la rapidez; hacían una súbita incursión con sus veloces caballos, prodigaban una serie de sablazos rápidos como rayos y luego huían antes de que el enemigo pudiera darse cuenta de lo que sucedía. El brazo del rey Cho—Hag era el más rápido de Algaria.

—¡Mi rey! —gritó uno de sus hombres señalando el centro de un apretado regimiento de soldados murgos que se arremolinaban en un valle, unos centenares de metros más allá—. ¡Hay una bandera negra!

Los ojos del rey Cho—Hag brillaron como hipnotizados por una loca esperanza.

—¡Traed mi bandera! —exclamó, y los algarios que llevaban el estandarte color vino y blanco del jefe supremo de los clanes galoparon con su estandarte al viento—. ¡Adelante, mis muchachos! —gritó Cho—Hag, y llevó su caballo directamente hacia los murgos concentrados en el valle.

El lisiado rey de Algaria guió a sus hombres hacia las hordas murgas con el sable en alto. Sus guerreros atacaron por el este y el oeste, pero Cho—Hag se dirigió sin dudar al centro, con la vista fija en el estandarte negro de Taur Urgas, rey de los murgos.

Entre la guardia particular, Cho—Hag divisó la cota de malla roja del mismísimo Taur Urgas.

—¡Prepárate para la lucha, cerdo murgo! —bramó el rey algario con su sable ensangrentado en alto.

Sorprendido por aquel grito, Taur Urgas dio vuelta a su caballo y se encontró cara a cara con el rey de Algaria. Los ojos se le salían de las órbitas con una mirada demente y febril y sus labios, manchados de espuma, se curvaron en una mueca de odio.

—¡Dejad que se acerque! —gritó—. ¡Abridle paso! —Los miembros de su escolta personal lo miraron atónitos—. ¡Abrid paso al rey de Algaria! —rugió Taur Urgas—. ¡Es mío! —añadió, y las tropas de murgos desaparecieron del camino de Cho—Hag.

—Así que por fin ha llegado la hora —dijo el rey algario con frialdad mientras tiraba de las riendas para detener su caballo.

—Así es —respondió Taur Urgas—. He esperado este momento durante años.

—Si lo hubiera sabido, habría venido antes.

—Hoy es tu último día, Cho—Hag —cortó el rey murgos con una mirada completamente demencial mientras la espuma le asomaba por las comisuras de los labios.

—¿Vas a pelear con amenazas y palabras vacías, Taur Urgas? ¿O es que has olvidado cómo usar la espada?

Taur Urgas desenvainó su enorme espada, dio un grito feroz y se dirigió con su caballo negro hacia el rey algario.

—¡Muere! —gritó mientras avanzaba dando mandobles con la espada al viento—. ¡Muere, Cho—Hag!

No fue un duelo; en un duelo hay ciertas reglas, y en este caso los dos reyes se abalanzaron el uno contra el otro con primitiva brutalidad, mientras el odio reprimido durante siglos hervía en sus venas. Taur Urgas, ahora completamente fuera de sí, bramaba y farfullaba palabras sueltas mientras blandía la espada contra su enemigo. Cho—Hag, frío como el hielo y con un brazo tan rápido como la movediza lengua de una serpiente, esquivaba los salvajes golpes del murgos o los detenía con su sable, que manejaba como si fuera un látigo, tocando los hombros y la cara del rey de los murgos una y otra vez.

Los dos ejércitos, asombrados por la ferocidad de la pelea, retrocedieron para dejar sitio a sus reyes.

Taur Urgas, fuera de sí, blandía su espada mientras las obscenidades brotaban de su boca llena de espuma; pero Cho—Hag, aún más frío que antes, hacía falsos amagos de golpes, detenía los de su enemigo y dirigía su sable a la cara del murgos.

Luego, abandonando el último vestigio de cordura que le quedaba, Taur Urgas llevó su caballo directamente hacia el rey Cho—Hag con un salvaje grito animal. De pie sobre los estribos, cogió la empuñadura de la espada con ambas manos y la levantó como si fuera un hacha, dispuesto a acabar de una vez con su enemigo; pero Cho—Hag giró su caballo a un lado y le clavó el sable con todas sus fuerzas. La

cuchilla se hundió en la cota de malla roja del murgos con un sonido metálico y atravesó el cuerpo tenso hasta salir por la espalda.

Taur Urgas, demasiado furioso para advertir que había recibido una herida mortal, volvió a levantar la espada, pero sus brazos se debilitaron y el arma cayó al suelo. Con absoluta incredulidad, miró boquiabierto el sable que sobresalía de su pecho, su boca se llenó de una espuma sanguinolenta y alzó sus manos como garras para arañar la cara de su enemigo, pero Cho—Hag las apartó con un gesto desdeñoso mientras extraía su sable delgado y curvo del cuerpo del murgos con un sonido viscoso.

—Y aquí acaba todo, Taur Urgas —dijo con voz gélida.

—¡No! —gimió el rey de los murgos mientras intentaba desenfundar su pesada daga.

Cho—Hag contempló sin compasión los débiles esfuerzos de Taur Urgas. De repente el rey de los murgos se deslizó de su caballo mientras un chorro de sangre oscura manaba de su boca abierta. Luego se incorporó tambaleante y comenzó a toser y a escupir sangre, al tiempo que maldecía al hombre que había logrado acabar con él.

—Sin embargo, ha sido una bonita pelea —dijo Cho—Hag con una leve sonrisa, y se volvió para irse de allí.

Taur Urgas se desplomó y furioso arañaba la tierra, presa de su impotencia.

—¡Vuelve y pelea! —sollozó—. ¡Vuelve!

—Lo siento, Majestad —dijo Cho—Hag mirándolo por encima del hombro—, pero tengo asuntos urgentes que resolver en otro sitio. Estoy seguro de que lo comprenderás —añadió, y se alejó con su caballo.

—¡Vuelve! —bramó Taur Urgas mientras escupía sangre y maldiciones y arañaba la tierra—. ¡Vuelve aquí! —Luego cayó de bruces sobre la hierba ensangrentada—. ¡Vuelve y pelea, Cho—Hag! —gimió con voz débil.

Lo último que Cho—Hag vio del rey de los murgos fue una figura tendida en el suelo que mordía la hierba y arañaba la tierra con dedos temblorosos.

Mientras Cho—Hag regresaba a su ejército, un gemido descomunal se alzó entre los numerosos regimientos de murgos, al mismo tiempo que las tropas algarias dedicaban una ovación de júbilo a su victorioso rey.

—Vuelven —anunció el general Varana con frío tono profesional mientras observaba el mar de malloreanos que se acercaba.

—¿Qué pasa con esa señal? —preguntó Rhodar con la vista fija río abajo—. ¿Qué demonios está haciendo Anheg?

Las tropas de asalto de los malloreanos atacaron con un estruendoso impacto. Los piqueros drasnianos blandieron las largas lanzas de puntas anchas, causando estragos entre sus atacantes vestidos de rojo, mientras los legionarios alzaban los escudos formando un muro sólido contra el cual los malloreanos golpeaban sin éxito. En

respuesta a una orden severa y estridente, los legionarios inclinaron un poco los escudos y asomaron las lanzas a través del espacio que quedaba entre ellos. Las lanzas tolnedranas no eran tan largas como las drasnianas, pero tenían la longitud suficiente. Un grito terrible y ensordecedor se alzó entre las primeras tropas de malloreanos que caían en tromba bajo los pies de los que venían detrás.

—¿Conseguirán abrirse paso? —jadeó Rhodar.

El rey drasniano no participaba personalmente en la batalla, pero se agitaba con cada ataque de los malloreanos como si lo hiciera.

Varana calculó la intensidad del asalto.

—No —dijo por fin —, esta vez no. ¿Has pensado cómo vas a llevar a cabo la retirada? Será un poco difícil retroceder una vez que las tropas estén luchando.

—Por eso intento reservarme a los caballeros mimbranos —respondió Rhodar—. Ahora han dejado descansar a sus caballos antes del último ataque. En cuanto recibamos la señal de Anheg, Mandorallen y sus hombres se lanzarán sobre los malloreanos por la retaguardia y los demás correremos como conejos.

—El ataque sólo los entretendrá un rato —le advirtió Varana—, pero luego volverán.

—Cerraremos filas otra vez río arriba —dijo Rhodar.

—Tardaréis siglos en llegar al acantilado si os detenéis cada medio kilómetro a pelear —objetó Varana.

—Ya lo sé —respondió Rhodar de malos modos—. ¿Tienes alguna idea mejor?

—No —dijo Varana—, sólo te avisaba.

—¿Dónde diablos está esa señal?

Mientras tanto, en una tranquila colina, a una discreta distancia de la lucha que tenía lugar en la orilla norte, el ingenuo y joven siervo del bosque arendiano tocaba la flauta. Era una melodía triste, que, con su tono melancólico, se elevaba al cielo. El joven no comprendía la guerra y se había marchado del campo de batalla sin que nadie lo notara. Ahora estaba sentado solo, en la falda de la colina cubierta de hierba, bajo la luz tibia de la mañana, poniendo todo su corazón en cada nota que salía de la flauta.

El soldado malloreano que se acercaba a él con la espada en la mano no tenía afición por la música. No sabía —ni le importaba— que la melodía que interpretaba el joven era la más hermosa que un mortal hubiera oído jamás. La música cesó de pronto para no volver a sonar nunca más.

La procesión de heridos que entraba al improvisado hospital de Ariana se hacía más numerosa y la abrumada joven mimbrana pronto se vio obligada a tomar algunas decisiones crueles: admitir sólo a los que tenían posibilidades de recuperación, y a los que estaban mortalmente heridos darles una amarga pócima de hierbas para aliviarles el dolor mientras esperaban la muerte. Cada una de estas decisiones desgarraba el

corazón de Ariana, que trabajaba con lágrimas en los ojos.

Brand, el Guardián de Riva, entró en la tienda. La cota de malla del corpulento rivano estaba salpicada de sangre y su gran escudo redondo mostraba grandes señales recibidas con la espada. Detrás de él, tres de sus hijos traían el cuerpo inconsciente y sangrante de Olban, su hermano menor.

—¿Puedes atenderlo? —le preguntó Brand a Ariana con su voz ronca.

Pero a Ariana le bastó una ojeada para saber que la herida del pecho de Olban era mortal.

—Podré aliviarle el dolor —respondió con tono evasivo, y se arrodilló junto al cuerpo del moribundo joven, le sostuvo la cabeza y le acercó una taza a los labios.

—Padre —dijo Olban con voz muy débil después de beber—, tengo algo que decirte.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde —respondió Brand—cuando mejores.

—No voy a mejorar, padre —dijo Olban con una voz apenas más audible que un murmullo.

—Tonterías —replicó Brand no muy convencido de lo que decía.

—No hay mucho tiempo, padre —dijo Olban y tosió débilmente—. Por favor, escúchame.

—Muy bien, Olban —dijo el Guardián de Riva mientras se inclinaba para oír las palabras de su hijo.

—En Riva, después de la llegada de Belgarion, yo me sentía humillado porque tú habías sido destituido. No podía soportarlo, padre —dijo Olban, y cuando volvió a toser, una espuma sanguinolenta se asomó a su boca.

—Deberías conocerme mejor, Olban —dijo Brand con dulzura.

—Ahora te conozco. —Olban suspiró—. Pero era joven y orgulloso, y pensé que Belgarion, un don nadie de Sendaria, venía a quitarte el puesto que te correspondía.

—Para empezar, no era mi puesto, Olban —dijo Brand—, sino el suyo. Belgarion es el rey de Riva y eso no tiene nada que ver con la posición o rango de uno. Es un deber..., el suyo, no el mío.

—Lo odiaba —susurró Olban—y comencé a seguirlo a todas partes. Dondequiera que él fuera, yo iba detrás.

—¿Por qué? —preguntó Brand.

—Al principio no lo sabía, pero un día le vi salir de la sala del trono con su túnica y su corona. Parecía tan orgulloso de sí mismo, como si fuera un rey de verdad y no un simple pinche de cocina sendario. Descubrí entonces lo que tenía que hacer, cogí mi daga y se la arrojé a la espalda. —La cara de Brand se paralizó al instante—. Durante mucho tiempo después de eso, intenté evitarlo —continuó Olban—. Supe que lo que había hecho estaba mal en el mismo momento en que la daga salió de mi mano, y creí que si me mantenía apartado de su camino, nunca descubriría que yo

había intentado matarle. Pero él tiene poderes, padre. Tiene formas de averiguar cosas que ningún hombre podría saber. Un día se me acercó, me devolvió la daga que le había arrojado y me prohibió que dijera a nadie lo que había hecho. Lo hizo por ti, padre, para que no te avergonzaras de mí.

Brand se puso de pie reflejando en su rostro una expresión sombría.

—Venid conmigo —le dijo a sus otros hijos—. Debemos luchar y no tenemos tiempo que perder con traidores —añadió, y le volvió la espalda a su hijo agonizante.

—Solicité su clemencia, padre —suplicó Olban—. Dedicué el resto de mi vida a proteger a la reina. ¿Acaso esto no ha servido para nada? —Brand tenía una expresión inflexible y continuó de espaldas al muchacho en trágico silencio—. Belgarion me perdonó, padre. ¿No hay compasión en tu corazón?

—No —respondió Brand con brusquedad—. No puedo perdonarte.

—Por favor, padre —suplicó—. ¿No derramarás una sola lágrima por mí?

—Ni una —respondió Brand, pero Ariana supo que mentía, pues el rivano tenía los ojos vidriosos, a pesar de su expresión pétrea.

Sin decir una palabra más, el Guardián de Riva salió de la tienda.

Los hermanos de Olban se acercaron a él en silencio y estrecharon su mano por turno antes de seguir a su padre.

Olban sollozó un momento, pero su creciente debilidad y la medicina que Ariana le había administrado pronto calmaron su dolor. Se quedó adormilado un rato sobre la camilla, luego hizo grandes esfuerzos por incorporarse y llamó a la joven mimbrana con un gesto. Ella se arrodilló junto a él, le rodeó los hombros con un brazo e inclinó la cabeza para oír sus palabras titubeantes.

—Por favor —murmuró él—, dile al rey lo que yo he dicho a mi padre y que lo siento.

Su cabeza se inclinó sobre el pecho de Ariana y murió entre los brazos de la joven.

Ariana no tuvo tiempo para llorarlo; en ese preciso momento tres soldados sendarios entraban al capitán Brendig en la tienda. Traía el brazo izquierdo roto, sin ninguna posibilidad de recuperación.

—Estábamos volando el puente que comunica con la ciudad —explicó uno de los sendarios concisamente—. No podíamos sacar uno de los soportes y bajó a cortarlo él mismo. Cuando cedió, las maderas del puente cayeron sobre él.

Ariana examinó el brazo roto de Brendig con expresión grave.

—Me temo que no hay nada que hacer, señor —dijo—. Tendremos que cortar el brazo, de lo contrario se llevará vuestra vida con él.

Brendig asintió con un gesto lleno de sensatez.

—Lo imaginaba —respondió—. Supongo que lo mejor será empezar cuanto antes.

—¡Allí! —gritó Rhodar, y señaló río abajo—. ¡El humo verde! Esa es la señal, podemos comenzar la retirada ahora mismo.

El general Varana, sin embargo, miraba hacia la orilla, río arriba.

—Me temo que es demasiado tarde —dijo en voz baja—. Una columna de mallorcanos y nadraks acaba de llegar al río por el oeste. Por lo visto, nos han cortado el paso.

Capítulo 18

La noticia de la muerte de Taur Urgas se extendió por el ejército murgos con grandes señales de duelo y descorazonó a los soldados de túnicas negras. Los hombres temían a Taur Urgas, pero su salvaje locura los llevaba a creer que eran invencibles. En cierto modo, pensaban que nadie podría interponerse en su camino y que ellos, como instrumentos del brutal poder del rey, compartían su aparente invulnerabilidad. Con la muerte de Taur Urgas, todos y cada uno de los murgos tomaron conciencia, aterrorizados, de que ellos también podían morir, y la fuerza del ataque a las tropas del Oeste decayó.

El rey Cho—Hag contempló el desmoronamiento del ímpetu de los murgos con cierta satisfacción siniestra, luego cabalgó colina abajo, hacia donde estaban las filas de la infantería y los caballeros mímbranos, para conferenciar con los demás jefes. El rey Fulrach se adelantó entre las tropas de sendarios. El rechoncho monarca de barba de color castaño tenía un aspecto casi cómico con el peto bruñido, pero su espada mostraba signos evidentes de uso reciente y su casco tenía varias abolladuras, mudas evidencias de que el rey de Sendaria había participado en la batalla.

—¿Alguna señal de Anheg? —preguntó Fulrach mientras se acercaba.

Cho—Hag negó con la cabeza.

—Pero deberíamos recibirla en cualquier momento —respondió—. Será mejor que hagamos planes. ¿Has visto a Korodullin?

—Los médicos lo están atendiendo —dijo Fulrach.

—¿Está herido?

—Creo que no es nada serio. Fue a ayudar a su amigo, el barón de Vo Ebor, y un murgos lo golpeó en la cabeza con una maza. El casco amortiguó el golpe. Le sangran un poco los oídos, pero los médicos dicen que se recobrará. El barón salió peor parado.

—¿Entonces quién está a cargo de los mímbranos?

—Andorig. Es un buen guerrero, aunque no tiene una gran inteligencia.

—Acabas de definir a la gran mayoría de los arendianos, amigo —dijo Cho—Hag riendo—. Todos son buenos en la lucha y todos tienen corta inteligencia. —Desmontó con cuidado, sujetándose para que sus débiles piernas no se curvaran—. Supongo que podremos tomar nuestras decisiones sin la ayuda de Andorig. —Miró a los murgos que se retiraban—. Creo que en cuanto veamos la señal de Anheg, debemos salir de aquí a toda prisa. Ahora mismo los murgos están desanimados, pero es probable que pronto se recuperen de la sorpresa. Fulrach asintió con un gesto.

—¿Es cierto que has matado a Taur Urgas en un duelo?

—Yo no lo llamaría duelo —dijo Cho—Hag—. Deliraba cuando se acercó a mí y ni le di tiempo de defenderse. En cuanto Anheg dé la señal, haremos que los

mímbranos ataquen la delantera de los murgos. Quizás así se dispersen y huyan, lo cual daría tiempo para que tú escaparas río arriba con tu infantería. Andorig y yo te cubriríamos hasta que te hubieras alejado lo suficiente. ¿Qué te parece?

—Eso es razonable —asintió el rey Fulrach con un gesto de asentimiento—. ¿Crees que intentarán seguirnos?

—Yo me encargaré de que eso no suceda —sonrió Cho—Hag—. ¿Tienes alguna idea de lo que pasa al otro lado del río?

—Es difícil asegurarlo, pero no parece que las cosas vayan muy bien.

—¿Se te ocurre alguna idea de cómo enviarles ayuda?

—No con tan poco tiempo —respondió Fulrach.

—A mí tampoco —dijo Cho—Hag, subiéndose al caballo—. Iré a dar instrucciones a Andorig. Mantén los ojos bien abiertos por si Anheg envía su señal.

—¡Belgarath! —llamó Ce'Nedra con la mano pegada al amuleto que pendía de su cuello—. Belgarath, ¿puedes oírme?

Estaba a pocos metros de donde Durnik intentaba poner lo más cómodamente posible a la inconsciente Polgara. La princesita tenía los ojos entornados e intentaba concentrarse con todas sus fuerzas para elevar su pensamiento al cielo y alcanzar al anciano hechicero.

—¿Ce'Nedra? —La voz del viejo era tan clara como si estuviera junto a ella—. ¿Qué haces? ¿Dónde está Polgara?

—¡Oh, Belgarath! —La princesa sollozó aliviada—. Ayúdanos. Polgara está inconsciente y los malloreanos nos atacan de nuevo. Están acabando con nosotros. Ayúdanos.

—No vayas tan deprisa —ordenó él con brusquedad—. ¿Qué le ha ocurrido a Pol? ¿Dónde estáis?

—Estamos en Thull Mardu —respondió Ce'Nedra—. Tuvimos que tomar la ciudad para que la flota cherek pudiera seguir río abajo, pero los malloreanos y los murgos nos sorprendieron. Han estado atacando desde por la mañana.

Belgarath comenzó a maldecir.

—¿Qué le ocurre a Pol? —preguntó con tono severo.

—Que los grolims levantaron una tormenta espantosa y luego una densa niebla. Polgara y Beldin consiguieron que soplara un ventarrón y luego ella se desmayó. Beldin dice que está agotada y que debemos dejarla descansar.

—¿Y dónde está Beldin?

—Dijo que iba a vigilar a los grolims. ¿Puedes ayudarnos?

—Ce'Nedra, estoy a cinco mil kilómetros de distancia. Garion, Seda y yo estamos en Malloreana, a un paso de Torak. Podría despertarlo con sólo levantar una mano, pero Garion aún no está preparado para enfrentarse con él.

—Entonces estamos perdidos —gimió Ce'Nedra.

—Para ya con eso —exigió él—. Éste no es momento para histerismos. Tendrás que despertar a Polgara.

—Lo intentamos, pero Beldin dice que debemos dejarla descansar.

—Que descanse después —replicó Belgarath—. ¿Hay por ahí esa bolsa de hierbas que siempre lleva consigo?

—Sí, creo que sí. Durnik la tenía hace un momento.

—¿Durnik está contigo? Bien. Ahora, escucha. Lo que necesitas está en una bolsita de seda. No abras frasco o botella alguna, pues ahí guarda los venenos. En una de las bolsas encontrarás un polvo de color amarillento y olor rancio. Pon una cucharadita en un cuenco de agua hirviendo, coloca el cuenco junto a la cabeza de Pol y cúbrele la cabeza y cara con un trapo para que pueda aspirar los vapores.

—¿Y eso de qué servirá?

—La despertará.

—¿Estás seguro?

—No discutas conmigo, Ce'Nedra. Ella se despertará, créeme. Esos vahos despertarían a un tronco muerto. En cuanto vuelva en sí, ella sabrá qué tiene que hacer.

Ce'Nedra vaciló un instante.

—¿Está ahí Garion? —preguntó por fin.

—Está durmiendo. Hemos pasado una noche muy dura.

—Cuando se despierte, dile que le quiero —dijo atropelladamente, pues temía que, si lo pensaba dos veces, no podría decirlo.

—¿Por qué quieres fastidiarle?

—¡Belgarath! —exclamó Ce'Nedra, horrorizada.

—Sólo bromeaba. Se lo diré. Ahora pon manos a la obra y no vuelvas a hacer esto nunca más. Intento que Torak no me descubra y eso resulta un poco difícil si tengo que gritar a alguien que está a miles de kilómetros de aquí.

—No estamos gritando.

—¡Oh!, claro que sí, es una forma especial de hacerlo, pero no dejan de ser gritos. Ahora quita la mano de ese amuleto y pon manos a la obra.

Con estas palabras, la voz del anciano se desvaneció.

Durnik, por supuesto, nunca lo comprendería, así que Ce'Nedra hizo todo lo necesario sola. Rebuscó hasta encontrar un cazo, lo llenó de agua y lo puso sobre el fuego que el herrero había encendido la noche anterior. Luego abrió la bolsa de hierbas de Polgara. Misión, el niño rubio, no se apartaba de su lado y la miraba con curiosidad.

—¿Qué haces, princesa? —preguntó Durnik, preocupado, todavía inclinado sobre Polgara.

—Estoy preparando algo que la ayude a descansar mejor —mintió Ce'Nedra.

—¿Estás segura de lo que haces? Algunos de esos productos son muy peligrosos.

—Sé lo que busco, Durnik —respondió ella—. Confía en mí. —Cuando encontró el polvo, su olor picante le llenó los ojos de lágrimas. Midió con cuidado una cucharadita y la puso en el cazo. Los vahos que salían eran muy fuertes y la princesa mantuvo la cabeza apartada mientras lo llevaba junto a Polgara. Luego lo colocó junto a la cara pálida de Polgara y tendió una capa sobre ella—. Dame un palo —le dijo al herrero.

Durnik, desconfiado, le pasó la vara partida de una flecha y Ce'Nedra levantó la capa con cuidado para hacer una pequeña tienda sobre la cara de Polgara.

—¿Y ahora qué? —preguntó Durnik.

—Ahora, a esperar —respondió Ce'Nedra.

En ese momento, sobre la cuesta cubierta de hierba que se alzaba sobre la pequeña cala, apareció un grupo de sendarios heridos que venían de la zona de combate, con los chaquetones manchados de sangre y varios de ellos con vendajes. Sin embargo, a diferencia de los demás heridos, aún llevaban las armas en la mano. Polgara comenzó a toser bajo la capa.

—¿Qué has hecho? —gritó Durnik levantando la capa bruscamente.

—Era necesario —respondió Ce'Nedra—. Hablé con Belgarath; él me dijo que la despertara y me indicó cómo hacerlo.

—¡Le has hecho daño! —acusó Durnik y con una furia impropia de él dio un puntapié al cazo, que bajó rodando hasta la orilla.

Polgara no dejaba de parpadear y de toser. Cuando por fin abrió los ojos, tenía una expresión ausente, como si no entendiera nada.

—¿Podéis darnos un poco de agua? —preguntó uno de los sendarios heridos al acercarse.

—Ahí tienes un río entero —respondió Ce'Nedra, distraída, y señaló el agua sin dejar de mirar a Polgara.

Durnik, sin embargo, observó a los hombres con expresión de asombro, y de repente se llevó la mano a la espada.

Pero los soldados vestidos de sendarios ya habían saltado el muro y se arrojaban sobre ellos, aunque fueron necesarios tres para sujetar al fuerte herrero.

—¡Vosotros no sois sendarios! —exclamó Durnik sin dejar de luchar con sus agresores.

—¡Qué listo eres! —respondió uno de ellos con un acento tan gutural que era casi incomprensible.

Mientras tanto, otro de ellos desenvainó su espada y se acercó a la aturdida Polgara.

—Deja de resistirte, amigo —le dijo a Durnik con una risita maligna—, o mataremos a esta mujer.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Ce'Nedra, indignada—. ¿Qué creéis que estáis haciendo?

—Somos miembros de la guardia de élite imperial —respondió el hombre de la espada con cortesía—. Estamos aquí, Alteza, para traeros una invitación de Su Majestad Zakath, emperador de Mallorean. Su Majestad requiere el honor de vuestra presencia en su pabellón. —La expresión del murgos se endureció y se volvió hacia sus hombres—. Traedlos —ordenó—. Salgamos de aquí antes de que venga alguien y empiece a hacer preguntas.

Están cavando —le informó Hettar al rey Rhodar señalando hacia el oeste, a su ahora bloqueada ruta de escape—. Ya han hecho una trinchera de cientos de metros a partir del río.

—¿Hay alguna posibilidad de rodearlos? —preguntó Rhodar. —Ese lado está atestado de murgos —dijo Hettar sacudiendo la cabeza.

—Entonces tendremos que enfrentarnos con ellos —decidió el rey de Drasnia.

—Yo no puedo atacar las trincheras con la caballería —señaló Hettar.

—Las atacaremos con las unidades de infantería —dijo Rhodar—. Tenemos cierta ventaja, ya que los arcos asturios tienen mayor alcance que los más pequeños de los malloreanos. Avanzaremos con los arqueros al frente. Ellos pueden barrer las trincheras y hostigar a los arqueros malloreanos que están detrás. Los piqueros irán primero. —El rey gordo y sudoroso se volvió hacia el general Varana—. ¿Crees que tus legionarios podrán desocupar las trincheras una vez que les hayamos abierto camino?

—Tenemos un fuerte entrenamiento en lo referente a combates en trincheras —asintió Varana con actitud confiada—. Desocuparemos las trincheras.

—Traeremos a los heridos con la fuerza principal —dijo Rhodar—. Que alguien vaya a buscar a Polgara y a la princesa. Es hora de marchar.

—¿Qué tarea tenéis para Hettar y para mí? —preguntó Mandorallen con absoluta calma, a pesar de haber estado peleando toda la mañana y tener la armadura llena de abolladuras.

—Tú y tus caballeros cubriréis la retaguardia —respondió Rhodar—. Mantened ese ejército lejos de mí. —Se volvió hacia Hettar—. Vosotros atacaréis a los nadraks, no quiero que se abalancen sobre nosotros cuando estemos limpiando las trincheras.

—Es una estrategia desesperada, rey Rhodar —dijo el general Varana, muy serio—. Atacar incluso las fortificaciones más improvisadas suele ser difícil, y vosotros vais a hacerlo con otro ejército a vuestras espaldas. Si vuestro ataque obtiene respuesta, quedaréis rodeados por dos fuerzas superiores que os derrotarán en el acto.

—Lo sé —admitió Rhodar con tristeza—, pero nuestra única esperanza de escapar reside en abrirnos paso entre las fuerzas que nos han bloqueado. Es imprescindible que vayamos río arriba, así que avisad a vuestros hombres que tienen

que tomar las trincheras en el primer ataque, de lo contrario todos moriremos. Muy bien, caballeros, buena suerte.

Una vez más, Mandorallen dirigió a sus hombres vestidos de acero en un feroz ataque y, también una vez más, los malloranos retrocedieron, aterrorizados por la ferocidad con que los jinetes de Mimbre hostigaron sus filas de vanguardia. En esta ocasión, sin embargo, los piqueros y los legionarios giraron hacia la izquierda en cuanto se libraron de su enemigo y abandonaron sus posiciones a todo galope para unirse a los sendarios y a los asturios que se retiraban del campo de batalla hacia el oeste.

La estrategia dilatoria de los caballeros mimbranos fue costosa. Caballos sin jinete corrían desbocados por el campo de batalla y a menudo colaboraban en la devastación, atropellando a los malloranos. Desperdigadas entre las túnicas rojas que alfombraban el campo, se veían algunas siluetas resplandecientes de caballeros caídos. Una y otra vez los mimbranos se lanzaron sobre la marea roja de malloranos, logrando retrasarlos, pero no detenerlos.

—Va a ser muy duro, Majestad —dijo el general Varana mientras cabalgaba junto al rey Rhodar hacia las trincheras que les bloqueaban el camino—. Incluso si logramos abrirnos paso, las tropas malloranas nos pisarán los talones.

—Tienes un gran talento para señalar lo obvio, Varana —respondió Rhodar—. Una vez que hayamos pasado, pondremos a los arqueros en la retaguardia para que los malloranos avancen bajo una lluvia de flechas. Eso los retendrá.

—Hasta que los arqueros se queden sin flechas —añadió Varana.

—Cuando estemos del otro lado, haré que los algarios se adelanten. Fulrach tiene un montón de carros cargados de flechas en los rápidos.

—Que están a dos días de aquí.

—¿Siempre miras el lado negativo de las cosas?

—Sólo intento anticiparme a los acontecimientos, Majestad.

—¿Te importaría hacerlo en algún otro sitio?

Los algarios se habían situado en el flanco derecho del ejército que se retiraba y se agrupaban en pequeñas y características cuadrillas, listos para atacar a los nadraks que se ocultaban en las colinas, cerca del río. Hettar, con la cola de caballo al viento, iba al frente de ellos, con el sable desenvainado y la mirada pétrea. Al principio parecía que los nadraks esperaban el ataque, pero luego, de forma inesperada, se retiraron en dirección al río.

Del centro de aquella columna se separó un grupo de hombres, media docena, con el estandarte nadrak en alto, y se dirigió hacia los algarios. Uno de los jinetes agitaba una vara con un trapo blanco en la punta. El grupo detuvo sus caballos inmediatamente a unos cien metros del caballo de Hettar.

—Tengo que hablar con Rhodar —gritó uno de los nadraks con voz estridente.

Era un hombre alto, delgado, con la cara llena de cicatrices y una barba rala. Además, llevaba una corona en la cabeza.

—¿Es un truco? —respondió Hettar también con un grito.

—Por supuesto que no, estúpido —respondió el larguirucho—, pero esto no va contigo. Ve a buscar a Rhodar.

—Vigíalos —le dijo Hettar a uno de los jefes de clanes mientras señalaba a las fuerzas de nadraks que se dirigían a las trincheras de los malloreanos—. Llevaré a este loco junto a Rhodar —añadió, y guió al grupo de nadraks hacia la infantería.

—¡Rhodar! —exclamó el hombre delgado mientras se acercaba al rey de Drasnia—. ¿Nunca contestas las cartas que recibes?

—¿Qué haces aquí, Drosta? —gritó el rey Rhodar. —Trato de cambiar de bando, Rhodar —respondió el rey Drosta lek Thun con una risotada histérica—. Me uno a ti. He estado en contacto con tu reina durante semanas. ¿No te llegó su mensaje?

—Creí que era una treta.

—Claro que es una treta —rió el rey nadrak—. Siempre me guardo una carta en la manga. Ahora mismo mi ejército te está abriendo una vía de escape, porque quieres escapar, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Yo también. Mis tropas aniquilarán a todos los malloreanos de las trincheras y luego podremos salir de aquí.

—No me fío de ti, Drosta —dijo Rhodar con brusquedad.

—¡Rhodar! —exclamó Drosta con fingida aflicción—. ¿Cómo puedes decirle eso a un viejo amigo? —volvió a reír con voz aguda y nerviosa.

—Quiero saber por qué cambias de bando en medio de una batalla, sobre todo cuando tu bando está ganando.

—Rhodar, mi reino está atestado de malloreanos, y si no te ayudo a vencerlos, Zakath se anexionará Gar og Nadrak. Es un asunto demasiado largo y complicado como para hablarlo ahora. ¿Aceptas mi ayuda?

—Acepto toda la ayuda que pueda obtener.

—Muy bien. Tal vez después podamos beber una copa juntos y charlar, pero ahora salgamos de aquí antes de que Zakath se entere de esto y venga a buscarme personalmente. —El rey de Gar og Nadrak soltó otra carcajada estridente e histérica—. Lo he conseguido, Rhodar —dijo rebosante de alegría—. Logré traicionar a Zakath y salir airoso.

—Todavía no has salido airoso, Drosta —respondió Rhodar con frialdad.

—Pero lo haré si corremos con la suficiente rapidez, Rhodar, y ahora mismo tengo muchas ganas de correr.

Zakath, el temible emperador del gran reino de Malloreia, era un hombre de estatura media, con brillante cabello negro y pálida piel aceitunada. Sus rasgos eran

armoniosos, incluso atractivos, pero sus ojos reflejaban una profunda melancolía. Aparentaba unos treinta y cinco años y llevaba una túnica lisa de lino sin ningún adorno o decoración que indicara su alto rango.

Su tienda de campaña se alzaba en el centro del campamento de malloreanos, un vasto mar de tiendas situado en la llanura de Mishrak ac Thull. El suelo de tierra de la tienda de campaña estaba cubierto con valiosas alfombras malloreanas y las lustrosas sillas y mesas tenían incrustaciones de oro y nácar. Las velas iluminaban la estancia con una luz vacilante y en algún lugar cercano un pequeño grupo de músicos interpretaba suaves melodías.

El único acompañante del emperador era una gata romana, un animal vulgar, con las patas largas y la falta de garbo característica de un felino joven. La gata jugaba con un pergamino arrugado con pasos silenciosos sobre la alfombra y un gesto de acecho en la cara, mientras Zakath la contemplaba con una mezcla de tristeza y de alegría en la mirada.

Cuando la princesa Ce'Nedra y sus amigos entraron escoltados, Zakath, sentado en un diván bajo cubierto de cojines, levantó la mano pidiendo silencio, con la vista todavía fija en la gata.

—Está cazando —murmuró con voz inexpresiva.

El felino se acercó a su supuesta presa, se agachó, sacudió las patas traseras con nerviosismo, agitó la cola y movió el lomo de un lado a otro. De pronto saltó sobre el pergamino; el papel crujió y la gata, asombrada, dio un brinco en el aire. Luego tanteó otra vez la bola con una pata, y tras descubrir las nuevas posibilidades del juego, comenzó a hacerla rodar por el suelo con una serie de manotazos cortos, mientras la perseguía con entusiasmo.

—Es una gata joven —dijo Zakath con una sonrisa triste—, aún tiene mucho que aprender. —Se puso de pie con cortesía e hizo una reverencia a Ce'Nedra—. Alteza imperial —saludó con formalidad.

Su voz era potente, pero tenía un extraño deje siniestro.

—Majestad imperial —respondió Ce'Nedra con una inclinación de cabeza.

—Por favor, buen hombre —advirtió Zakath a Durnik, que todavía sostenía a la atontada Polgara—. Trae a la dama aquí que descanse. —Señaló el diván—. Enviaré a buscar a mis médicos y ellos la atenderán.

—Sois muy amable, Majestad —dijo Ce'Nedra con aire ceremonioso, aunque sus ojos recorrían la cara de Zakath intentando descubrir algún signo que delatara sus verdaderas intenciones—. Me sorprende encontrar tanta cortesía, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias.

—Y la creencia de que todos los malloreanos son salvajes fanáticos... como los murgos —añadió Zakath con una sonrisa extraña—. La cortesía no es uno de nuestros atributos, ¿verdad?

—Nosotros tenemos muy poca información sobre Malloreia y sus habitantes —respondió la princesa—, y no sabía bien qué podía esperar de vosotros.

—Eso es sorprendente —observó el emperador—, yo tengo mucha información sobre vuestro padre y sus amigos alorn.

—Su Majestad cuenta con la ayuda de los grolims para informarse —dijo Ce'Nedra—, mientras que nosotros debemos confiar esa actividad a hombres corrientes.

—Los grolims están sobreestimados, princesa. Su primera lealtad es con Torak y la segunda con su propia jerarquía. Me dicen sólo lo que quieren, aunque de vez en cuando me las ingenio para conseguir información extra de alguno de ellos. Eso ayuda a preservar la honestidad de los demás.

Un criado entró en la tienda, se arrodilló y apoyó su cara sobre la alfombra.

—¿Sí? —preguntó Zakath.

—Su Majestad imperial pidió ver al rey de los thulls —respondió el criado.

—Ah, sí, casi lo olvidaba. Si me disculpáis un momento, princesa Ce'Nedra, un pequeño asunto requiere mi atención. Por favor, poneos cómodos. —Miró con ojo crítico la armadura de Ce'Nedra—. Después de cenar, haré que os busquen ropas más adecuadas para vos y la señora Polgara. ¿El niño necesita algo? —añadió, y miró a Misión con curiosidad, que contemplaba al gato atentamente.

—Estará bien, Majestad —respondió Ce'Nedra que, después de un rápido razonamiento, llegó a la conclusión de que tratar con aquel caballero cortés y educado podría ser más fácil de lo que esperaba.

—Haz entrar al rey de los thulls —ordenó Zakath cubriéndose los ojos con las manos en un gesto de cansancio.

—Enseguida, Majestad imperial —respondió el criado, que se levantó y salió del pabellón con el cuerpo curvado en una exagerada reverencia.

Gethell, rey de Mishrak ac Thull, era un hombre regordete, con cabello liso del color del barro. Su cara estaba muy pálida y temblaba azorado.

—Ma—majestad imperial —tartamudeó con voz gangosa.

—Has olvidado la reverencia, Gethell —le recordó Zakath con suavidad. Entonces, uno de los guardias malloreanos le asestó un puñetazo en el estómago y el monarca thull se dobló de dolor—. Eso está mucho mejor —dijo Zakath con tono de aprobación—. Te he mandado llamar porque he recibido malas noticias del campo de batalla, Gethell. Mis comandantes me informan que tus tropas no se han comportado bien durante el enfrentamiento en Thull Mardu. Yo no soy un soldado, pero se me ocurre que tus hombres podrían haber resistido al menos un ataque de los caballeros mimbranos antes de huir, pero, según me dicen, no lo hicieron. ¿Tienes alguna explicación? —Gethell comenzó a farfullar incoherencias—. Me lo imaginaba —continuó Zakath—. De acuerdo con mi experiencia, cuando la gente no hace lo que se

espera de ella es porque está mal dirigida. Por lo visto tú no te has preocupado en alentar el valor en tus hombres y ése es un error muy serio, Gethell.

—Perdóname, temible Zakath —gimió el rey de los thulls mientras se arrodillaba, aterrorizado.

—Por supuesto que te perdono, mi querido amigo —respondió Zakath—. ¡Cómo puedes pensar que no lo haría! Sin embargo, te mereces alguna reprimenda, ¿no crees?

—Acepto libremente mi total responsabilidad —declaró Gethell, todavía de rodillas.

—¡Espléndido, Gethell! ¡Absolutamente espléndido! Me alegro de que nos entendamos tan bien, así nos evitaremos escenas desagradables. —Se volvió a su criado—. ¿Tendrías la amabilidad de acompañar al rey Gethell fuera y hacerlo azotar? —preguntó.

—Inmediatamente, Majestad imperial.

Los ojos de Gethell se salían de sus órbitas mientras dos soldados lo hacían levantar.

—Bueno —dijo Zakath, pensativo—, ¿y qué podemos hacer con él después de azotarlo? —Reflexionó un momento—. ¡Ah!, ya lo sé. ¿Hay maderos fuertes por esta zona?

—Por aquí sólo hay prados, Majestad imperial.

—¡Qué pena! —exclamó Zakath con un suspiro—. Iba a hacerte crucificar, Gethell, pero supongo que tendré que olvidarlo. Tal vez unos cincuenta azotes más cumplan la misma función. —Gethell comenzó a sollozar—. ¡Oh!, vamos, mi querido amigo, eso no servirá de nada. Después de todo eres un rey y debes servir de ejemplo a tus hombres. Ahora vete, tengo invitados. Espero que el espectáculo público de tus azotes sirva de escarmiento a tu gente para comportarse mejor. Pensarán que si esto es lo que te hacemos a ti, lo que les espera a ellos es mucho peor. Cuando te recuperes, convéncelos de eso, pues la próxima vez tendré la madera necesaria a mano. Lléváoslo —ordenó a sus hombres sin volverse a mirarlos—. Perdonad esta interrupción, Alteza —se disculpó—, pero estos pequeños detalles administrativos requieren mucho tiempo. —Mientras tanto, el lloroso rey de los thulls era arrastrado fuera del pabellón—. He mandado preparar una pequeña cena para vos y vuestros amigos, princesa, con los más exquisitos manjares. Luego haré unos arreglos para que os encontréis cómodos.

—Espero que no os ofendáis, Majestad imperial —dijo Ce'Nedra con valentía—, pero siento curiosidad por saber cuáles son vuestros planes con respecto a nuestro futuro.

—Por favor, no os preocupéis, Alteza —respondió Zakath con voz monótona—. Me he enterado de que el demente de Taur Urgas ha muerto y nunca podré retribuiros

semejante servicio. Además, no tengo nada contra vosotros. —Miró hacia un rincón de su tienda, donde la gata estaba tendida boca arriba sobre el regazo de Misión y ronroneaba con alegría mientras el niño le acariciaba la barriga—. ¡Qué encantador! —murmuró Zakath con una voz extrañamente melancólica.

Luego el emperador del reino de Mallorea se puso de pie y se acercó al diván donde Durnik sostenía a Polgara.

—Mi reina —dijo con una respetuosa reverencia—, vuestra hermosura es aún mayor de lo que cuentan.

Polgara abrió los ojos y le dedicó una mirada desafiante. El corazón de la princesa se llenó de esperanza, pues la hechicera estaba consciente.

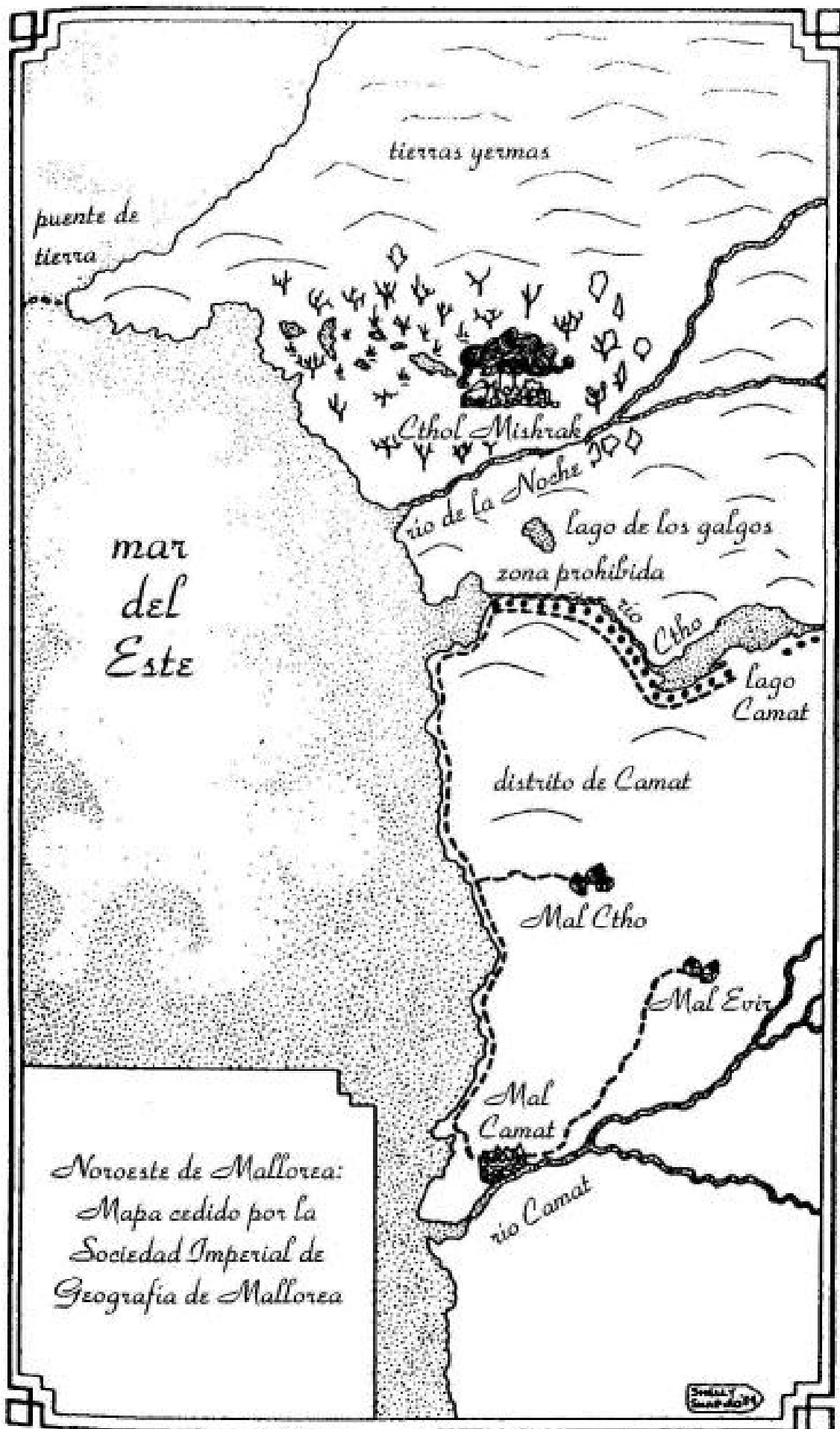
—Sois muy amable, mi señor —respondió Polgara con voz débil.

—Vos sois mi reina, Polgara —dijo Zakath—, y puedo comprender que mi dios os haya esperado durante tantos años —añadió con un suspiro mientras la melancolía volvía a apoderarse de él.

—¿Qué va a pasar con nosotros? —preguntó Durnik, que aún sostenía a Polgara con actitud protectora.

—Nuestro dios no es bueno ni amable —respondió Zakath con otro suspiro—. Si las cosas estuvieran en mis manos, todo sería muy distinto, pero nadie me ha consultado. Soy un angarak y estoy obligado a someterme a la voluntad de Torak. El sueño del dios dragón se está volviendo intranquilo, y debo obedecer sus órdenes. Por mucho que me duela, es preciso que os entregue a todos a los grolims. Ellos os llevarán junto a Zedar, discípulo de Torak en Cthol Mishrak, la Ciudad de las Tinieblas, donde él decidirá vuestro destino.

Tercera parte
— Mallorca —



Capítulo 19

Permanecieron en el recinto imperial como una semana en calidad de invitados personales del emperador Zakath, quien por alguna curiosa razón parecía encontrar un melancólico placer en su compañía. Se alojaron en el laberinto de sedosas tiendas y pabellones que ocupaban los miembros de la casa imperial, y el propio emperador se encargó de que tuvieran toda clase de comodidades.

Aquel hombre extraño y de mirada triste intrigaba a la princesa Ce'Nedra. Era la personificación de la cortesía, pero el recuerdo de la entrevista que tuviera con Gethell la asustaba. El que nunca perdiera la calma, hacía que su perfidia resultara aún más intrigante. Parecía no dormir nunca, y si en mitad de la noche sentía una inexplicable necesidad de hablar, mandaba buscar a Ce'Nedra. Jamás se disculpaba por haber interrumpido su descanso; por lo visto, no se le ocurría que eso pudiera incomodarla.

—¿Dónde hizo su entrenamiento militar el rey Rhodar? —le preguntó Zakath a la princesa en una de esas entrevistas nocturnas—. Ninguno de mis informes menciona cómo adquirió esos conocimientos.

El emperador estaba hundido entre cojines púrpura de un mullido sillón con la gata dormida en su regazo y la dorada luz de las velas sobre la cara.

—No sabría decirlo, Majestad —respondió Ce'Nedra, y se puso a jugar distraídamente con la manga de la pálida túnica de seda que le habían dado poco después de su llegada—. Conocí a Rhodar el invierno pasado.

—Es muy extraño —murmuró Zakath—. Siempre habíamos pensado que era un viejo tonto que chocheaba con su joven esposa. Nunca lo consideramos una amenaza y concentramos nuestra atención en Brand y Anheg. Brand es demasiado modesto para ser un buen jefe y Ahneg parecía tan excéntrico que no nos preocupaba, pero apareció Rhodar y se hizo cargo de todo. Los alorn son un verdadero enigma, ¿no es cierto? ¿Cómo Puede soportarlos una sensata joven tolnedrana?

—Tienen cierto encanto, Majestad —dijo con una sonrisita graciosa.

—¿Dónde está Belgarion? —preguntó cambiando de conversación.

—No lo sabemos, Majestad —respondió Ce'Nedra, evasiva—. Polgara estaba furiosa cuando se escapó.

—En compañía de Belgarath y Kheldar —añadió el emperador—. Hemos oído hablar que le andan buscando. ¿Por casualidad lleva a Cthrag Yaska con él?

—¿Cthrag Yaska?

—La pieza ardiente, en el Oeste la llamáis el Orbe de Aldur.

—No puedo discutir ese asunto, Majestad —respondió tímidamente—, y creo que no sería correcto intentar sacarme esa información.

—Princesa —dijo él en tono de reprobación.

—Lo siento, Majestad —se disculpó ella con la tímida sonrisa infantil a la que siempre recurría como último recurso.

—Sois una joven astuta, Ce'Nedra —añadió Zakath con una sonrisa amable.

—Sí, Majestad —reconoció ella—. ¿Qué fue lo que hizo que vos y Taur Urgas enterrarais vuestra enemistad y os unierais contra nosotros? —se interesó Ce'Nedra, ansiosa por demostrar que también podía hacer preguntas sorpresa.

—No hubo alianza en nuestro ataque, princesa —respondió él—. Yo sólo respondía a Taur Urgas.

—No lo entiendo.

—Mientras él permaneció en Rak Goska, yo estuve conforme con quedarme en Thull Zelik; pero en cuanto comenzó a marchar hacia el norte, tuve que responder. El territorio thull es demasiado importante desde el punto de vista estratégico para ser ocupado por una fuerza enemiga.

—¿Y ahora qué, Zakath? —preguntó Ce'Nedra con descaro—. Taur Urgas está muerto, ¿dónde vais a buscar un nuevo enemigo?

—No me entendéis, Ce'Nedra —dijo él con una fría sonrisa—. Taur Urgas era sólo el símbolo del fanatismo de los murgos. Ctuchik y Taur Urgas han muerto, pero el reino de los murgos sigue en pie, como ocurrirá con Mallorea cuando yo haya desaparecido. Ahora, por fin, un emperador malloreano tiene la oportunidad de derrotar a Cthol Murgos y convertirse en rey supremo e indiscutible de Angarak.

—Entonces, ¿es una cuestión de poder?

—¿Qué otra cosa podría ser? —preguntó con tristeza—.

—Cuando yo era muy joven, pensé que habría algo más, pero los hechos me demostraron que estaba equivocado. —Una breve expresión de dolor se reflejó en su rostro, pero enseguida desapareció—. Con el tiempo descubriréis la misma verdad. Belgarion se volverá más frío con el paso de los años, a medida que el placer estremecedor del poder lo domine cada vez más. Cuando sólo le quede amor por el poder, él y yo nos enfrentaremos, es inevitable, como dos brazos de mar. Yo no lo atacaré hasta que su indecisión haya acabado, pues no se siente satisfacción al destruir a un hombre que no comprende la realidad. Cuando haya perdido las ilusiones y sólo le quede el ansia de poder, será entonces un oponente adecuado. —Su expresión se volvió sombría y la miraba con los ojos apagados y fríos como el hielo—. Creo que os he robado el sueño demasiado tiempo, princesa —dijo—. Id a dormir y soñad con el amor y otros absurdos. Los sueños acabarán pronto, disfrutadlos mientras podáis.

A la mañana siguiente, muy temprano, Ce'Nedra entró en el pabellón donde Polgara se recuperaba de la batalla con los grolims en Thull Mardu. La hechicera estaba consciente, pero todavía muy débil.

—Está tan loco como Taur Urgas —dijo Ce'Nedra—. Tiene tal obsesión por

convertirse en rey supremo de Angarak que no presta atención a lo que estamos haciendo.

—Eso cambiará cuando Anheg empiece a hundir los barcos de sus tropas —respondió Polgara—. Por el momento no podemos hacer otra cosa que escucharle y ser amables.

—¿Crees que deberíamos intentar escapar?

—No. —Ce'Nedra la miró asombrada—. Si esto está ocurriendo es porque debe ser así. Hay razones para que nosotros cuatro, tú, Durnik, Misión y yo, vayamos a Malloreia; no intentemos cambiar las cosas.

—¿Tú sabías que esto iba a ocurrir?

—Sabía que iríamos allí —respondió Polgara con una sonrisa cansada—, pero no tenía idea de cómo sería. Zakath no se está interfiriendo en modo alguno, por lo tanto no le provoques.

—Lo que tú digas, Polgara —concluyó Ce'Nedra con un suspiro de resignación.

A primera hora de la tarde de aquel mismo día, el emperador Zakath recibió informes de las actividades de Anheg en el mar del Este. Ce'Nedra, que estaba presente cuando llegaron los mensajes, sintió una secreta satisfacción cuando aquel hombre frío demostró los primeros signos de irritación.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó al tembloroso mensajero mientras levantaba el pergamino.

—Yo sólo traigo el mensaje, temible señor —gimió el mensajero, y se encogió ante la furia del emperador.

—¿Estabas en Thull Zelik cuando llegaron los barcos?

—Sólo había un barco, temible señor.

—¿Un solo barco de cincuenta? —preguntó Zakath con incredulidad—. ¿No vendrían los demás por la costa?

—Los marineros dijeron que no, Majestad.

—¿Qué clase de bárbaro es el rey Anheg de Cherek? —gritó Zakath dirigiéndose a Ce'Nedra—. Cada uno de esos barcos llevaba doscientos hombres.

—El rey Anheg es un alorn, Majestad —respondió Ce'Nedra con frialdad—, y los alorn son gente que no se sabe cómo van a reaccionar.

Zakath hizo un enorme esfuerzo por recuperar la compostura.

—Ya veo —dijo después de un momento de reflexión—. Éste ha sido vuestro plan desde el comienzo, ¿verdad, princesa? El ataque a Thull Mardu ha sido una forma de distraernos.

—No del todo, Majestad. Me aseguraron que la ciudad debía ser neutralizada para que la flota pudiera pasar.

—Pero ¿por qué está hundiendo mis barcos? Yo no tengo nada contra los alorn.

—Torak sí, o al menos eso me han dicho, y es él quien dirigirá las fuerzas

conjuntas de Angarak. No podemos consentir que vuestro ejército ocupe este continente, Majestad, no debemos darle esa ventaja a Torak.

—Torak está dormido y, sin duda, seguirá estándolo durante varios años.

—Nuestra información indica que no falta tanto. El propio Belgarath está convencido de que queda poco tiempo.

—Entonces debo entregaros a los grolims —dijo con expresión ceñuda—. Quería esperar a que Polgara se encontrara mejor para no someterla a los rigores del viaje, pero si lo que decís es cierto, no hay tiempo que perder. Avisad a vuestros amigos que se preparen para marchar, princesa. Partiréis de Thull Zelik mañana por la mañana.

—Como digáis, Majestad —respondió Ce'Nedra, y mientras se despedía con una reverencia, sintió que un escalofrío le corría por la espalda.

—Soy un hombre poco creyente, princesa —dijo a modo de explicación—. Cuando la ocasión lo requiere, me inclino ante el altar de Torak, pero no alardeo de ser un hombre piadoso. No quiero implicarme en una discusión religiosa entre Belgarath y Zedar, y desde luego, no voy a interponerme entre Torak y Aldur cuando ellos se enfrenten. Os aconsejaría que vos hicierais otro tanto.

—No es una decisión que esté en mis manos, Majestad. Mi participación en esto fue decidida por mí mucho antes de que yo naciera.

—¿Os referís a la profecía? —preguntó él con expresión divertida—. Nosotros, los angaraks, también tenemos una, princesa, y no creo que a la vuestra haya que darle más crédito que a la nuestra. La profecía es sólo un truco de los sacerdotes para mantener controlados a los débiles.

—O sea, que no creéis en nada, mi señor.

—Creo en mi propio poder. Ninguna otra cosa tiene sentido. Iniciaron el viaje hacia Thull Zelik, con frecuentes paradas, a través de las reseca praderas de Mishrak ac Thull, escoltados por un grupo de grolims fríos pero correctos. Ce'Nedra no sabía si su conducta respondía a las órdenes del emperador de Malloreana o al temor que sentían hacia Polgara. El calor sofocante había cesado y el aire polvoriento indicaba el final del verano. La llanura thull estaba jalonada de aldeas, grupos de chozas con techo de paja y calles de tierra. Los sacerdotes de Torak cabalgaban por los pueblecillos, con sus caras frías y altas, mientras los aldeanos los contemplaban con expresiones sombrías y temerosas.

La llanura que se extendía al oeste de Thull Zelik estaba cubierta por las tiendas rojas de la zona de estacionamiento del ejército malloreano. Sin embargo, a excepción de algunos destacamentos de vigilancia, el campamento estaba vacío. Las tropas que ya habían llegado a Mishrak ac Thull estaban con Zakath, junto a Thull Mardu, y la procesión de recién llegados se había detenido de repente.

Thull Zelik tenía el aspecto de cualquier ciudad portuaria del mundo, con olor a agua salada, pescado, alquitrán y algas podridas. Los edificios de piedra gris eran

bajos y anchos, casi como los propios thulls, y las calles adoquinadas descendían hasta el puerto, en un estuario, frente a otro puerto similar.

—¿Cómo se llama aquella ciudad? —le preguntó Ce'Nedra con curiosidad a uno de los grolims, con la vista fija en la orilla lejana, al otro lado del agua sucia.

—Yar Marak —se limitó a responder el sacerdote vestido de negro.

—¡Ah! —dijo ella, y recordó las tediosas lecciones de geografía.

Las dos ciudades, una thull y la otra nadrak, se enfrentaban a ambos lados del estuario, en la desembocadura del Cordu, y la frontera entre Mishrak ac Thull y Gar og Nadrak estaba precisamente en el centro mismo del río.

—Cuando el emperador regrese de Thull Mardu, supongo que tomará medidas para destruir ese lugar —añadió otro de los grolims—. No está satisfecho con la actitud del rey Drosta en el campo de batalla y, sin duda, querrá castigarlo.

Se dirigieron por una calle adoquinada directamente al puerto, donde había unos pocos barcos amarrados a los muelles.

—Mi tripulación se niega a zarpar —informó el capitán malloreano del barco en el que debían embarcar los grolims—. Los chereks se comportan como una jauría de lobos, queman y hunden todo lo que flota.

—La flota cherek está más al sur —objetó el sacerdote que estaba a cargo del destacamento de murgos.

—La flota cherek está en todas partes, honorable sacerdote —corrigió el capitán—. Hace dos días quemaron cuatro ciudades costeras a mil kilómetros al sur de aquí, y ayer hundieron una docena de barcos a quinientos kilómetros al norte. Ni siquiera pierden el tiempo en saquear las ciudades que queman —dijo con un estremecimiento—. ¡No son hombres! ¡Son una calamidad!

—Zarparemos dentro de una hora —insistió el grolim.

—No lo creo, a no ser que tus sacerdotes sepan remar y manejar los aparejos —dijo el capitán—. Mis hombres están aterrorizados y no zarparán.

—Los convenceremos —afirmó el grolim con tono maligno, y dio unas cuantas órdenes a sus sacerdotes.

Momentos después, construían un altar en la cubierta de popa, con un brasero encendido en el centro.

El jefe de los grolims subió al altar y comenzó a cantar con voz grave y pausada, con los brazos alzados al cielo y un brillante cuchillo en la mano derecha. Sus secuaces escogieron a un marinero al azar y lo arrastraron hacia popa; el hombre forcejeaba y no dejaba de gritar. Un instante después, Ce'Nedra vio, horrorizada, cómo lo reclinaban sobre el altar y lo mataban con indiferente eficacia. Por fin, el grolim del cuchillo levantó el corazón sangrante del muerto.

—¡Contemplad vuestra ofrenda al dios dragón de Angarak! —gritó con voz estridente.

Luego se volvió y depositó el corazón en el brasero humeante. El órgano ardió y crepitó de forma espeluznante durante un momento, y a medida que el fuego lo consumía, comenzó a ennegrecerse y a encogerse. En la proa del barco resonó un gong de hierro para celebrar el sacrificio. El grolim del altar, con las manos empapadas en sangre, se volvió a contemplar a los pálidos marineros reunidos en el centro de la cubierta.

—Nuestras ceremonias continuarán hasta que el barco zarpe —les dijo—. ¿Quién será el próximo en ofrendar su corazón a nuestro amado dios?

El barco zarpó inmediatamente.

Ce'Nedra, asqueada por lo que había contemplado, desvió la vista. Entonces vio a Polgara que, con el odio reflejado en sus ojos, parecía sumida en una tremenda confusión interior. Ce'Nedra la conocía y sabía que sólo gracias a su enorme fuerza de voluntad había evitado infligir un terrible castigo a los grolims manchados de sangre. Misión estaba junto a ella, cogido de su brazo, y la cara del niño tenía una expresión que la princesa no había visto nunca en él. Era una expresión triste y compasiva, pero al mismo tiempo llena de vigorosa resolución, y daba la impresión de que, si hubiera podido hacerlo, habría destruido todos los altares del mundo dedicados a Torak.

—Ahora iréis a la bodega —les dijo uno de sus guardianes grolims—. Pasarán unos días antes de que llegemos a las playas de Mallorea.

Navegaron hacia el norte, bordeando las costas nadraks, listos para esconderse en algún lugar de la costa en caso de que apareciera una nave cherek sobre el horizonte. Habían avanzado ya bastante, y el capitán malloreano escudriñó el mar desierto, tragó saliva y giró su timón, para huir a toda prisa a través del mar abierto hacia el este.

En cierta ocasión, un día después de abandonar la costa nadrak, divisaron una nube de humo negro que se elevaba a lo lejos, en el sur, y uno o dos días después, atravesaron una zona llena de restos calcinados, donde los cadáveres, cerúleos e hinchados, flotaban sobre las oscuras olas del mar oriental. Los asustados marineros remaban con todas sus fuerzas, sin necesidad de látigos que los alentaran a ir más deprisa.

Por fin, una mañana lóbrega en que el cielo anunciaba lluvias y el aire sofocante amenazaba tormenta, divisaron una mancha pequeña y oscura sobre el horizonte. Los marineros doblaron sus esfuerzos y se dirigieron a toda vela hacia la seguridad de la costa malloreana.

La playa donde desembarcaron los pequeños botes del barco era un acantilado cubierto de grava oscura y de salitre, donde las olas se rompían con una especie de suspiro triste y extraño. A unos metros de la orilla los aguardaba un grupo de grolims montados a caballo, con sus túnicas negras ceñidas a la cintura con bandas rojas.

—Arciprestes —dijo Polgara con frialdad—. Por lo que veo, nos escoltarán con

solemnidad.

El grolim que había dirigido el destacamento se dirigió a toda prisa al grupo que aguardaba y se postró ante ellos. Les hablaba en voz baja y respetuosa. Uno de los arciprestes, un anciano con la cara arrugada y los ojos hundidos, desmontó con cierta dificultad y se acercó al sitio donde Ce'Nedra y sus amigos acababan de desembarcar.

—Mi reina —le dijo a Polgara con una reverencia respetuosa—, soy Urtag, arcipreste del distrito de Camat. Estoy aquí con mis hermanos para escoltaros hasta la Ciudad de las Tinieblas.

—Me desilusiona no encontrar a Zedar aquí —respondió la hechicera con frialdad—. Supongo que no estará enfermo.

—No te opongas a tu inevitable destino, reina de Angarak —le aconsejó Urtag con expresión de disgusto.

—No me espera ningún destino inevitable, Urtag —dijo ella—. El que debo seguir aún no ha sido decidido.

—Yo no tengo ninguna duda al respecto —afirmó él.

—Tal vez porque nunca te has detenido a pensar en las demás opciones —respondió ella—. ¿Nos vamos, Urtag? Una playa, abierta a todos los vientos, no es el lugar más idóneo para discutir con serenidad.

Los arciprestes grolims traían caballos consigo y el grupo pronto se alejó del mar, cabalgando a través de una cadena de lomas boscosas en dirección nordeste. Los árboles que bordeaban el extremo superior de la playa de grava eran abetos de ramas oscuras, pero al llegar a lo alto de la primera loma, penetraron en un bosque de álamos de cortezas blancas. A los ojos de Ce'Nedra, los troncos fuertes y blancos parecían cadáveres y el bosque entero tenía un aire sombrío y siniestro.

—Polgara —dijo Durnik en voz casi inaudible—, ¿no deberíamos pensar en algún plan?

—¿Para qué, Durnik? —preguntó ella. —Para escapar, por supuesto.

—Pero si no hay por qué escapar, Durnik.

—¿No?

—Los grolims nos llevan al lugar donde queríamos ir.

—¿Y por qué debemos ir a Cthol Mishrak?

—Porque tenemos algo que hacer allí.

—Por lo que he oído, es un lugar maléfico —dijo él—. ¿Estás segura de que no te equivocas?

—Querido Durnik —dijo ella extendiendo la mano y apoyándola en su brazo—. Tendrás que confiar en mí.

—Por supuesto —respondió él al instante—. Pero ¿no debería saber qué nos espera? Es probable que tenga que protegerte y debería estar preparado.

—Te lo diría si lo supiera —dijo ella—, pero no es así. Lo único que sé es que

nosotros cuatro debemos ir a Cthol Mishrak y que nuestra presencia es necesaria para lo que ha de ocurrir. Cada uno de nosotros tiene algo que hacer allí.

—¿Incluso yo?

—Sobre todo tú, Durnik. Al principio yo no sabía quién eras en realidad, por eso intenté impedir que vinieras. Pero ahora sí lo sé. Tú debes estar allí porque serás quien determine si las cosas han de salir de un modo o de otro.

—¿Y qué debo hacer?

—No lo sé.

—¿Y qué pasará si lo hago mal? —preguntó con los ojos muy abiertos y un deje de preocupación en la voz.

—No creo que sea posible —lo tranquilizó ella—. Por lo que sé, lo que hagas saldrá de ti y de lo que eres, naturalmente. —Lo miró con una sonrisita burlona—. Serás incapaz de hacerlo mal, Durnik, lo mismo que eres incapaz de mentir, engañar o robar. Es algo que está muy arraigado en tu interior, por lo tanto no debes preocuparte.

—Eso es muy fácil de decir —respondió él—, pero si no te importa, me preocuparé un poco, por si las moscas; aunque en privado, por supuesto.

Ella dejó escapar una risita cristalina y afectuosa.

—Mi querido amigo —le dijo mientras le cogía la mano llevada de un impulso instintivo—. ¿Qué haríamos sin ti?

Durnik se ruborizó e intentó desviar la vista, pero los ojos maravillosos de Polgara siguieron a los suyos y él se sonrojó aún más.

Cuando salieron del bosque de álamos se encontraron con un paisaje extrañamente desolado. Grandes rocas blancas se alzaban sobre marañas de algas, como las tumbas de un cementerio abandonado, y árboles secos elevaban sus ramas retorcidas hacia el cielo encapotado, como dedos suplicantes. Delante de ellos, el horizonte se cubría por un banco de nubes aún más oscuras, tan intensamente negras que parecían de color púrpura. Ce'Nedra advirtió con asombro que el banco de nubes parecía que no se movía en absoluto. En ningún sitio había señales de vida humana y la ruta que seguían no estaba marcada por un sendero.

—¿Aquí no vive nadie? —le preguntó la princesa a Polgara.

—Cthol Mishrak está desierto y los únicos habitantes del lugar son unos pocos grolims —respondió la hechicera—. Torak destruyó la ciudad y echó a su pueblo el día en que mi padre, el rey Cherek, y sus hijos robaron el Orbe de la torre de hierro.

—¿Y eso cuándo ocurrió?

—Hace mucho tiempo, Ce'Nedra. Por lo que me han dicho, fue exactamente el día en que nacimos Beldaran y yo, el mismo día en que murió nuestra madre; pero es difícil asegurarlo, pues en aquel entonces no nos preocupábamos de medir el tiempo.

—Si tu madre murió y Belgarath estaba aquí, ¿quién se ocupó de ti?

—Beldin, por supuesto —sonrió Polgara—. No fue muy buena madre, pero hizo todo lo que pudo hasta que regresó mi padre.

—¿Es por eso por lo que le tienes tanto cariño?

—Sí, ése es uno de los motivos.

El siniestro banco de nubes seguía sin moverse. Se extendía sobre el cielo, tan quieto como una cadena montañosa, y a medida que se acercaban a él parecía más y más grande.

—Ésa es una nube muy extraña —observó Durnik mientras miraba, perplejo, la pesada cortina púrpura que tenían delante—. La tormenta se acerca por detrás, pero da la impresión de que esa nube no se mueve en absoluto.

—Y así es, Durnik —respondió Polgara—. Nunca se ha movido. Cuando los angaraks construyeron Cthol Mishrak, Torak creó esa nube para esconder la ciudad, y ha estado ahí desde entonces.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos cinco mil años.

—¿Allí nunca brilla el sol?

—Nunca.

Los arciprestes grolims empezaron a mirar a su alrededor con cierta aprensión y por fin Urtag hizo un gesto para detenerse.

—Debemos presentarnos —dijo—, o los vigilantes nos tomarán por intrusos.

Los demás arciprestes asintieron con gestos nerviosos, sacaron sus lustrosas máscaras de acero del interior de sus túnicas y cubrieron sus caras con cuidado. Luego cada uno de ellos desató una gruesa antorcha de su silla y las encendieron. Las antorchas ardieron con una extraña llama verde, despidiendo un humo pestilente, infernal.

—Me pregunto qué pasaría si apagara vuestras antorchas de un soplido —sugirió Polgara con una sonrisa traviesa—. Podría hacerlo, ¿sabéis?

—Éste no es momento para tonterías —le advirtió Urtag con expresión preocupada—. Los vigilantes son muy salvajes con los intrusos y nuestras vidas dependen de estas antorchas. Por favor, no hagas nada que nos lleve a todos al desastre.

Ella rió con indiferencia y no insistió más.

A medida que penetraban en la nube, el ambiente se hacía cada vez más tenebroso. No se trataba de la limpia penumbra de la noche, sino de una especie de turbia oscuridad, una sombra profunda que flotaba en el aire. Subieron a una loma y desde allí vieron una depresión en el terreno envuelta en nubes, en cuyo centro, apenas visible en la oscuridad, se hallaba la Ciudad de las Tinieblas. La vegetación que la rodeaba se reducía a unos pocos matorrales desperdigados y a una hierba rala de aspecto poco saludable, baja, pálida y raquítica por falta de sol. Las rocas que se

alzaban sobre la tierra estaban cubiertas por una especie de líquen malsano que se filtraba en los mismos poros de la piedra. El terreno estaba salpicado por una extraña profusión de hongos blancos que se extendían por la tierra húmeda como si el suelo mismo estuviera enfermo.

Los arciprestes grolims, con sus antorchas en alto, los guiaron a paso lento y receloso hacia la tenebrosa hoyo y atravesaron la siniestra llanura rumbo a las ruinosas murallas de Cthol Mishrak.

Entraban en la ciudad, cuando la princesa notó señales de movimientos sospechosos entre las piedras caídas. Siluetas oscuras se movían de un lado a otro entre las ruinas con un ruido que hacía pensar en zarpas de animales. Algunas de las figuras estaban en posición vertical; otras, no. Ce'Nedra sentía frío y miedo. Los vigilantes de Cthol Mishrak no eran ni animales ni humanos y parecían rezumar una especie de indiscriminada maldad hacia todos los demás seres vivos. Pero lo que más temía la princesa era encontrarse de repente con una cara horrible que la hiciera enloquecer.

Descendían por una calle derruida, y Urtag empezó a entonar una antigua plegaria a Torak con voz sorda y temblorosa. Pasaban junto a casas derrumbadas cubiertas de aquel líquen venenoso y el aire húmedo cada vez más frío. El moho parecía cubrirlo todo y los hongos pálidos crecían en forma de bultos grotescos en los rincones y en las grietas. La ciudad entera emanaba un fuerte olor a podrido, un hedor húmedo, y entre las ruinas había charcos cenagosos de agua estancada.

En el centro de la ciudad se encontraban las ruinas de una gran torre de hierro, cuyas vigas rotas eran más gruesas que la cintura de un hombre. Detrás se veía un ancho camino devastado, donde la torre había caído arrastrando todo lo que había debajo. Con el paso de los siglos, el hierro se había oxidado, exudando una especie de húmedo barro rojo que señalaba el contorno del edificio derrumbado.

Las ruinas habían sufrido la erosión y los años habían redondeado los bordes de las vigas rotas. En algunos sitios, el óxido se mezclaba con un lodo oscuro y caía sobre las planchas de hierro como si fuera sangre coagulada.

Urtag, que ahora temblaba de forma visible, desmontó ante un portal en arco y los hizo entrar a través de una puerta de hierro entreabierto. Penetraron en una habitación tan grande como la sala del trono imperial de Tol Honeth. Con la antorcha en alto, Urtag los condujo en silencio, caminando sobre ruinas, hacia otra puerta en arco. Luego descendieron por unas escaleras de ruidosos peldaños de hierro hacia la más absoluta oscuridad. Al final de la escalera, quizás unos quince metros más abajo, se alzaba otra puerta negra de hierro con grandes remaches redondos.

Urtag golpeó la puerta con los nudillos, en actitud vacilante, y el sonido de su llamada produjo un eco sordo en la habitación.

—¿Quién viene a importunar el sueño del dios dragón de Angarak? —preguntó

una voz apagada desde el interior.

—Soy Urtag, arcipreste de Camat —respondió el grolim con tono temeroso—. Tal como me han ordenado, traigo los prisioneros al discípulo de Torak.

Hubo un instante de silencio y luego se oyó el ruido metálico de una inmensa cadena, seguido del chirrido de un cerrojo. Después, la puerta se abrió despacio con un crujido.

Ce'Nedra se quedó boquiabierta. ¡El hombre que estaba junto a la puerta era Belgarath! Pasó un momento antes de que sus ojos atónitos comenzaran a notar las sutiles diferencias que indicaban que aquel hombre de cabello blanco no era el viejo hechicero, sino alguien que se le asemejaba tanto que podría pasar por su hermano gemelo. Aunque las diferencias parecían sutiles, también eran profundas. En los ojos del hombre que estaba en la puerta había una expresión bobalicona, una mezcla de pena, horror y terrible desprecio por sí mismo, todo ello sumado a la inevitable idolatría de un hombre que ha entregado su vida a un amo despreciable.

—Bienvenida a la tumba del dios tuerto, Polgara —saludó el anciano a la hechicera.

—Hace mucho que no nos veíamos, Belzedar —respondió ella con una voz extrañamente indiferente.

—He renunciado al derecho de ese nombre —dijo él con un deje de tristeza.

—Tú lo has querido, Zedar.

—Tal vez —respondió él, y se encogió de hombros—, o tal vez no. Quizá lo que estoy haciendo también sea necesario. —Abrió aún más la puerta—. Entrad, por favor. Esta cripta está habitable, al menos en parte. —Miró directamente a Urtag—. Has cumplido con tu deber, Urtag, arcipreste de Torak, y debes recibir tu recompensa. Entra. —Luego se volvió y los condujo al interior de la estancia abovedada. Las paredes estaban hechas de grandes bloques de piedra unidos sin argamasa, con la última hilera atornillada a los arcos de hierro que sostenían el techo abovedado y la inmensa ruina que aún se apoyaba sobre él. Dos grandes braseros, situados uno a cada extremo de la sala, combatían el frío de aquella gélida estructura de piedra y hierro. En el centro de la habitación había una mesa rodeada de sillas, y contra uno de los muros se alzaba una montaña de colchones enrollados y una pila de mantas de lana gris. Sobre la mesa había un par de velas grandes con la llama quieta en el aire muerto del sepulcro.

Zedar se detuvo un instante junto a la mesa para coger una de las velas y luego los condujo por el suelo de baldosas hacia una arcada embutida en el muro de piedra.

—Tu recompensa, Urtag —le dijo al grolim —, ven y contempla la cara de tu dios.

Tendido boca arriba en un féretro de piedra yacía un hombre enorme, con túnica y capucha negras. Tenía la cara oculta tras una lustrosa máscara de hierro y los ojos de

la máscara estaban cerrados.

Urtag echó un vistazo, aterrorizado, y luego se postró en el suelo.

Se oyó un profundo suspiro ronco y el hombre del féretro se movió un poco. Mientras Ce'Nedra lo contemplaba, entre fascinada y temerosa, la cara cubierta de acero se giró, intranquila, hacia ellos. Por un instante el brillante párpado izquierdo se abrió y en su interior ardió el terrible fuego del ojo ausente. La cara metálica se movió como si fuera de carne y hueso, se crispó con una mueca de disgusto dirigida al grolim postrado sobre las baldosas y dejó escapar un murmullo sordo a través de los labios lustrosos.

Urtag lo miraba presa del pánico y alzaba su cara lívida para escuchar el murmullo sordo que sólo él podía entender con claridad en la oscura cripta. La voz ronca continuó susurrando en los oídos de Urtag. A medida que escuchaba, la cara del arcipreste palidecía como la cera y sus rasgos se desfiguraban con una expresión de indescriptible horror. El murmullo grave no cesaba, y aunque las palabras eran irreconocibles, la inflexión de la voz no lo era. Ce'Nedra se tapó los oídos con un gesto desesperado.

Por fin, Urtag dio un grito y se puso en pie con torpeza.

Tenía la cara absolutamente blanca y los ojos desorbitados.

El grolim no dejaba de balbucear incoherencias y el estruendo de sus gritos retumbó en la escalera de hierro mientras escapaba, aterrorizado, de la torre en ruinas.

Capítulo 20

El murmullo comenzó en cuanto Belgarath, Seda y Garion llegaron a la costa de Mallorca. Al principio era un ronroneo impreciso, algo así como una respiración fatigosa y continua en los oídos de Garion, pero los días siguientes, mientras avanzaban sin descanso hacia el sur, el joven comenzó a descifrar algunas palabras. Eran términos básicos —casa, madre, amor y muerte—, esos que enseguida llaman la atención.

A diferencia de la tierra de los morinds que habían dejado atrás, la mayor parte del norte de Mallorca era un terreno de ondulantes lomas cubiertas de hierba resistente de color verde oscuro. Algún que otro río sin nombre surcaba las lomas, turbio y turbulento bajo el cielo plomizo. Hacía semanas que no veían el sol. Desde el mar del Este se acercaban las nubes, aunque sin señales de lluvia, y una brisa vigorosa, fría y con olor a aire polar los empujaba continuamente en su viaje hacia el sur.

Belgarath cabalgaba con sumo cuidado y ya no dormitaba sobre la silla como acostumbraba hacer en parajes más civilizados. Garion podía percibir la fuerza de la mente del anciano, que se adelantaba en el camino para comprobar la existencia de posibles amenazas ocultas. Tan sutil era la búsqueda del hechicero, que apenas se sentía como una exhalación, un tanteo disimulado convenientemente con la brisa que agitaba la alta hierba.

Seda también avanzaba con recelo, hacía frecuentes paradas para escuchar y de vez en cuando olfateaba el aire. A menudo llegaba a desmontar y apoyar la oreja en el suelo, para saber si se acercaban caballos.

—Es una tarea pesada —dijo el hombrecillo mientras volvía a montar después de una de aquellas detenciones.

—Es preferible pasarse por precavido que encontrarse con sorpresas desagradables —respondió Belgarath—. ¿Has oído algo?

—Creo que he oído un gusano que se arrastra aquí cerca —respondió Seda, divertido—, pero no ha dicho nada. Ya sabes cómo los gusanos.

—¿Quieres dejar de hacerte el gracioso? —Tú preguntaste, Belgarath.

—¡Oh, cierra el pico!

—Oíste la pregunta, ¿verdad Garion?

—Creo que tienes el hábito más molesto que conozco —le dijo Belgarath al ladronzuelo.

—Lo sé —respondió Seda—, por eso lo hago. Es irritante, ¿verdad? ¿Cuánto falta para que volvamos a entrar en el bosque?

—Varios días. Todavía estamos muy al norte. Aquí el invierno es demasiado largo y el verano demasiado corto como para que crezcan los árboles.

—Es un lugar aburrido, ¿no te parece? —observó Seda. Luego echó un vistazo al interminable manto de hierba y a las lomas, todas redondas, todas iguales.

—En estas circunstancias, creo que puedo soportar un poco de aburrimiento, pues las otras opciones no son demasiado agradables.

—En eso estamos de acuerdo.

Sus caballos siguieron adelante, abriéndose paso entre la hierba verde grisácea, alta hasta la rodilla.

Las voces en la cabeza de Garion comenzaron otra vez:

«Escúchame, Niño de la Luz», oyó el joven con claridad en medio de un silbido ininteligible. Aquella simple frase lo atrajo con una fuerza terrible y Garion se concentró para intentar descifrar algo más.

«Yo no haría eso», dijo la familiar voz seca de su mente.

«¿Qué?»

«No hagas lo que él te diga.»

«¿Quién es él?»

«Torak, por supuesto. ¿Quién creías que iba a ser?»

«¿Está despierto?»

«Todavía no, al menos no del todo; pero tampoco ha estado nunca dormido del todo.»

«¿Qué intenta hacer?»

«Intenta convencerte de que no lo mates.»

«No me tendrá miedo, ¿verdad?»

«Por supuesto que te tiene miedo. Él tampoco sabe qué va a suceder y está tan asustado como tú.»

Esto hizo que Garion se sintiera mucho mejor.

«¿Qué debo hacer cuando él me habla en murmullos?»

«No puedes hacer nada, sólo evita obedecer sus órdenes; eso es todo.»

Aquella tarde, como solían hacer, acamparon en un lugar resguardado entre dos lomas; no encendieron fuego alguno para no delatar su presencia.

—Ya estoy harto de cenas frías —dijo Seda mientras hacía esfuerzos por masticar un trozo de cecina—. Esta carne es como una tira de cuero seco.

—Es un buen ejercicio para tus mandíbulas —respondió Belgarath.

—Cuando quieres, eres un viejo muy desagradable, ¿lo sabías?

—Las noches se están haciendo más largas —comentó Garion para evitar discusiones.

—El verano se acaba —dijo Belgarath—, dentro de pocas semanas llegará el otoño y poco después el invierno.

—Me pregunto dónde estaremos cuando llegue el invierno —dijo Garion con tono quejumbroso.

—No deberías hacerlo —le aconsejó Seda—. Pensar en ello no te ayudará, sólo servirá para ponerte nervioso.

—Querrás decir supernervioso —corrigió Garion—, pues nervioso ya lo estoy.

—¿Existe la palabra «supernervioso»? —le preguntó Seda a Belgarath con curiosidad.

—Ahora sí —respondió Belgarath—, Garion acaba de inventarla.

—Ojalá yo también pudiera inventar una palabra —dijo Seda con admiración y un brillo pícaro en los ojos.

—Por favor, no te mofes de mí, Seda. Ya tengo suficientes problemas.

—Durmamos un poco —sugirió Belgarath—. Esta conversación no conduce a ninguna parte y mañana tenemos que recorrer un largo camino.

Por la noche, las voces volvieron a llenar los sueños de Garion. Torak se expresaba con imágenes, además de con palabras. Hubo una oferta de amistad, una mano tendida en actitud amable. El fantasma de la soledad que rondara la infancia de Garion desde que descubrió que era huérfano pareció desaparecer de su vida gracias a esa ofrenda, y sintió un deseo desesperado de correr hacia esa mano extendida.

Luego distinguió con absoluta claridad dos siluetas, una al lado de la otra. La del hombre era alta y poderosa; la de, la mujer, tan familiar que su sola imagen ablandaba el corazón de Garion. El hombre alto y poderoso parecía un extraño, pero, al mismo tiempo no lo era: su rostro tenía una belleza que iba más allá de los cánones humanos. Era la cara más hermosa que Garion hubiera visto jamás. La mujer, sin embargo, no era una extraña; su rizo blanco sobre la frente y sus maravillosos ojos habían tenido un papel fundamental en la vida de Garion. El uno junto al otro, aquel hermoso desconocido y tía Pol, extendían sus brazos hacia él.

«Tú serás nuestro hijo —le decía la voz en un murmullo—. Nuestro amado hijo. Yo seré tu padre y Polgara tu madre. Ésta no será una ilusión, Niño de la Luz, yo puedo hacer cualquier cosa. Polgara será tu verdadera madre y todo su amor será otra vez para ti; yo seré tu padre y os amaré y os protegeré a los dos. ¿Nos volverás la espalda para encontrarte con la amarga soledad de un niño huérfano? ¿Ese frío vacío puede compararse con el calor de dos padres afectuosos? Ven con nosotros, Belgarion, y acepta nuestro amor.»

Garion se despertó sobresaltado y se incorporó de un salto, tembloroso y empapado en sudor.

«Necesito ayuda», suplicó en silencio, y buscó en su mente aquella presencia sin nombre.

«¿Y ahora qué te pasa?», le preguntó la voz seca. «Hace trampas», afirmó Garion, furioso.

«¿Trampas? ¿Acaso alguien vino y te entregó una lista de reglas cuando yo estaba distraído?»

«Ya sabes lo que quiero decir. Me ofrece convertir a tía Pol en mi madre si hago lo que él dice.»

«Miente. Él no puede cambiar el pasado, así que ignóralo.»

«¿Cómo? No deja de aparecer en mi mente y poner el dedo en la llaga.»

«Piensa en Ce'Nedra; eso lo confundirá.»

«¿Ce'Nedra?»

«Cada vez que intente tentarte con Polgara, piensa en tu veleidosa princesita. Recuerda su aspecto cuando la espíaste mientras se bañaba en el Bosque de las Dríadas.»

«¡Yo no la espíe!»

«¿De veras? ¿Y cómo es que recuerdas todos los detalles con tanta claridad?»

Garion se ruborizó. Había olvidado que sus fantasías no eran estrictamente privadas.

«Limítate a concentrarte en Ce'Nedra. Es probable que eso irrite a Torak tanto como a mí. —La voz hizo una pausa—. ¿Sólo eres capaz de pensar en eso?»

Garion no intentó contestar a aquella pregunta.

Continuaron su viaje hacia el sur bajo un cielo encapotado. Dos días más tarde llegaron a los primeros árboles, desperdigados por la linde de un prado de grandes rebaños de animales con cuernos pastaban con la misma placidez y confianza de las vacas. A medida que avanzaban rumbo al sur, los bosquecillos se volvían más tupidos y pronto se convirtieron en una selva de oscuros árboles siempre verdes. Los murmullos aduladores de Torak continuaron, pero Garion contraatacó con pensamientos sobre su princesita pelirroja. Cada vez que interfería estas fantasías en las elaboradas imágenes que Torak intentaba grabar en su mente, sentía la irritación de su enemigo. Torak quería que pensara en su soledad, en la posibilidad de formar parte de una amorosa familia, pero la entrada de Ce'Nedra en aquel cuadro confundía e intrigaba al dios. Garion no tardó mucho en darse cuenta de que la idea que Torak tenía de los hombres era bastante limitada. Preocupado por cuestiones elementales, por las poderosas confrontaciones y ambiciones que lo habían enardecido durante siglos, Torak no podía comprender las frecuentes complejidades y conflictos que mueven a la mayoría de los hombres. Garion se valió de esa ventaja para defenderse de los insidiosos y apremiantes susurros con que el dios intentaba apartarlo de su propósito.

Todo el asunto le resultaba extrañamente familiar y estaba convencido de haberlo vivido antes, aunque tal vez de una forma distinta. Rebuscó en su memoria para encontrar el motivo de esa sensación, y fue la imagen de un tronco retorcido, calcinado por un rayo, lo que de repente le hizo recordar. Visto desde un ángulo, el tronco tenía cierto parecido con un hombre a caballo, un jinete tenebroso que parecía verlos pasar. Como el cielo estaba encapotado, el tronco no proyectaba sombra

alguna y eso completó el cuadro de su memoria. Durante toda su infancia, en lo que él recordaba, Garion vislumbraba un jinete extraño y amenazador, un jinete de ropas oscuras en un caballo negro, que no tenía sombra ni siquiera bajo la radiante luz del sol. Se trataba de Asharak, por supuesto, el grolim que Garion destruyó en su primer acto como hechicero. Pero ¿había sido sólo él? Entre Garion y la figura sombría que había perturbado su infancia había un extraño vínculo. Siempre habían sido enemigos, Garion era consciente de eso, pero a pesar de todo habían tenido una curiosa y estrecha relación, algo que parecía unirlos. Garion comenzó a meditar sobre una posibilidad. ¿Y si el oscuro caballero no era Asharak? ¿O si Asharak hubiese sido controlado por una mente más poderosa?

Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que por pura casualidad había dado con la verdad. Torak demostraba que, aunque su cuerpo durmiera, su mente se movía por el mundo y modificaba los hechos de acuerdo con sus propósitos. Asharak también había participado en ello, por supuesto, pero la fuerza dominante siempre era la conciencia de Torak. El tenebroso dios lo vigilaba desde la infancia y la sensación de temor que notara en la oscura silueta que lo perseguía no había sido el miedo de Asharak, sino el de Torak. Torak conocía su identidad desde el principio y sabía que un día Garion cogería la espada del rey rivano y se encaminaría a la cita concertada antes de la creación.

Movido por un impulso, Garion cogió el amuleto que colgaba de su cuello con la mano izquierda. Luego se giró un poco y apoyó la señal de su mano derecha sobre el Orbe, en la empuñadura de la enorme espada que llevaba a la espalda.

«Ahora sé quién eres —declaró, elevando su pensamiento hacia el cielo plomizo—. Ya puedes abandonar la idea de conquistarme, porque no seré yo quien cambie. Tía Pol no es tu esposa y yo no soy tu hijo. Deja de intentar jugar con mis pensamientos y prepárate porque voy a matarte.»

El Orbe brilló bajo su mano con una súbita alegría por el desafío de Garion al dios de las tinieblas y la espada brilló con un resplandor azul que traspasaba la vaina.

Hubo un momento de absoluto silencio y luego el murmullo de Torak se convirtió en un potente rugido.

«Ven, entonces, Niño de la Luz —respondió Torak—. Te espero en la Ciudad de las Tinieblas. Trae todo tu poder y todo el valor que tengas, estoy listo para nuestro encuentro.»

—En nombre de los siete dioses, ¿qué crees que estás haciendo? —le gritó Belgarath a Garion, furioso y atónito al mismo tiempo.

—Torak me ha estado molestando durante toda la semana —explicó Garion con calma. Luego retiró la mano del Orbe—. Me ha ofrecido todo tipo de cosas para olvidar mi misión, así que me he hartado y le he dicho que pare. —Belgarath farfullaba indignado y agitaba las manos ante Garion—. Ya sabe que me acerco,

abuelo —dijo Garion para calmar al enfurecido anciano—. Sabe quién soy desde que nací y siempre ha estado vigilándome. No vamos a poder sorprenderlo, ¿para qué intentarlo.? Quería que supiera que vengo a buscarlo; tal vez ya sea hora de que él también sienta un poco de miedo.

Seda miró fijamente al joven hechicero.

—No hay duda de que es un alorn —dijo, por fin.

—¡Es un idiota! —exclamó Belgarath, enfadado. Luego se volvió hacia Garion—. ¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez tengamos que preocuparnos por alguien más, además de Torak? —Garion parpadeó—. Cthol Mishrak está vigilada, cabeza de chorlito, y tú acabas de anunciar tu presencia a todos los grolims en quinientos kilómetros a la redonda.

—No había pensado en eso —musitó Garion.

—Ya me he dado cuenta. A veces creo que no sabes cómo pensar.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Seda mientras echaba una mirada a su alrededor.

—Será mejor que salgamos lo más rápido posible —dijo Belgarath, y dirigió una mirada fulminante a Garion—. ¿Estás seguro de que no llevas una trompeta bajo la ropa? —preguntó con sarcasmo—. Tal vez quieras tocar una fanfarria mientras cabalgamos. —Sacudió la cabeza disgustado y cogió las riendas del caballo—. Vámonos de aquí —dijo.

Capítulo 21

Los álamos eran inmaculadamente blancos. Se alzaban, inmóviles, delgados y rectos, como los barrotes de una inmensa jaula. Belgarath los guiaba al paso de sus corceles y escogía cuidadosamente el camino por los interminables senderos del bosque enorme y silencioso.

—¿Cuánto falta? —preguntó Seda al anciano con nerviosismo.

—Poco más de un día —respondió Belgarath—. Las nubes son cada vez más espesas.

—¿Dijiste que el banco de nubes no se mueve nunca?

—¡Nunca! Ha permanecido inmóvil desde que Torak lo puso allí.

—¿Y qué pasaría si soplara el viento? ¿Tampoco se movería? Belgarath negó con la cabeza.

—En esa región, las reglas normales de la naturaleza han sido suspendidas. Hasta es probable que la nube no sea tal, sino otra cosa.

—¿Cómo qué?

—Tal vez un encantamiento de algún tipo; los dioses suelen ser muy buenos en ese arte.

—¿Crees que los grolims nos están buscando? —Belgarath asintió con un gesto—. ¿Y estás tomando medidas para que no nos encuentren?

—Por supuesto. —El anciano lo miró—. ¿Por qué este súbito interés por conversar? Hace una hora que no paras de hablar.

—Estoy un poco intranquilo —admitió Seda—. Este territorio es extraño para mí y eso siempre me pone nervioso. Me siento más seguro cuando tengo las rutas de escape pensadas con antelación.

—¿Siempre estás listo para huir? —preguntó Belgarath.

—En mi profesión, tienes que estarlo. ¿Qué ha sido eso?

Garion también lo había oído. Desde algún lugar a sus espaldas, llegó un aullido suave y ronco, al principio pareció proceder de un solo animal, pero luego se le unieron otros más.

—¿Lobos? —preguntó.

—No —respondió Belgarath con la cara pálida—, no son lobos. El anciano sacudió las riendas y su nervioso caballo comenzó a trotar, aunque la gruesa capa de barro que había bajo los álamos ahogaba el sonido de sus cascos.

—¿Entonces qué son, abuelo? —preguntó Garion mientras apuraba el paso de su propio caballo.

—Los galgos de Torak —se limitó a responder Belgarath.

—¿Perros?

—No exactamente. Son grolims, pero con una clara especialidad. Cuando los

angaraks construyeron la ciudad, Torak llegó a la conclusión de que necesitaba crear alguna criatura para vigilar las zonas cercanas y ciertos grolims se ofrecieron para tomar formas no humanas. El cambio fue permanente.

—Ya me las he visto antes con perros guardianes —observó Seda con confianza.

—No como éstos. Veamos si podemos correr más que ellos —dijo Belgarath con un tono poco esperanzador.

Corrieron a todo galope, apareciendo y desapareciendo entre los árboles. Las ramas les golpeaban la cara al pasar y Garion alzó un brazo para protegerse.

Llegaron a lo alto de una loma, comenzaron a descender por el otro lado, y los aullidos parecían cada vez más cercanos.

Entonces el caballo de Seda resbaló y estuvo a punto de arrojar de la silla al hombrecillo.

—Esto no funciona, Belgarath —dijo. El anciano y Garion detuvieron sus caballos—. El suelo es demasiado traicionero para mantener este ritmo.

Belgarath alzó una mano y se quedó escuchando un instante. Ya no había duda de que los aullidos se acercaban.

—De todos modos nos alcanzarán —asintió el anciano.

—Será mejor que pienses en algo —dijo Seda, y miró hacia atrás con nerviosismo.

—En eso estoy. —Belgarath alzó la cara y olfateó el aire—. Sigamos adelante. Acabo de oler agua estancada. Este lugar es terreno pantanoso; si nos acercamos a una charca lo suficientemente grande, tal vez podamos evitar que nos huelan.

Descendieron por la cuesta hasta el valle, y a medida que avanzaban, el olor a agua estancada se hacía más penetrante.

—Ahí delante —dijo Garion, y señalaba una charca de agua marrón que se vislumbraba entre los álamos blancos.

El pantano era bastante grande, una ancha franja de agua pestilente y grasienta atrapada en el fondo de una hoya llena de vegetación. Árboles secos sobresalían fuera del agua y sus ramas sin hojas parecían garras alzadas en muda súplica hacia un cielo indiferente.

—Huele lo bastante mal como para disimular cualquier otro olor —observó Seda con la nariz arrugada.

—Ya veremos —respondió Belgarath—. Este olor podría confundir a un perro normal, pero no olvides que en realidad los galgos son grolims. Tienen capacidad para razonar, de modo que no se guiarán sólo por el olfato.

Condujeron a sus reacios caballos hasta el agua turbia y comenzaron a chapotear en distintas direcciones, moviéndose en zigzag entre los troncos de los árboles secos. Los cascos de sus caballos removían la vegetación podrida del fondo y llenaban el aire de un hedor aún más nauseabundo.

Los ladridos de los perros, nerviosos y voraces, se oyeron más cerca.

—Creo que han olido el pantano —dijo Seda inclinando la cabeza para oír mejor.

Los aullidos se detuvieron un instante, como si los perros se hubieran desorientado.

—¡Abuelo! —gritó Garion, y detuvo su caballo bruscamente. Frente a ellos, hundido hasta las rodillas en el agua, había un ser con forma de perro, negro y babeando. Era enorme, tan grande como un caballo, sus ojos brillaban con un maligno resplandor de color verde. Sus lomos y su pecho eran fuertes y los colmillos salían de su boca al menos treinta centímetros de largo, curvándose siniestros hacia abajo entre la espumosa baba.

—Ya os tenemos —gruñó la bestia como si masticara las palabras al mover el hocico para hablar. La voz que salía de su boca era ronca y feroz.

Seda inmediatamente echó mano a una de sus dagas.

—No te molestes —le dijo Belgarath—. Es sólo una ilusión, una sombra.

—¿Esa bestia puede hacer eso? —preguntó Seda. —Ya te dije que eran grolims.

—Tenemos hambre —rugió el galgo de mirada salvaje—. Regresaré pronto con mi jauría y comeremos carne humana.

Luego la imagen tembló y un momento después desapareció.

—Ya saben dónde estamos —dijo Seda, alarmado—. Será mejor que hagas algo, Belgarath. ¿No puedes usar la hechicería?

—Eso sólo delataría nuestra posición y hay otros seres por ahí, además de los perros.

—Yo diría que tenemos que arriesgarnos y preocuparnos por cada cosa a su tiempo. ¿Has visto esos dientes?

—Ya vienen —dijo Garion muy nervioso. El joven podía oír un chapoteo al otro lado del pantano. De pronto el cielo se oscureció aún más, el aire se volvió pesado y sofocante y a lo lejos se dejó oír un rugido de truenos al tiempo que un fuerte suspiro parecía atravesar el bosque.

—Seguid adelante —dijo Belgarath, y chapotearon en el agua Cenagosa rumbo a la orilla.

De golpe, los álamos que había ante ellos, en tierra firme, giraron los dorsos plateados de sus hojas hacia arriba, como si una gigantesca y pálida ola atravesara el bosque.

Los perros ya estaban muy cerca y sus ladridos resonaban mientras avanzaban con esfuerzo por el pantano aceitoso y mal oliente.

Entonces se produjo un fogonazo azulino, se oyó un trueno ensordecedor y el cielo se abrió sobre los perros. Con un ruido tan fuerte como el del trueno, se sumergieron en la charca inundada. El viento gemía, entre las ramas, arrancaba las hojas de los álamos y las arrastraba en remolinos. La lluvia, empujada por la

ventolera, caía horizontalmente, cubría el pantano de espuma y no permitía ver nada a pocos pasos de distancia.

—¿Lo has hecho tú? —le gritó Seda a Belgarath.

Pero la expresión estupefacta del anciano indicaba que la tormenta también había sido una sorpresa para él. Ambos se volvieron a mirar a Garion.

—¿Fuiste tú? —preguntó Belgarath.

—No fue él, sino yo —respondió una voz que salía de la boca de Garion, pero que no era la suya—. He trabajado demasiado tiempo en esto para que me venciera una jauría de perros.

—No he oído nada —señaló Belgarath, maravillado, mientras se secaba la cara empapada—. Ni siquiera un murmullo.

—No lo escuchaste en el momento indicado —respondió la voz que venía del interior de Garion—. Puse la tormenta en marcha a principios de la primavera pasada y es ahora cuando llega aquí.

—¿Sabías que la necesitaríamos?

—Por supuesto. Girad hacia el este. Los perros no podrán seguirnos con esta tormenta, así que dad media vuelta y entrad en la ciudad por el este. Por ese lado hay menos vigilantes.

El diluvio continuó, en medio de relámpagos y truenos ensordecedores.

—¿Cuánto durará la tormenta? —gritó Belgarath para hacerse oír a pesar del ruido.

—Lo suficiente. Se ha estado forjando en el mar del Este durante una semana y ha llegado a la costa esta mañana. Girad hacia el este.

—¿Podemos hablar mientras cabalgamos? —preguntó Belgarath—. Tengo muchas preguntas que hacerte.

—Éste no es momento para discusiones, Belgarath. Tienes que darte prisa. Los demás llegaron a Cthol Mishrak esta mañana, poco antes de la tormenta. Todo está listo, así que debéis daros prisa.

—¿Será esta noche?

—Sí, si llegáis a tiempo. Torak ya está casi despierto y creo que será preferible que estéis allí cuando abra los ojos.

Belgarath se volvió a secar la cara. Tenía una expresión preocupada.

—Vamos —dijo de repente, y chapotearon bajo la lluvia hacia tierra firme.

La tormenta continuó durante varias horas, empujada por un viento huracanado. Los tres hombres se dirigieron hacia el este, empapados, afligidos y medio ciegos por las hojas y ramas que volaban por el aire. Los ladridos de los perros atrapados en el pantano comenzaron a apagarse a sus espaldas y cobraron un deje de perplejidad y frustración mientras la tormenta borraba todos los olores de las charcas y del bosque.

Al caer la noche, habían llegado a la cadena de lomas del este y la lluvia había

disminuido hasta convertirse en una llovizna constante y desagradable, con periódicas ráfagas de viento frío y violento y ocasionales chubascos procedentes del mar del Este.

—¿Estás seguro de que conoces el camino? —le preguntó Seda a Belgarath.

—Puedo encontrarlo —le respondió Belgarath—. Cthol Mishrak tiene un olor peculiar.

Caían cuatro gotas que golpeaban las hojas sobre sus cabezas, luego amainó la lluvia por completo antes de llegar al límite del bosque. El olor del que Belgarath había hablado no era un hedor penetrante, sino una mezcla suave y rancia de aromas, sobre todo como de óxido húmedo, aunque también a agua estancada y a moho. El efecto general era el olor a podrido. Cuando llegaron a los últimos árboles, Belgarath detuvo su caballo.

—Bien, ahí está —dijo en voz baja.

La depresión de terreno que tenían delante estaba iluminada por una luz pálida y lúgubre que parecía brotar del mismo suelo, y en el centro de la hoya se alzaban las amontonadas ruinas de la ciudad.

—¿Qué es esa extraña luz? —preguntó Garion en un murmullo nervioso.

—Fosforescencia —gruñó Belgarath—. La irradian los hongos que crecen por aquí. El sol nunca brilla en Cthol Mishrak, de modo que resulta un terreno apropiado para los vegetales que crecen en la oscuridad. Dejemos los caballos aquí —dijo mientras desmontaba.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó Seda, pero él también se bajó del caballo—. Es probable que tengamos que marcharnos deprisa.

—No —dijo Belgarath con calma—. Si las cosas van bien, ningún habitante de la ciudad tendrá interés en molestarnos; y si van mal, ya nada tendrá importancia.

—No me gustan los compromisos irreversibles —observó Seda.

—Pues entonces te equivocaste de viaje —respondió Belgarath—. Lo que vamos a hacer es todo lo irreversible que las cosas pueden llegar a ser. Una vez que comencemos, será imposible volverse atrás.

—Pero no tiene por qué gustarme, ¿verdad? ¿Qué hacemos ahora?

—Garion y yo vamos a vestirnos de un modo más disimulado. Tú eres un experto en moverte en la oscuridad sin ser visto ni oído, pero a nosotros no se nos da tan bien.

—¿Vas a emplear métodos de hechicería tan cerca de Torak? —preguntó Seda un tanto incrédulo.

—No haremos casi ruido —lo tranquilizó Belgarath—. En un cambio de forma, la fuerza se dirige sobre todo hacia el interior, así que no se produce demasiado ruido.

—Se volvió hacia Garion—. Vamos a hacerlo despacio —dijo—. De ese modo el ruido se dispersa y resulta aún más suave. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí, abuelo.

—Yo lo haré primero, presta atención. —El anciano miró los caballos—. Alejémonos un poco, los caballos tienen miedo de los lobos y no conviene que se pongan nerviosos y se desboquen.

Avanzaron con cautela entre los árboles hasta alejarse a una distancia considerable de los caballos.

—Con esto debería ser suficiente —dijo Belgarath—. Ahora mira.

Se concentró un momento y luego su contorno comenzó a temblar y a difuminarse. La transformación fue muy gradual y, durante unos instantes, la cara del hombre y la del lobo parecieron coexistir en el mismo lugar. El ruido del cambio era como un levísimo murmullo. Una vez que estuvo hecho, el gran lobo plateado se sentó sobre las patas traseras.

—Ahora hazlo tú —le dijo a Garion con el ligero cambio de entonación propio del lenguaje de los lobos.

Garion intentó concentrarse con todas sus fuerzas y mantuvo firmemente la imagen de la nueva forma en su mente. Lo hizo con tal lentitud que creyó sentir cómo el pelaje crecía en su cuerpo.

Seda, que se había ensuciado la cara y las manos con tierra para disimular la claridad de su piel, miró a los dos lobos con expresión inquisitiva.

Belgarath hizo un gesto con la cabeza y los guió cuesta abajo, por la tierra árida de la hoya hacia las ruinas putrefactas de Cthol Mishrak.

Otras criaturas se movían en la penumbra y estaban al acecho. Algunas olían a perro y otras a reptiles. Algunos grolims vestían túnicas con capucha, hacían guardia sobre montecillos y rocas y registraban el territorio en la oscuridad con su mente y sus ojos.

Garion sintió que el suelo que pisaba estaba yermo. En aquellos páramos desiertos no había ventilación, ni una señal de vida. Los dos lobos se arrastraban despacio hacia las ruinas, con el vientre bajo, aprovechando los afloramientos de piedra o las hondonadas producidas por la erosión para esconderse. Seda los seguía a gatas. Garion tenía la impresión de que avanzaban a un paso extremadamente lento, pero Belgarath no parecía dar ninguna importancia al tiempo. En determinados momentos, cuando pasaban cerca de algún grolim, sólo movían una pata en cada movimiento. Los minutos se hacían insoportables, pero se acercaban cada vez más a la ruinosa ciudad de las Tinieblas.

Dos sacerdotes encapuchados de Torak charlaban en voz baja junto a las murallas desmoronadas, pero los oídos aguzados de Garion lograron comprender con claridad las palabras de sus voces apagadas.

—Esta noche los perros parecen nerviosos —murmuró el primer grolim.

—Será por la tormenta —respondió el otro—. El mal tiempo siempre los pone nerviosos.

—Me pregunto cómo será ser perro —dijo el primer grolim.

—Si te interesa, tal vez te permitan unirte a ellos.

—Mi curiosidad no llega a tanto.

Seda y los dos lobos, tan silenciosos como el humo, pasaron a menos de diez metros de los dos guardias, cruzaron furtivamente las piedras caídas para entrar en la tétrica Ciudad de las Tinieblas y, una vez entre las ruinas, pudieron comenzar a moverse con mayor rapidez. Aprovechando que las sombras ocultaban sus movimientos, corrieron detrás de Belgarath hacia el centro de la ciudad, donde el muñón de la torre de hierro se alzaba, negro y firme, hacia el cielo lóbrego.

• El hedor a óxido, agua estancada y putrefacción parecía mucho más fuerte y el aguzado olfato de lobo de Garion lo percibía en insoportables oleadas. Era un olor nauseabundo, así que intentó no inspirarlo ni pensar en él.

—¿Quién está ahí? —preguntó bruscamente una voz delante de ellos. Un grolim con la espada desenvainada apareció en la calle cubierta de cascajos y miró con atención a las sombras donde los tres se ocultaban acurrucados e inmóviles.

Garion sintió, más que vio, el movimiento lento de Seda al llevarse la mano a la daga que llevaba escondida en la espalda. Luego el brazo del hombrecillo hizo un gesto súbito y su cuchillo produjo un silbido vibrante al volar con mortal puntería, girando en el aire. El grolim dio un gemido, se inclinó bruscamente, suspiró y cayó hacia delante dejando caer la espada.

—¡Deprisa! —dijo Seda mientras pasaba junto al cadáver acurrucado del grolim tendido sobre las piedras.

Al pasar junto a él, Garion sintió el olor de la sangre fresca, y ese aroma le dejó un sabor súbito y picante en la boca.

Llegaron ante la gran maraña de vigas retorcidas y planchas abolladas que en otro tiempo fueron la torre de hierro, y se colaron dentro por la puerta abierta hacia la absoluta oscuridad del interior. Ahora el olor del óxido estaba en todas partes, sumado a la atmósfera pernicioso. Garion se detuvo, olfateó el aire viciado con nerviosismo, y notó cómo los pelos de la nuca se le Ponían de punta. Hizo un gran esfuerzo para contener el gruñido que intentaba salir de su garganta.

Sintió el contacto del hombro de Belgarath y siguió al viejo lobo en la oscuridad, guiado sólo por el olfato. Al final de la grande y desierta estancia de hierro había otra puerta.

Belgarath se detuvo, Garion volvió a percibir un suave murmullo y el anciano recobró su forma natural. Entonces él también se concentró y se transformó.

Seda no dejaba de maldecir con vehemencia, aunque murmurando entre dientes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Belgarath.

—Me olvidé de coger el cuchillo —respondió Seda con los dientes apretados—. Es uno de mis favoritos.

—¿Y ahora qué, abuelo? —preguntó Garion en un murmullo casi inaudible.

—Detrás de esta puerta hay unas escaleras que nos conducirán abajo.

—¿Y qué hay al final?

—Un sótano. Es una especie de sepulcro donde Zedar tiene el cuerpo de Torak.

¿Bajamos?

Garion suspiró y luego irguió los hombros. —Supongo que para eso hemos venido —respondió.

Capítulo 22

—No creerás que voy a aceptar eso, ¿verdad, Zedar? —Garion se quedó de piedra en el preciso instante en que apoyaba la mano en la manija de la puerta, al final de las escaleras—. No puedes rehuir tu responsabilidad con la excusa de la necesidad.

—¿Acaso no es la necesidad la que nos motiva a todos? —respondió una voz extraña con una mezcla de tristeza y cansancio—. No digo que haya sido inocente, pero ¿no crees que mi traición estaba predestinada? El universo ha estado dividido desde el comienzo de los tiempos y ahora las dos profecías están a punto de enfrentarse en un encuentro final donde se decidirá todo. ¿Quién puede asegurar que lo que yo hice no era esencial para este encuentro?

—Eso es una evasiva, Zedar —dijo tía Pol.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —le preguntó Garion a Belgarath en un murmullo.

—Tiene que estar aquí —susurró Belgarath con un deje de satisfacción—. Escucha.

—No creo que ganemos nada discutiendo, Polgara —decía el apóstata Zedar—. Ambos creemos que lo que hicimos estuvo bien y, a estas alturas, ninguno de los dos podrá convencer al otro a que cambie de bando, así que ¿por qué no dejamos las cosas como están?

—Muy bien, Zedar —respondió tía Pol con frialdad.

—Y ahora, ¿qué? —murmuró Seda.

—Podría haber más gente dentro —respondió Belgarath—. Comprobémoslo antes de entrar.

La puerta de hierro no ajustaba bien y tenues filos de luz se filtraban por las rendijas alrededor del marco. Garion vislumbró la expresión concentrada de Belgarath en la penumbra.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Zedar por puro compromiso.

—Como siempre. Está muy enfadado contigo, ¿sabes?

—Me lo imaginaba.

—Ya ha acabado de comer, Polgara —dijo la voz de Ce'Nedra.

Garion se volvió bruscamente hacia Belgarath, pero el anciano se llevó un dedo a los labios para indicarle silencio.

—Extiende uno de esos colchones para él, cariño —indicó tía Pol—, y cúbrelo con una manta. Es muy tarde y estará cansado.

—Yo lo haré —se ofreció Durnik.

—Bien —suspiró Belgarath —, ya están todos aquí.

—¿Cómo han llegado? —preguntó Seda.

—No tengo la menor idea y tampoco me preocupa. Lo único importante es que

han llegado.

—Me alegro de que pudierais rescatarlo de manos de Ctuchik —dijo Zedar—. Le tomé bastante cariño los años que estuvimos juntos.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó tía Pol—. Nunca hemos podido determinar su nacionalidad.

—No me acuerdo —respondió Zedar con un deje de preocupación—. Tal vez fuera Camaar o Tol Honeth, o quizás alguna ciudad en el otro extremo de Mallorea. Los detalles se me escapan como si no debiera examinarlos con demasiada atención.

—Intenta recordarlo —dijo ella—, podría ser importante.

—Si eso te divierte... —respondió Zedar. Luego dejó escapar un suspiro y reflexionó un momento—. Yo estaba inquieto por alguna razón —comenzó—. Fue hace cincuenta o sesenta años. Los estudios habían dejado de interesarme y las disputas de las distintas facciones de grolims empezaban a irritarme. Comencé a vagabundear, sin prestar demasiada atención a los sitios por donde pasaba. En aquellos años, debí cruzar y vuelto a cruzar los reinos del Oeste y los reinos angaraks media docena de veces.

»Bueno, en una ocasión, cuando paseaba por una ciudad cualquiera, tuve una idea súbita. Todos sabemos que el Orbe matará al que lo toque si éste tiene el menor vestigio de malicia en su corazón, pero ¿qué pasaría si lo tocara uno cuya inocencia fuera absoluta? Me quedé maravillado ante la simplicidad de esta idea. En ese momento me encontraba en una calle atestada de gente, y como necesitaba tranquilidad para pensar en ese sorprendente plan, giré en dirección a una callejuela olvidada. Allí encontré a un niño, como si estuviera esperándome. En aquel momento parecía tener unos dos años, la edad suficiente para andar y nada más. Extendí la mano y le dije: "Tengo una misión para ti, pequeño", y él se acercó a mí y repitió la palabra "misión". Es lo único que le oí decir.

—¿Qué hizo el Orbe cuando él lo tocó por primera vez? —preguntó tía Pol.

—Parpadeó. En cierto modo, fue como si lo reconociera. Algo pareció ocurrir entre ellos cuando el pequeño apoyó la mano sobre él. —Zedar suspiró—. No, Polgara, no tengo idea de quién es el niño, ni siquiera qué representa. Por lo que sé, hasta podría ser una aparición. La idea de usarlo me asaltó súbitamente, tanto que a veces me pregunto si alguien la puso en mi mente. Supongo que es muy posible que no haya sido yo quien le encontró a él, sino él a mí.

Zedar se quedó callado y de aquel lado de la puerta se hizo una larga pausa.

—¿Por qué, Zedar? —preguntó tía Pol en voz muy baja y extrañamente compasiva—. ¿Por qué has traicionado a nuestro maestro?

—Para salvar el Orbe —respondió él con tristeza—. Al menos ésa era mi idea al principio. Desde el primer momento en que lo vi, me atrapó. Después de que Torak lo cogiera de manos de nuestro maestro, Belgarath y los demás comenzaron a hacer

planes para recuperar su fuerza, pero yo sabía que si el propio Aldur no se unía a ellos para atacar a Torak, fracasarían... y Aldur no iba a hacerlo. Entonces pensé que si simulaba unirme a Torak, podría ganar su confianza y robar el Orbe.

—¿Y qué ocurrió, Zedar?

La pregunta de Polgara era muy directa y se hizo otra pausa larga y penosa.

—¡Oh, Polgara! —La voz de Zedar era como un sollozo contenido—. ¡No puedes imaginártelo! ¡Estaba tan seguro de mí mismo, tan convencido de que podía mantener una parte de mi mente libre del control de Torak! Pero estaba equivocado, ¡muy equivocado! Me cogió en sus manos y desmoronó toda mi resistencia. ¡El contacto de su mano, Polgara! —exclamó horrorizado—. Llega hasta lo más profundo de tu alma. Conozco bien a Torak, es odioso, retorcido, mucho más perverso de lo que puedas imaginar; pero cuando me llama, debo cumplir sus órdenes, aunque en el fondo de mi alma las aborrezca. Incluso ahora, mientras duerme, mi corazón está en su puño —agregó con otro gemido.

—¿No sabías que es imposible resistirse a un dios? —le preguntó tía Pol con el mismo tono compasivo—. ¿Fue por orgullo, Zedar? ¿Estabas tan seguro de tu poder que creíste que podías engañarlo y ocultar tus verdaderas intenciones?

—Tal vez —admitió Zedar con un suspiro—. Aldur era un considerado y nunca me impuso su poder, de modo que yo no estaba preparado para lo que hizo Torak. Él no es considerado; si algo le interesa, lo coge, y si para eso tiene que destruir tu alma, la destruye, no le importa lo más mínimo. Ya descubrirás la magnitud de su poder, Polgara. Pronto se despertará y destruirá a Belgarion, pues ni siquiera el rey rivano es un rival para esa mente terrible. Luego Torak te cogerá como esposa, como siempre dijo que haría. No te resistas, Polgara, ahórrate esa agonía, ya que de todos modos tendrás que ir con él. Y lo harás por voluntad propia, casi con alegría.

De repente, se oyó un chirrido en la habitación, al otro lado de la puerta, y un rápido ruido de pisadas.

—¡Durnik! —gritó tía Pol, asustada—. ¡No!

—¿Qué ocurre? —le preguntó Garion a Belgarath.

—¡Conque era eso! —exclamó Belgarath—. ¡Abre la puerta!

—¡Atrás, estúpido! —gritó Zedar.

Se oyó un súbito estrépito, el estrépito de dos cuerpos que luchaban y chocaban contra los muebles.

—¡Te lo advertí! —volvió a gritar Zedar—. ¡Atrás! Oyeron el ruido de un golpe, de un puñetazo contra los fuertes huesos de alguien.

—¡Zedar! —rugió Belgarath, mientras tiraba con violencia de la puerta de hierro.

En la habitación hubo una ensordecedora detonación.

—¡Durnik! —gritó tía Pol.

En un súbito arranque de furia, Belgarath alzó la mano, dirigió su poder a su

brazo y dio un puñetazo a la puerta cerrada. La fuerza de aquel golpe arrancó la puerta de las bisagras como si fuera de papel.

La estancia tenía un techo abovedado, sostenido por grandes vigas de hierro y oscurecido por el paso del tiempo. Garion tenía la impresión de estar observando las cosas con una extraña indiferencia, como si hubiera sido despojado de todas sus emociones. Vio a Ce'Nedra y al niño contra la pared, asustados y abrazados el uno al otro. Tía Pol estaba de pie, inmóvil, contemplando con los ojos muy abiertos y llenos de incredulidad el cuerpo de Durnik, tendido en el suelo con una palidez en el rostro que sólo podía significar una cosa. De pronto, la cara de la hechicera reflejó una súbita conciencia de lo que sucedía.

—¡No! —gritó—. ¡Mi Durnik, no!

Corrió hacia el hombre caído, se arrodilló junto a él y lo abrazó con un desgarrador gemido de dolor y desesperación.

Garion vio a Zedar el apóstata por primera vez. El hechicero también miraba el cuerpo de Durnik con una expresión de arrepentimiento en la cara, como si supiera que por fin había cometido el acto que lo despojaba de cualquier esperanza de redención.

—¡Estúpido! —murmuró—. ¿Por qué?, ¿por qué me obligaste a matarte? Eso era lo último que quería hacer. —En ese momento Belgarath, implacable como la muerte misma, saltó sobre los restos de la puerta y se arrojó sobre el hombre que una vez había llamado hermano. Zedar retrocedió para rehuir la terrible furia del viejo hechicero—. No quise hacerlo, Belgarath —balbuceó con las manos en alto para defenderse del ataque del anciano—. Ese estúpido intentó atacarme. Estaba...

—Tú —gruñó Belgarath con los ojos apretados por el odio—. Tú, tú.

Pero no podía hablar, ninguna palabra podía contener su furia. Levantó los brazos y golpeó la cara de Zedar con los puños. Zedar retrocedió, pero Belgarath lo siguió, sin dejar de luchar ni de golpearlo con las manos.

Garion podía percibir vibraciones de poder en ambos hechiceros, pero embargado por emociones tan intensas que los despojaban de la capacidad de razonar, ninguno de los dos tenía la suficiente coherencia como para concentrar aquella fuerza sobre el otro. Y así, como dos pendencieros en una taberna, rodaron por el suelo entre golpes y puntapiés. Belgarath ardía de furia y Zedar de temor y desazón.

Desesperado, el apóstata sacó la daga que llevaba a la cintura, pero Belgarath le cogió la muñeca con ambas manos y la golpeó contra el suelo, hasta que su contrincante arrojó el cuchillo. Ambos lucharon para alcanzarlo, con las caras paralizadas en una terrible mueca.

Hubo un momento durante los caóticos segundos que siguieron a su entrada en la habitación en que Garion desenvainó su espada con un gesto inconsciente, pero el Orbe y la cuchilla se mostraban frías e insensibles en su mano, mientras contemplaba

la lucha mortal entre los dos hechiceros.

Belgarath tenía a Zedar cogido por el cuello. Zedar, a punto de ser ahogado, intentaba desasirse de sus manos con desesperación. La cara de Belgarath estaba desfigurada por una mueca salvaje; con los labios hacia atrás y los dientes apretados, estrangulaba a su enemigo. Como si ya no quedara la menor posibilidad de recuperar la cordura, se puso de pie desesperadamente, levantó a Zedar con él, y sosteniendo al apóstata con una mano, comenzó a asestarle una lluvia de golpes con la otra. Luego, entre puñetazo y puñetazo, señaló las piedras que había a sus pies. Con un terrible crujido, se abrió una grieta en el suelo en zigzag. Las rocas parecían protestar a medida que la grieta se ensanchaba, y todavía enzarzados en la lucha, los dos hombres tropezaron y cayeron en el profundo hoyo. De repente, la tierra tembló y la grieta se cerró con horrible estrépito.

Garion contempló boquiabierto la fisura del suelo, ya apenas visible, donde habían caído los dos hombres, presa de la más absoluta incredulidad.

Ce'Nedra gritó y se llevó las manos a la cara en un gesto de horror.

—¡Haz algo! —le gritó Seda a Garion, pero Garion se limitaba a contemplar la escena con total perplejidad—. ¡Polgara! —dijo Seda volviéndose hacia la hechicera.

Anonadada por su profundo dolor, no podía responder, y seguía arrodillada con el cuerpo inerte de Durnik entre los brazos. Lloraba de forma incontrolada, mientras se balanceaba adelante y atrás, estrechando al herrero contra su pecho.

Desde abajo, se oyó el estrépito infinitamente lejano de una detonación. Aquella lucha mortal continuaba, incluso, en las entrañas de la tierra.

Los ojos de Garion, como si respondieran a una orden, se dirigieron a la arcada de la pared del fondo, donde se toparon con el cuerpo de Kal Torak, tendido bajo la luz mortecina. Con una extraña falta de sensibilidad, Garion contempló la figura de su enemigo y tomó nota de cada detalle escrupulosamente. Observó la túnica negra y la máscara de acero, además de reparar en Cthrek Goru, la enorme espada negra de Torak.

Se sentía incapaz de moverse e incluso de sentir algo, en su interior tenía lugar una batalla, una lucha quizá más terrible que la que libraban Belgarath y Zedar en las profundidades de la tierra. Las dos fuerzas, que al principio se habían separado y luego habían corrido la una hacia la otra desde el comienzo de los tiempos, ahora se encontraban por fin en él. El ACONTECIMIENTO que daría conclusión a las dos profecías había comenzado y sus primeros estadios se desarrollaban en la mente de Garion. En sus actitudes y percepciones más arraigadas, tenían lugar cambios muy pequeños y sutiles.

Cuando aquellas dos fuerzas se encontraron en su interior, Torak se movió, inquieto.

De repente Garion alcanzó a vislumbrar horribles imágenes de la mente del dios y

vio con claridad el terrible subterfugio que había detrás de su oferta de amistad y amor. Si el temor del joven por el duelo lo hubiera inducido a ceder, la mitad de la creación habría desaparecido. Además, lo que Torak le ofrecía no era amor, sino una esclavitud tan perversa que iba más allá de todo lo imaginable.

Pero no cedió; de algún modo se resistió a la abrumadora fuerza de la mente de Torak y se puso a disposición de la profecía que lo había llevado allí. Negó su propia personalidad para convertirse en instrumento de aquella profecía. Ya no tenía miedo. Con la espada en la mano, el Niño de la Luz aguardaba el momento en que la profecía lo liberara para entregarse a una horrible lucha con el tenebroso dios.

Entonces, cuando Seda intentaba hacer actuar a Garion o a Polgara, las piedras del suelo se abrieron y Belgarath surgió de las entrañas de la tierra.

Garion, todavía abstraído y meditabundo, notó que el aspecto, a menudo ridículo, del hechicero había cambiado. El viejo y tramposo narrador de cuentos había desaparecido. Incluso el anciano irritable que los había guiado en la búsqueda del Orbe tampoco existía. En su lugar estaba Belgarath el hechicero, el hombre eterno, resplandeciente en el aura de su propio poder.

Capítulo 23

—¿Dónde está Zedar? —preguntó tía Pol, alzando su cara arrasada en lágrimas para mirar a su padre. —Lo dejé allí abajo.

—¿Muerto?

—No.

—Tráemelo aquí.

—¿Para qué?

—Para enfrentarse conmigo —respondió echando chispas por los ojos.

El viejo negó con la cabeza.

—No, Pol —dijo—. Nunca has matado a nadie. Dejémoslo así.

Ella apoyó con cuidado la cabeza de Durnik en el suelo y se puso de pie, con la cara pálida desfigurada por el dolor y la adversidad.

—Entonces seré yo quien vaya donde está él —anunció, e hizo un gesto con ambas manos como si se dispusiera a abrir la tierra bajo sus pies.

—No —dijo Belgarath mientras extendía su mano—, no lo hagas.

Se miraron fijamente, enzarzados en una lucha terrible y silenciosa. Al principio, la expresión de tía Pol era de disgusto por la interferencia de su padre, y levantó el brazo otra vez para abrir la tierra con su poder; pero, una vez más, Belgarath alzó su propia mano.

—Déjame ir, padre.

—No.

Dobló sus esfuerzos y se retorció como si intentara salir de una celda invisible.

—Déjame ir —lloró.

—No. No lo harás, Pol, no quiero hacerte daño.

Volvió a intentarlo, pero esta vez con mayor desesperación. Belgarath volvió a ahogar su poder con el suyo, con las facciones rígidas y las mandíbulas apretadas.

En un último esfuerzo, Polgara dirigió toda la fuerza de su mente contra la barrera que su padre acababa de levantar; el hombre permaneció firme, como una roca. Por fin, dejó caer los hombros, volvió a arrodillarse junto a Durnik y rompió a llorar otra vez.

—Lo siento, Pol —dijo él con dulzura—. Hubiera preferido no tener que hacer eso. ¿Estás bien?

—¿Cómo puedes hacer esa pregunta? —preguntó muy afligida, mientras estrechaba el cuerpo inerte de Durnik.

—No me refería a eso. —Ella le volvió la espalda y ocultó la cara entre las manos—. De todos modos, no creo que pudieras alcanzarlo, Pol —dijo el anciano—. Sabes tan bien como yo que ninguno de nosotros puede deshacer lo que ha hecho otro.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Seda en un murmullo, con una expresión de

perplejidad en su cara de hurón.

—Lo llevé abajo donde encontré unas rocas fijas y allí lo dejé inmovilizado.

—¿Y no puede salir de la tierra como hiciste tú?

—No, él ya no puede hacerlo. La hechicería se compone de pensamientos y nadie puede copiar con exactitud el pensamiento de otro. Zedar ha quedado encerrado en la roca para siempre... o hasta que yo decida liberarlo. —El anciano miró el cuerpo de Durnik con tristeza—. Y no creo que vaya a hacerlo.

—Morirá, ¿verdad?

—No —respondió Belgarath, y meneó la cabeza—. Tal como lo dispuse, vivirá atrapado en la roca hasta el final de los tiempos.

—¡Eso es monstruoso, Belgarath! —exclamó Seda, asqueado. —Y también esto —respondió Belgarath con tono melancólico, y señaló a Durnik.

Mientras tanto, Garion oía lo que decían y veía lo que pasaba, pero tenía la impresión de que estaban en otro sitio. Todos los presentes en aquella cripta estaban fuera de su atención; para él sólo había una persona en la sala abovedada: Kal Torak, su enemigo.

Los movimientos inquietos del dios somnoliento se volvieron más evidentes. La conciencia de Garion, con su peculiar percepción múltiple —en parte propia, en parte derivada del Orbe y, como siempre, controlada por aquella otra presencia que él llamaba la voz seca de su mente—, notó que los movimientos se debían al sufrimiento del dios mutilado. La verdad era que Torak se retorció de dolor en sueños. Un hombre herido puede cicatrizar sus heridas con el tiempo y su dolor disminuir hasta desaparecer. Pues las heridas forman parte de la condición humana. Un hombre nace y sufre daño, de tanto en tanto, pero tiene un mecanismo de recuperación innato; un dios, por el contrario, es invulnerable y no necesita circunstancias especiales para sanar. Esto le ocurría a Torak. El fuego con que el Orbe lo atacó cuando él lo usó para destruir el mundo aún quemaba su carne y después de los interminables siglos transcurridos desde aquella mutilación, su dolor no había disminuido lo más mínimo. Debajo de la máscara de acero, la cara del dios dragón todavía humeaba, su ojo quemado todavía hervía en su cuenca. Garion temblaba, casi compadecido por aquella pena perpetua.

El niño se soltó de los brazos temblorosos de Ce'Nedra y caminó por el suelo de baldosas con la carita atenta. De repente se detuvo, se inclinó y apoyó la mano sobre el hombro de Durnik. Luego sacudió al hombre muerto como si intentara despertarlo; cuando vio que el herrero no respondía, su carita cobró una expresión de perplejidad. Volvió a sacudirlo, un poco más fuerte, con una mirada de desconcierto.

—¡Misión! —lo llamó Ce'Nedra—, vuelve aquí. No podemos hacer nada.

El niño miró primero a la princesa, luego otra vez a Durnik, le dio una palmadita en el hombro al herrero con un gesto extraño y volvió con Ce'Nedra. La princesa lo

estrechó entre sus brazos y comenzó a llorar, con la cara oculta en el cuerpecito del niño, que le acarició el cabello rojizo con el mismo gesto extraño.

Entonces oyeron un suspiro largo y profundo, como una temblorosa exhalación procedente de la arcada que había en el muro. Garion se volvió con coraje hacia allí, con la mano apretada a la empuñadura de su fría espada. Torak había girado la cabeza y sus ojos estaban abiertos. Mientras el dios despertaba, un horrible fuego ardía en la cuenca del ojo invisible.

Torak alzó su chamuscado muñón, como para espantar el sueño, y cogió la enorme empuñadura de Cthrek Goru, su espada negra. Belgarath hizo una profunda y sibilante inspiración.

—¡Garion! —exclamó.

Pero Garion, todavía en éxtasis, inmovilizado por las fuerzas que se concentraban en su interior, se limitó a mirar fijamente al dios que despertaba. Una parte de él intentaba salir de aquel estado y su mano temblorosa se esforzaba por alcanzar la espada.

«¡Aún no!», murmuró la voz.

—¡Garion! —volvió a llamarlo Belgarath, esta vez con un auténtico grito.

Luego, con un movimiento que parecía inducido por la desesperación, el viejo hechicero adelantó al joven estupefacto y se interpuso entre él y el tenebroso dios.

Torak soltó la empuñadura de la espada con un gesto casi desdeñoso, cogió el cuello de la túnica de Belgarath y levantó al hechicero como si fuera un niño. El dios apartó al indefenso hechicero con una horrible expresión de desprecio en su máscara de acero. Luego, como si soplara un viento huracanado, Torak arrojó a Belgarath al otro extremo de la habitación con la fuerza de su mente, desgarrándole la túnica. Algo brillaba entre los nudillos de Torak. Garion advirtió que se trataba del amuleto de Belgarath, el lustroso medallón con la figura de un lobo. Por alguna extraña razón, aquel medallón siempre había sido el centro del poder de Belgarath, y ahora estaba en poder de su visceral enemigo.

El dios tenebroso comenzó a levantarse de su féretro con deliberada lentitud, hasta quedar de pie, muy por encima de todos los demás, con Cthrek Goru en la mano.

—¡Garion! —gritó Ce'Nedra—. ¡Haz algo!

Con paso siniestro, Torak se dirigió hacia el asombrado Belgarath y alzó su espada; Polgara se levantó de un salto y se interpuso entre ellos.

Torak bajó su espada muy despacio y sonrió. En su rostro se reflejaba una expresión repugnante.

—¡Mi prometida! —dijo con voz ronca y horrible a la vez. —Nunca lo seré, Torak —le aseguró ella.

—Al fin habéis venido a mí —bramó él sin prestar atención al desafío de Polgara.

—He venido a verte morir.

—¿Morir, Polgara? ¿Yo? No, amor mío, no es para eso para lo que habéis venido. Mi voluntad os ha traído hasta aquí como estaba previsto. Y ahora sois mía. Venid a mí, amada mía.

—¡Nunca!

—¿Nunca, Polgara? —preguntó el dios con voz ronca y un odioso tono sarcástico—. Os someteréis a mí, y yo os doblegaré según mi voluntad. Vuestra resistencia sólo conseguirá que mi victoria sea más dulce, porque al final seréis mía. Venid.

Tan poderosa era la fuerza de la mente de Torak, que Polgara se sacudía como un árbol movido por un viento huracanado.

—No —gimió con los ojos cerrados, y giró su cara bruscamente.

—Miradme, Polgara —le ordenó con una voz que parecía un susurro—. Yo soy vuestro destino. Todo lo que creíais amar antes desaparecerá y sólo os quedará amor para mí. Miradme. —Sin poder evitarlo, ella giró la cabeza y abrió los ojos para mirarlo. El odio y el desafío parecieron desvanecerse de su rostro, sustituidos por un miedo cervical—. Vuestra voluntad se derrumba, amada mía —dijo él—. Ahora, venid a mí.

¡Tenía que resistir! Garion por fin lo comprendió todo y dejó de sentirse confuso. Esta era la verdadera batalla. Si tía Pol sucumbía, todos estaban perdidos.

«Ayúdala», dijo la voz en su interior.

«¡Tía Pol! —la llamó Garion con el pensamiento—. ¡Recuerda a Durnik!»

Sabía, sin que nadie se lo dijera, que aquello era lo único que podía ayudarla a resistir en aquella lucha mortal.

Garion rebuscó en su memoria y comenzó a proyectar imágenes de Durnik en su mente; de las fuertes manos del herrero trabajando en la fragua, de sus ojos serios, de su voz reposada, y sobre todo del mudo amor de Durnik hacia ella, ese amor que había sido el centro de toda su vida.

Pol comenzó a moverse involuntariamente, apenas una ligera inclinación de su cuerpo para dar el primer paso fatal en respuesta a la poderosa orden de Torak. Si daba aquel paso, estaría perdida. Los recuerdos de Durnik la sacudieron como un viento, y sus hombros, que ya empezaban a hundirse en señal de derrota, se irguieron de repente mientras sus ojos brillaban con un nuevo desafío.

—¡Nunca! —dijo al dios expectante—. ¡No lo haré!

El rostro de Torak se endureció lentamente y sus ojos se revolvían en sus órbitas mientras desplegabá toda la fuerza de su poder sobre ella, pero Polgara permaneció firme ante todos los ataques, aferrada a los recuerdos de Durnik como si fueran algo tan sólido que ni siquiera la voluntad de un dios pudiera arrancárselos.

Una mueca de perplejidad y desaliento desfiguró la cara de Torak cuando se dio cuenta de que nunca cedería y de que su amor siempre le estaría vedado. Polgara

había ganado, su victoria era como una daga que se hundía poco a poco en las entrañas del dios.

Contrariado, furioso, enloquecido por la inmutable resistencia de Polgara, Torak alzó el rostro y farfulló palabras aterradoras como un animal de tremenda frustración.

—Entonces, ¡morid los dos! —rugió—. ¡Morid con vuestro padre!

Y tras estas palabras, levantó de nuevo la mortífera espada.

Polgara permaneció impertérrita ante el dios furioso.

«¡Ahora, Belgarion!», exclamó la voz en la mente de Garion.

El Orbe, que se había mantenido frío e indiferente durante el terrible encuentro entre Polgara y el dios mutilado, de repente volvió a la vida y la espada del rey rivano estalló en llamas, llenando la cripta de una intensa luz azul. Garion dio un salto hacia delante y extendió el brazo para detener la espada de Torak que ya se dirigía a la cara desprotegida de Polgara.

El choque de una cuchilla contra la otra produjo un estruendo similar al de una enorme campana y resonó en las paredes de la cripta, poderoso y vibrante. La espada de Torak, detenida por la resplandeciente arma de Garion, dejó caer una lluvia de chispas sobre el suelo de baldosas. El único ojo del dios se llenó de asombro al reconocer con un simple vistazo al rey rivano, a la espada ardiente y al Orbe encendido. Garion notó en aquella expresión que Torak olvidaba a Polgara y que toda la atención del dios mutilado se concentraba en él.

—Así que habéis venido por fin, Belgarion —le saludó el dios con gravedad—. He esperado vuestra visita desde el comienzo de los tiempos. Vuestro destino está aquí. Hola, Belgarion, y adiós. —Con estas palabras, Torak amagó un fuerte mandoble con su espada, pero Garion, sin detenerse a pensarlo, levantó la suya y la cripta volvió a retumbar con el sonido metálico de las cuchillas—. Sólo sois un niño, Belgarion —dijo Torak—. ¿Cómo osáis enfrentaros a la voluntad poderosa e invencible de un dios? Someteos a mí y os perdonaré la vida.

El poder del dios de Angarak ahora se dirigía hacia él y en ese preciso instante Garion comprendió la dureza de la lucha de Polgara. Sintió un fuerte impulso por obedecer, que lo despojaba de todas sus fuerzas. Pero de repente un enorme coro de voces resonó con la fuerza de largos siglos, pronunciando una sola palabra: «¡No!». Todas las vidas que lo habían precedido habían sido creadas en función de aquel momento y ahora se fundían en él. Aunque era su mano la que blandía la espada de Puño de Hierro, Belgarion de Riva no estaba solo y el poder de Torak no podía vencerlo.

Garion volvió a levantar la espada con un gesto de claro desafío.

—Vos lo habéis querido —rugió Torak—. ¡Hasta la muerte Belgarion!

Al principio pareció sólo un truco de la luz de la cripta, pero casi inmediatamente Garion advirtió que Torak crecía, que se hacía más grande, inmenso. Con un horrible

ruido, empujó con los hombros el techo oxidado de la cripta y siguió creciendo.

No se detuvo a pensarlo, ni siquiera se paró a considerar cómo hacerlo, pero Garion comenzó a aumentar de tamaño y atravesó el techo que los confinaba, haciendo temblar las ruinas oxidadas.

Fuera ya de las ruinas putrefactas de la Ciudad de las Tinieblas, los dos colosos se enfrentaron bajo la nube perpetua que cubría la ciudad.

—Las condiciones se cumplen —dijo la voz seca a través de los labios de Garion.

—Eso parece —respondió otra voz, igualmente inexpresiva, por la boca cubierta de acero de Torak.

—¿Quieres comprometer a otros? —preguntó la voz de Garion. —No parece necesario. Estos dos tienen la capacidad suficiente para la tarea que les hemos encomendado.

—Entonces, dejemos que todo se decida ahora.

—De acuerdo.

Un instante después, Garion tuvo una súbita sensación de libertad, de que le quitaban todas las restricciones. Torak, también libre, alzó Cthrek Goru, con los labios tensos en una mueca de odio.

La lucha fue terrible. Las rocas se desmoronaban bajo la fuerza colosal de los golpes que esquivaban. La espada del rey rivano ardía en llamas azules y Cthrek Goru, la espada de sombras de Torak, dejaba caer un manto de oscuridad con cada golpe. Los dos atacaban, esquivaban los golpes y saltaban entre las ruinas, destruyendo todo lo que tocaban. El tiempo mismo parecía estallar con la pelea: el viento gemía en la ciudad enmohecida y derribaba las piedras temblorosas; los rayos caían calcinándolo todo a su alrededor; la tierra rugía y se sacudía bajo sus pies enormes; la turbia nube que había ocultado la Ciudad de las Tinieblas bajo su oscuro manto durante cinco milenios comenzó a bullir y a moverse sobre sus cabezas. Grandes pedazos de cielo estrellado aparecían y desaparecían en el turbio centro de la nube turbulenta. Los grolims, con formas humanas o monstruosas, asombrados por la terrible lucha que se había desatado ante ellos, huían espantados.

Garion dirigía su espada por el lado del ojo ciego de Torak y el dios tenebroso retrocedía del fuego del Orbe cuando atacaba la espada ardiente, pero la sombra de Cthrek Goru helaba la sangre de Garion cada vez que se acercaba a él.

Al contrario de lo que Garion había imaginado, estaban casi al mismo nivel. La ventaja de la estatura de Torak había desaparecido al crecer él también hasta adquirir un tamaño monumental; la inexperiencia de Garion quedaba compensada por la mutilación de Torak.

Fue la irregularidad del terreno lo que traicionó a Garion, que cuando retrocedía ante una lluvia de poderosos golpes, sintió un talón aprisionado en un montículo de rocas desmoronadas, mientras los cascajos podridos se deshacían y rodaban bajo sus

pies. A pesar de sus esfuerzos por mantenerse erecto, el joven cayó al suelo.

El ojo de Torak brilló en señal de victoria mientras alzaba su oscura espada, pero Garion alzó con ambas manos la suya para evitar el terrible golpe. Cuando las cuchillas chocaron sus bordes afilados, una enorme lluvia de chispas cayó sobre Garion como una cascada.

Torak volvió a levantar Cthrek Goru, pero un extraño deseo se reflejó en su cara cubierta de acero.

—¡Rendíos! —rugió. Garion alzó la vista hacia la colosal figura que se alzaba sobre él, con la mente desbocada—. No tengo intención de mataros, chico —dijo Torak con tono casi suplicante. Rendíos y os perdonaré la vida. —Entonces Garion comprendió. Su enemigo no intentaba matarlo, sino someterlo. ¡Torak tenía una imperiosa necesidad de dominar! ¡La verdadera lucha entre ellos se basaba justamente en eso!—. Arrojad vuestra espada, Niño de la Luz, e inclinaos ante mí —ordenó el dios, y Garion percibió la fuerza de su mente como un terrible peso.

—No lo haré —respondió Garion, evadiéndose de aquella horrible exigencia—. Puedes matarme, pero nunca me rendiré.

La cara de Torak se crispó, pues su interminable agonía se intensificaba con la negativa de Garion.

—Debéis hacerlo —dijo el dios al borde de las lágrimas—. Estáis indefenso ante mí; someteos.

—¡No! —gritó Garion y, aprovechando la aflicción de Torak por aquel violento rechazo, rodó bajo la sombra de Cthrek Goru y se puso de pie de un salto. Ahora todo estaba claro y sabía cómo triunfar—. Escúchame, dios mutilado y despreciable —dijo con los dientes apretados—. Tú no eres nadie; tu pueblo te teme, pero no te ama. Intentaste engañarme para que te quisiera, como intentaste obligar a tía Pol a que te amara, pero yo te rechazo igual que ella. Eres un dios, pero no vales nada. En todo el universo no existe persona ni ser que te ame. Estás solo y vacío, y aunque me mates, yo habré vencido. Despreciado y sin amor, maldecirás tu vida miserable hasta el final de los tiempos.

Las palabras de Garion surtieron el mismo efecto que un golpe mortal en el dios mutilado, y el Orbe, como si se hiciera eco de ellas, cobró un nuevo resplandor, castigando así al dios dragón con su odio demoledor. Este era el ACONTECIMIENTO que el universo había esperado desde el comienzo de los tiempos. Esta era la razón que había traído a Garion a estas ruinas; no para enfrentarse a Torak, sino para rechazarlo.

Con el aullido propio de un animal, mezcla de angustia y de furia, el Niño de las Tinieblas alzó a Cthrek Goru por encima de su cabeza y corrió hacia el rey rivano. Garion no hizo ningún intento por esquivar el golpe, sino que cogió la empuñadura de su ardiente espada con ambas manos y arremetió contra su enemigo.

Fue muy fácil. La espada del rey rivano se hundió en el pecho de Torak como una rama en el agua y mientras atravesaba el cuerpo tenso del dios, el poder del Orbe se extendió a la ardiente cuchilla.

La mano de Torak se abrió, temblorosa, y Cthrek Goru cayó al suelo, sin poder. Abrió la boca para gritar, y una llamarada azul brotó de su garganta como si fuera sangre. Torak manoteó su cara y se arrancó la máscara de acero para dejar al descubierto las facciones horriblemente mutiladas que había debajo. Tanto de su ojo sano como de la cuenca vacía, brotaban unas lágrimas; pero eran lágrimas de fuego, pues la espada del rey rivano hundida en su pecho había llenado su cuerpo de llamas.

Se echó hacia atrás, y con un silbido metálico, la espada se deslizó de su pecho, aunque el fuego que la cuchilla había encendido en su interior no se apagó. El dios se llevó las manos a la herida abierta y una llamarada azul surgió de entre sus dedos para formar pequeñas hogueras entre las rocas mohosas que los rodeaban.

Su cara mutilada, todavía surcada con lágrimas de fuego, se crispaba con expresión agónica. Por fin alzó la cabeza ardiente hacia el cielo y levantó sus enormes brazos.

—¡Madre! —clamó el dios vencido con una angustia mortal, y el sonido de su voz retumbó hasta en la estrella más lejana.

Se quedó inmóvil durante un instante, con los brazos alzados en actitud de súplica, hasta que se tambaleó y cayó muerto a los pies de Garion.

Por un momento reinó un silencio absoluto. Luego un aullido plañidero brotó de los labios muertos de Torak y se desvaneció a una distancia inimaginable mientras la profecía huía, llevándose consigo la sombra tenebrosa de Cthrek Goru.

Otra vez se hizo el silencio. Las nubes que se movían sobre sus cabezas detuvieron su loca carrera y las estrellas que habían aparecido entre ellas desaparecieron. El universo entero tembló y se paró. Hubo un momento de absoluta oscuridad; la luz se apagó y las cosas dejaron de moverse. En aquel terrible instante, todo lo que existía —lo que había sido, lo que era y lo que aún debía ser—cambió con el curso de la profecía. Donde siempre había habido dos opciones, ahora sólo quedaba una.

Luego el viento comenzó a soplar, al principio con mucha suavidad, llevándose el olor a podrido de la Ciudad de las Tinieblas, mientras las estrellas salían otra vez como un collar de luminosas piedras preciosas sobre el cuello aterciopelado de la noche. Cuando volvió la luz, Garion estaba de pie, cansado, junto al cuerpo del dios al que acababa de matar. Su espada aún emitía destellos azules y podía percibir el regocijo del Orbe. Tuvo la vaga sensación de que, al desaparecer la luz, él y Torak habían vuelto a su tamaño normal, pero estaba demasiado agotado para pensar en ello.

Belgarath, impresionado y ojeroso, salió del sepulcro no muy lejos de allí.

Llevando la cadena rota de su medallón en el puño apretado, se detuvo un instante a mirar a Garion y al dios caído.

El viento rugía entre las ruinas y en algún lugar lejano en la oscuridad los perros de Torak entonaban un canto fúnebre por su amo vencido.

Belgarath irguió los hombros, y con un gesto extraño, similar al que Torak había hecho en el momento de su muerte, alzó los brazos al cielo.

—¡Maestro! —clamó con voz poderosa—. ¡Todo ha terminado!

Capítulo 24

Todo había terminado, pero la victoria de Garion tenía un sabor amargo. Un hombre no mata a un dios sin preocuparse, por avieso o perverso que sea. Belgarion de Riva permaneció con expresión triste junto al cuerpo de su enemigo; el viento, que ya olía a la cercana madrugada, soplaba sobre las ruinas desmoronadas de la Ciudad de las Tinieblas.

—¿Te arrepientes, Garion? —preguntó Belgarath en voz baja apoyando una mano en el hombro de su nieto.

Garion suspiró.

—No, abuelo —dijo—. Supongo que no..., claro que no. Había que hacerlo, ¿verdad? —Belgarath asintió con un gesto—. Pero ¡al final estaba tan solo! Antes de matarlo, lo despojé de todo lo que le quedaba. No me siento muy orgulloso.

—Como tú mismo dijiste, había que hacerlo y era la única forma de vencerlo.

—Sólo preferiría haberle dejado algo, eso es todo.

Desde las ruinas de la desmoronada torre de hierro surgió una pequeña y triste procesión. Tía Pol, Seda y Ce'Nedra sacaban el cuerpo de Durnik, el herrero, y el niño caminaba tras ellos con expresión llorosa.

Garion sintió que lo embargaba una tristeza casi insoportable. Durnik, su más antiguo amigo, estaba pálido, muerto; durante aquella terrible lucha interior que había precedido al duelo con Torak, Garion no había sido capaz de llorarlo.

—Era necesario, ¿sabes?

—¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que morir Durnik, abuelo? —preguntó el joven con voz angustiada y los ojos llenos de lágrimas.

—Porque su muerte le ha dado a tu tía la fuerza para resistir a Torak. La posibilidad de que ella cediera siempre ha sido un posible fallo de la profecía. Todo lo que Torak necesitaba era una persona que lo amara, eso lo habría hecho invencible.

—¿Qué habría ocurrido si tía Pol se hubiera ido con él?

—Que tú habrías perdido la batalla. Por eso era necesario Durnik muriera. —El anciano suspiró, apenado—. Ojalá hubiera sido de otro modo, pero era inevitable.

Los tres amigos que habían sacado a Durnik de la cripta dejaron su cuerpo inerte con cuidado en el suelo y la afligida Ce'Nedra se unió a Belgarath y a Garion. Sin decir una palabra, la menuda jovencita estrechó la mano de Garion y los tres permanecieron en silencio, mirando cómo Polgara, que ya había derramado todas las lágrimas que le quedaban, acomodaba con ternura los brazos de Durnik y lo cubría con una capa. Luego se sentó en el suelo, apoyó la cabeza del herrero sobre su regazo, y comenzó a acariciarle el cabello con aire ausente y la cabeza inclinada sobre la de él en actitud dramática.

—No puedo soportarlo —gimió Ce'Nedra de pronto, y rompió a llorar con la cara

escondida en el hombro de Garion.

Entonces se hizo la luz donde sólo había habido oscuridad. Garion contempló asombrado un único rayo de brillante luz azul que descendía desde una nube que se movía sobre sus cabezas. Cuando la luz tocó el suelo, todas las ruinas parecieron inundarse con su intenso resplandor. Como una enorme y radiante columna, otros rayos de luz se unieron al primero, rojos, amarillos, verdes y de otras tonalidades que Garion no podía definir. Al igual que los colores de un súbito arco iris, los grandiosos pilares de luz se alzaban, uno junto a otro, detrás del cuerpo de Torak. Garion divisó una figura resplandeciente y borrosa en el centro de cada uno de aquellos rayos: los dioses habían regresado a velar a su hermano muerto. Garion reconoció a Aldur y pudo identificar con facilidad a todos los demás. Mará no dejaba de llorar e Issa, con sus ojos inexpresivos, se movía como una serpiente en el interior de su rayo de pálida luz verde. La cara de Nedra reflejaba astucia y la de Chaldan, arrogancia. Belar, el dios rubio y juvenil de los alorn, tenía un aspecto pícaro e insolente, pero su cara, como la de sus hermanos, reflejaba dolor por la muerte de Torak. Los dioses habían regresado a la tierra a través de la luz radiante, pero también del sonido. El pestilente aire de Cthol Mishrak se llenó de repente de ese sonido; cada rayo de luz producía una nota diferente, y todas unidas lograban una armonía tan profunda que parecía la respuesta a cualquier pregunta que pudiera ser formulada.

Por último, junto a las demás columnas de luz descendió un haz deslumbrante de luz blanca y en su centro apareció la figura de UL, aquel extraño dios que Garion había conocido en Prolgu.

La figura de Aldur, todavía envuelta en un resplandor azul, se acercó al anciano dios de Ulgo.

—Padre —dijo Aldur con tristeza—, vuestro hijo Torak ha muerto.

La silueta brillante y resplandeciente de UL, padre de los demás dioses, caminó por el suelo cubierto de piedras hasta detenerse junto al cuerpo misterioso de Torak.

—Intenté alejaros de ese camino, hijo mío —dijo con suavidad, y una sola lágrima resbaló sobre su mejilla eterna. Luego se volvió hacia Aldur—. Coged el cuerpo de vuestro hermano, hijo mío, y ponedlo a descansar en un sitio más apropiado. Me apena verlo tendido sobre la tierra.

Aldur y sus hermanos levantaron el cuerpo de Torak, lo colocaron sobre un bloque de piedra en medio de las antiguas ruinas, y luego, de pie en un radiante y silencioso círculo alrededor de aquel lecho mortuario, velaron la muerte de su hermano.

Misión se dirigió confiado hacia la rutilante silueta de UL, como siempre, sin ningún temor, inconsciente de que las radiantes figuras que habían descendido del cielo no eran humanas. Extendió su bracito y tiró con insistencia de la túnica del dios.

—¡Padre! —dijo, y UL bajó la vista para mirar su cara menuda—. ¡Padre! —

repitió quizás imitando a Aldur, que en el uso de aquel nombre, había revelado la identidad del dios Ulgo—. ¡Padre! —volvió a decir mientras señalaba el cuerpo inerte de Durnik—. ¡Misión! —exclamó con un extraño tono de autoridad más que de súplica.

—No es posible, pequeño —dijo UL, preocupado.

—Padre —repitió el niño—. Misión.

UL miró a Garion con expresión inquisitiva y una profunda inquietud en los ojos.

—El pedido del niño es serio —dijo, dirigiéndose no a Garion sino a aquella otra conciencia que residía en su interior—, y me pone en una obligación..., pero va más allá de la frontera de lo permitido.

—Nadie debe cruzar esa frontera —respondió la voz seca a través de los labios de Garion—. Vuestros hijos son apasionados, sagrado UL, y si traspasan este límite una vez, podrían caer en la tentación de hacerlo de nuevo y así cambiar aquello que no debe ser cambiado. No podemos crear los instrumentos por los cuales el destino pueda volver a encontrarse ante dos senderos divergentes. —UL suspiró—. Pero ¿acaso vos y vuestros hijos podríais prestar vuestro poder a mi instrumento para que él cruce ese límite? —UL pareció asombrado—. De ese modo la frontera estará protegida y podréis cumplir con vuestra obligación.

—Como queráis —asintió UL, y al volverse intercambió una mirada extraña con su hijo mayor, Aldur.

Aldur, todavía envuelto en una luz azul, abandonó la triste contemplación de su hermano muerto para volverse a tía Pol, que seguía inclinada sobre el cuerpo de Durnik.

—Consolaos, hija mía —le dijo—. Ha hecho este sacrificio por vos y por toda la humanidad.

—Ése es un consuelo muy pobre, maestro —respondió ella con los ojos arrasados en lágrimas—. Este hombre era el mejor de los hombres.

—Todos los hombres mueren, hija mía, tanto los mejores como los peores, y en vuestra vida lo habéis comprobado muchas veces.

—Sí, maestro, pero esta vez es diferente.

—¿En qué sentido, amada Polgara? —preguntó Aldur, que parecía querer obligarla a hablar.

Tía Pol se mordió los labios.

—Porque yo lo amaba, maestro —respondió.

—¿Es tan difícil decir eso, hija mía? —preguntó Aldur con una ligerísima sonrisa.

Ella no pudo responder, y volvió a inclinarse sobre el cuerpo inerte de Durnik.

—¿Os gustaría que os devolviéramos a ese hombre, hija mía? Ella levantó la cara de pronto.

—Eso no es posible, maestro —dijo—. Por favor, no juegues con mi dolor de ese modo.

—Supongamos, por un instante, que sí lo fuera. ¿Querríais que le devolviéramos la vida?

—Con toda mi alma, maestro.

—¿Con qué fin? ¿Qué justificaría el regreso de este hombre a la vida?

Ella volvió a morderse los labios.

—Lo convertiría en mi esposo, maestro —dijo con un deje de desafío en la voz.

—¿Y eso era tan difícil de decir? ¿Estáis segura, sin embargo, de que vuestro dolor no está motivado sólo por la pena, y que una vez Durnik volviera a la vida, no os apartaríais de él? Debéis admitir, Polgara, que es un hombre de lo más vulgar.

—Durnik nunca ha sido vulgar —respondió con repentina vehemencia—. Es el hombre más bueno y más valiente del mundo.

—No pretendía faltarle el respeto, Polgara, pero no posee ningún poder. La fuerza de la voluntad y la palabra no reside en él.

—¿Y eso es tan importante, maestro?

—El matrimonio debe ser una unión de iguales, hija mía. ¿Cómo podría este hombre bueno y valiente ser vuestro esposo si seguís teniendo vuestros poderes? —Polgara le miró con expresión de impotencia—. ¿Acaso aceptaríais limitar vuestros poderes? ¿Os convertiríais en su igual, sin ningún poder?

Ella lo miró con fijeza, vaciló un instante y luego pronunció una sola palabra:

—Sí.

Garion estaba horrorizado, no tanto por la aceptación de Polgara, sino por la exigencia de Aldur. El poder de tía Pol era algo fundamental en su vida y quitárselo significaría dejarla sin recursos. ¿Qué sería ella sin su poder? ¿Cómo podría vivir sin él? Era un precio muy alto y Garion creía que Aldur era un dios amable.

—Si es así, aceptaré vuestro sacrificio, Polgara —dijo Aldur—. Hablaré con mi padre y mis hermanos. Por razones buenas y legítimas nosotros nos hemos negado este poder y debemos estar todos de acuerdo antes de hacer cualquier intento de alterar el orden natural de las cosas —añadió, y se dirigió a la triste reunión que tenía lugar en torno al féretro de Torak.

—¿Cómo ha podido hacer eso? —le preguntó Garion a su abuelo, todavía con un brazo sobre los hombros de Ce'Nedra.

—¿Hacer qué?

—Pedirle que renuncie a su poder. Eso la destruirá.

—Ella es mucho más fuerte de lo que tú crees, Garion —le aseguró Belgarath—, y el razonamiento de Aldur es sensato. Ningún matrimonio sobreviviría a ese tipo de desigualdad.

Sin embargo, entre los resplandecientes dioses se oyó una voz airada.

—¡No! —era Mará, el lloroso dios del desaparecido pueblo marag—. ¿Por qué vamos a devolverle la vida a un hombre cuando todos mis hijos asesinados aún yacen fríos y muertos. ¿Acaso Aldur oyó mis súplicas o vino en mi ayuda cuando mis hijos murieron? No lo consentiré.

—No había contado con eso —murmuró Belgarath—. Será mejor que tome mis medidas antes de que las cosas lleguen más lejos. —Se acercó a los dioses, sorteando las ruinas, e hizo una reverencia respetuosa—. Perdonad mi intromisión —dijo —, pero ¿aceptaría el hermano de mi maestro una mujer marag a cambio de la vida de Durnik?

El perpetuo llanto de Mará cesó de pronto y su cara reflejó de pronto incredulidad.

—¿Una mujer marag? —preguntó con brusquedad—. No existe ninguna. Si alguno de mis hijos hubiera sobrevivido en Maragor, yo lo sabría.

—Sin duda, señor Mará —se apresuró a asentir Belgarath—. Pero ¿qué hay de esos pocos que fueron trasladados fuera de Maragor para ser esclavos de por vida?

—¿Sabéis vos de alguno, Belgarath? —preguntó Mará con desesperada ansiedad. El anciano asintió con un gesto.

—La encontramos en las mazmorras de los esclavos de Rak Cthol, señor Mará. Su nombre es Taiba. Es la única, pero una raza puede restaurarse con sólo una persona, sobre todo si la protege un dios fraterno.

—¿Dónde está mi hija Taiba?

—Al cuidado de Relg, el ulgo —respondió Belgarath—. Parecen muy unidos —añadió.

Mará le miró con aire pensativo.

—Una raza no puede reconstruirse con una sola persona —dijo—, aunque esté protegida por un dios fraterno. Se necesitan dos. —Se volvió hacia UL—. ¿Me daréis a ese ulgo, padre? —preguntó—. Se convertirá en el padre de mi pueblo.

—Sabíais que Relg tenía otra misión que cumplir —le dijo UL a Belgarath con una mirada penetrante.

—Estoy convencido de que Gorim y yo podremos solucionar ese detalle, sagrado UL —respondió Belgarath con absoluta confianza y una expresión casi insolente.

—¿No olvidas algo, Belgarath? —preguntó Seda con timidez, como si tuviera miedo por entrometerse—. Relg tiene un pequeño problema, ¿recuerdas? —Belgarath le dirigió una mirada fulminante—. Sólo pensé que debía mencionarlo —dijo Seda con aire inocente.

—¿A qué se refiere? —preguntó Mará, mientras miraba a los dos hombres muy serio.

—A una pequeña dificultad, señor Mará —se apresuró a responder Belgarath—. Algo que estoy seguro que Taiba puede superar. Tengo una confianza absoluta en

ella.

—Necesito saber toda la verdad —dijo Mará con firmeza.

Belgarath suspiró y volvió a mirar a Seda con expresión siniestra.

—Relg es un fanático —explicó—. Por razones religiosas, evita ciertas formas... ¿eh?... de contacto físico.

—La paternidad es su destino —dijo UL—, él dará vida a un niño especial. Yo se lo explicaré; Relg es un hombre obediente y dejará a un lado su aversión por mí.

—Entonces, ¿me lo daréis, padre?

—Es vuestro, aunque con una sola condición de la cual hablaremos más tarde.

—Entonces ocupémonos de este valiente sendario —dijo Mará, que ya había dejado de llorar por completo.

«Belgarion», dijo la voz de la mente de Garion.

«¿Qué?»

«La resurrección de tu amigo está en tus manos.»

«¿En las mías?, ¿y por qué?»

«¿Cuándo dejarás de hacer la misma pregunta? ¿Quieres que tu amigo Durnik vuelva a la vida?»

«Por supuesto, pero no puedo hacerlo. No sabría por dónde empezar.»

«Ya lo has hecho antes. ¿Recuerdas el potrillo de la cueva de los dioses. —Garion casi lo había olvidado—. Tú eres mi instrumento, Belgarion. Yo puedo evitar que cometas errores, al menos casi siempre. Tranquilízate, te explicaré lo que debes hacer.»

Garion se movía, inconsciente. Dejó caer el brazo de los hombros de Ce'Nedra y con la espada todavía en la mano, caminó despacio hacia tía Pol y el cuerpo de Durnik. La hechicera estaba sentada con la cabeza de Durnik sobre el regazo; Garion la miró un instante a los ojos y luego se arrodilló junto al cuerpo.

—Hazlo por mí, Garion —murmuró ella.

—Lo haré si puedo, tía Pol —respondió él.

Luego, sin saber bien por qué, dejó la espada del rey rivano en el suelo y tocó el Orbe que estaba en su empuñadura y que se soltó con un ligero chasquido para caer en su mano. Misión, ahora risueño, se acercó por el otro lado, se arrodilló junto a Durnik y le cogió la mano. Garion sostuvo el Orbe con las dos manos y lo colocó sobre el pecho del herrero. Mientras tanto, el joven tuvo la vaga impresión de que los dioses habían unido sus palmas con los brazos extendidos para formar un círculo indivisible. Dentro de aquel círculo, una luz comenzaba a latir y el Orbe, a modo de respuesta, brillaba en las manos de Garion.

El firme y sólido muro que había visto en aquella ocasión estaba otra vez allí, negro, infranqueable y silencioso. Tal como lo había hecho antes en la cueva de los dioses, Garion empujó a la muerte misma con cierta incertidumbre y se esforzó por

llegar al Otro lado y devolver a su amigo al mundo de los vivos.

Pero esta vez era diferente. El potrillo de la cueva nunca había vivido fuera del cuerpo de su madre; su muerte no había sido completa y se encontraba muy cerca de la barrera. Durnik, sin embargo, era un hombre adulto y su muerte, al igual que su vida, era mucho más profunda. Garion empujó con todas sus fuerzas y percibió que la energía de los dioses se sumaba a la suya en aquella muda batalla, pero la barrera no cedía.

«¡Usa el Orbe!», ordenó la voz.

Esta vez Garion hizo uso de todo el poder disponible: el suyo, el de los dioses y el de la piedra esférica que tenía en las manos. El Orbe parpadeó, luego brilló y después volvió a parpadear.

«¡Ayúdame!», ordenó Garion.

Como si por fin comprendiera, el Orbe se iluminó con una reluciente erupción de luces de colores y la barrera comenzó a debilitarse.

Entonces Misión extendió la mano y la apoyó sobre el luminoso Orbe con una sonrisita alentadora.

La barrera por fin se rompió. Durnik jadeó y empezó a toser.

Los dioses dieron un paso atrás con una expresión de profundo respeto en sus rostros eternos. Tía Pol dejó escapar una exclamación de alivio y abrazó a Durnik contra su pecho.

—Misión —le dijo el niño a Garion con un extraño deje de satisfacción.

Garion se incorporó, tambaleante, agotado por el esfuerzo, y se alejó con paso vacilante.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ce'Nedra mientras le obligaba a apoyar el brazo sobre sus menudos hombros. Él asintió con la cabeza, aunque tenía la impresión de que las piernas no le sostenían—. Apóyate en mí —dijo ella, y cuando él iba a protestar, Ce'Nedra le tapó la boca con la mano—. No discutas, Garion. Sabes que te quiero y que tendrás que apoyarte en mí durante el resto de tu vida, así que será mejor que te acostumbres a la idea.

—Creo que a partir de ahora mi vida será muy distinta, maestro —le dijo Belgarath a Aldur—. Pol siempre ha estado allí, lista para venir en mi ayuda; siempre respondió a mis llamadas, aunque a veces de mala gana. Ahora tendrá otras preocupaciones. —Suspiró—. Supongo que todos los hijos crecen y se casan algún día.

—Esa actitud no es propia de vos, hijo mío.

—Nunca se te escapa nada, maestro —sonrió Belgarath, pero luego su cara se puso seria otra vez—. Polgara ha sido como un hijo para mí —le dijo a Aldur—, pero tal vez ya sea hora de que le permita ser mujer. La he privado de ese derecho durante demasiado tiempo.

—Como os parezca mejor, hijo mío —dijo Aldur—. Ahora os ruego que os apartéis y respetéis el dolor de mi familia. —Miró el cuerpo de Torak en su lecho mortuario y luego a Garion—. Tengo una última tarea para vos, Belgarion —dijo—. Coged el Orbe y colocadlo sobre el pecho de mi hermano.

—Sí, maestro —respondió Garion inmediatamente, y se acercó a Torak, intentando no mirar la cara calcinada y desfigurada del dios.

Extendió el brazo, colocó la piedra azul sobre el pecho inmóvil de Kal Torak y retrocedió. Una vez más, la princesita le obligó a pasarle un brazo sobre los hombros y se abrazó a su cintura. No era una sensación desagradable, pero a Garion se le cruzó la repentina e irracional idea de que las cosas iban a ser muy difíciles para él si ella se empeñaba en tenerlo cogido de aquel modo durante el resto de sus vidas.

Los dioses volvieron a formar un círculo y el Orbe brilló una vez más. Entonces, la cara mutilada comenzó a cicatrizar de forma gradual. La luz que rodeaba a los dioses y a Torak se hizo más potente y el brillo del Orbe se volvió más luminoso. Cuando Garion vio la cara de su enemigo por última vez, ésta estaba serena y sin cicatrices. Era un rostro hermoso, pero, de todos modos, era el rostro de un muerto.

De repente la luz comenzó a brillar con tal intensidad que Garion ya no pudo mirarla, y cuando se apagó, los dioses y el cuerpo de Torak habían desaparecido. Sobre la áspera piedra sólo quedaba el Orbe, que irradiaba un brillo tenue.

Misión, con su perpetua expresión de confianza, se acercó al que había sido el lecho mortuario de Torak, se puso de puntillas y cogió la brillante piedra. Luego se la llevó a Garion.

—Misión, Belgarion —dijo con firmeza mientras le devolvía el Orbe, y cuando la piedra cambió de manos, Garion sintió una sensación muy extraña.

Unidos por lo que había sucedido, el grupo se congregó en silencio alrededor de tía Pol y Durnik. Al este, el cielo había comenzado a aclarar y el rosado rosicler de la madrugada teñía los últimos cendales de la nube que había cubierto Cthol Mishrak.

Los acontecimientos de aquella noche habían sido tremendos, pero ahora la oscuridad se retiraba y contemplaban el amanecer en silencio, los unos junto a los otros.

La tormenta de aquella larga noche había terminado. Durante incontables años, el universo había estado dividido a pesar de sí mismo, pero ahora volvía a ser una unidad. Si se puede decir que los comienzos existen, aquél realmente lo era.

Y así fue como el sol, a través de una nube rasgada, anunció la mañana del primer día.

Epílogo

— La Isla de los Vientos —



mar
de los
Vientos

la isla
de los
Vientos

Riva

bahia de
Arendia



Capítulo 25

La noche anterior a su boda con Ce'Nedra, Belgarion de Riva tuvo un sueño muy intranquilo. Si él y Ce'Nedra se hubieran casado en una ceremonia sencilla e íntima, poco después de la lucha con Torak, todo habría sido más fácil. Entonces, tanto él como su alocada princesita estaban demasiado cansados y aturdidos como para no ser absolutamente francos el uno con el otro. Por un breve período, ella parecía otra persona; contemplaba a Garion con una especie de serena veneración y no había dejado de acariciarle el cabello, la cara y los brazos con sus dedos suaves y curiosos. Esa forma tan suya que tenía de acercarse a él y de obligarlo a rodearla con el brazo, sin importarle quién estuviera presente o qué pasaría, resultaba muy halagadora.

Sin embargo, aquellos días no duraron. Una vez que se hubo asegurado de que él estaba bien y de que no era un producto de su imaginación que podía desaparecer en cualquier momento, Ce'Nedra fue cambiando poco a poco. En cierto modo, Garion se sentía como una posesión, como si después del entusiasmo inicial por ser su dueña, la princesita se hubiera embarcado en grandes planes para cambiarlo.

Y ahora apenas faltaban unas horas para que llegara el día en que esa posesión se formalizara. Garion dormía a ratos, sobresaltado por pesadillas que se mezclaban de forma extraña con sus recuerdos, mientras entraba y salía del mundo de los sueños como una gaviota que se desliza entre las olas.

Otra vez estaba en la hacienda de Faldor. Incluso en sus sueños podía oír el martillo de Durnik sobre el yunque y percibir los olores de la cocina de tía Pol. Allí estaban Rundorig, Zuorette, Doroon y Brill, oculto en un rincón. Se despertó a medias y se giró inquieto en el lecho real. Eso era imposible; Doroon había muerto, ahogado en el río Mardu, y Brill había desaparecido para siempre al caerse del parapeto de Rak Cthol, a mil quinientos metros de altura.

Luego aparecía en el palacio de Sthiss Tor, y Salmisra, evidentemente desnuda bajo su túnica transparente, le acariciaba la cara con dedos fríos.

Pero Salmisra ya no era una mujer; él había visto con sus propios ojos cómo se convertía en una serpiente.

Grul, el eldrak, golpeaba el suelo congelado con su porra cubierta de clavos, mientras gritaba: «¡Ven, Graft, pelea!» y Ce'Nedra gritaba.

En aquel caótico mundo de sueños mezclados con recuerdos, vio cómo Ctuchik desaparecía una vez más en la torre colgante de Rak Cthol, con la cara desfigurada por el terror.

Y luego se encontró de nuevo en las ruinas de Cthol Mishrak, con la espada radiante; observó cómo Torak alzaba los brazos hacia una nube que le envolvía, derramando lágrimas de fuego, y oyó su último grito: «¡Madre!».

Se movió, inquieto y tembloroso, como siempre que se repetía aquella pesadilla,

pero volvió a dormirse casi de inmediato.

Ahora estaba en la cubierta del barco de Barak, cerca de la costa de Mallorca, y escuchaba al rey Anheg explicar por qué Barak estaba encadenado al mástil.

—Teníamos que hacerlo, Belgarath —decía el monarca de toscas facciones—. ¡En medio de la tormenta, se convirtió en un oso. Obligó a la tripulación a remar rumbo a Mallorca toda la noche y luego, poco antes del amanecer, volvió a convertirse en hombre.

—Suéltalo, Anheg —decía Belgarath, con visible disgusto—. No volverá a convertirse en oso; mientras Garion esté sano y salvo.

Garion se sentó en la cama. ¡Aquella sí que había sido una revelación! Había un propósito en los cambios periódicos de Barak.

—Eres el defensor de Garion —le había explicado Belgarath al hombretón—. Para eso naciste. Siempre que Garion estaba en peligro de muerte, tú te transformabas en oso para protegerlo.

—¿Quieres decir que soy un hechicero? —había preguntado Barak, incrédulo.

—No. El cambiar de forma no es tan difícil y tú no lo hiciste conscientemente. Fue la profecía quien lo hizo, no tú.

Barak se había pasado el resto del viaje a Mishrak ac Thull intentando buscar una forma elegante y discreta de agregar aquel acontecimiento a su escudo de armas.

Garion se bajó de la cama alta, con doseles, y se acercó a la ventana. Las estrellas del cielo primaveral contemplaban la ciudad dormida de Riva y las oscuras aguas del mar de los Vientos, más allá del puerto. Aún no se veían señales del amanecer. Garion suspiró, se sirvió un vaso de agua de la jarra que había sobre la mesa y regresó a su cama y a sus sueños intranquilos.

Estaba en Thull Zelik, donde Hettar y Mandorallen le hacían un informe sobre las actividades de Zakath, el emperador de Mallorca.

—Ahora mismo está sitiando Rak Goska —decía Hettar, el algario con cara de halcón. La última vez que Garion lo vio, notó una expresión mucho más suave en su rostro, como si le hubiera ocurrido algo muy significativo. El alto algario se volvía hacia Garion—. Al final, tendrás que hacer algo respecto a Zakath —decía—. No conviene que vaya de un sitio a otro por aquí.

—¿Por qué yo? —preguntaba Garion sin detenerse a pensarlo.

—Eres el señor supremo del Oeste, ¿recuerdas?

Garion volvió a despertarse. Tarde o temprano tendría que vérselas con Zakath, de eso no cabía duda. Tal vez después de la boda tuviera tiempo para considerar la cuestión. De repente se concentró en aquel pensamiento. Por extraño que pareciera, no podía imaginar nada después de la boda; aquel acontecimiento se presentaba ante él como una enorme puerta que conducía a un lugar donde no había estado nunca. Zakath tendría que esperar, pues primero era necesario que Garion superara la prueba

de su boda.

Semidormido, en un punto intermedio entre los sueños y los recuerdos, Garion revivió una pequeña discusión con su Alteza Imperial:

—Es estúpido, Ce'Nedra —protestaba—. No voy a pelear con nadie, ¿así que por qué debería cabalgar con mi espada en alto?

—Ellos merecen verte, Garion —le explicaba ella como si hablara con un niño—. Abandonaron sus casas y marcharon a la guerra porque tú los llamaste.

—Yo no llamé a nadie.

—Lo hice yo en tu nombre. La verdad es que forman un ejército muy bueno y yo sola los convoqué. ¿No estás orgullosa de mí?

—Yo no te pedí que lo hicieras.

—Eres demasiado arrogante para hacerlo. Ése es uno de tus defectos, Garion. No debes permitir que tu arrogancia te impida pedir ayuda a aquellos que amas. En el ejército todos te quieren y me siguieron por ti. ¿Tan difícil es para el señor supremo del Oeste recompensar a sus fieles soldados con una pequeña muestra de aprecio? ¿O te consideras demasiado importante y distinguido para demostrar gratitud?

—Estás tergiversando las cosas, Ce'Nedra. Suelen hacerlo muy a menudo, ¿sabes?

Pero Ce'Nedra continuó hablando como si aquella cuestión ya hubiera quedado zanjada.

—Y por supuesto llevarás tu corona y una bonita armadura. Creo que una cota de malla será lo más apropiado.

—No pienso convertirme en un payaso sólo para satisfacer tus ansias de exhibicionismo barato.

—Ya no me amas —balbuceó ella con los ojos llenos de lágrimas y el labio inferior tembloroso.

Garion gruñó, incluso en sueños, siempre ocurría lo mismo; siempre que discutían ganaba ella con aquella habilidosa artimaña. Él sabía que no era sincera y que sólo lo decía para conseguir lo que quería, pero de todos modos se sentía indefenso. Aunque no tuviera nada que ver con el asunto que trataban, la princesa siempre tergiversaba las cosas para abrumarle con aquella acusación que le dejaba a él perdido, indefenso. ¿Dónde había aprendido a ser tan desaprensiva?

Y así fue como Garion, llevando con aire tímido una cota de malla, la corona de Riva y la llameante espada en alto, había cabalgado hasta la cima del acantilado del Este entre las atronadoras ovaciones del ejército de Ce'Nedra.

¡Habían ocurrido tantas cosas desde que Garion, Seda y Belgarath se marcharon de la ciudadela de Riva, la primavera pasada! El joven rey meditaba tendido sobre su cama alta y con doseles, ya casi resignado a no dormir. Era cierto que Ce'Nedra había levantado al ejército. A medida que se enteraba de los detalles de la campaña, Garion se asombraba cada vez más, no sólo por la audacia de la joven, sino también por el

enorme caudal de energía que había necesitado. Por supuesto, que recibió ayuda y consejo, pero la idea había partido de ella. Sin embargo, la admiración que Garion sentía por la princesa estaba teñida por una ligera aprensión: iba a casarse con una mujer muy decidida y sin demasiados escrúpulos.

Garion se giró y hundió la almohada con la mano, con la esperanza de que aquel gesto trivial le ayudara a conciliar el sueño, pero una vez más se sumió en un mundo de pesadillas. Relg y Taiba caminaban hacia él, ¡cogidos de las manos!

Y entonces apareció en el Fuerte, sentado junto a la cama de Adara. Su hermosa prima estaba aún más pálida de lo normal y tenía una tos persistente y ronca. Mientras ellos hablaban, tía Pol tomaba medidas para evitar las complicaciones de la herida que casi le había costado la vida a la joven.

—Estaba avergonzada, por supuesto —decía Adara—. Tuve mucho cuidado en disimularlo y de repente se lo dije todo, cuando en realidad no me estaba muriendo.

—¿Hettar? —preguntó Garion por tercera vez.

—Garion, si no dejas de repetir su nombre, me enfadaré contigo —dijo Adara con firmeza.

—Lo siento —se disculpó él enseguida—. Lo que ocurre es que nunca había pensado en Hettar de ese modo. Es un buen amigo mío, pero nunca creí que fuera capaz de enamorar a nadie. Es tan..., bueno, supongo que implacable.

—Tengo mis razones para pensar que eso podría cambiar —dijo Adara ruborizándose y enseguida comenzó a toser otra vez.

—Bebe esto, cariño —ordenó tía Pol que se había acercado a la cama con una taza humeante.

—Tendrá un sabor horrible —le advirtió Garion.

—Ya es suficiente, Garion —dijo tía Pol—. Puedo arreglármelas sin tus provechosos comentarios.

Luego estaba en las cuevas debajo de Prolgu, junto a Relg, mientras el Gorim celebraba una sencilla ceremonia para unir al fanático y a la mujer marag que tanto había cambiado su vida. Garion podía percibir otra presencia en la sala subterránea y se preguntaba si alguien le habría comentado a Relg el acuerdo al que habían llegado en Cthol Mishrak. Pensó decírselo él mismo, pero al final decidió no hacerlo. Dadas las circunstancias, tal vez fuera mejor que Relg se adaptara a cada cosa en su momento, y el matrimonio con Taiba iba a suponer un cambio radical en su vida. Mientras tenía lugar la ceremonia, Garion era consciente del regocijo de Mará. El dios sollozante había dejado de llorar.

Por fin el joven decidió que era inútil esforzarse: era evidente que no conciliaría el sueño tranquilo que necesitaba. Apartó las mantas y se puso la bata. Removió las brasas mortecinas de la chimenea hasta que el fuego volvió a encenderse y se sentó frente a él, contemplando las llamas danzarinas con una mirada pensativa.

Si su boda con Ce'Nedra hubiera tenido lugar al llegar a Riva, las cosas habrían salido bien, pero los preparativos de una boda real eran demasiado complejos para hacerlos de un día para otro, y muchos de los invitados de honor aún estaban recuperándose de las heridas recibidas en la batalla de Thull Mardu.

En los días transcurridos desde su llegada, Ce'Nedra tuvo tiempo de embarcarse en un complejo programa de cambios. Por lo visto, la joven tenía de él un concepto, una imagen ideal que sólo ella era capaz de percibir, y estaba decidida a hacerlo encajar en aquel molde a pesar de todas sus objeciones y protestas. Nada la haría desistir de su obsesión por cambiarlo. Era injusto; pues él la quería tal cual era. La princesa tenía muchos defectos, pero él estaba dispuesto a aceptar lo bueno y lo malo que había en ella. ¿Por qué Ce'Nedra no tenía la misma consideración con él? Pero cada vez que intentaba ponerse firme y negarse a uno de sus caprichos, los ojos se le llenaban de lágrimas, le temblaba el labio y balbuceaba la frase trémula y fatal: «Ya no me amas». Durante aquellos meses, Belgarion de Riva consideró varias veces la posibilidad de escapar.

Ahora volvía a ser primavera y las tormentas que aislaron la isla de los Vientos durante el invierno habían quedado atrás. Había llegado el momento que más temía Garion. Aquél era el día en que debía casarse con Ce'Nedra, la princesa imperial, y ya era demasiado tarde para escapar.

Sabía que si pensaba en ello durante mucho tiempo, terminaría presa del pánico, de modo que se vistió con calzas y una túnica lisa, sin prestar atención a los ostentosos complementos que le había preparado su criado siguiendo las instrucciones explícitas de Ce'Nedra.

Cuando el joven rey de Riva abrió la puerta de su habitación y salió al pasillo, faltaba una hora para el amanecer.

Caminó un rato por los sombríos corredores de la ciudadela y luego, como era inevitable, se dirigió a la habitación de tía Pol. Ella ya estaba despierta, sentada junto al fuego con una taza de aromático té en las manos. Llevaba una bata de color azul intenso y su cabello oscuro caía sobre sus hombros como una resplandeciente cascada.

—Te has levantado temprano —dijo.

—No he podido dormir.

—Deberías haberlo hecho. Tienes un día muy duro por delante.

—Lo sé; por eso no he dormido.

—¿Té?

—No, gracias. —Se sentó en la silla tallada, al otro lado de la chimenea—. Todo está cambiando, tía Pol —dijo después de un momento de silenciosa reflexión—. A partir de hoy, las cosas no volverán a ser iguales, ¿verdad?

—Tal vez no —dijo ella—, pero eso no significa que vayan a ser peores.

—¿Y tú cómo te sientes cuando piensas en tu boda? —Un poco nerviosa — admitió ella con calma. —¿Tú?

—Yo tampoco me he casado nunca, Garion.

Garion pensaba en la boda de su tía con preocupación.

—¿Crees que lo de casarte con Durnik el mismo día que yo con Ce'Nedra ha sido buena idea, tía Pol? —preguntó—. Tú eres la mujer más importante del mundo. ¿No te parece que tu boda debería ser una ocasión especial?

—Eso es lo que queremos evitar, Garion —respondió ella—. Durnik y yo queremos una ceremonia íntima y esperamos que pase inadvertida en medio del protocolo y la ostentación de la vuestra.

—¿Cómo está él? Hace días que no lo veo.

—Está algo raro. No creo que vuelva a ser el mismo hombre que conocí.

—Pero se encuentra bien, ¿verdad? —preguntó Garion, preocupado.

—Está bien, Garion, sólo un poco cambiado. Ha pasado por una experiencia que nunca nadie había vivido antes y eso lo ha cambiado. Es tan práctico como siempre, pero ahora mira el otro aspecto de las cosas. Creo que eso me gusta.

—¿Es imprescindible que te vayas de Riva? —preguntó de repente—. Tú y Durnik podríais quedaros aquí, en la ciudadela.

—Queremos tener nuestra propia casa, Garion —dijo ella—, pues necesitamos estar solos. Además, si nos quedáramos aquí, cada vez que tú o Ce'Nedra tuvierais una discusión, llamaríais a mi puerta. He hecho todo lo posible para educaros a los dos, pero ahora tendréis que arreglaros solos.

—¿Adónde iréis?

—Al Valle. La casa de mi madre sigue en pie. Es un edificio firme y sólo necesita un techo nuevo, puertas y ventanas. Durnik podrá ocuparse de eso y será un buen lugar para criar a Misión.

—¿Vais a llevarlo con vosotros?

—Alguien tiene que ocuparse de él y yo me he acostumbrado a tenerlo conmigo. Además, mi padre y yo pensamos que es mejor que se aleje del Orbe. Él es el único que puede tocarlo, además de ti, y alguien podría aprovecharse de eso y utilizarlo como hizo Zedar.

—¿Y con qué fin? Ahora que Torak ha muerto, ¿quién podría querer el Orbe?

Ella lo miró con expresión grave y el rizo blanco de su frente pareció brillar en la luz pálida.

—No creo que ésa fuera la única razón para que existiera el Orbe, Garion —dijo muy seria—. Aún hay que cumplir otra misión.

—¿Qué? ¿Qué otra cosa queda por hacer?

—No lo sabemos. El Códice Mrin no concluye con el enfrentamiento entre el Niño de la Luz y el Niño de las Tinieblas. Ahora tú eres el guardián del Orbe, y éste

sigue siendo tan importante como siempre, así que no te olvides de él. Mantente alerta y no dejes que los asuntos cotidianos confundan tu mente. La protección del Orbe todavía es tu obligación principal y yo no estaré aquí para recordártelo todos los días.

Pero Garion no quería pensar en eso.

—¿Qué vas a hacer si alguien va al Valle e intenta llevarse al niño? Ya no podrás protegerlo porque no...

Titubeó un momento y luego se interrumpió. Todavía no habían hablado de aquello.

—Adelante, Garion, dilo —respondió ella sin rodeos—. Debemos afrontar la verdad. Ibas a decir que ya no tengo poderes, ¿verdad?

—¿Qué se siente, tía Pol? ¿Es como haber perdido algo?, ¿o tal vez una especie de vacío?

—Me siento igual que siempre, cariño. Por supuesto, no me he propuesto hacer nada desde que prometí que lo dejaría. Supongo que si lo intentara y fallara, podría resultar doloroso. Pero no lo he hecho, pues no quiero pasar por esa experiencia. —Se encogió de hombros—. Esa parte de mi vida ha terminado, así que tengo que olvidarla. Creo que Misión estará seguro, pues Beldin y los gemelos están en el Valle. Ellos tienen suficiente poder como para espantar a cualquiera que quiera hacer daño al niño.

—¿Por qué Durnik pasa tanto tiempo con el abuelo? —preguntó Garion de repente—. Desde que volvimos a Riva, están juntos casi todo el día.

—Supongo que estarán preparándome alguna sorpresa —dijo ella con una sonrisa astuta—. Tal vez algún regalo de boda. Los dos disimulan muy mal.

—¿Qué es? —preguntó Garion con curiosidad.

—No tengo la menor idea, ni me interesa averiguarlo. Sea lo que fuere, ambos han trabajado mucho para que yo se lo estropee espiándolos. —Miró hacia la ventana, donde comenzaba a brillar la primera luz del amanecer—. Ahora será mejor que te vayas, cariño —sugirió ella—, pues tengo que empezar a prepararme. Éste es un día muy especial para mí y quiero tener el mejor aspecto posible.

—Tu aspecto siempre es maravilloso, tía Pol —dijo él con sinceridad.

—Oh, gracias, Garion —sonrió ella con una expresión algo infantil—, pero será mejor no confiarse. —Lo miró con afecto y le acarició la mejilla—. «¿Por qué no vas a los baños, cariño? —sugirió—. Lávate el pelo y busca a alguien que te afeite.

—Puedo hacerlo solo, tía Pol.

—No sería buena idea, Garion. Hoy estás un poco nervioso y podrías cortarte la cara.

Él rió con tristeza y se dirigió hacia la puerta, pero de repente se detuvo y volvió a acercarse a ella.

—Te quiero, tía Pol —dijo sin rodeos.

—Sí, cariño, lo sé. Yo también te quiero a ti.

Después de visitar los baños, Garion fue a buscar a Lelldorin. El estado civil del joven asturio y de su novia semioficial era uno de los asuntos que por fin habían quedado zanjados. Ariana se había cansado de esperar que Lelldorin tomara la iniciativa y solucionó el problema tomándola ella misma. La muchacha se mostró firme y Garion imaginaba que Lelldorin no se habría hecho rogar demasiado. En los últimos tiempos, el joven asturio tenía una expresión más tonta de lo habitual, mientras que Ariana, aunque radiante, pecaba de cierta presunción. En ese sentido, se parecían a Relg y a Taiba. A partir de la boda, el ulgo tenía un constante aire de perplejidad y Taiba actuaba con la misma autocomplacencia de Ariana. Garion se preguntó si cuando se despertara al día siguiente, vería la misma sonrisita de triunfo en los labios de Ce'Nedra.

El rey de Riva tenía una razón para buscar a su amigo asturio. Uno de los caprichos de Ce'Nedra había sido dar un gran baile después de la ceremonia y Lelldorin había estado enseñando a Garion a bailar.

La idea de la fiesta fue recibida con entusiasmo por todas las damas, pero entre los hombres no había tal unanimidad. Barak había sido el más vehemente en sus objeciones.

—¿Pretendes que yo baile en el centro de la pista? —le había preguntado a la princesa con indignación—. ¿Qué tiene de malo que nos emborrachemos? Esa es la forma normal de celebrar una boda.

—Lo harás muy bien —le respondió Ce'Nedra mientras le acariciaba la mejilla con ese gesto irritante que la caracterizaba—. Y lo harás por mí, ¿verdad, Barak? —agregó con una engañosa caída de ojos.

Barak se había ido de allí, maldiciendo entre dientes.

Garion encontró a Lelldorin y a Ariana contemplándose el uno al otro con arrobamiento por encima de la mesa del desayuno.

—¿Queréis desayunar con nosotros, Majestad? —preguntó Ariana con cortesía.

—Gracias, mi señora —respondió Garion—, pero hoy no tengo mucho apetito.

—Son los nervios —observó Lelldorin con aires de sabio. —Creo que ya lo domino casi todo —dijo Garion para ir al fondo de su problema—, pero el cruce no me sale. No dejo de tropezarme.

Lelldorin fue a buscar un laúd y con la ayuda de Ariana repasaron el complicado baile.

—Ya lo hacéis mucho mejor, Majestad —lo halagó Ariana al final de la lección.

—Sólo espero hacerlo sin tropezar y caerme delante de todo el mundo.

—Si tropezarais, sin duda la princesa os ayudaría a sosteneros. —No estoy muy seguro. Es probable que disfrute viéndome hacer el tonto.

—¡Qué poco sabéis de las mujeres! —dijo Ariana mientras dirigía una mirada de adoración a Lelldorin, que el joven asturio devolvió con expresión atontada.

—¿Queréis dejar eso? —dijo Garion, disgustado—. ¿No podéis esperar a que me vaya para miraros así?

—Mi corazón está demasiado lleno de amor como para ocultarlo, Garion —dijo Lelldorin con tono solemne.

—Ya lo he notado —respondió Garion con frialdad—. Tengo que ir a ver a Seda, así que os dejo con vuestros pasatiempos.

Ariana se ruborizó, pero enseguida sonrió.

—¿Debemos tomar eso como una orden real, Majestad? —preguntó con sarcasmo.

Garion huyó de allí.

Seda había llegado del este la tarde anterior y Garion estaba ansioso por enterarse de las últimas novedades. Encontró al pequeño drasniano ante un desayuno de perdices y vino aromático.

—¿No te parece un plato muy pesado para el desayuno? —le preguntó Garion.

—Nunca me ha gustado tomar cereales por la mañana —respondió Seda—. Un hombre tiene que estar preparado para tragarse algo así.

Garion fue directamente al grano.

—¿Qué ocurre en Cthol Murgos?

—Zakath continúa con el sitio a Rak Goska —informó Seda—. Pero está transportando más tropas, por lo cual resulta evidente que piensa invadir el sur de Cthol Murgos en cuanto se den las condiciones para movilizar al ejército.

—¿Los thulls lo apoyan?

—Sólo algunos. La mayoría están ocupados buscando a los grolims que quedan en el reino. Siempre pensé que los thulls eran un pueblo de estúpidos, pero te sorprendería ver su creatividad a la hora de encontrar nuevos métodos para matar grolims.

—Tendremos que vigilar a Zakath —dijo Garion—. No me gustaría que apareciera por aquí por sorpresa.

—Creo que puedes estar tranquilo al respecto —dijo Seda—. A propósito, te ha enviado un mensaje de felicitación.

—¿Qué?

—Es un hombre civilizado, Garion... y un buen político. Quedó muy impresionado con la muerte de Torak y creo que te tiene miedo, así que intenta mantener una relación amistosa contigo. Al menos, hasta que acabe en el sur de Cthol Murgos.

—¿Quién está al frente de los murgos ahora que Taur Urgas ha muerto?

—Urgit, el tercer hijo de su segunda mujer. Se han producido las típicas disputas

por la sucesión entre los distintos hijos y esposas de Taur Urgas. Según creo, ha habido varios muertos.

—¿Cómo es Urgit?

—Es un intrigante. No creo que pueda competir con Zakath, pero mantendrá a los malloreanos ocupados durante diez o veinte años. Para entonces, Zakath estará demasiado viejo y cansado de la guerra para causarte problemas.

—Esperemos que así sea.

—Oh, lo olvidaba. Hettar se casó con tu prima la semana pasada.

—¿Adara? Pensé que estaba convaleciente.

—Por lo visto, ya no lo está. Vendrán a tu boda, junto con Cho—Hag y Silar.

—¿Es que todo el mundo piensa casarse?

—Yo no, mi joven amigo —rió Seda—. A pesar de esta locura general por el matrimonio, yo conservo la cordura. Si llegara a suceder lo peor, todavía sé cómo escapar. Los algarios llegarán esta misma mañana. Se han encontrado con el séquito de Korodullin y vienen todos juntos. Cuando salí de Camaar, su barco estaba detrás del mío.

—¿Mandorallen estaba con ellos? Seda asintió con un gesto.

—Y también la baronesa de Vo Ebor. El barón aún está demasiado grave para viajar. Creo que preferiría morir para dejarle el camino libre a su esposa y a Mandorallen. —Garion suspiró—. No dejes que eso te entristezca, Garion —le aconsejó Seda—. Los arendianos disfrutan con ese tipo de tragedias y Mandorallen está muy contento de sufrir con nobleza.

—¿Cómo puedes decir esa canallada? —preguntó Garion con tono de reproche.

—Porque soy un canalla —admitió Seda mientras se encogía de hombros.

—¿Dónde irás después de...? —Garion se interrumpió.

—¿Después de que te deje casado y a salvo? —sugirió Seda con tono divertido—. En cuanto me recupere de todo lo que beba esta noche, me iré a Gar og Nadrak. Con la nueva situación, han surgido un montón de oportunidades. Me he puesto en contacto con Yarblek y vamos a asociarnos.

—¿Con Yarblek?

—Si lo vigilas, no es tan malo. Además es muy listo y a los dos juntos podríamos irnos muy bien.

—No me cabe duda —rió Garion—. Uno solo de vosotros ya es bastante malo, pero si actuáis los dos juntos, ningún mercader honesto podrá salvar el pellejo.

—Eso es más o menos lo que habíamos planeado —rió Seda.

—Supongo que os haréis muy ricos.

—Creo que podemos acostumbrarnos a la idea. —Los ojos de Seda cobraron una expresión ausente—. Pero eso no es todo —observó—. Es como un juego; el dinero es sólo un medio para contar los tantos, pero lo que en realidad importa es el juego en

sí.

—Creo que eso ya me lo has dicho antes.

—Nada ha cambiado desde entonces, Garion —dijo Seda con una risita.

La boda de tía Pol y Durnik tuvo lugar aquella misma mañana en una capilla pequeña y privada, situada en el ala oeste de la ciudadela. Sólo asistieron unos pocos invitados: Belgarath, los gemelos Beltira y Belkira, Seda y Barak. Tía Pol, hermosa con su vestido de terciopelo azul estaba escoltada por la reina Layla, mientras Garion acompañaba a Durnik. La ceremonia fue dirigida por el jorobado Beldin, vestido por primera vez con ropas decentes y con una extraña expresión de amabilidad en su horrible cara.

Durante la ceremonia, Garion experimentó un montón de sentimientos contradictorios. Con una pequeña punzada de dolor, se dio cuenta de que tía Pol ya no sería exclusivamente suya, y una parte egoísta e infantil de su corazón se resistía a aquella idea. Sin embargo, estaba contento de que Durnik fuera el elegido, pues si alguien merecía casarse con ella, ése era el herrero. Los ojos de aquel hombre bueno y sencillo estaban llenos de amor incondicional y era evidente que no podía apartar los ojos de la cara de ella. La propia tía Pol estaba radiante al lado de Durnik.

Cuando Garion retrocedía para permitir que la pareja pronunciara su juramento matrimonial, oyó un suave crujido. Junto a la puerta de la capilla estaba Ce'Nedra, ataviada con una capa con capucha que le cubría de la cabeza a los pies y un velo en la cara. La princesa se había tomado muy en serio la antigua tradición tolnedrana según la cual Garion no debía verla antes de la boda y por lo visto creía que aquella capa le concedía el don de la invisibilidad. Él la imaginó reflexionando sobre el problema hasta encontrar la solución. Por nada del mundo hubiera dejado de asistir a la boda de Polgara, pero tenía que cuidar todos los detalles. Garion se giró hacia donde se desarrollaba la ceremonia con una suave sonrisa en los labios.

Fue la expresión de Beldin lo que lo hizo volverse una vez más hacia la puerta de la capilla, una expresión de sorpresa que luego se transformó en sereno reconocimiento. Al principio Garion no vio nada, pero luego un ligero movimiento entre las alfardas llamó su atención. Sobre una de las vigas oscuras, se había posado un búho pálido y de aspecto fantasmagórico a contemplar la boda de tía Pol y Durnik.

Cuando la ceremonia terminó, y después de que Durnik hubo besado a la novia con respeto y bastante nerviosismo, el búho blanco desplegó las alas y comenzó a volar en círculos por la capilla en medio de un silencio sepulcral. Revoloteó un momento, como para ofrecer una bendición a la feliz pareja, y luego se dirigió con un suave aleteo hacia Belgarath a través del aire sofocante. El hechicero desvió la vista con un gesto brusco.

—Será mejor que la mires, padre —dijo tía Pol—. No se marchará hasta que la reconozcas.

Belgarath suspiró y miró al extraño y luminoso pájaro que revoloteaba frente a él.

—Todavía te echo de menos —dijo con naturalidad—, a pesar de todo el tiempo que ha pasado.

El búho lo observó sin pestañear con sus ojos dorados, luego tembló y desapareció.

—¡Absolutamente sorprendente! —exclamó la reina Layla. —Nosotros somos gente sorprendente —respondió tía Pol—.

Y tenemos unos cuantos amigos y parientes extraños. —Luego sonrió, con el brazo estrechamente cogido al de Durnik—. Además —añadió con un guiño—, ninguna madre se perdería la boda de su hija, ¿verdad?

Después de la boda, todos se dirigieron por los pasillos de la ciudadela hacia el fuerte principal y se detuvieron junto a la puerta de las habitaciones privadas de tía Pol. Garion se disponía a seguir a Seda y a Barak, que después de felicitar a la pareja se alejaban por el pasillo, pero Belgarath le cogió el brazo.

—Quédate un momento —dijo el anciano.

—Creo que no deberíamos molestar, abuelo —dijo Garion con nerviosismo.

—Sólo nos quedaremos unos minutos —le aseguró Belgarath, cuyos labios temblaban para contener la risa—. Quiero que veas algo.

Una de las cejas de tía Pol se alzó en un gesto inquisitivo mientras su padre y Garion la seguían al interior de la habitación.

—¿Esto responde a alguna antigua y oscura tradición, padre? —preguntó ella.

—No, Pol —respondió él con tono de inocencia—. Garion y yo sólo queremos brindar por tu felicidad, eso es todo.

—¿Qué estás tramando, viejo lobo? —preguntó ella con un brillo divertido en los ojos.

—¿Por qué tengo que estar tramando algo?

—Porque sueles hacerlo, padre —respondió, pero de todos modos fue a buscar cuatro copas de cristal y una botella de vino añejo tolnedrano.

—Los cuatro comenzamos con todo esto hace mucho tiempo —evocó Belgarath—, y quizás, antes de separarnos, debemos perder un momento en recordar que hemos recorrido un largo camino y que nos han ocurrido cosas muy extrañas. Creo que de uno u otro modo, todos hemos cambiado.

—Tú no has cambiado demasiado, padre —dijo tía Pol con tono sarcástico—. ¿Quieres ir al grano?

Los ojos de Belgarath brillaban con una alegría enorme y contenida.

—Durnik tiene algo para ti —dijo.

Durnik tragó saliva.

—¿Ahora? —le preguntó, asustado, a Belgarath. El anciano hizo un gesto afirmativo—. Sé bien cuánto amas las cosas hermosas, como ese pájaro que está allí

—dijo Durnik mientras señalaba el reyezuelo de cristal que Garion le había regalado el año anterior—. Yo también quería obsequiarte con algo así, pero no sé tallar el cristal ni las piedras preciosas. Soy un herrero, así que sólo puedo trabajar el hierro. —Mientras hablaba, desenvolvía un objeto envuelto en un trapo. Por fin le mostró una rosa de acero, apunto de abrirse, forjada con un diseño intrincado. Los detalles eran exquisitos y la flor brillaba por sí misma.

—¡Oh, Durnik! —exclamó tía Pol, sinceramente emocionada—. ¡Qué hermosa! Durnik, sin embargo, no le entregó la rosa.

—Pero no tiene color —observó con tono crítico —, ni tampoco fragancia —añadió mientras miraba con nerviosismo a Belgarath.

—Hazlo —le dijo el anciano —, tal como te enseñé.

Durnik se volvió hacia tía Pol, todavía con la rosa bruñida en la mano.

—En realidad no tengo nada que ofrecerte, mi querida Pol —dijo con humildad —, excepto un corazón sincero... y esto.

Extendió el brazo donde tenía la rosa y su cara cobró una expresión de extrema concentración.

Garion lo oyó con claridad. Era un murmullo familiar acompañado de una vibración similar a la que produce una campana. La brillante rosa en la mano extendida de Durnik pareció palpar y luego comenzó a cambiar poco a poco. El borde de los pétalos era blanco como la nieve, pero la parte interior tenía un color rojo intenso y radiante. Cuando Durnik hubo terminado, le entregó una verdadera flor a tía Pol, con los pétalos cubiertos de perlas de rocío.

Tía Pol contemplaba la rosa incrédula y boquiabierta. Era distinta a cualquier flor que hubiera existido nunca. La cogió con mano temblorosa y los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella, perpleja.

—Ahora Durnik es un hombre muy especial —dijo Belgarath—. Por lo que sé, es la única persona que ha vuelto de la muerte y eso lo ha cambiado, al menos un poco. Aunque sospecho que siempre ha habido un poeta dentro de nuestro buen y práctico amigo. Quizá la única diferencia es que ahora tiene una forma de manifestar esa poesía.

Durnik, que parecía un poco avergonzado, tocó la rosa con un gesto incierto.

—Tiene una ventaja, mi querida Pol —observó—. El acero está aún en su interior, de modo que nunca palidecerá ni se marchitará. Se mantendrá siempre como ahora y podrás tener una flor incluso en pleno invierno.

—¡Oh, Durnik! —exclamó ella y se echó en sus brazos. Durnik la abrazó con torpeza, un poco desconcertado.

—Si te gusta tanto, podría hacerte otras —dijo—, incluso un jardín entero. Una vez que le coges el tranquillo, no resulta tan difícil.

Pero de repente Pol lo miró con los ojos muy abiertos. Sin dejar de abrazar a Durnik, se giró ligeramente a un lado para mirar al reyezuelo posado sobre su ramita de cristal.

—Vuela —dijo.

El brillante pajarillo abrió las alas y voló hasta su mano extendida. Inspeccionó la rosa con curiosidad, mojó su pico con una gota de rocío, alzó la cabeza y comenzó a cantar una cristalina canción. Tía Pol levantó la mano con delicadeza y el pajarillo volvió a su rama, aunque el eco de su trino siguió resonando en el aire silencioso.

—Creo que ya es hora de que Garion y yo nos vayamos —dijo Belgarath con una expresión sentimental y sombría.

Sin embargo, era evidente que tía Pol acababa de descubrir algo. Entrecerró los ojos y luego los abrió mucho.

—Un momento, viejo lobo —le dijo a Belgarath con tono firme—. Tú lo has sabido todo desde el principio, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó con aire inocente.

—A que Durnik..., que yo... —Era la primera vez en su vida que Garion veía titubear a su tía—. ¡Ya sabes! —exclamó indignada.

—Por supuesto, lo supe en cuanto Durnik se despertó, pues pude percibir algo distinto en él. Me sorprende que tú no te hayas dado cuenta. Claro que tuve que ayudarle un poco para que lograra hacerlo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no me lo preguntaste, Pol.

—Tú..., yo... —La hechicera hizo un enorme esfuerzo para recuperar el control—. Todos estos meses has dejado que pensara que no tenía poderes y los he tenido siempre. ¿Por qué me has hecho pasar por eso?

—Oh, Pol, si te hubieras detenido a pensarlo, te habrías dado cuenta de que no puedes renunciar a ellos con tanta facilidad. Lo que está ahí no puede desaparecer.

—Pero nuestro Maestro dijo...

—Si no recuerdo mal, Pol, todo lo que el Maestro te preguntó fue si estabas dispuesta a limitar tu independencia con el matrimonio y a vivir con el mismo poder que tiene Durnik. Como no podía despojarte de tu poder, es evidente que cuando lo dijo tenía otra cosa en mente.

—Tú permitiste que yo me creyera que...

—Yo no tengo control sobre lo que tú crees, Pol —respondió él con su tono más razonable.

—¡Me engañaste!

—No, Pol —corrigió él—, tú te engañaste a ti misma. —Luego le sonrió con afecto—. Ahora, antes de empezar tu perorata, piénsalo un instante. En realidad, la idea no te ha hecho ningún mal, ¿verdad? ¿Y no te parece bonito enterarte de este

modo? —Su sonrisa se hizo más amplia—. Hasta podrías considerarlo mi regalo de bodas —añadió.

Ella lo miró fijamente un momento, como si quisiera demostrarle su enojo, pero él le respondió con una expresión traviesa. El enfrentamiento entre los dos había sido confuso, pero era obvio que el anciano había ganado. Por fin, incapaz de mantener la ficción por más tiempo, ella rió, indefensa, y le cogió el brazo con un gesto afectuoso.

—Eres un viejo odioso, padre.

—Lo sé —admitió—. ¿Vienes, Garion?

Una vez en el pasillo, Belgarath se echó a reír.

—¿Qué es lo que te causa tanta gracia? —preguntó Garion. —He estado esperando este momento durante meses —le respondió su abuelo, todavía risueño—. ¿Has visto la cara que puso al darse cuenta de lo que ocurría? Durante todos estos meses ha asumido esa expresión de noble autosacrificio y ahora de repente se da cuenta de que no era necesario. —Una sonrisita malévola y presuntuosa se dibujó en sus labios—. Tu tía siempre ha estado demasiado segura de sí misma, ¿sabes? No creo que le haya venido mal sentirse una persona corriente durante algún tiempo. Tal vez le haya dado perspectiva.

—Ella tiene razón —rió Garion—. Eres un viejo odioso.

—Uno hace lo que puede —dijo Belgarath con una sonrisa. Se dirigieron hacia las habitaciones reales, donde ya habían preparado la ropa que Garion debía vestir en su boda.

—Abuelo —dijo Garion mientras se sentaba para quitarse las botas—, hace tiempo que quiero preguntarte algo. Poco antes de morir, Torak llamó a su madre. —Belgarath, que ya tenía una jarra de cerveza en la mano, hizo un gesto afirmativo—. ¿Quién es su madre?

—El universo —respondió el anciano. —No entiendo.

—Según creo —explicó Belgarath mientras se mesaba la corta y blanca barba—, todos los dioses nacieron como una idea en la mente de UL, el padre de los dioses, pero fue el universo quien los engendró. Es muy complicado. Ni siquiera yo lo comprendo bien. En fin, cuando iba a morir, Torak clamó a lo único que creía que lo amaba. Estaba equivocado, por supuesto. UL y los demás dioses todavía lo querían, aunque sabían que se había convertido en un ser retorcido y perverso. Y el universo lloró por él.

—¿El universo?

—¿No te diste cuenta? ¿No notaste que por un instante todo se detuvo y la luz se apagó?

—Pensé que había sido idea mía.

—No, Garion. Por ese solo instante, la luz del universo se apagó y las cosas dejaron de moverse; todas las cosas y en todas partes. En cierto modo, fue una

manifestación de dolor del universo por su hijo muerto.

Garion reflexionó un momento.

—Tenía que morir, ¿verdad?

Belgarath asintió con un gesto.

—Era la única forma de que todo volviera a su curso natural. Torak debía morir para que las cosas se encaminaran hacia su destino. De lo contrario, el mundo habría acabado en un caos.

En ese momento, un pensamiento extraño y súbito se cruzó por la mente de Garion.

—¿Quién es Misión, abuelo? —preguntó.

—No lo sé —respondió Belgarath—. Tal vez sea sólo un niño raro o quizás alguna otra cosa. Ahora será mejor que empieces a cambiarte de ropa.

—Intentaba no pensar en eso.

—Oh, vamos, hoy es el día más feliz de tu vida.

—¿De veras?

—Quizá te ayude repetírtelo mentalmente de continuo.

El Gorim de Ulgo había sido elegido por consenso general para dirigir la ceremonia que uniría en matrimonio a Garion y a Ce'Nedra. El anciano frágil y piadoso había hecho el viaje por etapas, transportado en camilla desde las cuevas a Sendaria y luego por barco hasta Riva. La revelación de que el dios de los ulgos era el padre de los demás dioses había caído como un rayo en los círculos teológicos. Bibliotecas enteras de abultados tratados filosóficos se habían vuelto obsoletas de repente y los sacerdotes de todo el mundo estaban absolutamente perplejos. Grodeg, el sumo sacerdote de Belar, se desmayó al recibir la noticia. El corpulento eclesiástico, tullido de por vida como consecuencia de las heridas recibidas en la batalla de Thull Mardu, no tomó muy bien aquel último golpe. Cuando se recuperó de su desmayo, sus ayudantes descubrieron que su mente había regresado a la infancia y ahora se pasaba el tiempo rodeado de juguetes y trozos de cuerdas de vivos colores.

La boda real, por supuesto, tuvo lugar en el salón del trono del rey rivano y todos estaban presentes. El rey Rhodar vestido de rojo, Anheg de azul, Fulrach con traje marrón y Cho—Hag con el tradicional atuendo algario de color negro. Brand, el Guardián de Riva, con la expresión aún más sombría desde la muerte de su hijo menor, llevaba las ropas grises típicas de Riva. Pero había otros visitantes reales; Ran Borune XXIII, envuelto en su capa dorada, charlaba con Sadi, el eunuco de cabeza afeitada, con extraña jovialidad. Por extraño que pareciera, los dos hombres habían simpatizado. Ambos estaban entusiasmados con las nuevas posibilidades que se abrían en el Oeste y era evidente que discutían algún tipo de acuerdo. El rey Korodulin, vestido con el atuendo real carmesí, se encontraba entre los demás reyes, aunque hablaba muy poco. El golpe que había recibido en la cabeza durante la batalla

de Thull Mardu había afectado su oído y el joven rey de Arendia parecía encontrarse incómodo entre el gentío.

En el centro de la reunión de monarcas estaba el rey Drosta lek Thun de Gar og Nadrak, con una poco elegante chaqueta amarilla. El delgadísimo y nervioso rey de los nadraks hablaba con pequeñas parrafadas, y cuando reía, su voz se volvía aguda. Aquella tarde, Drosta tuvo la oportunidad de sellar varios tratos, algunos de los cuales incluso tenía intenciones de cumplir.

Belgarion de Riva, por supuesto, no participaba en todas aquellas discusiones y tal vez fuera mejor así. La mente del rey de Riva estaba bastante distraída en aquellos momentos. Vestido de azul, caminaba con nerviosismo en una habitación contigua, donde él y Lelldorin aguardaban el toque de trompetas que los convocaría a la enorme sala.

—Ojalá ya hubiera terminado todo —repitió por sexta vez. —Ten paciencia, Garion —le aconsejó Lelldorin.

—¿Qué están haciendo?

—Quizás esperando que su Alteza esté lista. En este momento, ella es más importante que tú. Ya sabes cómo son las bodas.

—Tú sí que has tenido suerte. Te fugaste con Ariana y te libraste de todas estas complicaciones.

—En realidad no me libré de nada —dijo Lelldorin con una risita triste—, sólo lo pospuse por un tiempo. Los preparativos de tu boda han entusiasmado a Ariana y quiere que cuando volvamos a Arendia celebremos una ceremonia apropiada.

—¿Qué tienen las bodas para alterar de ese modo las mentes femeninas?

—Quién sabe —dijo Lelldorin, encogiéndose de hombros—. La mente de una mujer es un misterio; pronto lo descubrirás.

Garion lo miró con amargura y volvió a acomodarse la corona.

—Ojalá ya hubiera acabado todo —repitió.

Por fin, las trompetas resonaron en la sala del rey rivano, la puerta se abrió y Garion, visiblemente tembloroso, se acomodó la corona por última vez y salió a enfrentarse con su destino.

Aunque conocía a casi todos los presentes, caminó con Lelldorin hacia el trono y pasó junto a los fuegos de turba que ardían en los fosos del suelo, sin detenerse a mirar ninguna de las caras que lo rodeaban. La enorme espada volvía a estar colgada en su sitio, detrás del trono, con el Orbe de Aldur brillando en la empuñadura.

La sala estaba adornada con guirnaldas, banderas y grandes ramos de flores primaverales. Los mismos invitados, vestidos con trajes de seda, raso y coloridos brocados, parecían un jardín florido mientras se giraban, pendientes de la entrada del novio.

De pie, junto al trono, lo aguardaba el Gorim de Ulgo, vestido de blanco y con

una sonrisa en su cara amable.

—Salud, Belgarion —murmuró mientras Garion subía los peldaños.

—Venerable Gorim —respondió Garion con una reverencia nerviosa.

—Tranquilízate, hijo mío —aconsejó el Gorim al reparar en las manos temblorosas del joven rey.

—Lo intento, venerable.

Las trompetas resonaron otra vez y la puerta de la sala se abrió de par en par. Ce'Nedra, la princesa imperial, estaba en el umbral junto a su prima Xera. Llevaba un vestido color crema, bordado con perlas, y estaba resplandeciente. Su cabello brillante caía sobre los hombros del vestido, coronado por la diadema de varios tonos de oro que tanto le gustaba. Su cara estaba lívida y un delicado rubor teñía sus mejillas. La joven mantenía la vista baja, aunque intercambió una breve mirada con Garion y él notó un pequeño brillo detrás de sus tupidas pestañas. Entonces supo con absoluta seguridad que aquella actitud modesta era parte de una interpretación. Permaneció en la puerta lo suficiente para que todos pudieran admirar su perfección y luego, acompañada por una suave melodía de arpas, caminó por el pasillo en dirección a su tembloroso prometido. En un gesto que a Garion le pareció algo teatral, las dos hijas de Barak precedieron a la novia y cubrieron su camino de flores.

Al llegar a la plataforma, Ce'Nedra besó impulsivamente la mejilla del Gorim y luego ocupó su sitio junto a Garion. La joven despedía un aroma extrañamente floral, una fragancia que por alguna razón hacía temblar a Garion.

El Gorim miró a la concurrencia y empezó a hablar:

—Hoy nos hemos reunido —comenzó—para presenciar el desenlace de la profecía que ha conducido nuestras vidas hacia los más terribles peligros y ahora nos congrega, sanos y salvos, para este feliz acontecimiento. Tal como estaba previsto, el rey rivano ha vuelto, se ha enfrentado con su antiguo enemigo y ha vencido. Su recompensa se encuentra a su lado.

¿Recompensa? Garion nunca había considerado las cosas de aquel modo. Mientras el Gorim hablaba, el joven meditó un poco al respecto, pero eso no pareció ayudarlo mucho. Entonces sintió un súbito codazo en las costillas.

—Presta atención —murmuró Ce'Nedra.

Poco después, llegaron a la hora de las preguntas. Como era de esperar, la voz de Garion sonó un tanto ahogada, mientras la de Ce'Nedra respondió firme y clara. Al menos podría haber fingido que estaba nerviosa, aunque sólo fuera un poco.

Misión trajo los anillos sobre un pequeño cojín de terciopelo. El niño desempeñó su papel con seriedad, pero incluso en su carita pequeña había una expresión divertida. ¿Acaso todos se estaban riendo de él en secreto?

La ceremonia concluyó con la bendición del Gorim, pero Garion no la oyó. El Orbe de Aldur, brillando con una insufrible ostentación, llenaba sus oídos con una

canción de júbilo, a modo de peculiar felicitación.

—¿Y bien? —murmuró Ce'Nedra que se había vuelto hacia él.

—¿Y bien qué? —preguntó él con otro murmullo.

—¿No piensas besarme?

—¿Aquí? ¿Delante de todo el mundo?

—Es la costumbre.

—Una costumbre estúpida.

—Ahora límitate a hacerlo, Garion —dijo ella con una afectuosa sonrisa de aliento—, más tarde lo discutiremos.

Garion intentó besarla con dignidad, con una especie de casta formalidad acorde con la ocasión, pero era obvio que Ce'Nedra tenía otros planes, y se dedicó a la tarea con tal entusiasmo, que Garion se asustó un poco. La princesa le había rodeado el cuello con los brazos y pegado sus labios a los de él. Garion se preguntó hasta cuándo pensaría seguir así, pues sus piernas comenzaban a temblar.

La ovación que resonó en la sala lo salvó. El problema de besar en público era que uno no podía saber cuánto tiempo debía prolongar la escena. Si el beso resultaba demasiado corto, la gente podía sospechar falta de cariño, y si era demasiado largo, podrían reírse de ellos. Por fin Belgarion de Riva se volvió hacia sus invitados con una sonrisa estúpida en los labios.

La ceremonia fue seguida de un baile y una cena. Sin dejar de charlar animadamente, los invitados se dirigieron hacia otra estancia que había sido decorada como sala de baile y resplandecía con la luz de las velas. La orquesta estaba compuesta por músicos rivanos, bajo la dirección de un concertista arendiano que hizo grandes esfuerzos para evitar que los rivanos improvisaran al interpretar sus melodías favoritas.

Esta era la parte que Garion más temía. La pareja real debía interpretar a solas el primer baile, de modo que no tendría más remedio que llevar a Ce'Nedra hasta el centro de la pista y bailar en público. Entonces, mientras se dirigía hacia allí junto a su radiante novia, Garion descubrió con una súbita sensación de terror que había olvidado todo lo que Lelldorin le había enseñado.

La danza de moda en las cortes del sur en esa época era elegante y bastante compleja. La pareja de bailarines debía mirar en la misma dirección, el hombre detrás de la mujer y apenas unos pasos hacia un lado, con los brazos extendidos y las manos unidas. Garion superó esa parte sin demasiadas dificultades, pero lo que de verdad le preocupaba eran los pasos pequeños y rápidos que al ritmo de la música seguirían después.

A pesar de todo, lo hizo bastante bien; aunque la fragancia del cabello de Ce'Nedra continuaba poniéndolo nervioso y le hacía temblar las manos. Al final de la primera melodía, los invitados aplaudieron con entusiasmo, y cuando la orquesta

comenzó a interpretar la segunda, todos se unieron a ellos en un torbellino de vivos colores.

—Creo que no lo hicimos tan mal —murmuró Garion.

—Estuvimos muy bien —le aseguró Ce'Nedra y continuaron bailando—. ¿Garion? —preguntó después de un momento.

—¿Sí?

—¿De verdad me quieres?

—Por supuesto. Qué pregunta tan tonta.

—¿Tonta?

—Me equivoqué de palabra —se apresuró a corregir él—. Lo siento.

—Garion —repitió poco más tarde.

—¿Sí?

—Yo te quiero, ¿sabes?

—Por supuesto que lo sé.

—¿Por supuesto? ¿No crees que estás dando por sentadas demasiadas cosas?

—¿Por qué estamos discutiendo? —preguntó él con tono quejumbroso.

—Esto no es una discusión —respondió ella con presunción—, sino un intercambio de opiniones.

—Ah —dijo él—, entonces está bien.

Tal como era de esperar, la pareja real bailó con todo el mundo. Ce'Nedra pasó de rey en rey como un magnífico premio y Garion escoltó a reinas y damas por igual hasta el centro de la sala para interpretar las obligatorias danzas. La menuda y rubia reina Porenn y la solemne reina Isleña de Cherek le dieron unos consejos excelentes; la reina Layla se mostró maternal e incluso un poco frívola; la reina Silar lo saludó con tono formal y Mayaserana de Arendia le dijo que si no hubiera estado tan tenso habría bailado mejor. La esposa de Barak, Merel, vestida con brocado verde, le ofreció la mejor sugerencia de todas:

—Tendréis muchas discusiones, por supuesto —observó mientras bailaban—, pero nunca debéis iros a dormir enfadados. Ése fue mi error.

Por fin Garion bailó con su prima Adara.

—¿Eres feliz? —le preguntó.

—Más de lo que puedes llegar a imaginar —respondió ella con una dulce sonrisa.

—Entonces todo salió bien, ¿verdad?

—Sí, Garion. Es como si lo que sucedió hubiera estado predestinado. En cierto modo, todo parece encajar en su sitio.

—Es probable que estuviera predestinado —dijo Garion con aire pensativo—. A veces creo que tenemos muy poco control sobre nuestras vidas... y en mi caso ninguno.

—Son unos pensamientos muy profundos para un hombre que acaba de casarse

—dijo ella con una sonrisa, pero enseguida se puso seria—. No dejes que Ce'Nedra te vuelva loco e intenta no ceder a sus caprichos.

—¿Te has enterado de cómo van las cosas? Ella hizo un gesto afirmativo.

—No te preocupes demasiado, Garion. Ella ha estado poniéndote a prueba, eso es todo.

—¿Quieres decir que aún tengo que probar algo?

—Con Ce'Nedra es probable que tengas que hacerlo cada día. Conozco a tu princesita, Garion. En el fondo, lo único que quiere es que le demuestres tu amor, así que no tengas miedo de decírselo. Creo que te sorprendería descubrir lo encantadora que puede llegar a ser si sólo te molestas en decirle que la amas... a menudo.

—Ella ya lo sabe.

—Pero de todos modos tienes que repetírselo.

—¿Con qué frecuencia crees que debería hacerlo?

—Oh, quizás una vez a la hora. —Garion estaba casi seguro de que Adara bromeaba—. He notado que los sendarios sois un pueblo muy reservado —añadió—, y eso no funcionará con Ce'Nedra. Tendrás que olvidar tus costumbres y expresar tus sentimientos. El esfuerzo valdrá la pena, créeme.

—Lo intentaré —prometió él.

Ella rió y le dio un beso en la mejilla.

—¡Pobre Garion! —dijo.

—¿Por qué pobre?

—Aún tienes mucho que aprender.

La danza continuó.

Hambrientos y agotados por el esfuerzo, Garion y su flamante esposa se dirigieron a la mesa repleta de manjares y disfrutaron del banquete de boda. Era una cena muy especial, pues dos días antes tía Pol había entrado a la cocina del palacio y se había encargado de todo. El resultado era perfecto y los aromas que venían de la mesa llena de comida eran exquisitos. El rey Rhodar no podía pasar por allí sin llevarse algo a la boca.

Mientras la música y el baile continuaban, Garion se limitaba a mirar, contento de haber escapado de la pista. Sus ojos buscaron las caras de los amigos entre la multitud. Barak, enorme pero curiosamente amable, bailaba con su esposa Merel y se les veía muy bien juntos. Lelldorin bailaba con Ariana, sin dejar de mirarse a los ojos. Relg y Taiba no bailaban; estaban sentados juntos en un rincón apartado y Garion notó que se habían cogido las manos. Relg tenía una expresión de perplejidad, pero no parecía desdichado.

En el centro de la pista, Hettar y Adara danzaban con la gracia innata de aquellos que se pasan la vida montados a caballo. La cara de halcón de Hettar tenía una expresión diferente y Adara estaba radiante de felicidad. Garion pensó que tal vez

fuera un buen momento para probar el consejo de Adara. Se aclaró la garganta y se inclinó hacia la pequeña y sonrosada oreja de Ce'Nedra.

—Te quiero —murmuró. Al ser la primera vez, le resultó difícil, así que volvió a intentarlo, sólo para cogerle el tranquilo—. Te quiero —murmuró otra vez y en esta ocasión le resultó más fácil.

El efecto de sus palabras fue sorprendente. La princesa se ruborizó de repente y abrió mucho los ojos con una expresión indefensa. Todo su corazón parecía reflejarse en aquella mirada. Daba la impresión de que no podía hablar, y en su lugar, extendió la mano para acariciarle la cara con ternura. Él le devolvió la mirada, atónito por el cambio que se había producido en ella con una simple frase. Por lo visto, Adara tenía razón. Garion archivó esa pequeña información en un rincón de su mente y se sintió seguro por primera vez en los últimos meses.

Los invitados, que bailaban para celebrar la boda real, habían llenado la sala de colorido; pero algunas caras no compartían la alegría general. Mandorallen bailaba con Nerina, la baronesa de Vo Ebor, y los rostros de ambos reflejaban la tragedia que se cernía sobre sus vidas. No muy lejos de allí, Seda bailaba con la reina Porenn y la cara del hombrecillo tenía la misma expresión amarga y burlona que Garion había notado en el palacio del rey Anheg, en Val Alorn.

Garion suspiró.

—¿Ya estás melancólico, mi querido esposo? —preguntó Ce'Nedra con un guiño mientras metía la cabeza bajo el brazo de él de aquella forma peculiar que la caracterizaba.

Garion notó que la princesa despedía una fragancia muy agradable, y que su piel era suave y cálida.

—Sólo estaba recordando algunas cosas —dijo él en respuesta a la pregunta.

—Bien, intenta quitarte todos los recuerdos de encima. No quiero que interfieran más tarde. —Garion se ruborizó y Ce'Nedra dejó escapar una risita maligna—. Creo que ese «más tarde» ya no está muy lejos —dijo—. Debes bailar con Polgara y yo con tu abuelo. Luego será mejor que nos retiremos; pues ha sido un día muy duro.

—Sí, estoy bastante cansado —asintió Garion.

—Tu día aún no ha terminado, Belgarion de Riva —le recordó ella con tono sarcástico.

Garion, con una sensación extraña, se acercó a Polgara que contemplaba el baile sentada junto a Durnik.

—¿Quieres bailar conmigo, tía Polgara? —preguntó con una pequeña reverencia formal.

Ella lo miró asombrada.

—Veo que por fin lo has aceptado —dijo.

—¿Qué es lo que he aceptado? —Mí verdadera identidad. —Ya la conocía.

—Sí, pero nunca me habías llamado por mi nombre completo, Garion —observó ella mientras le alisaba el pelo con suavidad—. Creo que puede ser un detalle muy significativo.

Bailaron bajo la brillante luz de las velas al son de los laúdes y las gaitas. Los pasos de Polgara eran más lentos y acompasados que los que le había enseñado Lelldorin con tanto esfuerzo. Garion advirtió que la hechicera había regresado a su brumoso pasado y que lo guiaba a través de los majestuosos compases de una danza que había aprendido hacía siglos, durante su convivencia con los arendianos de Wacite. Se movieron siguiendo el ritmo lento, elegante y en cierto modo melancólico de un baile que había desaparecido para siempre veinticinco siglos antes y que sólo sobrevivía en la memoria de Polgara.

Cuando Belgarath devolvió a Ce'Nedra a Garion, después del último baile, las mejillas de la joven tenían un rabioso color rojo. El viejo hechicero, que sonreía con expresión picara, hizo una reverencia a su hija y la cogió de las manos para bailar con ella. Las dos parejas bailaban lo bastante cerca como para que Garion pudiera oír con claridad la pregunta de su tía:

—Lo hemos hecho bien, ¿verdad, padre?

—Oh, sí, Polgara —respondió Belgarath con una sonrisa sincera—. Creo que lo hemos hecho muy bien.

—¿Entonces todo ha valido la pena, padre?

—Sí, Pol, claro que sí.

—¿Qué te dijo? —le preguntó Garion a Ce'Nedra.

—No tiene importancia —respondió ella ruborizándose—. Tal vez te lo diga... más tarde.

Otra vez aquella expresión. El baile terminó y un murmullo de expectación se extendió entre la multitud. Ce'Nedra se acercó a su padre, le dio un beso rápido y regresó.

—¿Y bien? —le preguntó a Garion.

—¿Bien qué?

—¡Oh, eres imposible! —rió ella mientras le cogía la mano con firmeza y lo guiaba fuera de la sala.

Era bastante tarde, tal vez dos horas después de medianoche. Belgarath caminaba por los pasillos desiertos de la ciudadela con un humor extraño y llevando una jarra de cerveza en la mano. El hechicero había estado bebiendo para celebrar la boda y se sentía bastante achispado, aunque no tanto como otros invitados que ya habían perdido la conciencia.

El anciano se detuvo un momento a contemplar a un guardia que roncaba junto a una puerta, tendido sobre un charco de cerveza. Luego siguió andando por el pasillo hacia el salón de la fiesta, convencido de que allí quedaría algo de cerveza, mientras

canturreaba una desafinada melodía para sí e interpretaba pequeños pasos de baile.

Al pasar junto a la sala del trono, advirtió que la puerta estaba entreabierta y que en el interior había luz. Asomó la cabeza con curiosidad para ver si había alguien, pero la estancia estaba desierta. La luz que había visto procedía del Orbe de Aldur, engarzado en la empuñadura de la espada del rey rivano.

—¡Oh! —le dijo Belgarath a la piedra—, eres tú. —Luego se encaminó con paso tambaleante hacia la plataforma del trono. Bueno, viejo amigo —dijo mientras miraba el Orbe con los ojos entrecerrados—. Veo que todos se han ido y te han dejado solo.

—La luz del Orbe parpadeó en señal de reconocimiento. Belgarath se sentó con esfuerzo en la plataforma y bebió un sorbo de cerveza—. Hemos recorrido un largo camino juntos, ¿verdad? —le dijo en tono casual, pero el Orbe lo ignoró—. Ojalá no fueras siempre tan serio. Has sido un compañero bastante aburrido —añadió el anciano y bebió otro sorbo. Permanecieron en silencio un rato, mientras Belgarath se quitaba una bota y flexionaba, aliviado, los dedos del pie—. Tú no entiendes nada de esto, ¿verdad, amigo? —le preguntó por fin al Orbe—. A pesar de todo, aún tienes el corazón de una piedra. Entiendes conceptos como odio, lealtad y compromisos inmutables; pero no puedes comprender sentimientos humanos, como compañerismo, amistad y sobre todo amor. En realidad, es una pena que no puedas hacerlo, porque éstos fueron los factores decisivos de este asunto. Esos sentimientos estuvieron mezclados en esto desde el principio. Pero ¿qué puedes saber tú de ellos? —El Orbe continuó ignorándolo, sin duda pendiente de otra cosa—. ¿Qué es lo que te exige tanta concentración? —le preguntó el anciano con curiosidad.

El Orbe, que había estado brillando con una intensa luz azul, comenzó a parpadear otra vez y se tiñó de un suave tono rosado que se hizo cada vez más intenso. Entonces Belgarath advirtió que la piedra se ruborizaba.

Belgarath volvió la mirada un instante hacia las habitaciones reales.

—¡Oh! —dijo como si por fin comprendiera y se echó a reír. Entonces el Orbe se ruborizó aún más. Belgarath volvió a reír, se puso la bota y se incorporó con torpeza—. Tal vez entiendas más de lo que yo supongo —observó mientras bebía las últimas gotas de cerveza de la jarra—. Me encantaría quedarme a discutirlo contigo —añadió—, pero me he quedado sin cerveza. Estoy seguro de que lo comprenderás y me disculparás, amigo mío.

Tras aquellas palabras se alejó por el amplio pasillo central de la sala. Cuando llegó a la puerta, se detuvo y echó un último vistazo al Orbe sonrosado con expresión divertida. Luego dejó escapar otra risita burlona y se marchó, cerrando la puerta tras de sí sin hacer ruido.